



COL·LEGI OFICIAL
DE TREBALL SOCIAL
DE CATALUNYA

monogràfico **3**
de HISTORIA del Trabajo Social

Catorce mujeres

El trabajo social en Catalunya (1932-2020)

Violeta Quiroga

Josep Maria Mesquida González

Aïda Ballester Lledó



Catorce mujeres El Trabajo Social en Cataluña (1932-2020)

Publicaciones del Col·legi Oficial
de Treball Social de Catalunya

MONOGRÁFICO DE HISTORIA
DEL TRABAJO SOCIAL - NÚM. 3

Título: Catorce mujeres. El Trabajo Social en Cataluña (1932-2020)

Autoras: Violeta Quiroga
Josep Maria Mesquida González
Aïda Ballester Lledó

Directora e investigadora: Violeta Quiroga

Investigadores/ras: Josep Maria Mesquida González
Aïda Ballester Lledó

Investigadores/ras en formación: Estudiantes del Grado universitario de Trabajo Social Ariadna Balmisa, Paula Calvís, Mónica Capella, Mar Carbonell, Quar Cunill, Sheyla Coronel, Alba Falcón, Andrea Montero, Natalia Moreno, Laura Padreny, Gemma Pleixats, Josselyn Urdiales y M.^a Ángeles Villanueva

Edita: Col·legi Oficial de Treball Social de Catalunya
Revisado por la Asesoría de Publicaciones No Periódicas del Col·legi

Traducción: Núria Saurina Eudaldo

Gráficos: Quim Deu

Foto cubierta: cedida por Montserrat Colomer Salmons

Fotos: cedidas por las autoras, citadas en cada pie de foto

Edición de fotos: Evaristo Quiroga, Sara Codina y Aïda Ballester

Fecha de publicación: noviembre de 2022

ISBN: 978-84-09-4687-8

Diseño, maquetación e impresión: Sprint Copy, SL

PVP: 10€

Catorce mujeres

El Trabajo Social en Cataluña (1932-2020)

Prólogo

Cristina Rimbau i Andreu

Autoras

Violeta Quiroga
Josep Maria Mesquida González
Aïda Ballester Lledó

2022

Sumario

Presentación de la decana	7
Prólogo a cargo de Cristina Rimbau i Andreu	9
Agradecimientos.....	21
Primera parte: Mujeres, cambio social y Trabajo Social.....	23
El proyecto catorce mujeres.....	23
La cuestión del género.....	27
Los agentes de cambio.....	32
Los condicionamientos históricos.....	37
Evolución de la profesión	39
Formación en Trabajo Social	59
Segunda parte: Los relatos de vida.....	73
Relato 1: Montserrat Colomer Salmons	74
Relato 2: Pilar Malla i Escofet	84
Relato 3: Glòria Rubiol González.....	93
Relato 4: Francesca Masgoret Llardent.....	103
Relato 5: Teresa Rossell Poch.....	115

Relato 6: Pilar Porcel i Omar.....	128
Relato 7: Rosa Barenys i Martorell.....	139
Relato 8: Carme Tobella i Barés.....	147
Relato 9: Montserrat Bacardit i Busquet.....	158
Relato 10: Rosa Maria Fernández Algué.....	166
Relato 11: Núria Carrera i Comes.....	180
Relato 12: Jose Fernández i Barrera.....	188
Relato 13: Pilar Massana i Llorens.....	200
Relato 14: Teresa Aragonès i Viñes.....	214
Referencias bibliográficas.....	233
Anexos.....	241
Anexo 1: Índice de acrónimos.....	241
Anexo 2: Índice de fotos.....	243

Presentación de la decana

Os presentamos el libro *Catorce mujeres. El Trabajo Social en Cataluña (1932-2020)*, una iniciativa del Grupo de Investigación en Trabajo Social de la Universidad de Barcelona (GRITS), en colaboración con el Col·legi Oficial de Treball Social de Catalunya, porque pensamos que la divulgación y la memoria de las trabajadoras sociales deben estar muy presentes en nuestra profesión y también en la sociedad.

La cuestión del género, las trabajadoras sociales como agentes de cambio, los condicionantes históricos, la evolución de la profesión y la formación en Trabajo Social son los ejes principales del libro. Además, leerlo hoy tiene más sentido que nunca. Nuestra profesión es un motor de acompañamiento y tenemos que conocer toda su historia, pasando por las décadas que nos han precedido. Debemos preservar los testimonios para no perder nunca el rumbo.

Desde el Col·legi queremos agradecer a las voces que han participado en el libro, que hablan de trayectorias personales y también de experiencias profesionales. También a la Universidad de Barcelona y a su alumnado por establecer colaboraciones de este tipo. La importancia de la colaboración entre las investigadoras y las trabajadoras sociales es una sinergia que tenemos que potenciar: es la experiencia, la investigación y el futuro de la profesión.

Las trabajadoras sociales formamos parte de un sistema de bienestar que debemos robustecer y hacer más visible. Y no se me ocurre una mejor manera de hacerlo que publicando la historia de estas catorce mujeres con una vocación muy clara: la de acompañar realizando Trabajo Social.

Conchita Peña Gallardo

Decana del Col·legi Oficial de Treball Social de Catalunya

Prólogo

El libro *Catorce Mujeres. El Trabajo Social en Cataluña (1932-2020)* es el primer fruto de la investigación de la Escuela de Trabajo Social de la Universidad de Barcelona que vincula la formación y la recuperación histórica del Trabajo Social. Una iniciativa que ofrece varios hallazgos y a la que hay que felicitar de todo corazón, especialmente por dos motivos. El primero, porque ha facilitado a los estudiantes el contacto personal y directo con trabajadoras sociales de vasta y profunda trayectoria profesional y de reconocido prestigio social. Una oportunidad excepcional que, muy probablemente, los actuales estudiantes incorporarán a su vivencia personal y a su recuerdo profesional, con valor y estima. El segundo, porque esta investigación permite revertir en la sociedad los descubrimientos –pequeños y grandes– del trabajo universitario, aportando, en este caso, nuevas informaciones para profundizar en el conocimiento histórico del Trabajo Social.

Las primeras palabras son para agradecer muy sinceramente a cada una de las trabajadoras sociales protagonistas de los relatos su generosidad, dedicación y contribución en la formación, haciendo posible este ejercicio de transmisión histórica, tan necesario en todos los contextos y también en el nuestro. Las múltiples aportaciones que podemos escuchar en estos relatos constituyen una importante información del Trabajo Social en Cataluña, en muchos aspectos desconocida, en el amplio, complejo y cambiante período histórico analizado en la investigación. Años traumáticos, de luchas, esperanzas, nuevas expectativas y cambios sociales. También de nuevas orientaciones y proyectos para el Trabajo Social.

Aportaciones especialmente valiosas porque, conjuntamente con muchos otros aspectos, ofrecen: a) la recuperación de hechos y nuevas orientaciones potenciadas desde el Trabajo Social contra las desigualdades sociales y las propuestas de mejora de las condiciones sociales; b) muestran el qué, el cómo y el desde dónde se realizaba el Trabajo Social: sus objetivos, los métodos profesionales utilizados y los ámbitos de trabajo de las entrevistadas, y c) por descubrir la iniciativa y la capacidad emprendedora de las profesionales entrevistadas, tanto en el diseño, la organización y en la implementación de los servicios sociales, como en la acción profesional y el espacio político.

La obra se estructura en dos partes precedidas de la Introducción que enmarca el trabajo de la investigación biográfica, a la vez que anuncia la voluntad del equipo de investigación de ampliar estos primeros resultados con nuevas voces de trabajadoras sociales, así como de presentar diversos materiales obtenidos en el transcurso de la investigación.

La primera parte, *Mujeres, cambio social y Trabajo Social*, sitúa el contexto político, social y profesional por el que transcurren las vivencias personales y profesionales de las participantes, mediante el análisis de cinco ejes temáticos: la cuestión del género, los trabajadores sociales como agentes de cambio, los condicionantes históricos, la evolución de la profesión y la formación en Trabajo Social. Un análisis detallado que aporta un significativo valor añadido –referencial y teórico– a las experiencias profesionales recopiladas y que se acompaña con ejemplos de las vivencias de las protagonistas. La lectora, el lector, puede consultar también la detallada cartografía, síntesis de los relatos biográficos, que ilustra el contenido de esta primera parte.

La segunda parte, *Los relatos de vida*, constituye el cuerpo central del libro. Las voces de las trabajadoras sociales hablan de trayectorias personales –desde la niñez hasta la actualidad– y especialmente de experiencias profesionales –dinámicas, creativas, valientes, potentes, a menudo arriesgadas, críticas y también rupturistas– vividas en años cruciales de nuestra sociedad. Las primeras, iniciadas en los años cuarenta y cincuenta, hace ochenta o setenta años, y la mayoría en las décadas de los sesenta y principios de los setenta. Nos informan de un Trabajo Social que desafortunadamente, hoy en día, no es muy conocido y nos muestran el perfil dinámico, valiente e independiente de las protagonistas de los relatos. Un perfil femenino que la literatura específica demasiado frecuentemente ha silenciado. Un modelo contrapuesto al que la oficialidad franquista atribuía insistentemente a las mujeres de la época, situándolas en un espacio subordinado, invalidando sus capacidades de toda índole, bajo el paraguas del autoritarismo patriarcal. Discurso y modelo ideológico, opuesto diametralmente a los roles femeninos defendidos por muchas mujeres y movimientos femeninos en los años de la II República, como muy bien constatan diversos relatos, potenciados, no sin contradicciones, desde diferentes sectores sociales, partidos y sindicatos.

Esta segunda parte constituye en sí misma una ópera prima para los estudiantes y para la Escuela de Trabajo Social, recuperando trayectorias profesionales y opiniones plurales en ocasiones discrepantes, relatadas en primera persona,

de un modo tal que casi se puede oír la voz de cada una de las trabajadoras sociales entrevistadas.

Los testimonios de los relatos hablan especialmente de experiencias profesionales plurales, que nos transportan fácilmente al día a día vivido, ofreciendo una valiosa información cualitativa, apenas registrada en la literatura profesional. Es precisamente por esto que nos invita a la reflexión y nos interpela. Cabe destacar en este punto dos tipos de cuestiones básicas: las interpretaciones asimilativas de la historia y el olvido, frecuente, de la acción profesional del primer tercio del siglo xx.

La primera perspectiva citada, utilizada desgraciadamente a menudo en relación con el Trabajo Social, tiende a confundir oficialidad y sociedad. En el caso del Trabajo Social, se tiende a proyectar el modelo residual, paternalista y asistencialista de la política social del régimen franquista con la práctica de la profesión, que se considera homogénea y reproductora ideológica. Una lectura tangencial o, como mínimo, parcial, que las aportaciones de las protagonistas de los catorce relatos tienen el mérito importante de interpelar seriamente desde la base. Sin embargo, será necesario seguir ampliando y profundizando con el análisis del Trabajo Social en este dilatado y complejo período, incorporando al análisis del discurso formal el análisis de las prácticas de las trabajadoras sociales que, precisamente, como muestra esta investigación, en aquellos años lucharon contra el modelo oficial, impulsaron cambios muy significativos y desarrollaron el Trabajo Social con sus orientaciones teóricas y su metodología.

Los relatos ponen en tela de juicio el esquema de análisis que suelen ignorar los planteamientos de la profesionalización de la acción social, constatables desde finales del siglo xix y hasta los inicios del Trabajo Social. En Cataluña planteados formal y públicamente, en el año 1929, en el seno de la Exposición Internacional de Barcelona. A escala internacional, en décadas anteriores, desde finales del siglo xix, con un importante debate y acción profesional en las áreas anglosajona y francófona en Europa, y en importantes ciudades de la costa atlántica de los Estados Unidos. Las experiencias personales, recuerdos y vivencias profesionales relatadas invitan seriamente a abandonar definitivamente el esquema de análisis que se formula "a partir del franquismo o después del franquismo" (esquema que precisamente contribuye a consolidar uno de los objetivos del régimen: el silencio de los tiempos republicanos y el olvido colectivo). En este sentido es obligado recordar brevemente las orientaciones, criterios y acciones

sociales, a menudo críticas, variadas y en ocasiones contradictorias, ensayando nuevos caminos, de las políticas sociales emprendidas, primero por la Mancomunidad de Cataluña (1914-1923/25) y unos años más tarde por la Generalitat de Catalunya (1932). Hay que mencionar y valorar, también, la acción social y formativa de asociaciones y fundaciones sociales y de las sociedades cooperativas, en tiempos incipientes del Trabajo Social, cuando en Barcelona se creó la primera Escuela de Asistentes Sociales de Cataluña, en el año 1932, y cuando las primeras asistentes sociales iniciaron su trabajo en empresas y en los dispensarios de la Lucha Antituberculosa.

Podrá parecer sorprendente al lector que en los años del franquismo –lejos del imaginario social creado– las voces de los protagonistas hablen de innovación, defensa de los derechos humanos y sociales y de luchas colectivas, pero como se podrá descubrir, las experiencias personales y profesionales transmitidas son un claro ejemplo de ello. Hay que recordar como, primero de forma minoritaria, clandestina y con riesgos importantes, y de un modo más amplio, pero igualmente soterrado y perseguido, a finales de los años sesenta y principios de los setenta, varios sectores sociales defendían y trabajaban para la recuperación de las libertades sociales, personales y colectivas y por los valores democráticos. La información aquí recopilada muestra la participación de las trabajadoras sociales en estas luchas, tanto en la tarea de sensibilización y de organización realizada, como la implicación profesional, a pesar de las adversidades del régimen. Desde el Trabajo Social se crearon, con esfuerzo, tenacidad y no sin riesgos, múltiples acciones y proyectos profesionales de defensa de los derechos humanos y sociales, como por ejemplo sucedió en las múltiples experiencias de Trabajo Social comunitario en los barrios y suburbios metropolitanos, en la atención social de y con las mujeres, o en la creación de las primeras asociaciones de afectados y familiares de personas con minusvalideces (según la nueva nomenclatura de los años setenta).

En este contexto, en los relatos emergen con fuerza dos elementos comunes y concomitantes. El primero, el interés de las trabajadoras sociales –se podría, seguramente, hablar de pasión– por la lucha contra las discriminaciones sociales de todo tipo (económicas, de género, culturales, de edad, creencias, lugar de origen, o en función de la diversidad funcional) acompañada por la firme defensa de los derechos humanos. El segundo, especialmente importante, el hallazgo en el Trabajo Social de una profesión en la que poder trabajar, con la

formación teórica y técnica necesaria, basada en la escucha y en el respeto por las decisiones de las personas.

La investigación permite observar de forma nítida el impacto de los cambios políticos en los servicios sociales. Las entrevistadas apuntan especialmente a los cambios producidos a partir de principios del año 1977, año y pico después de la muerte del dictador, una vez promulgada la Ley para la Reforma Política del 4 de enero 1977. Subrayan de forma especial las oportunidades y los cambios potenciados a partir del año 1979, en ocasión de las elecciones municipales del 3 de abril de 1979, y de la aprobación del Estatuto de Autonomía de Cataluña (18 de septiembre de 1979), que otorgó la competencia exclusiva en materia de asistencia social (art. 9-25) y, unos años más tarde, la aprobación de la primera Ley de Servicios Sociales de Cataluña, en el año 1985 (Ley 26/1985, de 27 de diciembre). Los relatos destacan especialmente la creación de la red local de servicios sociales de atención primaria, la transformación y las nuevas orientaciones de los servicios sociales heredados, principalmente las transformaciones radicales en las instituciones totales de niños y gente mayor. En estos cambios sociales, muchas entrevistadas fueron protagonistas de primera línea, asumiendo altos cargos de gestión en los servicios sociales en la administración autonómica y en los entes municipales, en las consejerías y departamentos, impulsando una nueva época en los servicios sociales. En este apasionante proceso, el trabajo de nuestras entrevistadas fue decisivo, tanto en la esfera profesional como en la responsabilidad política.

De este relevante tejido de múltiples hilos estructurales, totalmente entrelazados, que constituyen el conjunto de los relatos, sin menoscabar otros hilos interesantísimos que el lector descubrirá, sobresalen: el carácter pionero en la creación de puestos de trabajo, la innovación en los servicios, la representación política, la participación en la formación y en los órganos colegiales. Una breve referencia a cada uno de estos.

El carácter pionero en la creación de puestos de Trabajo Social

La mayoría de las entrevistadas –ocho de los relatos lo mencionan explícitamente– fueron las primeras trabajadoras sociales, asistentes sociales en la época, en diversas instituciones públicas o privadas. Un claro pionerismo que en la práctica significaba crear desde los cimientos y diseñar las características, las

finalidades, los objetivos y la metodología del Trabajo Social de los nuevos servicios sociales, así como las estructuras de organización y de gestión.

En los primeros años, Montserrat Colomer nos cuenta que, juntamente con una compañera, fue la primera asistente social en una fábrica de más de 2.500 trabajadores de Barcelona y, unos años más tarde (1962), una de las primeras asistentes sociales del Patronato Municipal de la Vivienda de Barcelona, con el fin de realizar Trabajo Social (comunitario) en los barrios de viviendas públicas de promoción del citado Patronato. También Pilar Malla que, a mitad de los años cincuenta, fue una de las primeras trabajadoras sociales del Hospital Clínico de Barcelona. La década de los años sesenta se caracteriza por el inicio de plazas de Trabajo Social en el ámbito de la salud. Así, Glòria Rubiol fue la primera asistente social del Hospital de Sant Joan de Déu de Barcelona (1966), Montserrat Bacardit, la primera del Hospital de Sant Joan de Déu de Manresa (1967) y Francesca Masgoret, también la primera asistente social de la Asociación Española de Lucha contra el Cáncer (1970). Unos años más tarde, en 1974, Jose Fernández inició el servicio de Trabajo Social en salud mental, en el histórico hospital psiquiátrico, Instituto Frenopático de les Corts, en Barcelona. En todos los casos crearon, diseñaron y desarrollaron el servicio de asistencia social y fueron sus directoras.

A partir de las elecciones municipales de 1979, al convocarse plazas en los ayuntamientos y consejos comarcales, para los servicios sociales, principalmente los de atención primaria o servicios sociales de base según la terminología de la época, Pilar Massana fue la primera asistente social del Ayuntamiento del Hospitalet de Llobregat, Carme Tobella, la primera del Ayuntamiento de Lleida y Montserrat Bacardit, del Ayuntamiento de Manresa (1979), todas al ganar las plazas de las respectivas convocatorias municipales.

Innovación en la creación de servicios

Creación de servicios no significa necesariamente innovación, pero en este caso, la acción innovadora y la creadora estaban entrelazadas. Todos los relatos hablan de una o múltiples innovaciones, que en sí mismas son merecedoras de un estudio específico. A modo de ejemplo, señalar cuatro, que simbolizan nuevas orientaciones, organización y métodos en los servicios sociales. En primer lugar, la potenciación de la atención social en el domicilio, con la creación de

un servicio de hospitalización domiciliaria y otro de atención social. El primero, desde el Servicio de Oncología del Hospital de la Santa Creu i Sant Pau, con la colaboración de la Asociación de Lucha contra el Cáncer de Barcelona, en el año 1973, y el segundo, la creación, previo estudio específico de las características y necesidades de la población, del Servicio de Atención Social Domiciliaria (SAD) en el Ayuntamiento de Manresa, en el año 1980, un servicio pionero y referente de otros servicios sociales domiciliarios en los ámbitos municipales.

El segundo ejemplo corresponde a la innovación en clave de género, como el ejemplo de la creación de dos servicios dirigidos a mujeres que hoy en día pueden resultar habituales pero que en aquellos años fueron revolucionarios: el Centro de Planificación Familiar del Ayuntamiento de Lleida, a principios de los años ochenta, y el Servicio de Información y Atención a las Mujeres Maltratadas, el primero de España, creado por el Área de Servicios Sociales del Ayuntamiento de Barcelona, en el marco de la orientación de Servicios Sociales Integrados, a principios de los años ochenta. El tercer ejemplo se refiere al Trabajo Social en los procesos de desinstitucionalización en los que algunas entrevistadas asumieron responsabilidades importantes. Por ejemplo, en el Ayuntamiento de Barcelona y en el Ayuntamiento de Manresa, este, transformando la antigua Casa de Caridad y creando el programa de pisos urbanos con apoyo, en los primeros tiempos de la década de los años ochenta. El último ejemplo corresponde a la innovación en la coparticipación de agentes sociales y la participación a escala europea. Dos facetas que caracterizan el programa diseñado y desarrollado por una de las trabajadoras sociales entrevistadas, juntamente con una compañera también trabajadora social, en el Área Social de la Fundación "la Caixa". En el programa realizado en el marco y orientaciones del Año Europeo de la Gente Mayor y Solidaridad entre las Generaciones (1993) participaron 528 asociaciones y entes locales de todo el Estado, que realizaron proyectos obligatoriamente en formato de partenariado entre entidades privadas y públicas, con el objetivo, crucial y todavía hoy en día vigente, de potenciar las relaciones intergeneracionales en el ámbito colectivo y social.

Participación y representación política

Todos los relatos hablan de política. Hablan de política social, de la acción política con la sociedad, la ciudadanía, de la concreción de las políticas sociales a escala autonómica y municipal, de los cambios a realizar y, especialmente, de las nuevas orientaciones y acciones emprendidas.

En este contexto, algunos relatos ponen en relieve el compromiso político de las trabajadoras sociales que fueron regidoras de servicios sociales de importantes ciudades de Cataluña, o asumieron altos cargos en la administración autonómica y en las instituciones de acción social privadas. En concreto, cuatro entrevistadas fueron regidoras de servicios sociales municipales. Siguiendo el orden cronológico: Francesca Masgoret fue la primera regidora de servicios sociales del Ayuntamiento de Barcelona (1979-1988), período inicial en el que se creó el Área de Servicios Sociales del Ayuntamiento. Rosa Barenys fue regidora de servicios sociales del Ayuntamiento de Santa Coloma de Gramenet, también en el primer período inmediatamente posterior a las elecciones municipales de 1979, impulsando la creación del Departamento de Servicios Sociales y la coordinación intermunicipal con ayuntamientos vecinos. Posteriormente fue diputada en el parlamento catalán en tres períodos (de 1988 a 1999), ponente de la Comisión de Servicios Sociales por el PSC y, en los dos últimos años, senadora en la Cámara Alta española. En los últimos años del siglo xx (1995-1999), Pilar Massana asumió la regiduría de servicios sociales del Ayuntamiento del Hospitalet de Llobregat, y Núria Carrera, en el período de 1999-2003, fue regidora de servicios sociales y también teniente de alcalde del Ayuntamiento de Barcelona y, en años siguientes, regidora de Inmigración (2003-2007).

Con la misma voluntad de participación política, Pilar Malla, en 1977, justo cuando se restauraba la Generalitat de Catalunya, fue la directora de Servicio de Asistencia Social de la Consejería de Sanidad y Asistencia Social del primer gobierno de la Generalitat provisional (1977-1980), una época repleta de innovación en las orientaciones y en la transformación de los servicios sociales. En los años siguientes asumió durante trece años la dirección de la Secretaría General de Cáritas Diocesana de Barcelona (1981-1993) y después, hasta 1998, su presidencia. Posteriormente, de 1999 a 2003, fue elegida diputada en el Parlament de Catalunya, asumiendo la presidencia de la Comisión de Política Social del Parlament, y unos años más tarde se convirtió en la primera defensora del Pueblo de la ciudad de Barcelona (2005-2010).

Participación y compromiso asociativo y colegiado

La participación en los órganos asociativos y colegiados de la profesión es una característica reiterada en todos los relatos. Todas las trabajadoras sociales entrevistadas han participado activamente en la vida asociativa o colegiada, y la

mayoría ha asumido cargos organizativos, primero en las asociaciones de asistentes sociales y, a partir del año 1982, en el Col·legi Oficial de Treball Social de Catalunya (COTSC). Así, los relatos muestran como Glòria Rubiol fue la primera presidenta de la Asociación de Asistentes Sociales de Barcelona (1967-73). Pilar Porcel fue elegida, en dos ocasiones, presidenta de la Asociación de Asistentes Sociales de Sabadell-Terrassa, concretamente en las juntas de los años 1978 y 1980. Pilar Massana, presidenta de la última Junta de la Asociación de Asistentes Sociales de Barcelona (1979-1983) y seguidamente vicepresidenta en la primera Junta de Gobierno del COTSC (1983-86). Rosa Barenys primero fue vocal de la Asociación de Asistentes Sociales de Barcelona y responsable del grupo de trabajo de barrio-comunidad (1969-1973) y, unos años más tarde, vicepresidenta del Col·legi (1991-95). Teresa Aragonès formó parte de la última Junta de la Asociación de Asistentes Sociales. Carme Tobella ha sido vicedecana del Col·legi para la Delegación de Lleida, Rosa M. Fernández, vicepresidenta del Col·legi (1986-89) y coordinadora del Grupo de Sanidad, y Núria Carrera, decana del COTSC durante dos períodos más recientes (2009-13 y 2013-17).

La participación colegial se extiende también a temas especializados. Teresa Rossell fue miembro constituyente del Comité de Ética del Col·legi durante ocho años y correctora del Código de Ética profesional de 1988. De la revista *RTS*, nacida en la Asociación de Asistentes Sociales de Barcelona en el año 1964, Francesca Masgoret y Glòria Rubiol fueron miembros fundadores, y posteriormente Montserrat Bacardit fue su directora durante dos períodos consecutivos (2006-10 y 2010-14); Teresa Aragonès fue miembro del Equipo de Redacción de la *RTS* durante ocho años seguidos, y Jose Fernández durante el período de 1977 a 1981.

Formación e investigación en Trabajo Social y servicios sociales

La participación de las catorce protagonistas en la formación y la investigación en Trabajo Social, y en servicios sociales, es numerosa y muy significativa. Todos los relatos dan fe de su participación en la formación de los futuros trabajadores sociales y en la formación de las profesionales, en las escuelas de Trabajo Social de Cataluña, o por todo el Estado, o en otras entidades, como por ejemplo el Instituto Catalán de la Salud, o si no en la formación de las prácticas de la carrera y en la supervisión. Por eso, es necesario destacar algunas aportaciones muy relevantes.

Mencionar la labor pionera de Montserrat Colomer, primero como profesora de la Escuela de Enseñanza Social de Barcelona y, unos años más tarde, siendo cofundadora y directora de la Escuela de Formación Social Torres i Bages de Manresa (1960-73), asimismo como por sus importantes aportaciones teóricas. Especialmente en la metodología del Trabajo Social comunitario y la creación y el desarrollo del “método básico de Trabajo Social”, un punto de inflexión decisivo en la formación y en la práctica profesional, que se incorporó con gran éxito en las escuelas de Trabajo Social por todo el Estado español.

Subrayar la cualificada y extensa labor en la formación, dirección e investigación de Teresa Rossell. Destacar especialmente la vasta y constante trayectoria en la formación de los futuros trabajadores sociales, y las profesionales, así como también la introducción en la docencia, del Trabajo Social de grupo y de la entrevista profesional. Señalar además su gestión institucional en la Escuela de Asistentes Sociales, primero adscrita y posteriormente integrada en la Universidad de Barcelona, asumiendo la dirección de la Escuela de Asistentes Sociales de la Universidad de Barcelona en dos amplios períodos (1985-98 y 2001-05) en los que se produjeron cambios importantes en los planes docentes, en la dependencia institucional y en la estructura organizativa de la escuela. Simultáneamente promovía la investigación y la creación de publicaciones especializadas. En su vertiente internacional ha desarrollado una amplia trayectoria asumiendo la presidencia del Grupo Europeo de Escuelas de Trabajo Social (1991-95).

Los relatos de Jose Fernández y Montserrat Bacardit hablan de su profunda dedicación a la formación, la gestión académica y la investigación. Jose Fernández ha sido la primera directora del Departamento de Trabajo Social y Servicios Sociales de la Enseñanza de Trabajo Social de la Universidad de Barcelona (2008), impulsora de la creación de GRITS, el primer espacio de investigación en Trabajo Social de la Universidad de Barcelona, iniciado en el año 2008, del que ha sido la investigadora principal, y que fue reconocido por la AGAUR en el año 2009. Montserrat Bacardit nos transmite las experiencias de su amplia trayectoria de profesora del área de Trabajo Social y servicios sociales, y seguidamente jefa de estudios durante diez años de la Escuela Universitaria de Trabajo Social de la Universidad de Barcelona, siendo elegida en tres períodos consecutivos de 1985 a 1995.

El ámbito de investigación ha sido también un interés importante para diversas protagonistas de los relatos. Especialmente para Jose Fernández, Teresa Rossell, Pilar Porcel, Glòria Rubiol y Montserrat Bacardit, autoras de investigaciones espe-

cíficas en Trabajo Social y servicios sociales, algunas pluridisciplinarias, que han revertido en artículos y libros, muy conocidos en el ámbito profesional, aportando nuevos conocimientos a la profesión y a la docencia. Este interés ha conducido a algunas entrevistadas a crear espacios específicos de investigación. De este modo, a principios de los años setenta, Glòria Rubiol y Francesca Masgoret fueron cofundadoras de GITS (Grupo de Investigación de Trabajo Social) constituido por diversas asistentes sociales, en el marco de la Universidad Autónoma de Barcelona en los años setenta (1973-78). En el año 1984 el equipo de dirección, juntamente con varios profesores, crearon el primer espacio de investigación de la Escuela de Trabajo Social de la Universidad de Barcelona, en el que se contaba con Teresa Rossell y Montserrat Bacardit. Actualmente las dos protagonistas de estos relatos son miembros constituyentes del Seminario Permanente de Historia del Trabajo Social en Cataluña del COTS de Cataluña, iniciado en el año 2015, y del que Glòria Rubiol es directora juntamente con Montserrat Feu.

En el cierre de este prólogo, quiero destacar que esta publicación conjunta de la Escuela de Trabajo Social de la Universidad de Barcelona y del Col·legi Oficial de Treball Social de Catalunya se inscribe, a partir de ahora, en el conjunto, actualmente en crecimiento pero todavía insuficiente, de obras de autores consolidados que en las últimas décadas se han interesado en averiguar y dar a conocer la perspectiva histórica del Trabajo Social y de los servicios sociales.

La investigación realizada es una obra atractiva para las lectoras y los lectores especializados e interesados en aspectos sociales, que aporta nuevos conocimientos para la formación de los trabajadores sociales y abre nuevas oportunidades de investigación, un desafío siempre pendiente, para profundizar determinados temas, o adentrarse en un perfil profesional concreto. Una puerta abierta que hoy en día presenta el mérito importante de ofrecer un rico caudal informativo recuperando magníficas experiencias profesionales que, en muchos aspectos, hasta ahora eran desconocidas. Unas extraordinarias vivencias, informaciones, opiniones y reflexiones que, estoy segura, interesarán vivamente a los lectores.

Cristina Rimbau i Andreu
Barcelona, noviembre de 2020

Agradecimientos

En primer lugar, queremos agradecer al Col·legi Oficial de Treball Social de Catalunya su confianza, su implicación y su apoyo a lo largo de todo el proceso, especialmente a la vicedecana primera, Sra. Marga Garcia, y a la gerente, Sra. Montse Grau. También al Seminario Permanente de Historia y a las integrantes de la Asesoría de Publicaciones No Periódicas, Montserrat Bacardit, Cristina Rimbau y Pepita Rodríguez, así como a Jaume Ferrández por su apoyo técnico.

En segundo lugar, a las estudiantes de Trabajo Social de la Universidad de Barcelona que han participado en el trabajo de campo de la investigación, como investigadoras en formación. Cada una de ellas ha elaborado el primer borrador de uno de los relatos.

Por último, a las trabajadoras sociales que han participado y que nos han permitido entrar en sus vidas a través de sus biografías. Forman parte de una generación de mujeres inquietas, comprometidas y activistas que han logrado que el Trabajo Social adquiriera más rigor, reconocimiento y respeto.

PRIMERA PARTE

Mujeres, cambio social y Trabajo Social

El proyecto catorce mujeres

Durante los últimos años, ha aumentado el interés por recuperar la historia individual y colectiva de las personas que forman parte de las que han sido consideradas como las generaciones del cambio. Este hecho se ha visto favorecido por varias causas. En primer lugar, porque la edad de dicha generación, cada vez más avanzada, provoca la percepción de que es necesario recoger sus voces. En segundo lugar, porque los últimos años han significado un cambio social brusco de grandes dimensiones que ha modelado un escenario social profundamente diferente del anterior, al que ya podemos comenzar a mirar con cierta perspectiva. En el caso particular del Trabajo Social, además, hay que mencionar otros hechos relevantes, como el paso de la diplomatura universitaria a los estudios de grado, así como el aumento de la diversidad y complejidad referidas tanto a las problemáticas sociales, como a las prácticas profesionales y a los servicios que intervienen en estas.

Escribir la historia de los últimos setenta años del Trabajo Social es un ejercicio de recuperación de la memoria histórica porque no se ha reconocido lo suficiente la labor de las personas que impulsaron la construcción del estado del bienestar en nuestro país. Y también porque hablar de estas profesionales¹ implica necesariamente hablar de la ciudadanía a la que acompañaron en momentos socialmente complejos. Nos referimos a las personas que llegaron a Cataluña buscando mejorar su vida, a las familias que sufrieron el paro generado a partir de la crisis del petróleo y también los y las que, gracias a los limitados ingresos procedentes de las pensiones, ayudaron a sus parientes más jóvenes, personas perjudicadas por la recesión económica iniciada en el año 2008.

La celebración de los cien años de la publicación de *Social Diagnosis*, el libro que Mary Richmond publicó en 1917, ha facilitado que se genere un clima favorable para recordar la historia de la profesión entre algunos miembros del profesorado que imparte docencia de Trabajo Social en la Universidad de Barcelona. En varias ocasiones, hemos compartido la idea que parece necesario aproximar la historia de la profesión a las estudiantes actuales, personas con vivencias que ya están muy alejadas de la experiencia del franquismo y de la Transición, y de todo lo que significó este período histórico desde el punto de vista del progreso social y político. Como dice Maribel Martín Estalayo (2018), “mirar con orgullo la historia del Trabajo Social en nuestro país y reconocernos en los hilos que nos sujetaron hasta el presente, es un comienzo y una caricia para consolidar una autoestima adecuada y necesaria ante los nuevos desafíos sociales” (p. 304).

Este trabajo es, inicialmente, una investigación colaborativa que se desarrolla en el contexto de la asignatura Investigación Aplicada a la Intervención en Trabajo Social, que se cursa en el tercer curso del grado de Trabajo Social de la Universidad de Barcelona. El proyecto consiste en la construcción de catorce relatos de vida de trabajadoras sociales que mayoritariamente se iniciaron profesionalmente durante los últimos años del franquismo y la transición. Un grupo de estudiantes² se adhirió voluntariamente al proyecto y el Col·legi Oficial de Treball

¹ Hasta el año 1981, se las llama asistentes sociales y, a partir de la incorporación de la disciplina en el ámbito universitario, en aquel año, pasan a ser trabajadoras sociales.

² El grupo de estudiantes estaba formado por Ariadna Balmisa, Paula Calvís, Mónica Capella, Mar Carbonell, Quar Cunill, Sheyla Coronel, Alba Falcón, Andrea Montero, Natalia Moreno, Laura Padreny, Gemma Pleixats, Josselyn Urdiales y M. Ángeles Villanueva.

Social de Catalunya enseguida mostró interés en la iniciativa aportando apoyo logístico, técnico y financiero para publicar el libro que tenéis en las manos.

Las protagonistas de los relatos compartieron sus fotos y recuerdos con las jóvenes estudiantes y con miembros del equipo del profesorado del grado de Trabajo Social de la Universidad de Barcelona, en el Palau de les Heures, edificio modernista y con jardín en el que se pudieron realizar las primeras entrevistas. La curiosidad mutua y el buen clima son los elementos que se pueden destacar de esa jornada, en la que también se explicó el proyecto y se aclararon algunas cuestiones preliminares.

En un segundo momento, las personas entrevistadas recibieron en sus domicilios a las estudiantes implicadas y validaron, por primera vez, el relato construido a partir del contenido de las entrevistas. Paralelamente, se creó un grupo de discusión con las profesionales participantes en la sede del Col·legi Oficial de Treball Social de Catalunya. Finalmente, ya sin la valiosa implicación de las estudiantes, se realizó una segunda validación y contraste del texto y, en algunos casos, hasta una tercera. El último paso del proceso de elaboración de los relatos fue la corrección de estilo de los textos.

La historia del Trabajo Social desarrollado en nuestro país ha sido objeto de otros muchos trabajos. En algunas ocasiones, se ha estudiado desde perspectivas sociológicas, haciendo hincapié en la caracterización social del colectivo (Estruch y Güell, 1976; Col·legi Oficial de Treball Social de Catalunya, 1997). En otras ocasiones, se ha descrito la evolución de la profesión, poniéndola en relación con el contexto social e histórico en el que se enmarcaban (Báñez, 2004; Barbero y Feu, 2009). Además, la historia de la profesión también se ha construido a partir de materiales escritos en primera persona que constituyen instrumentos de análisis muy potentes porque vinculan las trayectorias vitales individuales con los acontecimientos sociales que suceden a lo largo de la vida del protagonista (Colomer, 2006; Domènech, 2012; Domènech y Lladonosa, 2018). Nuestro trabajo forma parte de este último grupo y tiene la particularidad de mostrar un conjunto de biografías cruzadas. La coincidencia en los escenarios sociales y profesionales permite sucesivas aproximaciones a los hechos y a las experiencias que se describen, configurando una perspectiva coral con una gran cantidad de miradas, matices y detalles (Pujadas, 1992).

Hemos considerado conveniente adjuntar un gráfico que relaciona las catorce trayectorias de vida con los acontecimientos que han sido señalados por las protagonistas, debido a su relevancia profesional, social o política. Las personas lectoras que así lo deseen, pueden usar este instrumento como una cartografía. Un mapa que contextualiza y conecta las biografías de las protagonistas.

La publicación se inicia con esta introducción. A continuación, se presenta una primera parte llamada "Mujeres, cambio social y Trabajo Social" que desea explicar el contexto social e histórico en el que se han desarrollado las profesionales protagonistas. En la segunda parte, se exponen los catorce relatos realizados a partir de entrevistas llevadas a cabo a lo largo del curso 17-18.

Quedan fuera muchísimas otras profesionales. No ha sido nunca la pretensión del equipo investigador, ni del Col·legi, llegar a todas las personas que han contribuido a la evolución de la profesión durante todos estos años. Las personas que han participado han sido seleccionadas siguiendo criterios de proximidad y de oportunidad y lo que nos dicen quizá no es aplicable a toda la profesión, pero es indudable que las catorce mujeres son testimonios privilegiados. Sus posiciones laborales, políticas, académicas o sociales las hacen conocedoras en profundidad de la época de la que habla el trabajo y este factor, desde nuestro punto de vista, explica y justifica la inclusión. El hecho que diez de las catorce protagonistas hayan sido reconocidas con la Medalla de Oro del colegio profesional es una prueba de su relevancia en el ámbito profesional y de su proyección pública.

Los resultados de la investigación van más allá de esta publicación. Disponemos de material audiovisual generado a lo largo de todo el proceso que será publicado en forma de vídeos breves que serán almacenados en la página web de la Escuela de Trabajo Social de la Universidad de Barcelona.

En un futuro cercano, nos gustaría ampliar el proyecto con las trayectorias de vida de otros profesionales relevantes en la historia del Trabajo Social en Cataluña para ponerlas a disposición de la profesión. Forma parte de un patrimonio inmaterial que debemos recoger y salvaguardar con un doble objetivo: reconocer lo que se ha hecho y mostrárselo a las generaciones más jóvenes.

La cuestión del género

El principio de individualidad implica que con los mismos condicionantes sociales e históricos pueden coexistir vivencias muy diferentes, pero se puede afirmar que el régimen autocrático impuesto después de la Guerra Civil condenaba a las mujeres a posiciones de gran subalternidad (Gallego, 1983). Con Franco, la mayor parte de las mujeres vivían peor que los hombres porque la dictadura las obligaba a evitar el espacio público confinándolas al terreno doméstico. Este hecho significaba un retroceso respecto a las políticas llevadas a cabo durante el breve período republicano (Rimbau, 1994) y una vergonzosa diferencia respecto a lo que sucedía en esos momentos en la gran mayoría de los países de nuestro entorno.

La represión ejercida contra las mujeres se llevaba a cabo desde múltiples frentes. Ideológicamente, el franquismo imponía un modelo de feminidad según el cual el cuidado de la familia y el mantenimiento del hogar eran el único horizonte posible (Moliner, 1998; Nicolás, 2005; Manrique, 2007). Las leyes prohibían el acceso de la mujer a determinadas profesiones y se las apartaba del trabajo remunerado cuando se casaban, provocando una grave discriminación laboral y económica. Esta situación no era solo un prejuicio en aquel momento, sino que también condicionaba su futuro en términos de bienestar porque les impedía el futuro acceso a ahorros o pensiones.

La violencia machista, el menosprecio hacia las mujeres que ejercían roles de género no normativos y la desigualdad eran solo algunas de las barreras que caracterizaban el momento en que nacieron y el período en el que alcanzaron la edad adulta las personas que nos han abierto sus vidas (Osborne, 2012). Además, las mujeres que desafiaban las expectativas que correspondían a su género eran marginadas, invisibilizadas y castigadas, tal y como muestra la trabajadora social Mati Albarracín en su aportación al libro *Mujeres bajo sospecha* (2012).

Respecto a esta cuestión, Pilar Massana indica cómo la entrada a la profesión del Trabajo Social fue una oportunidad de realización y de emancipación para muchas mujeres:

«Hay una serie de mujeres con inquietudes que estaban condenadas a ir a coser, o ir a escribir a máquina, a las que la oferta de la escuela [de

Trabajo Social] les abrió unos horizontes y dijeron: “ahora voy a hacer otra cosa y seré mucho más libre”» (Pilar Massana)

Estos procesos de crecimiento personal no estaban exentos de tensiones. Francesca Masgoret narra cómo se vivió en su casa la decisión de ir a Israel en compañía de otras mujeres para conocer en profundidad experiencias de Trabajo Social en las que inspirarse para la creación y el desarrollo de modelos de atención social:

«En 1961, fui a Israel con dos compañeras (...). Recuerdo que nuestros padres se enfadaron mucho, porque creían que tres chicas viajando solas por Oriente no era seguro y pensaban que acabaríamos secuestradas o que tendríamos muchos problemas. Cogimos un barco de carga y pasaje y nos llevó a Estambul y desde allí, otro barco que nos condujo a Israel».
(Francesca Masgoret)

Las protagonistas de nuestros relatos no solo describen la evolución de sus propias trayectorias vitales en términos de ruptura con los roles tradicionales de género, sino que también narran como facilitaron procesos similares en mujeres con las que trabajaban. Carme Tobella explica la dificultad que había en el hecho de que estas mujeres accedieran a pedir a otras personas de su entorno más inmediato que se hicieran cargo de esas labores que ellas no podían hacer por incompatibilidad con sus obligaciones laborales:

«Yo recuerdo que una de las cosas que me proporcionaron más satisfacción haciendo Trabajo Social fue ver mujeres que se liberaban. Esto es una de las cosas que más me han gustado de todo lo que he hecho. Recuerdo perfectamente las señoras del barrio que me decían: “Bueno, y mi marido ¿cómo cenará?”. Y les respondía: “Pues se lo dejas preparado”. Me volvían a decir: “No, es que no me deja”. “¿Cómo que no te deja?”».
(Carme Tobella)



**Foto 1. Campaña de sensibilización: la vida cotidiana de las mujeres.
Mercado de la Boquería. Barcelona. (1986)**

Foto cedida por Francesca Masgoret

En el año 1976, los sociólogos Joan Estruch y Antonio Güell publicaron el estudio *Sociología de una profesión: los asistentes sociales*. Como explícitamente indica su título, el libro retrata la situación de la profesión en aquel momento. Más de veinte años después, en 1997, el Col·legi Oficial de Diplomats en Treball Social i

Assistents Socials de Catalunya publicó el libro *Los diplomados en Trabajo Social y asistentes sociales de Cataluña: Situación, perfil y expectativas*.

Las personas participantes en la investigación tenían entre 25 y 45 años en el momento en el que se realizó el primer estudio y tenían veinte años más cuando se publicó el segundo. Las diferencias entre las dos investigaciones pueden considerarse indicadores que sugieren el trayecto recorrido por la profesión en un período en el que las mujeres protagonistas de los relatos maduraban personal, profesional y políticamente.

En el año 1976, el porcentaje de trabajadoras sociales de sexo femenino superaba el 99 %. La presencia de hombres en la profesión solo representaba el 0,3 % (Güell y Estruch, 1976: 57). Veinte años después la situación parece que no ha cambiado demasiado: el porcentaje de mujeres colegiadas era del 95 % (Col·legi Oficial de Diplomats en Treball Social i Assistents Socials, 1997: 31). Entre 1976 y 1997 cambia sensiblemente la situación civil o familiar del conjunto: el porcentaje de profesionales que dicen estar solteras disminuye del 54 % al 38 %.

Tabla 1. Comparativa de género y estado civil de las y los profesionales. 1976-97

	1976	1997
Mujeres	> 99 %	> 95 %
No casadas	54 %	38 %

Fuente: *Elaboración propia a partir de Güell y Estruch (1976) y Col·legi Oficial de Diplomats en Treball Social i Assistents Socials de Catalunya (1997)*

El segundo estudio explica estos cambios a partir de la evolución social que afecta a toda la ciudadanía. Lo que habría pasado es que la profesión habría logrado un mayor nivel de normalización, distanciándose de un modelo en el que la acción social se asimilaba a actividades de tipo apostólico.

El Trabajo Social ha sido, es y será, como mínimo en un futuro inmediato, una actividad feminizada, como describe Tomasa Báñez (2004). La reproducción, que incluye el conjunto de actividades que posibilitan la existencia y la pervivencia de los seres humanos, es una función socialmente adjudicada a las mujeres

y, por ende, las personas que se desarrollan profesionalmente en puestos de trabajo con funciones de cuidado, como el propio Trabajo Social, son mayoritariamente mujeres. Esto provocó que muchas familias facilitaran que sus hijas empezaran la carrera de Trabajo Social. Como señalaba Teresa Rossell cuando recuerda cómo orientaba a las personas que se acercaban a la escuela para pedir información, los estudios de Trabajo Social se percibían como útiles para las mujeres. Independientemente de si finalmente llegaban a ejercer la profesión:

«Las estudiantes venían a la escuela con sus padres y todas eran chicas. Entonces, los padres me preguntaban: “Mira mi hija quiere estudiar ‘esto’ que no sabemos exactamente qué es ni para qué sirve”. Mi función era acoger y explicar el funcionamiento de la escuela y las materias del programa que se estudiaba. Hay que volver a remarcar que, en aquella época, a los padres no les interesaba demasiado que las mujeres estudiaran ni que trabajaran. Yo siempre les decía: “el Trabajo Social es una carrera en la que, si su hija no trabaja, da igual porque le sirve para ella misma y es una carrera que sirve para muchas cosas” y todos quedaban entusiasmados». (Teresa Rossell)

Montserrat Colomer expresa esta idea comentando el carácter vocacional que tenían los estudios cuando ella los cursó:

«[la formación] se centraba en la formación personal y no en el ejercicio profesional. Se obtenía un diploma que certificaba el curso de Auxiliar Social pero, al mismo tiempo, este no tenía validez académica. En aquellos tiempos, no se le daba un valor académico porque se consideraba que la profesión era una vocación. (...) Aunque constara de dos cursos en los que había teoría y práctica y un tercer curso para realizar la tesina». (Montserrat Colomer)

Respecto a la cuestión del género, las personas participantes también hablan del papel de los hombres en la profesión en los albores del período democrático:

«Transformamos lo que era beneficencia en Servicios Sociales en el momento en que los departamentos empezaron a tener presupuesto y funcionarios, porque la mayoría de las trabajadoras sociales éramos mujeres. Hubo algunos señores que se interesaron en este departamento y al cabo de unos años, el Departamento de Trabajo Social pasó de estar

en manos de las mujeres a estar en manos de hombres. ¡Es un tema curioso!». (Rosa Barenys)

Las agentes de cambio

Los valores ideológicos que inspiraron a las protagonistas eran de tipo progresista, muy alejados del franquismo y emparentados con el catolicismo social o con los principios socialdemócratas. La participación de la ciudadanía, la intervención para disminuir las desigualdades, la consideración de las estructuras sociales como origen de muchos malestares eran elementos que de forma clara significaban una ruptura respecto a la acción social del régimen. Pero no solo afectaba a sus marcos ideológicos, el cambio también era la oportunidad que necesitaba la profesión para modernizar sus marcos teóricos y sus contenidos técnicos metodológicos. También, se tenían que enfatizar cuestiones como la calidad, la eficiencia, la organización, las condiciones de trabajo, la profesionalización y la asignación de recursos de forma no arbitraria o graciable.

Glòria Rubiol, haciendo referencia a la necesidad de racionalizar la oferta de servicios, comenta que:

«Y también [era necesario encontrar] la manera de articular y coordinar lo que hacían los servicios privados, porque está claro que lo que pasaba en aquel momento era que en los diferentes ámbitos no había ni una coordinación ni una planificación». (Glòria Rubiol)

Los relatos dejan patente que había una clara voluntad de cambio respecto a la acción social que se realizaba con anterioridad a la democracia, que la llevaba a cabo la Iglesia católica y la Sección Femenina, que también formaban a mujeres para que hicieran acción social. Montserrat Colomer (2006) explica como las labores realizadas en la Sección Femenina fueron consideradas como prácticas en su formación de asistentes sociales:³

³ Entre los años 1967-70 las prácticas ya se empezaron a realizar en servicios sociales diversos.

«La primera tarea que hice para cumplir este servicio fue ir a un *hogar infantil* de la Falange situado en una torre en la falda del Tibidabo (...). Esta fue una amarga experiencia. Había una directora muy rígida y de espíritu militar que, para que los niños creyeran, les decía que cualquier travesura típica de un niño con carencias era “pecado mortal”». (p. 30-31)

La comparación entre el estudio de Güell y Estruch (1976) y el que llevó a cabo el colegio profesional catalán (1997), por lo que respecta al posicionamiento ideológico de las profesionales, presenta la dificultad de que el primero no preguntaba explícitamente sobre las tendencias políticas de las profesionales participantes. Pero algunos de los datos recogidos permiten profundizar en este tema. Por ejemplo: cuando las participantes definen lo que es para ellas el Trabajo Social, los autores del trabajo elaboran una clasificación de respuestas que se pueden agrupar en función de si representan una mirada transformadora o más bien representan posiciones favorables al mantenimiento del statu quo y, por lo tanto, corresponden a visiones más tradicionales. Así, un 38 % de las personas que responden definen el Trabajo Social desde perspectivas críticas, mientras que el 26,7 % hablan de un Trabajo Social más conservador o «integracionista», usando el lenguaje de los sociólogos responsables del estudio. El resto de los participantes se repartirían entre las personas que no contestan, que son un 29,7 %, y las que responden de forma que no resulta posible ubicarlas en un grupo o en el otro, un 5,3 % (Estruch y Güell, 1976: 157).

En el año 1997 sí que se les pidió información a las personas en relación con sus posiciones ideológicas. Concretamente, se les preguntó cuál había sido la opción política votada en las últimas elecciones generales legislativas del año 1993. Un 30 % de las personas entrevistadas había votado Iniciativa per Catalunya, un 25,5 % había votado el Partit Socialista de Catalunya, un 22,5 % Convergència i Unió, un 16,9 % se había abstenido, un 1,3 % votó a Esquerra Republicana de Catalunya mientras que un 1,8 % votó al Partido Popular (Col·legi Oficial de Diplomats en Treball Social i Assistents Socials, 1997: 34).

Así pues, vemos que entre un estudio y el otro, ha habido un importante incremento de personas que se enmarcan en posicionamientos de izquierdas, que ha pasado del 38 % al 56 %. Este cambio es paralelo a una ligera disminución de las personas que se identifican con planteamientos conservadores, que pasan

del 26 % al 24 % y, sobre todo, una importante disminución de las personas que no se posicionan, que pasarían del 29 % al 17 %.

Tabla 2. Comparativa posición ideológica de las y los profesionales 1976-97

	1976	1997
Izquierdas	38 %	56 %
Derechas	26 %	24 %
No se posicionan	29 %	17 %

Fuente: Elaboración propia a partir de Güell y Estruch (1976) y Col·legi Oficial de Treball Social de Catalunya (1997)

Respecto a estas cuestiones, si hacemos un análisis de los resultados que relacionan perfil sociodemográfico con posicionamiento ideológico, el estudio del año 1997 concluye que se podían dibujar tres grupos de profesionales: uno formado por mujeres mayores de 50 años, mayoritariamente solteras, católicas practicantes y votantes de *Convergència i Unió*. Un segundo grupo de entre 30 y 50 años que viven en pareja, que vota mayoritariamente al PSC y que mayoritariamente se declara persona atea o agnóstica, y un tercer grupo, del que forman parte las personas más jóvenes, que tiene menos de 30 años, que convive con sus padres, vota mayoritariamente *Iniciativa per Catalunya Verds* y se define como católico (Col·legi Oficial de Diplomats en Treball Social i Assistents Socials, 1997: 37).

Las personas protagonistas de esta publicación tienen entre 40 y 60 años en el momento en el que se realizó la encuesta. Siguiendo el estudio del año 1997 formarían parte de los dos primeros grupos por lo que respecta a la edad. Si tenemos presente que a lo largo de las entrevistas la mayor parte de ellas se han identificado con posicionamientos de izquierdas, se podría decir que las entrevistadas de más edad son gente con planteamientos más progresistas que la mayor parte de las profesionales de su edad en aquel momento y que las más jóvenes corresponden al perfil mayoritario de su franja de edad.



Foto 2. Protesta estudiantil con motivo de la reválida.

Foto cedida por Jose Fernández

La profesión había decidido hacer otro tipo de Trabajo Social. De la mano de Ezequiel Ander Egg (1986) en Argentina, y en línea con lo que había pasado en otros territorios, como los Estados Unidos con Saul Alinski (1972) o el Reino Unido, con Roy Bailey y Mike Brake (1975), llegó a nuestro país el movimiento conocido como la *reconceptualización* o el Trabajo Social radical. Pasábamos a ser agentes de cambio:

«Éramos agentes de cambio en un momento en el que todavía no había llegado la democracia. Era un concepto que venía mucho de Latinoamericana. Todas salimos convencidas. Yo tenía unos amigos que estaban afiliados a los partidos políticos y se reían porque, claro, “los agentes de cambio” tenían que ser los comunistas. Pero nosotras nos lo creíamos e íbamos por los barrios pensando que podíamos ayudar a llevar a cabo una transformación social, de la comunidad, de la sociedad». (Rosa Barenys)

El intercambio con Latinoamérica, con la realidad de otros países y con colegas del resto de España fueron factores que robustecieron y propiciaron nuevos planteamientos:

«Con el golpe de estado de Pinochet en Chile migró mucha gente, de Uruguay, de Argentina hacia aquí, porque tenían dictaduras muy fuertes y con toda esta gente vinieron muchos psiquiatras, pero también gente vinculada al Trabajo Social. No digo que trajeran esta idea de agentes de cambio, pero esta idea venía bastante de la mentalidad de la Latinoamérica progresista, digámoslo así». (Pilar Massana)

Las jornadas y los congresos eran espacios en los que el intercambio de compañeras de otros territorios era fundamental. Maribel Martín Estalayo, en su artículo «El orgullo en Trabajo Social: Mujer, poder, conocimiento y profesión» (2018), hace una excelente descripción de lo que significó, desde el punto de vista del posicionamiento de la profesión en relación con varias cuestiones sociales, las III Jornadas Nacionales de Asistentes Sociales, celebradas en Pamplona en el año 1977. La participación en estos eventos permitía la adopción de compromisos colectivos, tanto en el ámbito de la misma profesión como en relación con la mejora social:

«Este movimiento no sé si ha estado escrito y recogido, pero es muy importante. O sea, que igual te veías con la de la Coruña, con la de Andalucía, con la de Zaragoza». (Rosa Barenys)

«La oportunidad histórica fue que hubo un profesional que dijo: "Hom-bre, se necesita un modelo si somos 'agentes de cambio', hay que ver de qué manera lo hacemos; ¿no?". Y paralelamente, las de España también lo hicieron». (Glòria Rubiol)

Las entrevistadas recuerdan situaciones que muestran una acción profesional comprometida con la conquista de libertades y derechos sociales. Así, en la misma entrevista recuerda como Rosa Romeu pasó algunos días retenida en la comisaría de policía tras descubrirse que guardaba documentación comprometida de personas con las que estaba trabajando:

«Como ejemplo de persona que en aquella época fue, no a la prisión, pero que estuvo bastantes días en la Prefectura de Policía, en la avenida

de Via Laietana, es Rosa Romeu, porque tenía papeles clandestinos en casa, que ella guardaba porque eran de gente del barrio. Como era más peligroso que los tuvieran la gente del barrio donde ella trabajaba, se los había llevado a su casa e hicieron un registro y la mandaron a la Jefatura». (Glòria Rubiol)

Pilar Porcel apunta que el compromiso político de la profesión ha perdido peso en el inicio del siglo xxi. Según su testimonio, la cantidad de profesionales con cargo de diputadas y diputados actualmente es muy bajo:

«A partir de los últimos diez años, las profesionales no se interesan por la política. Tendrán sus ideas, pero es otra historia. ¿Cuántos diputados o diputadas hay en el Parlament de Catalunya que sean trabajadores sociales hoy?». (Pilar Porcel)

Los condicionantes históricos⁴

Se puede decir que la historia de la profesión ha seguido un itinerario ascendente en cuanto a reconocimiento, que se ha producido en paralelo a muchas conquistas sociales y políticas. Las trayectorias de vida que se relatan en esta publicación atraviesan todas estas etapas y se vinculan con algunos acontecimientos clave en la historia de la profesión.

Las catorce personas participantes nacieron entre los años 1922 y 1952. Eso significa que en el año 2020 cumplen entre 68 y 98 años, con una media de edad de 80 años. Se trata de un intervalo muy amplio que incluye, en el grupo de las mayores, dos personas nacidas antes del inicio de la Guerra Civil española y, en el grupo de las más jóvenes, dos personas nacidas después del año 1950. Por lo tanto, el contexto histórico en el que estas personas han iniciado y desarrollado sus carreras profesionales corresponden al franquismo, la Transición y las primeras décadas de la época democrática.

⁴ La cartografía que acompaña este libro detalla y amplía de forma gráfica el contenido de este punto.

Las participantes de más edad cumplieron entre 80 y 98 años en 2020. Nacieron antes del final de la Guerra Civil o poco después de iniciarse la etapa franquista. Tienen unos 25 años cuando en 1955 en España se inaugura la primera planta de producción de la SEAT. Franco muere en 1975, cuando tienen unos 45 años, tienen poco más de 50 años cuando en 1982 se celebra el campeonato mundial de fútbol en España y unos 60 cuando en Barcelona, en 1992, se viven los Juegos Olímpicos. El euro llega en 2002, cuando tienen alrededor de 70 años.

Por su parte, las participantes jóvenes, que en 2020 cumplieron entre 65 y 78 años, tienen unos 20 años cuando se inicia la década de los sesenta, que es el momento en el que se oficializan los primeros estudios de asistencia social. Cumplen los 40 años poco después de la primera victoria en Cataluña de Convergència i Unió, en 1980, y en España del Partido Socialista Obrero Español, en 1982, y poco después viven la incorporación del país a la OTAN: en 1986. En 1995, cuando tienen alrededor de 50 años, viven la entrada del Partido Popular en el gobierno estatal. Más o menos con 60 años son testigos del retorno del gobierno socialista al Estado, en 2004, y del inicio del gobierno tripartito en Cataluña, en 2003. La gran crisis económica de 2008 sucede cuando empiezan a llegar a la edad de la jubilación y cumplen 70 años cuando la candidatura independentista Junts pel Sí gana las elecciones catalanas, en 2015, y dos años más cuando se celebra el referéndum de autodeterminación.

Cuando se ponen en relación los ciclos de vida de estas personas con acontecimientos que marcan puntos de inflexión en el tratamiento de ciertas cuestiones sociales, se puede inferir que las protagonistas de los relatos han podido formar parte de un modo u otro de los movimientos sociales que han transformado la realidad del país. Las de más edad tenían unos 35 años cuando en 1977 se aprobó la existencia de los sindicatos de clase, y las más jóvenes, unos 25 años. Tenían entre 25 y 40 años cuando en 1981 se legalizó el divorcio y cuatro años más cuando fue posible que las mujeres pudieran abortar si se cumplía con determinados supuestos. En 1994, tenían entre 40 y 55 años, cuando se produjo la acampada en favor de destinar el 0,7 del producto interior bruto (PIB) español para mejorar la situación de los países en vías de desarrollo. Unos diez años más tarde, cuando tenían entre 50 y 65 años, tuvo lugar la primera gran manifestación por la paz y en contra de la participación del Estado español en la guerra de Irak y poco después se legalizaba el matrimonio entre personas del mismo sexo. El movimiento del 15 M, originado por los recortes sociales que se

pusieron en marcha a partir de la crisis económica, llegó cuando tenían entre 55 y 70 años, y un año después se vivió la primera manifestación multitudinaria en contra de la sentencia que modificaba el contenido del Estatuto de Cataluña, que habían refrenado tanto la ciudadanía catalana como el congreso estatal.

Hablamos de un grupo de personas que han ocupado posiciones de poder en los ámbitos profesional, social y político, de modo que hay que considerar que muchos de los cambios producidos han sido promovidos por estas mismas mujeres o por otras compañeras o compañeros de generación. Nuestras protagonistas han participado de forma activa en los movimientos sociales que han ocurrido a lo largo de su biografía.

La evolución de la profesión

Pero más allá de la coincidencia y de la participación activa en acontecimientos sociales concretos, las profesionales escogidas han contribuido a modernizar la práctica de la profesión de forma decisiva, liderando algunos de los debates más relevantes desde el punto de vista de los efectos producidos y construyendo un estado del bienestar incipiente que tenía que ofrecer respuestas a una gran cantidad de situaciones de desigualdad y malestar social.

El quehacer diario, la cotidianidad en despachos, barrios y organizaciones ha cambiado muchísimo porque las nuevas realidades sociales exigen maneras de hacer más rigurosas, menos arbitrarias, con una mayor fundamentación teórica, más preocupación por la calidad y por la participación de la ciudadanía. Todas estas innovaciones se han ido cocinando de manera lenta, pero progresivamente y sin pararse.

Tomasa Báñez (2004) describe la evolución histórica de la profesión identificando tres fases:⁵ la primera fase, que la autora denomina *Los primeros pasos* comienza en la década de los cincuenta, que es cuando se crean muchas escuelas de Trabajo Social y termina en 1966, que es cuando se reconocen los estudios

⁵ La clasificación de Tomasa Báñez no incluye la acción social desarrollada anteriormente a la dictadura, que ha sido un período estudiado y descrito por Cristina Rimbau (1985).

oficiales de Trabajo Social. Se trata de una época en la que hay un gran protagonismo de la Iglesia, que adopta los postulados nacionalcatólicos.

Para Martín Estalayo (2018) este es el momento en el que el Trabajo Social se concibe como un arte, entendiendo que el arte no es únicamente una habilidad sostenida en la experiencia, sino que también incluye conocer la finalidad de la práctica.



Foto 3. Montserrat Colomer y otras profesionales realizando una sesión de trabajo en los barrios de Barcelona

Foto cedida por Montserrat Colomer

En este período se buscan modelos profesionales y, dado el escaso desarrollo disciplinario y profesional, lo que pasa fuera de nuestro país se convierte en el referente que sirve de inspiración. La tabla siguiente muestra los viajes y las experiencias que se realizan con este objetivo por parte de las profesionales entrevistadas.

Tabla 3. Experiencias en el extranjero

	Lugar	Período	Experiencias internacionales
Pilar Malla	Francia	1957-68	Inmigrantes españoles y servicios sociales en París
Francesca Masgoret	Israel	1961	Servicios sociales y organización comunitaria
	Inglaterra	Se desconoce	Servicios sociales
	Suecia	Se desconoce	Servicios sociales
Rosa Barenys	Israel	1961	Servicios sociales y organización comunitaria
	Inglaterra	Década 1980	Servicios sociales
Glòria Rubiol	Israel	1961 (de septiembre a diciembre)	Servicios sociales y organización comunitaria
	EUA	1963-64	Beca Fulbright: Máster en Trabajo Social. Graduate School of Social Work. Denver. Seminario sobre "Trabajo Social y delincuencia juvenil". Columbia University School of Social Work. Nueva York
	RU	1967	Programa Europeo de Desarrollo Social: Trabajo Social en hospitales y servicios de salud. Londres
	EUA	1968	Curso sobre "Investigación en el Trabajo Social". National Catholic School of Social Service. Washington DC
Jose Fernández	RU	1971	Formación en la Tavistock Clinic y otros servicios en Londres
	EUA	1973-74	Beca Fulbright: Conocimiento de las políticas sociales y de los servicios sociales y trabajadora social en el hospital Mount Sinai, en Chicago
Carne Tobella	Italia	Década 1980	Proyecto Hombre y otros servicios de reinserción social
Rosa Fernández	EUA	Entre 1982 y 1988	Conocimiento de los servicios sociales y sanitarios en Texas
	París	1965-68	Coordinación sociosanitaria y hospitalización diurna
Teresa Rossell	RU	1984	Conocimiento de los servicios sociales británicos a través de beca otorgada por el British Council
Pilar Massana	Nicaragua	1985	Conocimiento de los servicios sociales para sensibilizar sobre la cooperación al desarrollo y cultura de la paz

Fuente: Elaboración propia a partir de los relatos de vida.

Pilar Malla explica su experiencia en Francia trabajando con familias españolas refugiadas en entornos socialmente desfavorecidos y realizando una labor que las autoridades españolas tardaron en reconocer:

«Después de mi etapa formativa, me enteré de que la embajada de España pedía una asistente social y una enfermera para ir a trabajar a Francia en 1957 con los emigrantes españoles, concretamente en la Misión Española en París, en el barrio Le Plaine Saint Denis. Se conocía como la Petite Espagne porque estaba lleno de emigrantes y refugiados políticos españoles. Cuando llegué, nos dijeron que no cobraríamos nada, pero decidí hacer lo que hacían todas las españolas en Francia, trabajar como doméstica, no quería regresar a casa tan pronto». (Pilar Malla)

Rosa Barenys explica como Glòria Rubiol, a mitad de los años sesenta, aprovechó su estancia en Washington para conocer el funcionamiento de los servicios sociales haciendo que esta experiencia revirtiera en el diseño de lo que se estaba implementando en Cataluña:

«Glòria no vivía en Barcelona, estaba en Washington con su marido. Tuvo la oportunidad de remover bibliotecas, papeles, viajar... Y de repente se nos presenta aquí, con una estructura de modelo. Está claro, no teníamos nada, os acordáis, ¿no?». (Rosa Barenys)

El Trabajo Social sanitario ya contaba con una fuerte tradición fuera de nuestro país. Tenía como antecedentes la tarea realizada en Inglaterra por las *lady almoners* que se había desarrollado gracias al impulso de personas como Charles Stewart Loch (1875-1914), secretario de la Sociedad de Organización de la Caridad,⁶ que promovió la presencia de Trabajo Social en los hospitales de Inglaterra y, sobre todo, el Dr. Richard Clarke Cabot (1868-1939), promotor de la presencia generalizada de trabajadoras sociales sanitarias en los hospitales de los Estados Unidos (Miranda, 2004). El Trabajo Social sanitario cuenta con grandes aportaciones en Cataluña, entre las que hay que destacar las de Pilar Porcel (2008) y Dolors Colom (1993, 2000, 2008), y en el Estado español, las de Amaya

⁶ COS en inglés.

Iruarte (2002) y Jose Fernández, en los años setenta, que tuvo la oportunidad de conocer el Trabajo Social sanitario que se realizaba en Chicago:

«En Chicago, estuve en un hospital como trabajadora social y pude realizar trabajo hospitalario con personas en diálisis. Además de poder trabajar con un grupo con personas en diálisis, también trabajé con adolescentes y sus familias. El trabajo fue muy importante para mí, porque marcó mucho mi trayectoria profesional». (Jose Fernández)



Foto 4. Intercambio profesional en Chicago (1973)

Foto cedida por Jose Fernández

En una línea similar, Montserrat Bacardit explica de qué manera el conocimiento de la realidad de algunos países europeos contribuyó a diseñar y organizar servicios como los de atención domiciliaria o residencial:

«Cuando quisimos inventar u organizar los servicios a domicilio, fuimos a Francia y también cuando organizamos residencias y servicios para

gente mayor nos fuimos a Inglaterra. Quiero decir que no inventábamos nada. Tampoco copiábamos, pero nos nutríamos de la gente que tenía experiencias». (Montse Bacardit)

Durante los años cincuenta, algunas trabajadoras sociales fueron contratadas por centros hospitalarios siguiendo el modelo de otros países en los que el Trabajo Social contaba con cierta tradición:

«En los años cincuenta empezó a haber algún trabajador social en el Hospital Clínico, pero dependiendo de una cátedra, es decir, que todavía no dependía del hospital (...). Entonces, en los años sesenta hay, tengo más en la cabeza Barcelona, pero bien... Sabadell y Terrassa también. En el 66, 67 y 68 empieza a haber en Sant Pau, Sant Joan de Déu, uno en Sabadell, uno en Terrassa, en Manresa no me acuerdo. La preocupación de los trabajadores sociales que comienzan es que el resto del personal del hospital entienda qué es lo que tiene que hacer el trabajador social». (Glòria Rubiol)

En la misma época, la llegada de un gran número de personas migrantes procedentes de otros territorios del Estado había provocado asentamientos urbanos sin condiciones de habitabilidad como los del Somorrostro o el Camp de la Bota, Horta, Montjuïc o la Perona⁷ (Doménech, 2018). El barraquismo y la marginación fueron objeto de trabajo por parte de algunas de las personas participantes:

«De los años sesenta, de los comienzos de los setenta, estamos hablando de la llegada masiva de inmigración en Cataluña que se instaló en las periferias de las ciudades grandes e industriales y, por lo tanto, a las trabajadoras sociales se las contrata mayoritariamente por Cáritas Diocesana para ir a hacer un servicio en esos barrios, para ir a atender a gente, para ir a realizar promoción social, lo que se pudiera hacer en cada lugar». (Pilar Massana)

⁷ En el año 2010 se realizó el documental «Barracas: la ciudad olvidada», que se emitió por la televisión pública catalana y se convirtió, posteriormente, en una producción dirigida a las salas de cine. Este documento muestra la situación descrita por las participantes. Se puede consultar en <https://www.cma.cat/tv3/alcanta/urbanisme-a-barcelona/barraques-la-ciutat-oblidada/coleccion/2850/2333059/>



Foto 5. Visita a domicilio realizada por Montserrat Colomer

Foto cedida por Montserrat Colomer

Por su parte, Teresa Aragonès vivió esta misma situación realizando labores de voluntariado como estudiante en un centro privado:

«Estudí en un colegio de monjas llamado las Madronas, situado delante de mi casa, en Fontana, en la calle Gran de Gràcia. Allí, participaba en el orfeón, íbamos a las barracas los domingos y los sábados, situadas en la parte de Montjuïc y en el Carmel, hacíamos la acción social, tal y como se le llamaba en aquel momento». (Teresa Aragonès)

Y Rosa Fernández explica la misma experiencia diciendo que a partir de esta se adquiere inquietud por el ámbito social:

«Mi motivación fue siempre la de ayudar a la persona. Yo creo que esta motivación, en gran parte, vino por haber vivido esta primera parte en

Somorrostro, allí empecé a vivir y a rebelarme contra la injusticia social, la indefensión de esas personas, la poca ayuda que tenían y los prejuicios». (Rosa Fernández)

La segunda fase, que Báñez denomina *El período en el que la profesión se tecnifica y se diversifica*, sucede entre el año 1966 y el año 1981, que es el momento en el que los estudios de Trabajo Social pasan a ser reconocidos como enseñanza universitaria, concretamente como una diplomatura. Durante este período, nacen los ayuntamientos democráticos después de la dictadura y empieza el despliegue competencial que les atribuye responsabilidades en el terreno del bienestar social. Maribel Martín Estalayo (2018) identifica este período como el momento de *crisis y transición hacia el conocimiento científico*: se consolidan técnicas, métodos y procedimientos y se definen ámbitos de intervención, problemáticas, colectivos y funciones profesionales.



Foto 6. Recuento de votos en el proceso electoral en colegio profesional de Trabajo Social (1967)

Foto cedida por Glòria Rubiol

Las participantes destacan la implicación política de muchas profesionales, así como la llegada al poder municipal de grupos políticos progresistas:

«Piensa que en el 79 se produjo un cambio muy importante en los ayuntamientos porque pasaron de unos alcaldes franquistas a unos alcaldes democráticos, es decir, elegidos, y la mayoría de ayuntamientos eran alcaldes de izquierdas. Y después también hubo muchos asistentes sociales que pasaron a ser regidores de los ayuntamientos y tenían una importancia capital dentro de la corporación municipal». (Carme Tobella)

Los ayuntamientos se convierten en grandes proveedores de lugares de trabajo, la Generalitat de Catalunya recibe competencias exclusivas en materia de servicios sociales y comienza a organizar la estructura de dispositivos y servicios que permitirá ejercerlas:

«El primer intento de organización de servicios sociales en la Generalitat provisional vino el mismo año 77. Porque Tarradellas nombró un Gobierno provisional». (Glòria Rubiol)



Foto 7. Francesca Masgoret en su actividad política en el Ayuntamiento de Barcelona

Foto cedida por Francesca Masgoret

Durante este período los sistemas de servicios sociales pasan por importantes procesos de reforma y mejora (Casado, 1987; Rubiol y Vila, 2003; Vila, 2005). Se desmantelan los servicios sociales basados en modelos segregadores. El punto de partida eran grandes instituciones cerradas, con una gran asimetría de poder entre las personas usuarias y las personas cuidadoras, una ubicación alejada de los núcleos de población y un tipo de atención graciable y poco rigurosa. Estos centros se sustituyen por servicios basados en unidades de convivencia más pequeñas, en las que la participación de las personas usuarias, el contacto con la comunidad y una gran tecnificación de los procesos asistenciales se convierten en los elementos centrales de un nuevo modelo de atención:

«Fue una revolución corta y hecha con más ideología y pasión que pericia y poder real para generar cambios tan sustanciales en nuestro centro. Cuestionábamos un sistema de reclusión en el que la sumisión y la dependencia caracterizaban las relaciones entre personal sanitario y pacientes, cuestionamiento que entró en colisión con los valores impuestos por órdenes religiosos, propietarios y principal personal asistencial de la mayoría de los centros». (Teresa Aragonès)

Era necesario articular un sistema de servicios sociales público, basado en valores democráticos y preparado para hacer frente a antiguas y nuevas necesidades sociales. Se creó un marco normativo básico a través de la Ley de servicios sociales del año 1985.⁸ Se tenían que poner en funcionamiento modelos y adaptar la realidad existente. Las entrevistadas recuerdan como se implicaron en la puesta en marcha de los nuevos sistemas de bienestar:

«Todo el grupo de profesionales con los que yo trabajaba, juntamente con Glòria Rubiol, que fue una profesional pionera en el método y la estructura para poder poner en práctica a los Servicios Sociales en nuestro país (...). El sistema de salud que se implantó en Cataluña y en parte en España tenía como referente el que era el sistema inglés de salud y los Servicios Sociales seguimos más o menos esta línea. A partir de ahí, teníamos que pensar en cómo unificar criterios». (Rosa Barenys)

⁸ Ley 26/1985, de 27 de diciembre. <https://legislacion.vlex.es/vid/llei-desembre-serveis-socials-268330229>

Tal y como explica Pilar Massana, también es el momento en que se organizan servicios sociales en el ámbito educativo:

«Después surgen también equipos especializados en esta etapa, los EAIA,⁹ en el ámbito de enseñanza surgen los EAP,¹⁰ van entrando los CDIAP,¹¹ en los que hay trabajadores sociales. Empiezan a haber muchas complejidades y especialización». (Pilar Massana)

Se empezaba a hacer acción social con una perspectiva más centrada en los derechos que en las necesidades, dejando atrás las prácticas asistencialistas que habían predominado en la acción social llevada a cabo en períodos anteriores, tal y como recuerda Rosa Barenys:

«En el año 1980, cuando entramos había una asistente social que atendía a las personas de la mejor manera posible, pero el Ayuntamiento no tenía suficientes recursos, presupuestos e infraestructuras como para atender esas necesidades. Por tanto, las situaciones de necesidad social se paliaban con comida y con dinero. Por eso, cuando entramos en los ayuntamientos comenzamos a organizar y promover una metodología para poder aplicar un método adecuado con lo que ya pensábamos, con lo que creíamos, lo que habíamos aprendido y con lo que veíamos en otros países». (Rosa Barenys)

Además, se realizan aportaciones teóricas importantes, como la propuesta del método básico que realiza Montserrat Colomer a través de dos artículos publicados en la *Revista de Treball Social* (1973 y 1974). Núria Carrera explica la importancia de este hecho con estas palabras:

«Cuando recibí clases de Métodos del Trabajo Social había una persona mucho mayor que yo, pero que era maravillosa y una gran profesional: Montserrat Colomer. Definió el método básico y eso fue una bomba porque ella ya tenía una mirada global. Yo tengo esta mirada y por este mo-

⁹ EAIA es el acrónimo de los Equipos de Atención a la Infancia y a la Adolescencia.

¹⁰ EAP es el acrónimo de los Equipos de Asesoramiento Psicopedagógico.

¹¹ CDIAP es el acrónimo de los Centros de Desarrollo Infantil y Atención Precoz.

tivo me gustó la metodología que proponía. La apliqué durante años». (Núria Carrera)

Teresa Rossell explica cómo su experiencia docente la llevó a detectar la necesidad de fundamentar conceptualmente la práctica de la entrevista, dando inicio a la escritura de su conocido libro:

«Hice un curso sobre “La entrevista en el Trabajo Social” con estudiantes de un grupo de segundo curso que hacían prácticas en diferentes servicios y que yo misma supervisaba. Me pareció tan interesante que ese verano me puse a hacer un libro sobre la entrevista que ofreciera un marco y unas referencias conceptuales que permitieran atender de modo pertinente a los usuarios». (Teresa Rossell)

El tercer período identificado por Báñez como la fase en la que la profesión se consolida, comprendería en España los años desde 1981 hasta los inicios del siglo xxi. El Trabajo Social goza de una expansión por lo que respecta al crecimiento de lugares de trabajo y de ámbitos de intervención sin precedentes. Maribel Martín (2018) identifica esta fase como el momento en que, en el Estado español, se comienza a *construir el conocimiento científico abordándose la cuestión del objeto de la profesión*. En el año 1979 Patrocinio las Heras y Elvira Cartajerena habían publicado el libro *Introducción al bienestar social*, que proponía el binomio necesidad-recursos como el objeto de la profesión. Este hecho significa un avance conceptual notable convirtiéndose en un texto de referencia para toda la profesión en aquel momento. Veinte años más tarde, Teresa Zamanillo (1999) hará una revisión crítica y propondrá una nueva definición del objeto: los malestares psicosociales que tienen su origen en condicionantes estructurales y se manifiestan en forma de experiencia negativa por parte de los sujetos.

En aquel momento, el sistema de servicios sociales crece y se diversifica, y en el año 1985 se publica la primera ley de servicios sociales catalana,¹² tal y como explica Rosa Barenys:

¹² Ley de Servicios Sociales de Cataluña (Ley 26/1985, de 27 de diciembre). <https://legislacion.vlex.es/vid/llei-desembre-serveis-socials-268330229>

«La primera Ley de servicios sociales fue preparada por unos profesionales entre los que había también Glòria Rubiol, yo y otra gente. El colegio aportó su voz. Por lo tanto, es una ley que estuvimos estudiando con profesionales colegiados. Con esto quiero decir que la profesión tenía posibilidad de poder dar su opinión cuando se hacía alguna normativa, en este caso la Ley básica de servicios sociales, que ha sido fundamental».
(Rosa Barenys)

La implicación política y el compromiso con la profesión durante este período continúan estando presentes en la vida de algunas de las personas entrevistadas. Núria Carrera explica su paso por diferentes posiciones de responsabilidad política y profesional:

«En el año 1985, me fui a ejercer de directora en el Área Social de la Cruz Roja Cataluña, y de allí pasé a la Dirección General, que incluía el sector sanitario y el social. Después me fui al Ayuntamiento de Barcelona, en el año 1995 como independiente, con un cargo político para llevar los Servicios Sociales del Ayuntamiento. Fui teniente de alcalde durante siete años. Volví a ser escogida en las elecciones municipales del año 2003. Fui responsable de la Regiduría de Inmigración hasta el año 2007. Durante el mismo mandato formé parte del Área Metropolitana de Barcelona en la defensa del área social, y diputada provincial en la Diputación de Barcelona del 2003 al 2007». (Núria Carrera)

La acción profesional pasa por procesos de tecnificación que conllevan, entre otras cosas, una normalización de las condiciones laborales. Algunas profesionales hablan de estos hechos poniendo énfasis en la pérdida de contacto con la ciudadanía:

«El Comité de Empresa del Ayuntamiento obligó al trabajador social a fichar y entonces acabaron con toda la flexibilidad que tenían porque el asistente social que trabajaba en el Ayuntamiento iba a un barrio por la tarde porque la gente terminaba de trabajar a las ocho de la tarde y entonces se iban a las asociaciones de vecinos o a las cooperativas de vivienda. Era en aquel momento cuando se tenía que ir y no a las 9 h de la mañana, cuando no había nadie». (Pilar Porcel)



Foto 8. Campaña de limpieza con las vecinas del barrio del Raval

Foto cedida por Francesca Masgoret

La reglamentación de las jornadas de trabajo de las trabajadoras sociales comportó tensiones relacionadas con la necesidad de atender las personas más allá del marco horario tradicional:

«Yo tuve grandes discusiones con el secretario que controlaba los horarios, porque si teníamos que ir a un barrio en el que se tenía que atender a una familia en su casa cuando estaba el hijo, o si teníamos que hacer gestiones con la familia, pues si trabajabas no podías ir, quizá de 8 h a 15 h. Por tanto, íbamos fuera de horarios y eso era una gran discusión porque el secretario no entendía que nosotros, los trabajadores sociales, no podíamos ser igual que los otros profesionales que no tenían ningún problema, ellos trabajaban de 8 h a 15 h». (Montse Bacardit)

Las personas participantes explican estos cambios haciendo énfasis en la pérdida que significó desde el punto de vista de la atención a la ciudadanía, sin hacer ninguna alusión a las ventajas que podían significar desde el punto de vista de la conciliación con sus vidas privadas:

«Nosotras trabajábamos mañana, tarde o cuando fuera necesario. El horario era variable y a menudo de dos o tres tardes. Cuando a nosotras nos llegó la ficha, ya fue hacia los noventa, estuvimos unos diez o quince años sin ficha. Después lo que pasó es que aquí también había desigualdades y había personas que quisieron trabajar por las tardes y no era obligado, yo entre ellas, porque por las tardes se tiene que poder trabajar y se tiene que poder trabajar tarde y si es necesario ya dejaremos de trabajar alguna mañana». (Pilar Massana)

En los procedimientos de trabajo la gestión y la burocracia adquirieron mayor presencia. Las participantes mencionan este proceso aplicando una mirada crítica que resalta la pérdida de autonomía, así como el empobrecimiento profesional, siendo este un debate que perdura hoy en día:

«Para tramitar cualquier cosa, pues muchos papeles, muchos requisitos, más complejidad... Yo diría que esta es la palabra. Y pienso que este profesionalmente nos ha atrapado bastante y, a veces, hemos dejado de hacer algunas cosas que nosotras teníamos formación y capacidad para hacer, pero nos hemos acomodado a esta situación, sea porque me lo piden, porque me lo exigen, porque no está aprobado o por lo que sea». (Pilar Massana)

Se identifican acontecimientos concretos como facilitadores de esta situación. Así, la introducción de la renta mínima de inserción (RMI) se describe como uno de los momentos en los que el Trabajo Social que se realiza en servicios sociales municipales pasa a adquirir una connotación más administrativa. La RMI es la prestación económica que se deriva del Programa Interdepartamental para la Renta Mínima de Inserción (PIRMI), que se pone en marcha el año 1990.¹³ La Ley de Renta Mínima de Inserción¹⁴ enunciaba que trataba de un *conjunto de instrumentos encaminados a la inserción social y, siempre que sea posible, a la inserción laboral, mediante unas contraprestaciones que las personas beneficiarias se comprometen a llevar a cabo a cambio de recibir las diferentes actuaciones y prestaciones que establece*. Carme Tobella apunta al proceso de tramitación de esta prestación cuando describe el proceso de burocratización vivido por los equipos de servicios sociales municipales:

«Hasta que los ayuntamientos consiguieron el PIRMI, había una relación menos burocrática y menos administrativa. Al hacernos cargo del PIRMI los ayuntamientos nos obligaron a tener controles y a pedir papeles, muchos justificantes. Se terminó en cierta medida el trabajo a domicilio. Los trabajadores sociales tenían mucho trabajo con todos los papeles que tenían y el control técnico, y eso les absorbía de tal modo que ahora son realmente gestores administrativos. Yo diría que a partir del PIRMI fue cuando empezamos a retroceder, a no estar tanto con las familias».
(Carme Tobella)

Se reclama un retorno a prácticas profesionales más cercanas a la ciudadanía poniendo el acento en el protagonismo de las personas atendidas y el acompañamiento en su vida diaria:

«El buen Trabajo Social interviene con una mirada más general. Porque, si no, serías burócrata. Es muy importante en el Trabajo Social que las nuevas generaciones lo eviten para no convertirnos en unos peones que

¹³ Se regula a través del Decreto 144/1990 disponible en <https://goo.gl/jF1U9C>. En el momento en que se escribe este texto la RMI ha sido sustituida por la renta garantizada de ciudadanía.

¹⁴ Poco más de seis años después de la publicación del Decreto 144/1990, se aprueba la Ley 10/1997 de 3 de julio de la renta mínima de inserción, que amplía y completa el marco regulador del PIRMI. Disponible en <https://goo.gl/A6Mq6v>

no piensan. El Trabajo Social piensa, es crítico, busca evidencias con otras profesiones y con la propia población atendida. Nuestro acompañamiento profesional a las personas y a la ciudadanía afecta a su vida cotidiana. Es un cambio profundo porque influye en su día a día. Las profesionales tenemos que estar dispuestas a aprender todos los días. Estar abierto al aprendizaje es clave, porque las personas tienen el saber». (Núria Carrera)

Los servicios sociales han incorporado perfiles profesionales diversos no sin ciertas tensiones. De este modo, han entrado en los servicios sociales abogados y psicólogos, que gozan de mayor reconocimiento académico porque, al tratarse de licenciaturas, su formación requería un período de preparación de cinco años, mientras que para obtener la diplomatura de Trabajo Social solo se necesitaba estudiar tres años. Esto provoca que muchos de estos profesionales ocupen las posiciones de gestión:

«En un momento determinado los ayuntamientos necesitan convocar coordinadores para la multitud de servicios que tienen en el territorio. Por eso, se contratan psicólogos, en ayuntamientos, a veces abogados y entonces los de abajo son los que hacen todo el trabajo, los que ponen la máquina para pedir una plaza, que acaban diciendo que no hay recursos. (...) A mí me parece que el jefe de todos los trabajadores sociales de un solo municipio tendría que ser un trabajador social». (Pilar Massana)

También hay sectores en los que la presencia de trabajadores sociales ha desaparecido o disminuido. El Trabajo Social de empresa fue una actividad que parece que vivió su período de mayor relevancia durante los años setenta, iniciándose a partir de principios de los ochenta un progresivo declive, resultado de las dificultades de identidad de los profesionales en este ámbito, la expansión de los sistemas públicos de bienestar y las transformaciones en el sector empresarial (Méndez, Ortiz y Pérez, 2011). Ha pasado lo mismo con el Trabajo Social en el ámbito educativo. En este sentido, Marta Arranz (2018: 113), cuando analiza la historia del Trabajo Social en el ámbito educativo, afirma que desde la implantación de la Ley orgánica de ordenación educativa (LOGSE),¹⁵ la figura

¹⁵ Ley orgánica 1/1990 de 3 de octubre, de ordenación general del sistema educativo Disponible en <https://www.boe.es/eli/es/lo/1990/10/03/>

del trabajador social en el ámbito educativo *va perdiendo peso hasta el punto tal de solo dar respuesta a las cuestiones graves y urgentes que afectan de manera directa y negativa a los procesos de aprendizaje de los y las alumnas* (p. 113). También Dolores Fernández (2007) identifica la puesta en marcha de la LOGSE como el momento en que la práctica del Trabajo Social escolar queda circunscrita únicamente a la atención de problemáticas relacionadas con graves déficits funcionales y sociales. Por su parte, Pilar Porcel expresa estos sucesos en términos de pérdida:

«Ha habido un punto de inflexión importante: la incorporación de las profesionales en el mundo municipal, esto por una parte, y, por la otra parte, se han perdido campos de trabajo de atención primaria por razones de mucha fuerza: se ha perdido el Trabajo Social en las escuelas, mucho Trabajo Social global en infancia, evidentemente, se ha perdido el Trabajo Social en las empresas, pero también se ha perdido Trabajo Social especializado. Y se han ido reconvirtiendo todos los matices que quieras de la profesión, dando un carácter mucho más de gestión de recursos que no de relación y gestión personal con las personas, de interrelación con las personas». (Pilar Porcel)

La implementación de sistemas de información, el uso de internet, la utilización de bases de datos y formularios electrónicos, así como la generalización del trabajo con herramientas ofimáticas, son hechos que se perciben como cambios que imponen nuevas dinámicas de trabajo:

«Otro tema es cuando introdujimos la informática dentro de los Servicios Sociales (...). Así pues, la Generalitat hizo un programa informático, y fue fatal, nos obligó un poco a los controles y a poder saber realmente quién trabajaba, quién no trabajaba, cuántas visitas había cada día, cuántas horas estaban en cada visita, cuántas personas habían intervenido, cuántas veces habíamos ido a ver a esa familia». (Carme Tobella)

Las personas autoras de este texto consideramos que el año 2008 significa otro cambio de dirección en la historia del Trabajo Social en nuestro país, una cuarta etapa si seguimos la propuesta de Báñez, que se caracteriza por la disminución en el gasto social y, posteriormente, la adopción de visiones críticas o innovadoras respecto al Trabajo Social que se había estado haciendo (Rimbau, 2014). En aquel momento, Cataluña y el resto del Estado comienzan a sufrir los severos

efectos de la crisis financiera, iniciada cuando la compañía americana Lehman Brothers entra en quiebra. A escala estatal, se estaba reglamentando y desplegando la arquitectura administrativa e institucional prevista por la ley conocida como Ley de la dependencia.¹⁶ Durante los años posteriores, sus efectos se fueron limitando a partir de la publicación de varios decretos y órdenes (Pérez et al., 2016). En Cataluña, además, se acababa de poner en marcha una nueva Ley de servicios sociales, que también implicaba una dotación mayor de recursos al sistema de servicios sociales porque establecía que algunas prestaciones y algunos servicios pasaban a ser considerados como derechos subjetivos, requiriendo una mayor inversión pública. La crisis económica complicaba de forma crítica una esperada ampliación del nivel de cobertura de muchas necesidades sociales (Leal, 2016).

«La crisis formalmente reconocida como tal, si no recuerdo mal, es de septiembre de 2008 con la caída de Lehman Brothers, de los bancos americanos. Desde los Servicios de Primaria de Bellvitge y el Gornal, que es donde yo he estado en los últimos años, notábamos que había crisis, que la gente no llegaba a fin de mes, que venían con necesidades, que habían perdido el trabajo, desde el 2007». (Pilar Malla)

Hay que tener presente que durante los años anteriores, el Trabajo Social había adquirido un excesivo componente burocrático (Barbero, Feu y Vilbrod, 2007), distanciándose del acompañamiento de las personas y de la defensa de los derechos sociales.

Las entrevistadas hablan de la crisis económica padecida a partir del año 2008 como un momento en que la capacidad de los servicios sociales se pone a prueba a causa de la gran afluencia de personas afectadas por la recesión económica:

«La crisis lo que hace es que esto quede colapsado, que no vengan más recursos de las administraciones, en este caso central o autonómica. Y los que dependen de los ayuntamientos, pues el ayuntamiento va intentando mantener recursos, en el caso del Hospitalet». (Pilar Massana)

¹⁶ La Ley 39/2006, de 14 de diciembre, de promoción de la autonomía personal y atención a las personas en situación de dependencia. Disponible en <https://www.boe.es/eli/es/l/2006/12/14/39/con>

Otro de los efectos de la crisis, desde el punto de vista de la reducción de recursos destinados al bienestar social, ha sido la revisión de las condiciones de acceso a la RMI que se llevó a cabo el año 2011 a través del Decreto 384/2011.¹⁷ La movilización ciudadana en favor de la puesta en marcha de una prestación económica básica garantizada culminó en una iniciativa legislativa popular (ILP) que facilitó un acuerdo político dando lugar, en 2017, a la aprobación de la Ley de la renta garantizada de ciudadanía (RGC)¹⁸ que, desde ese momento, ha substituido la RMI en un movimiento que ha permitido recuperar la cobertura de ingresos anterior a la reforma de la RMI (Ballester y Garriga, 2015). La RGC aparece como una de las últimas conquistas sociales en las que las profesionales del Trabajo Social han tenido un papel relevante:

«Es muy importante la participación que ha habido en la plataforma de la renta garantizada de ciudadanía durante los cuatro años que ha durado esta iniciativa legislativa popular, desde que empezó hasta que se aprobó el mes de julio [del año 2017] en el Parlament, ha habido profesionales de los Servicios Sociales trabajando dentro y, por tanto, volveríamos un poco a la importancia que señalaba Rosa Barenys al empezar, y el Col·legi como tal ha estado presente, muy presente, y han defendido mucho que esto no podía pasar por los Servicios Sociales, que no tenía sentido que pasara por los Servicios Sociales». (Pilar Massana)

Nuestras protagonistas han construido nuevos escenarios y han modelado nuevas prácticas haciendo un Trabajo Social con vocación y posibilidades de proyectarse hacia nuevos futuros. Se han ideado sistemas, estructuras, prestaciones, normativas, dispositivos y servicios. También se ha avanzado en perspectivas teóricas y metodologías. Además, como se verá en el siguiente punto, se ha conseguido una equiparación de los estudios de Trabajo Social en relación con otras disciplinas y profesiones de las ciencias sociales.

¹⁷ Decreto 384/2011, de 30 de agosto, de despliegue de la Ley 10/1997, del 3 de julio, de la renta mínima de inserción. Disponible en <https://goo.gl/sZz8cs>

¹⁸ Ley 14/2017, del 20 de julio, de la renta garantizada de ciudadanía. Disponible en <https://goo.gl/pcEApA>

Formación en Trabajo Social

Práctica profesional y docencia están presentes en la biografía de las trabajadoras sociales entrevistadas. Casi la totalidad ha contribuido, de forma más o menos intensa, a la formación de profesionales del Trabajo Social.

La historia de la formación

La primera escuela de Trabajo Social en Europa apareció en Amsterdam en el año 1889. En el Estado español, la formación en Trabajo Social nació, impulsada por el Comité Femenino de Mejoras Sociales, en 1932 en Barcelona. Se trataba de La Escuela de Estudios Sociales para la Mujer, que se creó con el objetivo de *proporcionar preparación técnica a los que trabajaban en obras asistenciales y para profesionalizar la acción social* (Vázquez, 1971: 40-43). Cristina Rimbau, citada por Barbero y Feu (2009), explica que la escuela se nutrió ideológicamente de corrientes católicas progresistas y conservadoras que a veces entraron en discrepancias. Las inestabilidades y los conflictos que se derivaban de la situación social y de la Guerra Civil provocaron que el centro cerrara en 1936 volviendo a funcionar en 1939 con el nombre de Escuela de Formación para el Hogar y Obras Sociales Femeninas (Barbero y Feu, 2009; López, 2017).

Este fue el inicio del centro que entre los años 1951 y 2002 se denominó Instituto Católico de Estudios Sociales de Barcelona (ICESB), establecimiento privado que, después de varios cambios de nombre, de titularidad, de dependencias y de lugar físico, llega hasta nuestros días con el nombre Facultad de Educación Social y Trabajo Social, que forma parte de la Universidad Ramon Llull. Teresa Aragonès explica que la dependencia religiosa no impedía que la escuela tuviera una orientación progresista que la acercaba a los movimientos sociales y recuerda algunas de las profesoras que tuvo:

«...me matriculé en la Escuela Católica de Enseñanza Social de Barcelona, más ligada a la sociología y con una vertiente más vinculada con la Iglesia, situada en la calle Rivadeneyra. Era una Iglesia más progresista, más vinculada a los movimientos sociales. (...) Escogí esta porque las asistentes con quien contacté me hablaron de ella y después fue el ICESB, donde fui profesora durante bastantes años. Tuvimos un gran pro-

fesorado: Teresa Rossell, con el tema de grupos; Pilar Malla, profesora de la escuela que después fue directora de Cáritas de Barcelona, diputada en el Parlament... Ha estado en todos los frentes». (Teresa Aragonès)

La acción social llevada a cabo en el ámbito de la beneficencia ya pedía conocimientos y destrezas que era necesario mejorar. De hecho, en el 1936, el Consejo Superior de las Mujeres de Acción Católica mandó a un grupo de dirigentes de esta organización a Bélgica para formarse en la organización de la asistencia social, con la intención de crear una escuela de enseñanza social que funcionara de forma provisional en San Sebastián hasta su establecimiento definitivo, en el año 1939, en Madrid como Escuela de Formación Familiar y Social (Vázquez, 1971: 45).

Pilar Porcel recuerda como el afán de mejora fue una de las inquietudes que llevó a algunas personas a pedir formación específica en intervención social:

«Yo recuerdo que había gente que ya trabajaba en el barrio, que ya hacían cosas a través del paraguas de la Iglesia, que trabajaban en Acción Católica. Algunas de estas personas querían continuar haciendo lo que hacían, pero bien hecho». (Pilar Porcel)

En la década de 1950 se intensificó la colaboración entre la Iglesia, responsable de la creación de cuarenta escuelas de asistentes sociales en el período de 1955 a 1960 (Vázquez, 1971: 46) y la Sección Femenina, organización que tenía como objetivo la educación de la mujer española. En el año 1953 nace la *Escuela de Visitadoras Sociales Psiquiátricas* en el contexto de la Cátedra de Psiquiatría de la Facultad de Medicina de la Universidad de Barcelona (Barbero y Feu, 2009). Es el inicio del centro que actualmente, totalmente integrado en la estructura de la Universidad de Barcelona, forma el mayor número de trabajadoras y trabajadores sociales de Cataluña. Teresa Rossell lo cuenta de esta manera:

«El psiquiatra doctor Ramon Sarró había ido a América y había visto que, en el equipo psiquiátrico, había médicos, psiquiatras, psicólogos y visitadores sociales conocidos como *social workers*, y tuvo la idea de crear un equipo parecido en el Clínico. Inicialmente se creó la escuela en el Hospital Clínico para formar trabajadoras sociales especialistas en salud mental; tras dos cursos se amplió el temario para formar trabajadores sociales genéricos que pudieran trabajar en diferentes campos. Estos estudios estaban ubicados en la cátedra de Psiquiatría, el Dr. Sarró era el director

y dos trabajadoras sociales, Montserrat Castells y M. Dolores Enedáguila, que eran miembros de la Falange». (Teresa Rossell)



Foto 9. Teresa Rossell con Montserrat Castells, corresponsable de la Escuela de Visitadoras Sociales Psiquiátricas inaugurada el 1953

Foto cedida por Teresa Rossell

Jose Fernández, refiriéndose a la formación recibida en la escuela del Hospital Clínico, explica como su interés, inicialmente centrado en las materias relacionadas con la psicología, se fue desplazando hacia contenidos más relacionados con políticas sociales:

«Cuando fui descubriendo lo que suponía realmente el Trabajo Social, a partir de las asignaturas de Trabajo Social de Caso Grupal y Comunitario, me interesé cada vez más por la verdadera esencia del Trabajo Social. Aunque mi primera motivación para ser trabajadora social estaba enfocada hacia lo que la carrera me podría ofrecer sobre psicología, a

medida que iba aprendiendo, mi interés se fue ampliando, por ejemplo, hacia las políticas sociales y cómo influir en ellas. Me parecía que faltaban aspectos sociológicos». (Jose Fernández)

En Cataluña, también se crearon la Escuela de Formación Social de Sabadell, en el año 1957, y la Escuela de Formación Social Torras i Bages de Manresa, en el año 1959. Ambas nacían en territorios caracterizados por una importante industrialización en los que había que dar respuesta a nuevos problemas sociales. Por su parte, Cáritas creó la Escuela de Asistentes Sociales de Tarragona en 1959 y la Cruz Roja, la Escuela de Asistentes Sociales de Lleida, en 1963. En Barcelona, hubo una tercera escuela, abierta en el año 1955 que, bajo el nombre de Escuela de Servicio Social, ofrecía formación para hombres. Cerró a finales de la década de los cincuenta (Barbero y Feu, 2009). Entre los años 1974 y 1977, funcionó la Escuela Superior de Asistentes Sociales adscrita a la Universidad de Barcelona en Girona.¹⁹

Entre los años 1958 y 1966, se produjo el proceso de reconocimiento de los estudios oficiales de Trabajo Social en España, que culminó con la publicación de la normativa²⁰ que los reconocía con el nivel de técnicos de grado medio, el mismo nivel que se había reconocido a los estudios de enfermería diez años antes. En el año 1980, se reconocieron los estudios de Trabajo Social como diplomatura universitaria²¹ y un año más tarde, las escuelas de Trabajo Social se incorporaron al sistema universitario.²² A pesar de todo, la situación de los estudios solo como diplomatura, es decir, con una duración de tres años, los distanciaba de las oportunidades de crecimiento disciplinario que sí que eran posibles en estudios que tenían consideración de licenciaturas y que duraban cinco años. Montserrat

¹⁹ Información obtenida a través del Seminario Permanente de Historia del Col·legi Oficial de Treball Social de Catalunya.

²⁰ Orden ministerial del 26 de octubre de 1966.

²¹ Proposición no de Ley sobre "La Transformación y clasificación como universitarios de los Estudios de Trabajo Social, creación del Título de Diplomado en Trabajo Social, y transformación de las Escuelas de Asistentes Sociales"

²² Real decreto 1850/1981 del 20 de agosto "La incorporación a la Universidad de los Estudios de Asistentes Sociales como Escuelas Universitarias de Trabajo Social".

Bacardit describe este momento como el inicio del proceso que algunos años más tarde permitiría la equiparación de los estudios de Trabajo Social con el resto de los estudios universitarios:

«El ministerio reconoció el título, y después las universidades alcanzaron la formación directamente, las diferentes universidades. Y, sintetizando mucho, se puede decir que este proceso ha culminado con el cambio de la diplomatura al grado, y esto pienso que es muy importante para la profesión». (Montserrat Bacardit)

Como había pasado en el ámbito profesional, había que incluir en la formación aportaciones teóricas y metodológicas procedentes de otros países debido al escaso desarrollo de la disciplina en nuestro entorno. Cristina Rimbau, directora de la escuela pública de Trabajo Social de Barcelona entre los años 1976 y 1985, y años más tarde (2004-08 y 2008-12) jefa de estudios del mismo centro, y Teresa Rossell, directora entre 1986 y 1998 y entre 2001 y 2005, dan cuenta de los principales cursos, congresos y seminarios impartidos por profesionales de gran prestigio a escala internacional. Este listado se ha completado con aportaciones de algunas de las otras trabajadoras sociales entrevistadas.

Tabla 4. Formación de la Escuela Universitaria de Trabajo Social de Barcelona de profesionales de Trabajo Social de carácter internacional

Persona/s experta/s	País	Período	Contenido de la formación
Sr. Nadir Goueva Kifouri	Brasil	1959	Trabajo Social de casos
Profesores delegados de las Naciones Unidas	Varios	Anys 60	Trabajo de casos, trabajo con la comunidad y supervisión en Trabajo Social
Dr. Jacob Levy Moreno	Varios	1962	Congreso de psicodrama organizado por la Cátedra de Psiquiatría del Hospital Clínico
Prof. Anne Marie Hertogen , Family Welfare Association de Londres. Experta de las Naciones Unidas	RU	1976	Varios seminarios realizados en Barcelona
Dr. Prof. H. Jochen Brauns , rector de la Facultad de Trabajo Social de la Universidad de Berlín Dr. Brian Munday , profesor. Universidad de Kent Dr. Michele de la Rosa , director del Instituto de Sociología de Bolonia Dr. Antonin Wagner , rector de la Escuela Universitaria de Trabajo Social de Zurich	Varios	1982-83	Conferencia internacional de servicios sociales (XXXº Aniversario de la Escuela Superior de Asistentes Sociales)
Sr. Roger Bello , psicólogo y educador especializado, director Centre Consultation et Action educative de mineurs.	Francia	1981-82	Conferencia Las estructuras de reeducación en Francia. Técnicas utilizadas
Dr. Gavin H. Mooney , director de la Health Economics Research Unit (HERU) Universidad de Aberdeen. Escocia	RU	1981-82	Conferencia Aplicación de la evaluación económica de programas sociales: El análisis de necesidades de la población anciana en Escocia
Dr. Carlo Trevisan , Universidad de Roma. Director de la Oficina de Estudios DG de Servicios Sociales. Ministro de Interior de Italia Sr. Marco Marchioni presenta sesión	Italia	1983-84	Conferencia Proceso de regionalización de la Administración en Italia
Sr. Fred M. Cox , decano y profesor de la Universidad de Wisconsin	EUA	Se desconoce	Conferencia Política social en diferentes países. Vías de análisis para un estudio comparativo
Srs: A. Lavan, R. Pinker, C. Labonté, V. Milosevic, C. Papaioanu, J. Sipilä (entre otros)	Varios	1987	Seminario europeo de la Asociación Internacional de Trabajo Social llevado a cabo en Sitges

Fuente: Teresa Rossell y Cristina Rimbau.

Teresa Rossell explica los esfuerzos realizados para actualizar fuentes teóricas internacionales en la formación de trabajadoras y trabajadores sociales. Algunas de las autoras y autores que se incorporan al currículum son: Allan Brown, Elda

Florentino, Gordon Hamilton, Ken Heap, Florence Hollis, Natalio Kisnerman, Gisela Konopka, Audrey Mullender, Harris Perlman, Isca Salzberger-Wittenberg y Eileen Younghusband. También se introducen aportaciones de personas de prestigio en el terreno del psicoanálisis, el Trabajo Social crítico y la antipsiquiatría.



Foto 10. Cartel promocional del Seminario del Grupo Europeo de Escuelas de Trabajo Social de Sitges (1987)

Foto cedida por Teresa Rossell

Jose Fernández, que ejerció como directora del Departamento de Trabajo Social de la Universidad de Barcelona entre los años 2007²³ y 2016, explica como el paso a estudios universitarios, primero como diplomatura, se realizó no sin discusiones sobre su idoneidad:

«Recuerdo que había trabajadoras sociales que preferían la formación profesional porque decían que era más cercana a la gente vulnerable, pero yo creo que es importante tener una formación universitaria porque, si no, la profesión nos limita a ser tan solo unos representantes de los pobres o de las personas vulnerables». (Jose Fernández)

Las cuatro escuelas catalanas se adscribieron inicialmente a la Universidad de Barcelona, y más tarde se incorporaron a las universidades de sus territorios de referencia. Así, la Escuela Universitaria de Trabajo Social del Instituto Católico de Estudios Sociales de Barcelona, que ofrecía formación privada en Trabajo Social, quedó vinculada a la Universidad Ramon Llull. Por lo que respecta a la oferta pública, la Escuela Universitaria de Trabajo Social de la Generalitat de Catalunya quedó adscrita a la Universidad de Barcelona. Por su parte, la Escuela Universitaria de Trabajo Social de la Cruz Roja de Lleida a la Universidad de Lleida y la Escuela Universitaria de Trabajo Social de Tarragona a la Universidad Rovira i Virgili. Además, otras universidades catalanas crearon sus propios estudios de Trabajo Social. Así, la Universidad de Girona comenzó a impartir Trabajo Social en el año 2010 y en el año 2012 la Universidad de Vic hizo lo mismo²⁴ (López, 2017).

Como todos los estudios universitarios, durante los primeros años del nuevo siglo, Trabajo Social vivió el denominado proceso del Plan de Bolonia, que perseguía la mejora y homogeneización de la educación superior en toda Europa. Los estudios que, como Trabajo Social, eran diplomaturas, pasaron a durar cuatro años en vez de tres, y las licenciaturas pasaron de cinco a cuatro años.²⁵ De manera que este proceso permitió igualar la duración de los estudios de Trabajo Social en el resto de los centros de enseñanza universitarios, una vieja aspiración

²³ Hay que decir que el Departamento de Trabajo Social y Servicios Sociales no existió hasta julio del año 2008, siendo hasta ese momento una sección departamental.

²⁴ En el momento en que escribimos este texto, parece que el grado en Trabajo Social de la Universidad de Vic ha dejado de ofrecerse.

²⁵ Hay que decir que algunas licenciaturas hacía poco tiempo que ya duraban cuatro cursos.

de la profesión que había provocado no pocas movilizaciones durante los años anteriores a la reforma.

Una de las consecuencias del cambio fue la posibilidad de llevar a cabo programas de tercer ciclo y, por lo tanto, un mayor desarrollo de la disciplina a partir de la investigación. Bentura (2009) justifica la necesidad de investigación en la profesión desde dos perspectivas: la científica y la crítica. Por su parte, Esteban y Del Olmo (2016) afirman que la investigación es necesaria para detectar nuevos campos de acción a partir del diagnóstico de necesidades o bien para mejorar la práctica profesional, en la línea de lo que manifiesta Montserrat Bacardit:

«Muchas estudiantes llegaron a realizar un doctorado, y esto debe facilitar una más alta calidad del ejercicio y, sobre todo, acciones de investigación, como la creación, impulsada por Jose Fernández, del Grupo de Investigación e Innovación en Trabajo Social de la Universidad de Barcelona». (Montserrat Bacardit)

La formación y la práctica profesional

Por lo que respecta al perfil de los estudiantes, Pilar Malla indica que los estudios de Trabajo Social tenían que facilitar el ejercicio de los derechos sociales porque había que fortalecer a la ciudadanía:

«En aquel momento, había mucha gente que no conocía sus derechos ni las prestaciones de la Seguridad Social...». (Pilar Malla)

Formar a las trabajadoras y a los trabajadores sociales en derechos sociales facilita poner en marcha dinámicas de empoderamiento, entendidas como los procesos que conducen a las personas y a los colectivos a *tomar el control sobre sus circunstancias y alcanzar sus objetivos* (Quiroga, Alonso y Roig, 2015). Para conseguirlo, es necesario adquirir habilidades y actitudes que nos aproximen a las personas. La curiosidad, la empatía y el autoconocimiento son algunos de los elementos que destacan las entrevistadas. Así, la misma Pilar Malla hace referencia a la curiosidad como actitud previa necesaria para iniciar los estudios de Trabajo Social:

«Pero también considero que lo que es importante es la curiosidad intelectual y cultural. Se tiene que saber por qué pasan las cosas. (...) Considero importante el interés para entender las causas que llevan las familias

a estar de una manera determinada, o por qué los barrios están como están, o por qué esta gente no consigue nunca estabilizar su vivienda. Necesitamos una visión bastante global de la sociedad: de las causas sociales, políticas, económicas que determinan que los problemas sean y se expresen de una manera determinada». (Pilar Malla)

Montserrat Bacardit recuerda que para acceder a los estudios de Trabajo Social se tenía que hacer prueba de nivel que garantizaba que las personas candidatas ya tuvieran un perfil competencial o experiencial acorde con las exigencias de la profesión:

«En mi época, se hacían unos exámenes de selección para entrar a estudiar. No tengo presente el contenido, pero yo pienso que la comunicación es una cuestión básica para el trabajo con las personas, como también lo es para el trabajo con la comunidad o con grupos. Y evidentemente, una de las competencias más importantes es la capacidad empática». (Montserrat Bacardit)

También aparece otro elemento que es el autoconocimiento, como competencia transversal que tiene que ser trabajada durante el período formativo. El Trabajo Social, en tanto que implica entrar en relación con situaciones dolorosas, requeriría un alto nivel de conocimiento personal. Tomasa Báñez (2016), en colaboración con otras investigadoras, después de realizar un análisis sobre la forma como se había tratado la cuestión del autoconocimiento en la literatura sobre Trabajo Social, expone que esta destreza aparece como elemento importante en los procesos de aprendizaje y como punto de partida para la elaboración de proyectos profesionales. Aspectos, ambos, que Montserrat Bacardit comenta de la siguiente manera:

«Una cosa que creo que también es importante, en profesiones que trabajan con dificultades, es que uno se conozca a sí mismo al máximo: el autoconocimiento. Aunque hayamos explicado que se puede gozar mucho del trabajo, a veces es duro y es difícil. Hay que trabajar el autoconocimiento para madurar, para superar situaciones de vivencias, para lo que sea». (Montserrat Bacardit)

Por lo que respecta al perfil del profesorado, Jose Fernández destaca que la formación del Trabajo Social tiene que estar estrechamente ligada con la profesión.

En este sentido, ha sido fundamental la incorporación de profesionales en activo como profesoras y profesores para llevar a cabo la supervisión académica en la enseñanza de Trabajo Social.

«El Trabajo Social es de las carreras que más relación tiene con la práctica profesional. Yo, por ejemplo, como directora del Departamento de Trabajo Social y Servicios Sociales de la Universidad de Barcelona, siempre he defendido que todo el profesorado de los estudios que entrara en la Escuela o al Departamento fuera trabajador/a social. Esto hace que el mundo profesional y el mundo laboral estén interrelacionados con la formación universitaria». (Jose Fernández)

La supervisión, en sus modalidades académica, profesional y administrativa (Fernández, 1997) es un espacio de reflexión que permite mejorar la praxis y relacionar conocimientos y acción. La inclusión de la supervisión en la formación de futuros profesionales del Trabajo Social es imprescindible para adquirir habilidades que permitan hacer, más adelante, una supervisión profesional continuada y de calidad. En nuestro país, hay figuras muy relevantes en el terreno de la supervisión. Su producción ha servido para que generaciones de docentes y profesionales dispusieran de buenos fundamentos teóricos y metodológicos sobre el tema. En Cataluña, en los últimos veinte años, han salido publicaciones como *La supervisión en el Trabajo Social* (Fernández, 1997), *La supervisión en Trabajo Social, más allá de la suma de oportunidades* (De Vicente, 2012) y *La supervisión en la acción social: una oportunidad para el bienestar de los profesionales* (Puig, 2016). Y también se han realizado dos tesis doctorales, una sobre la supervisión educativa, en la Universidad de Barcelona (De Vicente, 2009), y la otra sobre la supervisión profesional, en la Universidad Rovira i Virgili (Puig, 2009). Teresa Aragonès también es una de las profesionales de referencia en supervisión con muchos años de experiencia en diferentes equipos de servicios sociales (Aragonès, 2010). Ella misma explica la evolución de la supervisión describiendo un proceso en el que ha ido creciendo la presencia de profesionales del Trabajo Social realizando esta actividad de forma profesionalizada:

«La supervisión para mí era una cosa muy de hobby y que me gustaba. Yo venía de una cultura, tanto en hospital psiquiátrico como en Rubí, donde todos los equipos teníamos supervisión, una figura externa. (...) He hecho supervisión a estudiantes y profesionales. He de decir que los

diez años que estuve realizando este trabajo, mi sensación era que estaba ocupando un lugar en falso, porque no había trabajadoras sociales autónomas y yo iba por libre, y porque los que estaban haciendo supervisión eran psicólogos, psiquiatras, psicoanalistas». (Teresa Aragonès)

Respecto a la valoración que algunas entrevistadas hacen en relación con la formación del grado de Trabajo Social, hay diferentes posicionamientos en cuanto a la solidez teórica. Teresa Aragonès manifiesta que la enseñanza actual presenta ciertas limitaciones que hay que superar:

«Actualmente, cuando los alumnos terminan la carrera les falta una solidez teórica y metodológica que de alguna manera les permita entender ante qué situación están. Tengo la sensación de que se centra mucho en la concreción, que se da una visión de la formación fragmentada». (Teresa Aragonès)

Mientras, Rosa Fernández considera que la formación en Trabajo Social ha mejorado a lo largo del tiempo y lo expresa de esta manera:

«Algunos de los primeros alumnos que tuve venían bastante desinformados de la sanidad en general en nuestro país. Ahora los alumnos vienen más preparados. Hay más información escrita y juntamente con el seguimiento de las prácticas en la Escuela de Trabajo Social, se favorecen las relaciones entre instituciones por el bien de los alumnos en su formación». (Rosa Fernández)

En la primavera del año 2020 hemos vivido un acontecimiento que tiene implicaciones importantes en la práctica de la profesión. El virus que provoca la enfermedad de la COVID-19 se ha extendido por todo el mundo provocando problemas sanitarios graves y agravando un escenario social que en aquel momento empezaba a superar la crisis económica producida a finales de la primera década del siglo xxi. En el momento en que estamos cerrando la edición de este libro, no tenemos la perspectiva necesaria que permite valorar cualquier fenómeno histórico. Pero sí que podemos afirmar que las y los profesionales que hacen Trabajo Social sanitario están teniendo un rol capital, que posiblemente ayudará a hacer más visible su actividad. También se puede anticipar que en los próximos años, debido a los efectos económicos y sociales de la enfermedad, se van a vivir graves situaciones de dificultad y desigualdad social, poniendo otra

vez en tensión a los sistemas sanitarios y sociales y requiriendo la articulación de nuevas respuestas sociales.

Llegando al final de este capítulo, solo falta leer los relatos enteros de las catorce trabajadoras sociales protagonistas. Son narraciones que nos han permitido dar a conocer parte de la historia de nuestra profesión a un grupo de estudiantes de Trabajo Social que pertenecen a esta generación nacida alrededor del cambio de siglo. Son personas que se desarrollan en un entorno social radicalmente nuevo en el que la inmediatez que imponen las redes y la necesidad de construir la propia identidad dificultan conectar con el pasado. Pero este trabajo no solo tiene a estas personas como destinatarias, sino también a cualquier otra persona que tenga interés en conocer la contribución de estas mujeres en la evolución del Trabajo Social en Cataluña.

La memoria compartida permite reafirmar una identidad común que aporta un sentido de pertenencia colectiva (Carretero, 2006), y en estos momentos de cambios e inestabilidades, es oportuno recordar algunos de los logros colectivos que hemos alcanzado.

SEGUNDA PARTE

Los relatos de vida



Relato 1

Montserrat Colomer Salmons (1922)

Nací en febrero del año 1922 en la casa donde vivo actualmente y donde pasé mi niñez con mis padres, mi hermana y mi abuela. Durante una época viví en el centro de la ciudad, pero después volví a la casa donde estamos ahora. El contexto político y social que rodeó mi infancia fue una etapa tranquila para Cataluña y así lo conservo en mi recuerdo, ya que ya había pasado la dictadura de Primo de Rivera. También puede ser que lo recuerde así porque era pequeña y ya se sabe que cuando eres pequeño hay muchos aspectos que pasan desapercibidos. Además, hay que tener presente la constitución de la República, primero por Francesc Macià en el año 1931, cuando tenía 14 años, y después por Lluís Companys en 1934. No tengo un mal recuerdo de mi infancia hasta el momento en que estalló la Guerra Civil y se produjeron los bombardeos sobre Barcelona a mediados de marzo de 1938.

La vida con mi familia era la típica de la clase media de la ciudad de Barcelona donde todos vivíamos felices y sin dificultades. Era una época en la que mi padre tenía representaciones de maquinaria textil y no nos faltaba nada. Por lo que respecta a mis rasgos de carácter en la infancia y la adolescencia, recuerdo que ya me decían que era “muy tozuda” y “muy tremenda” porque siempre hacía travesuras. En cuanto a las aficiones, toda la familia siempre había tenido mucha tendencia a la lectura y a cuidar el jardín, y decidimos que mi hermana se encargaba de una parte y yo de la otra. Sinceramente, no podría destacar ningún recuerdo en especial porque he tenido una infancia feliz.

Si nos centramos en el ámbito escolar, iba al colegio de monjas que estaba al lado de casa, hasta que más tarde me cambié de escuela. Siempre iba contenta y las maestras me decían que era muy buena alumna, me gustaba mucho ir a la escuela. También pude estudiar el bachillerato elemental en la Academia Pérez Iborra que consistía en finalizar cuatro cursos de siete.

De la juventud destaco el inicio de la Guerra Civil, que fue una época difícil porque pasó de todo, pero, sobre todo, porque pasamos hambre y miedo. Los primeros meses de la guerra no fuimos conscientes del todo, pero después ya empezamos a sentir que teníamos restricciones y al cabo de poco se complicó con los bombardeos sobre la ciudad que nos dejaron sin comida y sin luz. Por estos motivos, decidimos plantar judías en el jardín y así poder ir trampeando esos tiempos.

Estas cosas son las que pasaban en la guerra, la gente se tenía que espabilar porque no había nada. Afortunadamente, en esos momentos era joven y tenía familia y, a diferencia de mis padres, no tenía ninguna responsabilidad.

Testimonio profesional

Cuando estudié la disciplina, no había una escuela de Trabajo Social propiamente, porque ni siquiera existía la profesión como tal y en España todavía se tardó muchos años en tenerla. En cuanto terminó la guerra, la Acción Católica Femenina abrió una escuela dedicada a la formación social de las mujeres que se llamaba Escuela de Formación para el Hogar y Obras Sociales Femeninas (1939-42); la enseñanza que se impartía se centraba en la formación personal y no en el ejercicio profesional. Se obtenía un diploma que certificaba el curso

de Auxiliar Social pero que no tenía ningún tipo de validez académica. En esos tiempos, a este tipo de formación no se le daba un valor académico, ya que se consideraba que la profesión era una mera vocación. Aunque constara de dos cursos donde se hacía teoría y práctica, y un tercer curso que era para realizar una tesina.

El caso es que un día llegó a casa la propaganda de esta escuela y mi padre, que estaba dolido porque yo no había podido cursar lo que actualmente sería el bachillerato y no había podido estudiar más, aunque tuviera 17 años y se hubiera acabado la guerra, me preguntó: "¿Te gustaría ir a estudiar?" y le respondí que sí, que me gustaría, porque siempre había tenido inquietud por aprender. Así pues, gracias al ofrecimiento de mi padre, acabé matriculándome en la escuela, para convertirme, posteriormente, en trabajadora social.

Aquel primer curso de 1939 me marcó mucho, especialmente por la directora, Nati Mir, una asistente social que había estudiado en la Escuela de Bélgica de Asistentes Sociales y había ejercido la profesión también allí. Nati Mir le dio a la escuela un carácter muy social, por ejemplo, nos expuso qué representaba el problema obrero dentro de la economía, qué era la sociología, la filosofía moral, la pedagogía y la psicología, entre otros temas. Debido al contexto político y social en que nos encontrábamos, también se impartía una asignatura referente a la Doctrina Social de la Iglesia y la Higiene de la Mujer. Había muy buenos profesores y muchos de ellos eran profesores de universidad que venían a impartirnos clase, pero tuvimos la desgracia que a finales de curso Nati Mir tuvo un ataque de apendicitis y se murió. Entonces, la escuela pasó a ser dirigida por Anna M. Llatas d'Agustí y cambió de arriba a abajo, principalmente por las quejas de algunas madres de alumnas que alegaban que a sus hijas se les contaban cosas que eran demasiado avanzadas para el contexto en que nos encontrábamos, por lo que se pasó a hacer más medicina y muchas menos asignaturas sociales. Durante esos años íbamos a hacer visitas a obras sociales como el Instituto de Lucha Antituberculosa, el Asilo Hospital de Sant Joan de Déu, la Casa Provincial de la Maternidad y el Asilo de Santa Llúcia. Recuerdo que me impresionó mucho la prisión de mujeres por la poca vitalidad y las caras de tristeza, todavía hoy me sigue impresionando. Hace poco leí un artículo sobre la prisión de mujeres en Cataluña y me hizo recordar toda aquella época. Uno de los momentos que siempre me gusta explicar porque evidencia cómo era la sociedad de aquel momento, es cuando fuimos a la

Casa de la Maternidad de Barcelona y, mientras una monja nos contaba lo que se hacía allí, una mujer la interrumpió y le pidió que le sujetara una criatura que llevaba en brazos y tal como la cogió, la mujer se fue corriendo, dejando su bebé a cargo de las monjas.

Después de realizar estas visitas hacíamos unas fichas para que quedara documentado y esto era lo que teníamos de Trabajo Social, no había ninguna otra metodología propia del Trabajo Social, aunque sí que se hacía un análisis de por qué la gente tenía esa situación. Esta recopilación de información era lo más parecido a la metodología de Trabajo Social que hacíamos entonces.

Como ya he dicho antes, durante la formación también se tenían que hacer prácticas, que realicé durante un año en la guardería de la empresa Hilaturas Caralt Pérez y que empecé en el verano de 1941, cuando tenía 19 años. Aunque parezca falso, en aquella época había guarderías en las fábricas donde trabajaban mujeres.

Durante toda mi experiencia profesional he estado trabajando con personas muy válidas y capaces y de todas ellas guardo un muy buen recuerdo, pero desgraciadamente, como todos ya somos tan mayores, hay algunas que ya no están entre nosotros. Mi primera experiencia como asistente social fue en 1942, cuando entré en el Instituto de Pedagogía Terapéutica del Dr. Jeroni Moragas, que se encargaba de la atención de niños con síndrome de Down, antes conocida como niños oligofrénicos. Estos eran niños que, en las casas, se los escondía porque los padres tenían vergüenza y mi trabajo era ir a los domicilios con una función educativa para estimularlos a aprender lo que se hacía en la escuela. Es cierto que cuando el Dr. Moragas necesitaba una instructora o alguien que cuidara de los niños iba siempre a la Escuela de Asistentes Sociales porque decía que teníamos una visión más social de los problemas que no las estudiantes que habían terminado magisterio. Estuve con el doctor hasta 1948 y allí aprendí mucha pedagogía, y hasta qué punto es importante la educación.

Mientras estaba trabajando con el Dr. Moragas me ofrecieron ir a trabajar como asistente social en la empresa Material y Construcciones S. A. (MACOSA), que se encargaba de la fabricación de vagones de trenes y disponía de más de 2.500 trabajadores. Allí estuve trabajando con Maria Carme Coll y nuestra labor era atender casos que se daban en la empresa, como podían ser accidentes de

trabajo, familias numerosas, familias sin recursos para pagar alimentos o medicinas, entre otros. No hay que olvidar que nos encontrábamos en una época de posguerra y de precariedad en los salarios y las viviendas. En el año 1955 entró en la empresa un nuevo director alemán que hizo un replanteo en la organización de los servicios sociales de la empresa y comenzamos a trabajar de manera conjunta con el Servicio Médico de la empresa y el Departamento Psicotécnico. Este nuevo departamento estaba separado de las oficinas y los obreros podían acceder directamente sin tener que pedir permiso a las oficinas.

Finalmente, en octubre de 1960, con 38 años, abandoné la empresa para emprender un nuevo proyecto con la apertura y la dirección, hasta el año 1973, de la Escuela Torras i Bages de Manresa, la nueva Escuela de Asistentes Sociales en Manresa.

Aparte de dedicarme profesionalmente al Trabajo Social también me he centrado en la formación de los estudiantes y de los profesionales en activo de la disciplina. La Escuela de Manresa tenía dos vertientes: la formación de asistentes sociales y la organización de cursos sobre temas sociales abiertos a la población que estuviera interesada. No hay que olvidar que cuando se creó la escuela nos encontrábamos en el contexto de la dictadura pero, a pesar de eso, pudimos impartir la docencia y todas las actividades en catalán. Por lo que respecta a mi labor, durante estos años también continué dando clases en Barcelona un día por semana y lo compaginaba impartiendo cursos y conferencias sobre la metodología del Trabajo Social por toda España. En esos tiempos nos reuníamos mucho las diferentes escuelas y las profesionales para conseguir que el título de asistente social fuera oficial, ya que solo era un título propio de cada escuela y no servía de nada, oficialmente no constaba.

Aun así, considero que mi experiencia más importante empezó cuando en 1962 gané las oposiciones al Patronato Municipal de la Vivienda y pude iniciar mi profesionalización en el Trabajo Social comunitario. La intención del Patronato Municipal de la Vivienda era cubrir diez plazas de asistente social destinadas a los barrios de viviendas y polígonos del mismo Patronato. En un inicio, trabajé en los barrios de Montbau y del Besòs, donde se trasladaban obligatoriamente a las personas que vivían en barracas; este cambio de barrio comportaba una adaptación difícil. Primero, en el barrio de Montbau trabajé como asistente social del Centro de Atención Primaria del barrio.

Después, pedí el traslado al barrio del Besòs para participar en la experiencia de un trabajo programado y evaluado formado por un equipo integrado por asistentes sociales que dependían de entidades del barrio. En esos años, el barrio Besòs se estaba creando con las construcciones de bloques de pisos altos donde las familias que residían se daban cuenta de que tenían que compartir aspectos de su vida con la comunidad de vecinos. Además, hemos de tener presente que eran años de falta de equipamientos sociales en los nuevos barrios de Barcelona, habitados casi exclusivamente por población inmigrada llegada del resto del Estado español. Esto supuso algunos problemas a causa de la desconfianza hacia el otro, ya que la vida en un piso era muy diferente a la vida en una barraca.

Después de esta etapa, en el año 1971 empecé a trabajar en el barrio de La Mina en la acogida de los primeros vecinos. En La Mina me encargaba de atender las problemáticas vecinales y familiares y, del mismo modo como había pasado en los barrios de Montbau y del Besòs, de la adaptación a los nuevos bloques de pisos. Es verdad que al inicio los vecinos venían de manera voluntaria, pero este interés se fue perdiendo y las familias que se encontraban en situación marginal consideraban que irse a vivir a un piso era sinónimo de encerrarse entre cuatro paredes y seguir las indicaciones de la Administración. Me duele escuchar que para mucha gente La Mina es el “nido de delincuentes por excelencia” cuando ha sido un barrio utilizado políticamente. Cuando el barrio de La Mina se terminó de edificar se cerró la pequeña oficina del Patronato para abrir otra más grande y mejor equipada, y en la que podíamos ofrecer una mejor atención individualizada. Uno de nuestros objetivos fue desligar la beneficencia recurrente de tiempos pretéritos y garantizar que era posible realizar un Trabajo Social comunitario. Este hecho coincidió con unos años de movimientos reivindicativos en los barrios mientras la estructura social acusaba el desgaste del fin de la dictadura.

En el año 1979, después de las primeras elecciones democráticas, me incorporé como jefa de la nueva Secretaría Técnica del Área de Servicios Sociales del Ayuntamiento de Barcelona. Por lo tanto, dejé de realizar Trabajo Social directo para hacerme cargo de la programación de servicios y de la supervisión de los trabajadores sociales. Este cargo lo ejercí hasta mi jubilación, el 4 de febrero de 1987.

Evolución de la profesión

Para mí, los últimos años del Trabajo Social van ligados a los últimos años que me dediqué profesionalmente y no a estos últimos años de mi vida. Por lo tanto, mis últimos años profesionales ya comienzan a quedar un poco lejos de los tiempos actuales.

Costó mucho profesionalizar nuestra disciplina porque Franco siempre se resistía a reconocer la titulación, pero en los años cincuenta hubo un cambio. Gente del Opus Dei entró en el gobierno y dieron una visión un poco diferente a lo que se hacía en aquel momento. En ese sentido, en el año 1955 se abrieron las primeras escuelas para recibir formación en Trabajo Social, aunque siguieran vinculadas a la Iglesia católica o a la Sección Femenina. Aun así, no fue hasta 1964 que se reconoció el título que certificaba que éramos técnicas de grado medio, a pesar de que, para su reconocimiento, los que ya teníamos el título tuvimos que hacer un examen y presentar un trabajo, y así fue como el Trabajo Social se empezó a profesionalizar y a distanciarse de la beneficencia. Años más tarde, en 1967 se creó la Escuela Oficial de Asistentes Sociales, uno de cuyos objetivos y desafíos era el de ser el ente responsable de la coordinación de todos los cursos que se impartían y de las escuelas privadas. En aquel momento, trabajaba en el barrio del Besòs y era directora de la Escuela de Asistentes Sociales de Manresa, y la escuela ya tenía programa propio de Trabajo Social. Esta primera profesionalización abrió la puerta a una nueva lucha de las escuelas del Trabajo Social, que era poder convertirse en escuelas universitarias.

Evidentemente, la transición democrática fue un cambio a muchos niveles que permitió que con las elecciones generales de 1979 los ayuntamientos pudieran dar a los ciudadanos una atención social. Fue en este momento que las administraciones se dieron cuenta de que necesitaban la figura de un asistente social. Este hecho también fue capital para poder reivindicar la Escuela Universitaria del Trabajo Social, que finalmente se consiguió en el año 1981. Considero que en la tecnificación y la profesionalización del Trabajo Social fue muy significativo el curso de seis meses que impartió Nadir Goueva Kifouri en 1959 en la escuela de Barcelona sobre el Case Work (Trabajo Individualizado y Familiar), ya que planteó la metodología del Trabajo Social y nos hizo ver que realmente no trabajábamos con suficientes herramientas metodológicas. Fuimos avanzando con la organización de actividades complementarias para mejorar la metodología. De una de estas actividades me encargaba yo misma y tenía como objetivo hablar con

los estudiantes sobre la práctica profesional. En relación con esto, establecí que la realización de entrevistas debía realizarse desde una posición de respeto, dignidad y libertad de decisión de la persona. En ese sentido, hacíamos un trabajo individualizado en el que considerábamos la influencia del entorno.

Cuando me hice cargo de la asignatura de Metodología de Trabajo Social en la escuela de Barcelona usé las indicaciones que en su momento nos había proporcionado Kifouri y que se centraban en las técnicas de trabajo, como la realización de una entrevista completa, un registro de la documentación y del diagnóstico del caso. Para preparar las clases sobre metodología estudié todo el material que se había escrito y llegué a las siguientes reflexiones: el método del Trabajo Social ha de ser operativo para desarrollar la profesión; a menudo cuando se habla de procedimientos en el Trabajo Social, se sitúa la metodología en un segundo plano; el programa ha de ser posible y acorde con la realidad para poderlo trabajar, y el método del Trabajo Social ha de ser dinámico. También, durante unos cuantos cursos impartí clases en las escuelas de Barcelona y de Manresa de la asignatura de Trabajo Social de Comunidad, en la que me centraba en el concepto de comunidad y los agentes que podían incidir en el conocimiento del campo de la acción profesional. El hecho de plantear una nueva metodología hace repensar la disciplina del Trabajo Social y la mantiene viva.

En los últimos años en que me dedicué a la profesión (de 1979 a 1987), dejé el Trabajo Social de calle para iniciar una etapa mucho más técnica en la que estaba en contacto con la Administración con el objetivo de encontrar soluciones a las problemáticas sociales de la ciudad de Barcelona. Así pues, formé parte del Área de Servicios Sociales del Ayuntamiento de Barcelona, donde la regidora era Francesca Masgoret y la coordinadora, Rosa Domènech. La intención del Área de Servicios Sociales fue rechazar las labores benéficas, paternalistas y represivas para aportar un nuevo enfoque con personal técnico en los servicios sociales de Barcelona y priorizar la atención primaria descentralizada. Además, se tenían presentes principios básicos como son la universalidad, la integración de todas las personas del territorio y la responsabilidad de la Administración de ofrecer un servicio. Finalmente, en febrero de 1987 me jubilé, pero antes de llegar al final de mi carrera profesional, creamos el Instituto de Trabajo Social y Servicios Sociales (INTRESS) y también he formado parte del grupo promotor de la Asociación de Ayuda a Asistentes Sociales Jubilados, EQUIP 65. Aunque no esté trabajando y ya sea mayor, me gusta mucho leer e ir siguiendo la realidad social, pero, eso sí, seguirla de lejos.

Condicionantes históricos

Considero que el encuadre del Trabajo Social en España y en Cataluña está muy relacionado con la evolución de la sociedad y los valores predominantes de cada momento histórico.

Años atrás, participé en el partido político de Reagrupament Democràtic i Socialista encabezado por Josep Pallach. Hay que tener presente que, durante los años en que estuve trabajando en el barrio de La Mina, si no estabas en contacto con ningún partido político no te enterabas de lo que pasaba, te quedabas desorientada y perdías el contacto con la gente del barrio y con la realidad social que marcaba sus vidas. Además, eran años de manifestaciones y de muchas protestas porque era el momento de conseguir derechos sociales y se realizaban demandas para las mejoras de los barrios. Este hecho originó algunos debates entre los profesionales de la profesión como, por ejemplo, si el asistente social tenía que convertirse en una figura con carácter político o si por el contrario había de mantenerse al margen y ser apolítico. Sinceramente, no tenía claro cuál era la mejor opción, pero sabía que lo que a mí me gustaba era ser asistente social y no la militancia en la política, aunque eso no significara que no estuviera en contacto con la militancia. Se sabe que en la época de Franco lo pasamos mal y que hubo etapas de gran incertidumbre porque siempre había la posibilidad de que aparecieran los grises y nos llamaran la atención por realizar actividades que consideraban que no eran legales. Siempre que pienso en ello, me viene a la cabeza una anécdota que me pasó cuando estaba en el barrio del Besòs, con los padres y las madres hacíamos reuniones para plantear propuestas para la creación y la mejora de las escuelas, ya que en aquel momento los niños estaban en barracones. Evidentemente, estas reuniones eran secretas y se hacían a las 11 de la noche con el miedo de que un día u otro apareciera la policía. En una de estas reuniones apareció un chico que nadie conocía y todos temíamos que fuera un policía de incógnito, pero sorprendentemente era un vicario joven de la parroquia que había oído que hacíamos estas reuniones y quería formar parte. Todos esperábamos ser partícipes de una revolución, por pequeña que fuera.

Siempre tuve contacto con los alumnos de prácticas y aprendí mucho de ellos porque a menudo cuestionan y contradicen la labor del profesional y esto está muy bien porque hacen que el profesional haga uso de la autocrítica profesional. Precisamente fue el compromiso con la docencia lo que hizo que me adentrara en nuevas técnicas, metodologías y experiencias del Trabajo Social.

Propuestas de mejora

Siempre recomiendo que los alumnos de Trabajo Social se vinculen al Col·legi de Treball Social y que lo tengan siempre presente en su continua formación laboral y, evidentemente, personal. Creo que es esencial no caer en la realización de labores mecánicas, burocráticas e individuales porque entonces se pierde la perspectiva real y no se ejerce el Trabajo Social.

Los profesionales del Trabajo Social han de mantener vivos los valores humanos permitiendo que la persona pueda desarrollar de manera autónoma eso que desea y que da respuesta a su demanda. El respeto personal también hay que mantenerlo siempre y el profesional debe ser muy consciente de si se produce o no, porque los profesionales no tenemos que aconsejar ni dar soluciones, sino ayudar a que la persona llegue a estas soluciones y reforzarlas para que se puedan llevar a cabo.

Es cierto que hay muchas ramas y motivaciones dentro del Trabajo Social y ha de ser el propio profesional el encargado de escoger el camino que más le gusta. Todos los caminos están abiertos y son válidos, pero no todos son fácilmente alcanzables y aquí entra la perspicacia personal de cada individuo para conseguir lo que quiere. Personalmente, lo que más me gustaba era la vida de la comunidad vecinal porque las problemáticas sociales eran diversas a la vez que enriquecedoras.



Relato 2

Pilar Malla i Escofet (1931)

Nací en el año 1931 en el Pont d'Armentera (Alt Camp), donde viví toda la Guerra Civil. Después de la Guerra, cuando ya tenía 7 u 8 años, nos fuimos a vivir a la Barceloneta, donde mi padre era médico de pescadores. Vivía con mis padres, mi hermana y mi abuela. Siempre he estado en el barrio, exceptuando el período de once años en que estuve trabajando en Francia y donde presencié los acontecimientos del Mayo del 68.

Mi niñez está muy marcada por la guerra, vivida con angustia y escondiéndonos de una casa a otra porque a mi padre le podían venir a buscar para matarlo. Estos recuerdos no se olvidan, ni tampoco todo lo que llegué a soñar. Convivíamos con las necesidades que se padecían en la época de la posguerra, de las que recuerdo el esfuerzo para conseguir un mendrugo y de comer las habas

para almorzar y las cascarillas de las habas para cenar. Estos son los recuerdos que tengo y es lo que tuvimos que pasar en aquella época de estrecheces que supuso la guerra y la posguerra. Asimismo, también había momentos para la serenidad y la alegría. Me gustaba que mi padre viniera a buscarme a la escuela y que nos comprara ensaimadas y ver que mi madre había preparado pan con chocolate...

En cualquier caso, la inseguridad y las penalidades de nuestras vidas se alargaron hasta que tuve unos 12 años, que fue cuando empecé a estudiar en una escuela de monjas francesas donde había estudiado mi madre. Esa época la recuerdo feliz, y el hecho de haber ido a esta escuela me permitió aprender bien el francés y realizar el bachillerato, que en aquel momento era de cuatro años.

Testimonio profesional

Cuando era pequeña, mi obsesión era ser médica y acompañaba a mi padre cuando pasaba visita en su despacho, pero él decía que era una niña muy buena y demasiado inocente para estudiar medicina, por eso cursé magisterio. En el momento en que empecé a ejercer, tuve que dejar de acompañar a mi padre porque no era compatible por horarios, aunque trabajar de maestra no me entusiasmaba del todo. Por eso, más tarde, todavía con la idea de hacer medicina, empecé la carrera de Asistente Social, porque había muchas asignaturas que estaban relacionadas. A pesar de que en aquella época no era demasiado habitual que una mujer quisiera formarse y ejercer profesionalmente una disciplina.

La Escuela de Asistentes Sociales de Barcelona estaba bajo el paraguas de la de Bruselas, por lo que tuve la oportunidad de ir, a principios de los años cincuenta, a realizar las prácticas al Hospital Saint Rafael en Lovaina, y cuando volví a Barcelona empecé a trabajar en el Hospital Clínico y a realizar mi tesina.

El hecho de formar parte del equipo del Hospital Clínico me permitió ser una de las primeras asistentes sociales de España que iniciaron el Trabajo Social en los hospitales.

Después de mi etapa formativa, me enteré de que la embajada de España pedía una asistente social y una enfermera para ir a trabajar a Francia, en el año 1957, con los emigrantes españoles, concretamente en la Misión Española en París, en el barrio de Le Plaine Saint Denis. Se conocía como la Petite Espagne porque

estaba lleno de emigrantes y refugiados políticos españoles. Cuando llegué nos dijeron que no íbamos a cobrar nada, pero decidí hacer lo que hacían todas las españolas en Francia, trabajar de sirvientas, no quería volver a casa tan pronto. Pero un año después, la embajada de España cambió de opinión y decidió destinar una retribución a los profesionales desplazados. Así pues, durante tres años estuve trabajando en el dispensario español de Saint Denis. Yo me encargaba de llevar la organización y hacer de intérprete entre los españoles y los médicos franceses. La mayoría de los españoles eran andaluces y vivían en lo que llamaban La Campa, un campamento de casas de madera y repleto de camiones, de rulots. Después de un tiempo atendiendo sus necesidades, ya me reconocían como trabajadora social.

Viví varias experiencias anecdóticas que siempre he explicado al alumnado y que fueron lecciones para toda la vida. Un día vino una señora que me contó que tenía un hijo con discapacidad, que necesitaba un certificado del médico y una escuela donde llevarlo. Al cabo de unos días ya tenía el certificado preparado, pero me olvidé de la escuela. La señora me replicó que en el momento en que ella me exponía la situación, yo no la estaba escuchando. Fue así como me di cuenta de que estaba dando más importancia a lo que yo misma tenía que hacer que no a lo que la persona que tenía delante quería y deseaba. Otra anécdota sucedió cuando un señor expresó que no podía contar su historia de vida a una persona tan joven. En otras palabras, la supuesta inexperiencia e inocencia que proyecta la juventud puede llegar a ser un obstáculo profesional para que las personas a las que atendemos se abran y nos cuenten su malestar.

El Servicio Social de Mano de Obra Extranjera (organismo dependiente de la administración francesa para atender a los extranjeros) se interesó por mi labor y me ofreció una sustitución como intérprete, y cuando acabé esta sustitución me ofrecieron una plaza de trabajadora social. Estuve cinco años en Francia, hasta 1968. Estos años fueron el inicio de mi trayectoria profesional.

Volví de Francia cuando mi padre enfermó. Al regresar a Barcelona necesitaba encontrar trabajo y continuaba con ganas de formar parte de un hospital, pero no había manera. Así que entre 1974 y 1978 estuve trabajando para Cáritas Diocesana de Barcelona.

En aquel momento, nos encontramos con los inicios de la Generalitat de Catalunya, con el presidente Josep Tarradellas y con la formación inicial de la Aso-

ciación del Trabajo Social, actual Col·legi de Treballadors Socials de Catalunya. Como es evidente, en el momento en que se vuelve a poner en funcionamiento la Generalitat de Catalunya también lo hacen las consejerías con sus respectivos consejeros, originarios de diferentes formaciones políticas a petición del presidente Tarradellas. La Consejería de Sanidad la llevaba el doctor Ramon Espasa i Oliver, del Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC), consejería de la que dependía la Asistencia Social y de la que formé parte como técnica. Uno de los aspectos que más se valoraron fue mi visión amplia a raíz de mi experiencia en el Trabajo Social comunitario en Francia. Recuerdo que, en aquel período, trabajamos muchísimo para la construcción del Trabajo Social en Cataluña, ya que hasta el momento no sabíamos qué era, cómo se tenía que organizar ni de qué manera lo podíamos hacer. No obstante, fue cuando se aprobaron las primeras políticas de infancia, de servicios sociales de base y los servicios sociales especializados, entre otros.

En el año 1980 se produce un cambio de gobierno con la llegada del presidente Jordi Pujol i Soley y, por lo tanto, también de un nuevo consejero, incorporándose al cargo el doctor Josep Laporte i Salas de Convergència Democràtica de Catalunya (CDC). Me notificaron que el presidente no me quería en su equipo y le pedí hora para hablar del tema y ofrecerle mi renuncia para dejar el cargo en la Generalitat de Catalunya. En aquel momento, ya había sobre la mesa la propuesta de ley que había hecho Ramon Trias i Fargas sobre las personas con disminución y que finalmente se aprobó el 7 de abril de 1982 como Ley de Integración Social del Minusválido (LISMI). Por este motivo, el presidente me ofreció incorporarme a nuevos proyectos y seguir en la Generalitat de Catalunya, pero los rechacé. Finalmente, estuve casi dos años de esta nueva legislatura emprendiendo nuevos retos.

Después de esta etapa, alrededor de 1981, volví a Cáritas Diocesana como secretaria general hasta que en 1993 asumí la presidencia hasta 1998. En estos años pude participar en diferentes proyectos. Recuerdo que en aquella época había el Fondo de Asistencia Social (FAS), que era un fondo para las personas que cobraban el mínimo de vejez, alrededor de 7.000 pesetas al mes, lo que era muy justo para vivir. Viendo esta necesidad, en 1983 hicimos un estudio conjunto con las trabajadoras sociales de Cáritas y el sociólogo Joan Costa titulado "Un aspecto de la marginación en nuestra casa: los beneficiarios del FAS". Este estudio lo presentamos en La Caixa y logramos el impacto que esperábamos, concretado

en una respuesta colectiva, puesto que la entidad bancaria promovió que todos sus clientes residentes en la provincia de Barcelona y que cobraban el FAS recibieran 6.000 pesetas más al mes. El impacto de este proyecto fue tal que los políticos que estaban en la Generalitat de Catalunya lo tomaron como punto nuclear en el momento de tratar las temáticas sociales.

Otro proyecto que nació de las necesidades fue la creación de la Cooperativa de Trabajadoras Familiares. Una idea inspirada en la experiencia vivida en Francia, donde las trabajadoras familiares, principalmente mujeres, son profesionales con conocimientos técnicos sobre los cuidados que ayudan a la familia. A partir de aquí se iniciaron cursos formativos en el ICESB (Instituto Católico de Estudios Sociales de Barcelona), orientados desde la vertiente laboral, que consistían en ofrecer conocimientos de diferentes oficios y gremios, como por ejemplo zapateros o albañiles, y que se pudiera optar a un trabajo para salir de la situación precaria en la que vivía la familia. En relación con las mujeres, en Cáritas teníamos, y se sigue teniendo, la Cooperativa de las Mujeres y la Cooperativa Materno-infantil, ambas centradas en la atención a las madres jóvenes con el acompañamiento y ayuda al cuidado de las criaturas con el apoyo de la educadora o de la trabajadora familiar.

Durante los años que ejercí la dirección de Cáritas, en 1991 creamos la fundación llamada Centro Catalán de Solidaridad (CECAS) y he sido la presidente del patronato hasta hace poco. La CECAS es una fundación privada sin afán de lucro que da atención a situaciones de drogodependencias a las que se ofrecen tratamientos médicos y psicológicos.

En relación con mi trayectoria política, entré de la mano de Pasqual Maragall a las listas del Partit Socialista de Catalunya (PSC) en el año 1999, siendo presidenta de la Comisión de Trabajo Social durante cuatro años (1999-2003). De mis cuatro años en el Parlament de Catalunya, recuerdo mucho la Comisión, una época marcada por la Ley de Servicios Sociales y por la normativa que permitió el despliegue y crecimiento de todos los servicios de bienestar social. Fue, por lo tanto, el momento de hacer llegar los servicios sociales por todo el territorio y de profundizar en su especialización. Una de las cuestiones que seguimos arrastrando hoy en día son las residencias de la gente mayor que ya hace años se pedía que fueran sectorizadas territorialmente pero que no se llegó a lograr. Esta es una asignatura pendiente.

Cuando terminé esta etapa, hacía años que me había jubilado, ya que con mi marcha de Cáritas di por concluida mi vida profesional. Aun así, con el alcalde Joan Clos me nombraron defensora del pueblo de Barcelona desde principios de 2005 hasta el tercer trimestre de 2010. Soy consciente de que he trabajado mucho y durante muchos años, pero sé que le he puesto la cabeza y el corazón y me he sentido correspondida en todos los aspectos.

La evolución de la profesión

Recogiendo todo este período y basándolo en mi experiencia, considero que en los inicios había muchas trabajadoras sociales que llevaban el timón del Trabajo Social. Pero esto ha cambiado, actualmente se considera que todo el mundo es bueno para el Trabajo Social. Debemos darnos cuenta de que esta perspectiva perjudica la función de los profesionales del ámbito social como son los trabajadores sociales y los educadores sociales, que se focalizan en el trabajo comunitario. Nuestra profesión se tiene que tratar con mucho cuidado para que sea profesional y no se desdibuje.

Por lo que respecta a momentos imprescindibles para la evolución del Trabajo Social, están relacionados con otras trabajadoras sociales como Francesca Masgoret con los centros cívicos, Concepció Requena con la promoción de los barrios y Montserrat Colomer con el Trabajo Social Comunitario. Todas ellas fueron pioneras en el Trabajo Social, pero con el tiempo se ha perdido, porque la profesión no se ha ido definiendo en paralelo a los cambios que se han producido en la sociedad. Dicho de otro modo, el Trabajo Social ha perdido empuje porque se concibe como una profesión indefinida. Se sabe qué hace un médico pero no una trabajadora social. Por este motivo, es necesario tener referentes en la profesión que crean en la disciplina, porque, si no, la profesión se va desdibujando. Habría que repensar el sistema con unos servicios de base y unos servicios especializados donde se mantenga una lógica y la posibilidad de materializarse.

Una de las carencias del Trabajo Social es que no investigamos y esto hace que no se cuestione lo que se está haciendo y que no se innove. En este sentido me gustaría poner como ejemplo el estudio dirigido por Sebastià Sarasa y Albert Sales, en el que participé como defensora del pueblo, y que tenía por objeti-

vo conocer las causas de la marginación social.²⁶ Colaboraron la Generalitat de Catalunya, Cáritas, el Ayuntamiento y centros penitenciarios. Con este estudio pudimos reflexionar y hacer entender que es necesario investigar y proponer políticas preventivas, porque si los aspectos sociales no se tratan seriamente se van repitiendo de generación en generación y se lleva a cabo únicamente un trabajo asistencial. Así pues, la práctica profesional debe dirigirse más hacia una actuación preventiva para reducir el gasto social y económico.

También he estado vinculada a la *Revista de Treball Social*, donde se han publicado varios artículos míos y de la que formé parte en el equipo redactor en el mismo momento en que estaba en la Generalitat de Catalunya con el doctor Espasa como consejero.

Por lo que respecta a la docencia, cuando volví de Francia di clases durante cuatro o cinco años en el ICESB (Instituto Católico de Estudios Sociales de Barcelona) de las asignaturas de Trabajo Social Comunitario y Trabajo Social Individual. Hubo una época en la que trabajé a tiempo completo como coordinadora de las materias de Trabajo Social. Con anterioridad estuve trabajando en el barrio de La Mina.

Condicionantes históricos

Como resumen puedo decir que la vertiente formativa y la profesional se entrelazan, aunque sí que es cierto que le he dedicado muchos más años a la profesión. Aun así, la formación, la transmisión de la experiencia y los conocimientos son aspectos muy importantes. La Escuela del Trabajo Social es la realidad, hay que reflexionar sobre los momentos de la vida y los hechos del día a día y este es un aspecto que enseñamos poco. Tenemos que enseñar a plantearnos con qué nos hemos encontrado hoy y qué hemos aprendido de los demás. Es necesaria una práctica reflexiva basada en el hecho de que la verdad la tienen los otros, como conocedores de su historia de vida, y no nosotros como profesionales externos. Trabajamos para las personas y son ellas las que tienen la solución.

Los cambios más significativos que he visto en los planes formativos en la disciplina de Trabajo Social son que la profesión se ha universalizado y se ha normali-

²⁶ <http://www.sindicadegreugesbcn.cat/pdf/monografics/itineraris.ca.pdf>

zado, ya que ahora todos nos conocen y saben qué hacemos y la universidad ha contribuido a esta mejora. Con todo, pero, considero que con la universalización se tendría que dar una concreción para comprender cómo hacemos lo que hacemos y así diferenciarnos de las profesiones similares como los educadores y las educadoras. La concreción nos aportaría una mayor profesionalidad y una especificidad.

Considero que el mayor desafío que ha vivido el Trabajo Social en los últimos cuarenta años ha sido sobrevivir. Y ahora, se tiene que concretar más a partir de la buena base que ya han establecido los grandes profesionales que tiene el país. De todos modos, desde mi visión parcial, la profesión del Trabajo Social ha perdido presencia en las esferas técnicas de las instituciones. La presencia que tuvimos las asistentes sociales se dio porque éramos mujeres guerreras y rompedoras con la tradición familiar del momento. Para dedicarse al Trabajo Social es indispensable tener vocación y creer en lo que se está haciendo.

Se debería dotar a los estudiantes de herramientas para hacer lo que tienen que hacer, en otras palabras, herramientas que permitan llevarlos a concretar su futura labor y que les transmitan entusiasmo y estima hacia la profesión. Los profesionales del Trabajo Social son los que saben más y más, sobre menos y menos, para llegar a saber casi nada sobre casi todo, mientras que el especialista es aquel que sabe menos y menos sobre más y más para llegar a saber casi todo sobre casi nada. Por tanto, el Trabajo Social debe posicionarse en eso que es más generalista pero debe saber qué ha de hacer en cada momento. De este modo se podrá suplir la insatisfacción que tenemos desde el Trabajo Social por el hecho de no tener objetivos concretos y salir del círculo vicioso de demanda y respuesta que se da en la atención directa. A menudo, nos olvidamos de observar, planificar y cuestionar la sociedad. En otras palabras, hay que rehuir el planteamiento de la profesión como algo destinado a dar recursos y tenemos que concebir la profesión como una disciplina integral. Hay que regresar a la esencia de la profesión y a la pedagogía del Trabajo Social.

Si nos focalizamos en la militancia social, siempre he estado vinculada a movimientos sociales con unos valores de defensa de la persona y de la igualdad. A raíz del fascismo que se estaba viviendo en Europa, participé en reuniones clandestinas, siempre con miedo en el cuerpo a que nos vinieran a buscar. He formado parte de las Juventudes Obreras Cristianas (JOC) y después de la Acción Católica Obrera (ACO) que empezó con el capellán belga Joseph Cardijn

que se ocupaba de los trabajadores de las fábricas y con una visión del catolicismo social centrado en el hecho de que es la misma comunidad la que tiene que ayudarse.

Propuestas de mejora

Los valores que me han acompañado a lo largo de mi trayectoria profesional han sido los valores humanistas, donde “cada persona es única e irreplicable”, tal como indica Mounier. No hay recetas que sirvan para todos, es necesario personalizar el Trabajo Social y esta recomendación es tan válida hoy como siempre. Hay que entender a la persona como un misterio para aproximarse con humildad y respeto. Es cierto que uno de los valores que me ha acompañado siempre ha sido mi fe. Hay que tener presente que empiezo la profesión desde la práctica del Trabajo Social y la concluyo como defensora del pueblo y en ambos casos se trata de escuchar al otro, uno de los pilares sobre los cuales radica la profesión.

Desde mi experiencia profesional, la disciplina y la profesión del Trabajo Social tienen que ir hacia la concreción y a tener presente el valor de la persona para comprender la vida del otro en su totalidad. No tenemos que dejar que el Trabajo Social Grupal y el Trabajo Social Comunitario dejen de focalizarse en la persona, tenemos que volver a motivar el Trabajo Social Comunitario. Y, al mismo tiempo, apostar para hacer más investigación en el campo del Trabajo Social.

Personalmente, considero que para ser un buen profesional del Trabajo Social se debe saber qué ayuda necesita el otro y qué se puede hacer para que no lo necesite y así acabar con esta situación de demanda. Y para lograrlo, se requiere que haya un replanteamiento por parte de la Administración, una Administración basada en el cumplimiento de unos requisitos y condiciones para recibir ayudas y recursos. Tenemos que evitar el Trabajo Social robotizado. Por este motivo, recomiendo a los estudiantes que escojan la profesión del Trabajo Social si creen que es su vocación y a los docentes y profesionales que sean capaces de transmitir la riqueza de esta profesión.



Relato 3

Glòria Rubiol González (1933)

Nací en Barcelona en 1933. Mi familia por parte de padre procedía del Urgell y de la Segarra. En cambio, la familia de mi madre era de Valladolid. Tanto mi padre como mi madre eran funcionarios por oposición del Ministerio de Hacienda. Se conocieron en la Delegación de Barcelona y se casaron. Nací en Barcelona y he vivido aquí gran parte de mi vida, excepto los años en que estuve en los Estados Unidos.

La vida familiar fue bastante accidentada. Cuando empezó la Guerra Civil (1936-39) yo tenía 3 años. Todavía me acuerdo de los bombardeos: mi madre me metía debajo del colchón o si no íbamos al refugio. Más tarde, cuando se terminó la guerra, mi padre, que era republicano y catalanista, se tuvo que exiliar y estuvo seis años en Argentina hasta que pudo volver. Podemos decir que no viví una infancia muy agradable, pero tampoco quiero dramatizar porque mi madre tra-

bajaba de funcionaria y gracias a eso podíamos vivir con cierta tranquilidad. La casa donde vivíamos tenía un jardín y este es un recuerdo muy agradable porque siempre me han gustado las plantas y cuidarlas.

Asimismo, un recuerdo muy triste para mí se produjo cuando volvió mi padre de Argentina. El motivo es que tuvimos que ir a verlo a la Jefatura Superior de Policía en la Vía Laietana, donde estuvo detenido durante ocho días mientras la policía registraba nuestra casa.

Por lo que respecta a los buenos recuerdos, la época de enseñanza primaria (1939-42), que cursé en un colegio de religiosas salesianas, no me supuso problemas, decían que era buena estudiante y, efectivamente, sacaba buenas notas. Además, también tenía muy buenas amistades y, por eso, de esa época guardo muy buenos recuerdos. Lo que actualmente se conoce como bachillerato (1942-49) también lo hice en un colegio de salesianas, pero no era el mismo que el de primaria.

De la adultez, recuerdo de manera significativa el momento en que me casé, en el año 1967, y dos años más tarde, el 1969, cuando nació mi único hijo. Estos son los recuerdos más destacados de mi vida adulta. Me gusta rememorar los momentos cuando mi hijo era pequeño, verme acompañándolo en su crecimiento y en su desarrollo. Esta época se entrecruza con mi vida profesional.

Testimonio profesional

Con relación a mi camino hacia la disciplina del Trabajo Social, tengo que decir que empecé estudiando Filosofía y Letras en la Universidad de Barcelona. Tras los dos años de estudios comunes, me especialicé en Historia, que suponía tres años más. Así que, en total, la carrera me ocupó durante cinco años (1950-55). Y fue entonces que me sentí motivada para hacer alguna labor social. No quería dedicarme a la Historia, ni a la enseñanza. En esos momentos, cuando iba a la Biblioteca Central (ahora Biblioteca de Cataluña) y pedía libros veía que algunos estaban llenos de polvo y te dabas cuenta de que no los había leído nadie. Además, en los periódicos también leía sobre los problemas sociales que había en aquel momento y eso me motivó a estudiar alguna profesión que a mí me pareciera más útil para la sociedad. Este interés me condujo a buscar información sobre el Trabajo Social y me adentré en este mundo. No me arrepiento y nunca me he arrepentido.

Encontré la Escuela de Trabajo Social, que entonces se conocía como Escuela Católica de Enseñanza Social. Con dos amigas más, estudiamos desde el año 1958 hasta el 1961. Esta escuela dependía de un patronato que se llamaba Fomento de Acción Social (FAS) y estaba en la calle Bonavista, en el barrio de Gracia, en Barcelona. Allí empecé a formarme para lo que en aquel momento se conocía como asistente social. Hay que decir que en aquel momento el título no era oficial y por eso después tuvimos que convalidarlo (1989). El trabajo de final de estudios lo dediqué al Trabajo Social y los servicios sociales del Estado de Israel, que había visitado en el año 1961. En aquel momento, Israel era un Estado nuevo en el que el Trabajo Social y los servicios sociales estaban muy desarrollados y muy bien organizados. Tengo un recuerdo muy positivo. Ya desde el inicio, Israel disponía de un ministerio que reunía todos los servicios sociales del país, los cuales alcanzaban todos los ámbitos (infancia, gente mayor, delincuencia, organización de la comunidad, etc.), además de servicios sociales de base para todo el país. Vimos esto, cuando en nuestro país no había casi nada, fue muy impactante. Lo describí en diferentes artículos y también en un libro (Rubiol, 1967; 1980).

La formación en Trabajo Social que recibí se caracterizaba por la presencia de muchas asignaturas que no eran de Trabajo Social y que enseñaban una metodología poco motivadora. No estaba nada satisfecha por lo que respecta a la formación que recibí, no era responsabilidad de los docentes, sino del hecho que en los años sesenta las circunstancias eran las que eran. Por este motivo, todos los que pudimos, fuimos a estudiar al extranjero. Conseguí una beca Fulbright para la ampliación de estudios de Trabajo Social en la Graduate School of Social Work de la Universidad de Denver, en los Estados Unidos (1963-64), y realicé un seminario sobre Trabajo Social y Delincuencia Juvenil en la Columbia University School of Social Work, en Nueva York (1964); unos años después asistí a un curso sobre Investigación en el Trabajo Social en la National Catholic School of Social Service en Washington DC (1968) donde aprendí metodología, que me fue de mucha utilidad. En el II Congreso de Asistentes Sociales (Madrid, 1972) presenté una ponencia sobre Investigación en Trabajo Social, que está publicada con las otras ponencias del Congreso (Rubiol, 1972).

Mi trayectoria como profesional del Trabajo Social es bastante dilatada. La primera experiencia se remonta al barrio del Somorrostro, en Barcelona, en 1961-62. Este era un barrio de barracas que estaba situado en la playa donde ya ha-

bía trabajado como auxiliar de enfermería. Vivían familias de etnia gitana, pero también personas no gitanas procedentes de Andalucía, muchas de un pueblo llamado Cabra. ¡Se decía que la mitad de Cabra había venido al Somorrostro! El entorno de las barracas, al lado del mar y ya por sí bastante degradado, se veía muy afectado cuando había un temporal fuerte, que devastaba barracas y personas. Una de las cosas que hicimos allí fue intentar conseguir la tramitación de los papeles de todas esas personas de etnia gitana para que estuvieran registradas en el Registro Civil, porque nadie estaba inscrito y esto era un requisito para poder hacer el servicio militar. Conseguimos que un juez nos ayudara.

Podríamos decir que llevamos a cabo un trabajo de comunidad. Aun así, lo que más realizaba era atención individual, pero se hacía con muchas dificultades porque no podíamos proporcionar ningún tipo de recursos y había situaciones de extrema pobreza. Lo que se hacía en el Somorrostro era únicamente desde entidades privadas porque a pesar de que en el Ayuntamiento de Barcelona había asistentes sociales, que trabajaban para el Patronato Municipal de la Vivienda, se dedicaban a atender otros barrios.

Seguidamente, trabajé de asistente social en el barrio del Besòs, en Sant Adrià (1962-63). También en unas condiciones muy precarias porque no había prácticamente ningún servicio. Ni escuelas, ni dispensarios, ni centros sociales...

Cuando volví de los Estados Unidos, pocos años más tarde, hice de asistente social en diferentes hospitales, en concreto en el Hospital de Sant Joan de Déu de Barcelona (1966-67) y después en el Hospital de Sant Pau (1969-71). En el Hospital de Sant Joan de Déu fui la primera trabajadora social. Este hospital tenía una orientación social indudable, pero nos faltaban recursos sociales externos. Por ejemplo: eran tantas las dificultades que teníamos para conseguir la integración escolar de los niños con parálisis cerebral que tuvimos que formar un grupo de padres para trabajar el tema de la educación. Actualmente, cuesta imaginar esta situación, pero en aquel momento no había prácticamente nada. Si había una escuela en el barrio, eso ya era mucho. En el mismo hospital fui jefa del Servicio de Trabajo Social (1973-76) y procurábamos trabajar en coordinación con las asistentes sociales del barrio o de la parroquia donde viviera la familia atendida, si es que había alguna.

Los inicios del Trabajo Social en los hospitales de Cataluña fueron muy dificultosos, por eso actualmente desde el Seminario Permanente de Historia del Trabajo Social del Col·legi Oficial de Treball Social de Catalunya queremos dejar constancia de ello.

Continuando con mi trayectoria profesional en el Hospital de Sant Pau, también trabajé como jefa del Departamento de Asistencia Social. Los departamentos de Trabajo Social de los hospitales han ido creciendo, cambiando algunas orientaciones y han podido crear programas muy interesantes.

También recuerdo con satisfacción un proyecto que empezamos con Francesca Masgoret, cuando ella era vocal de publicaciones de la Junta de la Asociación de Asistentes Sociales de Barcelona y, a través de ella, decidimos transformar el boletín a ciclostil de la Asociación²⁷ en una revista. Así fue como del viejo boletín nació la Revista de Treball Social de la Asociación de Asistentes Sociales de Barcelona (1964), que salía cuatro veces al año y que todavía se sigue publicando. Es uno de los mejores recuerdos que tengo porque la revista ya tiene más de cincuenta años, a diferencia de otros proyectos que se empiezan pero que con el tiempo no perduran.

También formé parte del Grupo de Investigación de Trabajo Social (GITS), que dependía de la Universidad Autónoma de Barcelona, y de la que fui cofundadora y miembro de su Dirección Colegiada (1973-78). Había un gran déficit por lo que respecta a la formación de Trabajo Social, buscábamos alternativas para ampliar conocimientos y para hacerlo creamos el GITS. Venía gente de todo el Estado para hacer cursos cortos y seminarios. Pero, en este caso, la Universidad Autónoma de Barcelona no tenía mucho interés y cuando murió el profesor Josep Pallach, docente en la Facultad de Educación de la Universidad Autónoma que nos apoyaba, otras personas de la UAB mandaron cerrar el centro, aduciendo que la formación de Trabajo Social no era universitaria. Hicimos una campaña para intentar salvarlo (1978), pero no lo logramos.

²⁷ En aquella época había unas máquinas con las que se hacían copias muy mal impresas. A menudo se usaban para imprimir documentos clandestinos. En el caso del boletín de la Asociación de Asistentes Sociales de Barcelona el motivo no era porque fuera clandestino, sino porque hacerlo a ciclostil era mucho más barato que imprimirlo.

También fui elegida presidenta de la Asociación de Asistentes Sociales de Barcelona en 1967.

Mi actividad básica se ha centrado en el ámbito de los servicios sociales desde que dejé de trabajar en hospitales. Concretamente, fui miembro del equipo encargado por el consejero Frederic Rahola de la organización de los Servicios Sociales que dependían del Departamento de Gobernación de la Generalitat de Catalunya (1978).

Por lo que respecta a la formación de Trabajo Social, durante un par de años fui monitora de los alumnos de tercer curso en la Escuela de Asistentes Sociales de Barcelona (1964-66), que en esos momentos disponía de tres o cuatro monitoras, una por curso. La función principal que teníamos era organizar las prácticas de los estudiantes, trabajar con las supervisoras de prácticas y seguir el desarrollo del curso, pero no era un trabajo a tiempo completo. Tal y como ya he dicho anteriormente, más tarde, conseguí una beca y estudié Trabajo de Grupo en una universidad de los Estados Unidos (1963-64). En aquel momento, fui la primera que entró como trabajadora social, ya que era necesario tener un título universitario y entonces Trabajo Social no lo era. Cuando volví, me dediqué a trabajar de profesora de Trabajo Social de Grupo en la Escuela de Asistentes Sociales de Barcelona (1964-66).

Sin embargo, me di cuenta de que no tenía vocación de formadora y que lo que realmente me gustaba y se me daba bien era la investigación u otros tipos de actividades y proyectos. Cada tanto, sí que he dado alguna clase y he realizado supervisiones: de los asistentes sociales del Hospital de Sant Joan de Déu de Barcelona y Manresa (1979-80), de los alumnos en prácticas de la Escuela de Asistentes Sociales del ICESB (1980-81), de profesionales de los equipos de Servicios Sociales de Atención Primaria del Distrito del Eixample de Barcelona (1988) y de los Servicios Sociales Básicos del Ayuntamiento de Terrassa, entre otros.

Evolución de la profesión

En un momento determinado, decidí dedicarme de lleno al diseño y a la organización de los servicios sociales, que también es una contribución clara al desarrollo de la profesión ya que la creación y la consolidación del sistema de

servicios sociales permitió generar muchos nuevos lugares de trabajo en la Administración pública. El momento político favoreció que presentáramos un proyecto sobre cómo podría ser una Red de Servicios Sociales de ámbito territorial, coordinada por una Consejería de Asuntos Sociales o de Servicios Sociales de la Generalitat. Y fue en 1979 cuando, después de las primeras elecciones democráticas, el Ayuntamiento de Barcelona y otros ayuntamientos ya con consistorios democráticos y, gracias a la creación del proyecto anterior, crearon departamentos de Servicios Sociales o al menos tuvieron una o más trabajadoras sociales. Siendo regidora de Servicios Sociales en el Ayuntamiento de Barcelona (1979-88) Francesca Masgoret, desde el equipo técnico ayudamos a montar la Red de Servicios Sociales de la ciudad, donde intentamos que hubiera centros de servicios sociales en cada distrito y, más tarde, en cada barrio de Barcelona. Estos proyectos se fueron desarrollando también en otros ayuntamientos.

Había estudiado la legislación de servicios sociales en otros países (Rubiol, 1986). Por eso pude participar en la redacción de la Ley de Servicios Sociales de Cataluña entre los años 1980 y 1981. Fue un primer intento, que se detuvo por diferentes motivos. Pero la segunda vez, sí que se consiguió: el año 1985 salía la primera ley catalana de servicios sociales.²⁸ En el año 2007, esta ley se actualizó y también participé de este proceso.²⁹ No todas las disposiciones de la ley se han llevado a cabo pero, aun así, fue y ha sido un avance en cuanto a la consolidación de la red pública de servicios sociales en Cataluña. Actualmente, hay más trabajadores sociales en el ámbito público que en el privado, que es lo contrario de lo que pasaba en los inicios de la Transición.

La falta de recursos y los problemas de tipo organizativo han sido dos cuestiones que han condicionado de forma importante la profesión. Nosotras intentamos que el Trabajo Social que se realizara desde la Administración pública no fuera solo un trabajo individualizado, sino que tuviera una vertiente comunitaria, dado que nos parecía importante y, actualmente, sigue siendo un tema pendiente. Hay que restablecer la dimensión comunitaria del Trabajo Social, y se

²⁸ Ley de Servicios Sociales de Cataluña (Ley 26/1985, de 27 de diciembre). Se puede consultar en <https://legislacion.vlex.es/vid/llei-desembre-serveis-socials-268330229>

²⁹ Ley de Servicios Sociales de Cataluña (12/2007, de 11 de octubre). Se puede consultar en <https://legislacion.vlex.es/vid/serveis-socials-495320779>

tiene que evitar una excesiva burocratización de la práctica profesional. A veces, parece como si remitir la gente a recursos tomara todo el tiempo.

Estuve muy implicada en la Asociación de Asistentes Sociales de Barcelona y, durante gran parte de mi trayectoria profesional he podido seguir de cerca la evolución de las asociaciones profesionales catalanas. En su momento, había dos asociaciones de asistentes sociales en la ciudad. También había una en Sabadell-Terrassa y había otras en Tarragona, en Lleida, en Girona y en Manresa: un total de siete asociaciones que trabajaban en temas comunes. A modo de ejemplo, el grupo de trabajo sobre sanidad que era común en todas las de la provincia de Barcelona.

No fue hasta el año 1968 que se realizó el primer congreso estatal, en Barcelona. Fue en este momento cuando se decidió que la disciplina se llamara Trabajo Social y no servicio social, que era como se llamaba en francés. Los profesionales pasamos a ser trabajadores y trabajadoras sociales en vez de ser asistentes sociales. Asimismo, el paso más importante fue en 1982, con la creación del Col·legi Oficial de Diplomats en Treball Social i Assistents Socials de Catalunya.³⁰ Las asociaciones se disolvieron para formar el Col·legi del que fui vicepresidenta, por elección, de la primera Junta de Gobierno (1983-86), siendo presidenta Anna Morató (Feu i Rubiol, 2014).

Paralelamente, por lo que respecta al activismo y a los movimientos sociales, puedo decir que he estado implicada en algunos. En el ámbito político, formé parte del partido de Josep Pallach,³¹ que posteriormente se integró en el PSC. Estuve en diferentes labores que tenían una vertiente social desde la que fue creándose el proyecto tanto de organización de los Servicios Sociales como de la legislación de los Servicios Sociales. Actualmente, formo parte de algunas ONG.

³⁰ Ahora Col·legi Oficial de Treball Social de Catalunya.

³¹ Reagrupament Socialista i Democràtic de Catalunya, RSDC.

Activismo social de calle no realizo, pero activismo político sí. Además, soy socia de dos ONG dentro del ámbito social: INTRESS y Atlàntida. También sigo activa en algunos proyectos que realiza el Col·legi, como el Seminario Permanente de Historia del Trabajo Social en Cataluña.

Retos de la profesión

Por lo que respecta a los retos en relación con la profesión, uno de los mayores que hemos vivido nosotros es que la sociedad y otros profesionales supieran qué era el Trabajo Social, porque era una profesión desconocida. Se necesitaba dar a conocer la profesión, cosa que se consiguió parcialmente a partir de la creación del Col·legi Oficial de Treball Social, en el año 1982.

El segundo reto era conseguir que tanto las personas como otros profesionales entendieran cuáles eran las funciones del Trabajo Social. En general intentábamos explicarlo mediante publicaciones y también a través de los medios de comunicación. Este desconocimiento conllevaba problemas en los lugares de trabajo. Por ejemplo, dentro de los hospitales recuerdo la etapa en la que los médicos querían que hubiera Trabajo Social. Sobre todo, lo vi cuando estuve trabajando en el Hospital de Sant Joan de Déu y en el Hospital de Sant Pau. Los médicos que habían estado estudiando en el extranjero lo promocionaban. Pero, desgraciadamente, aparte de estos médicos que tenían otra visión, a menudo la Administración de algunos hospitales solo nos quería por lo que en aquellos momentos se denominaba realizar la calificación económica de los pacientes. Eran los años sesenta y principios de los setenta del siglo pasado. No todo el mundo estaba dentro de la Seguridad Social, ni existía el Instituto Catalán de la Salud. Por eso, desde los hospitales que no eran públicos se encontraban con que había gente que no podía pagar y, por este motivo, querían que el asistente social estudiara qué cantidad podía pagar la familia: una función absolutamente contraria a la que tiene actualmente el trabajador social, que distorsionaba la posible relación entre el trabajador y trabajadora social y la persona o familia. Sobre este tema, escribí en el año 1974 en la *Revista de Treball Social* un artículo titulado "Un problema todavía existente en los hospitales. La calificación económica de los pacientes".

El tercer reto fue lograr que los profesionales de otras disciplinas respetaran y reconocieran nuestro papel en los equipos. Era importante no dedicarse solamente a hacer de gestor de recursos, sino procurar trabajar con personas. Este es un tema que todavía persiste actualmente y, por eso, hay que darle una dimensión comunitaria al Trabajo Social. Personalmente, creo que en este aspecto incidió el hecho que Inglaterra viera a los trabajadores sociales como una profesión diferente a la que ejercían los trabajadores comunitarios. Se tendría que haber pensado en ramas de especialización, porque no son iguales las técnicas para el trabajo de comunidad que para el trabajo individualizado, a pesar de que a este siempre se le debería dar una dimensión comunitaria.



Relato 4 Francesca Masgoret Llardent (1937)

Nací en Barcelona el 4 de mayo del año 1937 en plena Guerra Civil, durante los días conocidos como las Jornadas de Mayo, por eso mi familia decía que era tan revolucionaria, porque había nacido en plena revolución. Vine al mundo en el seno de una familia trabajadora que en aquel momento era de clase media-baja. Por una parte, mi padre era de una zona muy pobre de las Garrigues. Su madre se había quedado viuda con dos niños pequeños y desde muy joven trabajó de ayudante de farmacia en Barcelona, mientras estudiaba la carrera de Medicina. Posteriormente, al terminar la carrera, ejerció de médico en Barcelona. Por otra parte, mi madre, que venía de la zona de Àger, también provenía de una familia muy sencilla. Mi abuelo, el padre de mi madre, era carpintero y vino a Barcelona, donde montó una importante fábrica de maderas para construcción. Colaboró en la construcción de muchos edificios y locales de Barcelona. Se puede decir que mi familia, tanto por parte de madre como de padre, había tenido que esfor-

zarse y trabajar mucho para ganarse la vida y salir adelante, teniendo en cuenta que provenían de dos zonas muy pobres de Cataluña.

Hace unos meses cumplí 80 años y echando un vistazo al álbum que me han regalado, me he acordado de la niña que era. Me viene a la memoria una infancia tranquila y feliz, iba a una escuela de monjas en el Eixample de Barcelona y pasaba los veranos en la Escala, en la Costa Brava, donde mis abuelos tenían una casa que generalmente estaba llena de familiares y primos. Hacíamos mucho jaleo, ya que a menudo éramos veinte o veinticinco personas. Mis hermanas y yo éramos las niñas. Allí pasábamos tres meses largos. Nos íbamos de Barcelona para San Juan y volvíamos el uno de octubre para empezar la escuela. Recuerdo que cuando llegaba a Barcelona, me entraba una gran tristeza, la ciudad era muy oscura y lo recuerdo todo gris, muy gris. El ambiente era tenso.

En la familia nos queríamos mucho y el ambiente era agradable. Celebrábamos juntos las fiestas de Navidad, Reyes, Semana Santa, pero nunca se hablaba de política. La familia de mi madre eran doce hermanos, uno de los cuales había muerto asesinado en la calle durante las revueltas populares de los años 1916-17, el abuelo era de la Lliga, dos hermanos suyos tuvieron que exiliarse porque uno era de Esquerra Republicana y el otro monárquico, y un tercero resultó ser franquista. Creo que había grandes discusiones en la familia y, por tanto, después de la guerra la política era un tema que no se tocaba, del que no se podía hablar.

Fui a la escuela de monjas hasta el año 1954. Recuerdo bien que a principios de los años cuarenta en la escuela se prohibía hablar en catalán y a mí me habían regañado porque yo solo sabía catalán, que era la lengua que se hablaba en mi casa. Esa frase de "habla en cristiano" estaba muy presente. Además, la escuela de monjas era una escuela que adoctrinaba. Enseñaban la Formación del Espíritu Nacional con una ideología nacionalcatólica muy conservadora, por eso cuando ahora oigo decir que se adoctrina en las escuelas me indigno: no tienen ni idea de lo que es adoctrinar. Yo he vivido a través de mis hijos y de mis nietos la escuela de inmersión catalana y está muy lejos del adoctrinamiento.

Siempre he sido una gran lectora. Recuerdo que en los años cuarenta y cincuenta no teníamos ni un solo libro en catalán. En la escuela solo aprendí a leer y a escribir en castellano. Con trece o catorce años había ganado algunos premios de redacción, siempre en castellano, suerte que en mi casa habían quedado mu-

chos libros catalanes como *Els Patufets*, cuentos y novelas de Folch i Torres, que yo leía y releía con deleite, quizá porque sabía que estaban prohibidos.

En definitiva, estos libros me ayudaron a hacer que la lengua catalana no quedara únicamente reducida al habla doméstica.

Al salir de la escuela en el año 1954, se podría decir que empezó la etapa de mi juventud, en la que la vida ya era más difícil. Mi familia era bastante conservadora y no estaban demasiado de acuerdo con la vida que yo quería llevar. Era una persona muy inquieta y quería estudiar medicina, pero mis padres no me dejaron, porque consideraban que no era una carrera para una chica y querían que aprendiera corte y confección, es decir, a hacer actividades de la industria textil para ser modista, costurera. Además, me querían juntar con los chicos que más "me convenían" pero yo no estaba de acuerdo. De hecho, estaba en total desacuerdo con muchas de las ideas que dominaban el día a día. En definitiva, eran los problemas de una chica de diecisiete años que se enfrentaba a un mundo y un entorno gris, triste, conservador y con pocos alicientes y que tenía que estar constantemente rompiendo moldes.

Recuerdo que con una amiga trabajamos amistad con unos médicos del Instituto Mental de Sant Andreu y nos íbamos muchos días como voluntarias. Hacíamos tests y ayudábamos a los pacientes, pero yo tenía que ir de escondidas de la familia, así que les decía que iba al cine cuando realmente me iba al Instituto Mental.

Poco a poco, me fui convenciendo de que tenía que estudiar y consideré la opción de estudiar alguna disciplina en la que la familia estuviera de acuerdo y no tuviera que pelearme. Finalmente, en 1959 me matriculé para estudiar Asistencia Social, que fue una opción consensuada con la familia.

Paralelamente, en los años sesenta, empecé a hacer prácticas en el barrio del Somorrostro, que entonces era un barrio de barracas, construidas con piedras, chapas, plásticos y maderas y sin agua corriente, situado en el Camp de la Bota. El último año de carrera, en 1961, decidí que no me gustaba nada trabajar de asistente social y que no querría dedicarme a ello. Mi opinión era que contribuían a hacer beneficencia y no a promover cambios sociales que yo consideraba que había que conseguir. En los últimos meses de estudios me salió la oportunidad de hacer unas encuestas para una inmobiliaria en el barrio del Besòs, que en

aquel momento iniciaba la construcción de los primeros pisos; fui juntamente con una compañera. Allí, en el barrio del Besòs, trabajaba una monja francesa, de origen judío, que era la única superviviente de su familia, que había muerto en los campos de concentración alemanes.

Uno de los profesores de la Escuela de Trabajo Social nos había contado la transformación que el gobierno del recientemente creado Estado de Israel estaba realizando: en el ámbito social estaba acogiendo refugiados de varios países para integrarlos en el nuevo país y, en lo económico, estaba transformando el desierto en terreno de regadío mediante el riego por goteo, que entonces era una gran novedad. Con la monja francesa, que tenía buenas relaciones con el Estado de Israel, comentamos diversas veces la transformación del nuevo país, que contrastaba con la rigidez y la poca innovación de España.

El gerente de la empresa para la que hacíamos las encuestas un día nos preguntó: “¿Qué vais a hacer ahora que estáis acabando vuestros estudios?”. Él quería que nos quedáramos en la empresa y lo ayudáramos a vender los pisos de la inmobiliaria, pero nuestra respuesta, casi sin pensarlo, fue que no podríamos quedarnos a trabajar en el Besòs porque queríamos irnos a Israel.

Él se quedó encantado con la idea y nos dio una beca para poder estudiar Trabajo Social en Israel con el compromiso que a la vuelta trabajáramos en el barrio del Besòs. Nos pusimos en contacto con el Ministerio de Asuntos Sociales de Israel y nos prepararon un programa para estudiar la organización de los servicios sociales. Este viaje cambió mis objetivos de vida. Descubrí una Red de Servicios Sociales con unos objetivos y una organización magnífica que permitían acoger millares de emigrantes llegados de diferentes países y transformar ese mosaico heterogéneo en una nación.

En 1961 me fui a Israel con dos compañeras, una de ellas era Glòria Rubiol. Yo tenía 22 años. Recuerdo que nuestros padres se enfadaron mucho, ya que creían que viajar tres chicas solas hacia Oriente no era seguro y que acabaríamos secuestradas o tendríamos muchos problemas. Cogimos un barco de carga y pasaje que nos llevó hasta Estambul y, desde allí, otro barco que nos condujo a Israel. Cuando llegamos a Haifa nos esperaba un representante del Ministerio. El programa que nos prepararon nos permitió conocer, por una parte, la organización de los *kibbutz*, los *moshavs* y otras instituciones del nuevo Estado de Israel y, por otra parte, la organización de los servicios sociales, que fue apasionante.

Conocimos el país y experimentamos sus problemas, inquietudes y esperanzas, y también descubrimos un mundo nuevo basado en una red prioritariamente municipal con una manera de trabajar absolutamente diferente: planificada, ordenada, muy profesional, nada burocrática e innovadora frente los problemas que aparecían.

Durante el viaje, se nos terminó el dinero de que disponíamos y el Ministerio de Asuntos Sociales israelí nos propuso darnos una subvención con dos condiciones: que a la vuelta a España trabajáramos para mejorar la situación de la población española, y que contásemos lo que realmente habíamos visto y vivido en Israel. Nosotras estábamos muy ilusionadas con la idea de poder aplicar todo el nuevo enfoque que habíamos aprendido, así que aceptamos entusiasmadas.

Respecto a mi vida adulta, a parte de mi familia (marido y dos hijos), tengo que hacer referencia a mi vida política, que empezó en los años 1975-76, aun en la clandestinidad, en el Partit Socialista (Reagrupament) fundado por Josep Pallach, que murió en 1979. Me centré en el estudio de la situación del Ayuntamiento de Barcelona y en la organización de los que queríamos que fuesen los futuros departamentos de servicios sociales municipales.

El recuerdo más importante y que más me ha marcado fueron las primeras elecciones democráticas efectuadas en 1979, en las que fui en la lista del Partit Socialista de Catalunya (PSC), hecho que más adelante voy a detallar.

Testimonio profesional

Estudí Asistencia Social en la Escuela Católica de Enseñanza Social, situada en la calle Bonavista núm. 6, en el barrio de Gràcia de Barcelona. Formé parte de la promoción de 1961. En aquellos años la Escuela no era universitaria; años más tarde nos convalidaron el título. Posteriormente, hice muchos cursos y cursillos profundizando en temas muy diversos. En los años sesenta e inicios de los setenta no había posgrados organizados ni formación reglada. Colaboré unos años con el Grupo de Investigación y Trabajo Social (GITS) de la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB), intentando profundizar y mejorar la formación de los trabajadores sociales, con cursos varios, y con la Escuela de Verano. De hecho, éramos un poco autodidactas. Me interesó mucho el tema de la organización y planificación de servicios, por esto, durante los años sesenta y principios de los setenta viajamos para profundizar en los modelos de organización en diversos

países, los que más nos interesaban eran Inglaterra y Suecia, ya que había una integración de la mayor parte de los servicios sociales.

En 1964 entré en la junta de la Asociación de Asistentes Sociales, de la que fui presidenta y trabajé para convertir la asociación de derecho canónico en una asociación de derecho civil. Esta asociación tardó unos años hasta poder convertirse en el Col·legi Oficial de Diplomats en Treball Social i Assistents Socials de Catalunya. En la junta, fui la persona encargada del *Boletín* de la Asociación; juntamente con Glòria Rubiol y Maria Rosa Morera, formamos un equipo para convertir el boletín a ciclostil en una publicación al estilo de las revistas profesionales con formato de revista y periodicidad fija. Así nació la *Revista de Treball Social*, aunque no adquirió este nombre hasta 1970.

Durante siete años trabajé como asistente social en la Asociación Española contra el Cáncer y en el Servicio de Oncología del Hospital de Sant Pau, preparando la puesta en marcha del nuevo Hospital Oncológico que se pensaba construir.

En 1979 me presenté como regidora en el Ayuntamiento de Barcelona en la lista del Partit Socialista de Catalunya. En la puesta en marcha del equipo de gobierno municipal incluimos el Área de Servicios Sociales, inexistente anteriormente, y me convertí en la primera regidora de los Servicios Sociales del Ayuntamiento de Barcelona durante diez años, del 1979 al 1989. Mi prioridad fue poner en marcha el Departamento de Servicios Sociales y crear una red que ofreciera servicios a los ciudadanos de Barcelona, siguiendo el proyecto que habíamos preparado durante los años anteriores.

Recuerdo que al principio hubo muchísimas dificultades. De hecho, en el Ayuntamiento no entendían exactamente cómo nos queríamos organizar y esto ocasionaba muchas discusiones con los compañeros. Hay que tener en cuenta que Barcelona contaba con pocos servicios distribuidos por la ciudad. No había Servicios Básicos, ni de Atención Primaria. Yo no disponía de personal ni de presupuesto. De hecho, los primeros meses, casi estaba absolutamente sola con una secretaria y pensaba que no lo conseguiría. Después pude incorporar a Rosa Domènech como directora de Servicios. El año 1980 conseguimos que se contractara un asistente social por distrito.

La primera dificultad fue sacar adelante los Servicios Sociales Integrados, como explica muy bien Glòria Rubiol en su libro *Marco histórico de los Servicios Sociales*

(2003), es decir, todo lo que hace referencia a los servicios para la infancia, discapacitados, gente mayor, promoción social, trabajo comunitario, etc. En aquel momento consideramos que había que gestionarlos desde un único departamento. En aquella época, tampoco se entendía cuál era la función de los Servicios Sociales de Base, más tarde llamados de Atención Primaria. A pesar de las múltiples dificultades, finalmente a principios de los años ochenta conseguimos la puesta en marcha del primer Centro de Servicios Sociales, aprovechando edificios que ya tenía el Ayuntamiento, que generalmente no estaban en las mejores condiciones.

Este primer centro, el Centro de Servicios Sociales de Erasme Janer del barrio del Raval en el distrito de Ciutat Vella, que todavía existe, estaba situado en unos entresuelos comerciales, que en principio no reunían muchas condiciones porque eran muy oscuros, aunque tenían la ventaja de ser un espacio muy grande. Este Centro de Erasme Janer pudo reunir muchos servicios, algunos totalmente innovadores. Se construyó un gran patio interior que daba mucha luz y con un mobiliario y estilo muy moderno se consiguió convertir esos entresuelos oscuros y de techos bajos en un espacio muy digno. Se instalaron varios servicios: los equipos de Atención Primaria y los servicios para la infancia y para la gente mayor, entre otros. El más innovador fue el primer Servicio de Información y Atención a las Mujeres Maltratadas que se creó en España.

En aquella época, el tema de la mujer y especialmente el maltrato de la mujer era un tema reservado a la vida privada familiar y nadie se podía inmiscuir. Recuerdo muy bien el día de la inauguración del Centro. Ese día había mucha gente: desde el teniente de alcalde, que entonces era Pasqual Maragall, a psicólogos y periodistas, entre otros. Visitamos el centro y los diversos despachos y cuando hablamos de un despacho en particular que estaba destinado a ayudar a las mujeres maltratadas surgió inmediatamente un comentario con tono burlón: "Ey, ¿qué día vais a hacer un centro de atención a los hombres maltratados?". Otros hombres se unieron a las bromas y el grupo de las mujeres salimos a defender la propuesta. Era indiferente si éramos periodistas, abogadas, asistentes sociales o políticas. Se hicieron dos bandos: los hombres con tono sarcástico y las mujeres en defensa del servicio. Este tipo de bromas e incomprendiones eran bastante habituales. Cualquier servicio innovador suscitaba un reguero de preguntas: "Y aquí ¿qué hacéis? y ¿por qué?". En cambio, hoy en día un centro para las mujeres maltratadas lo vemos como un hecho normal y no nos lo cuestionamos.

Siguiendo con el tema de la mujer, en 1986 también inauguramos la exposición "La vida cotidiana de la mujer". Consistía en una exposición en la Boqueria (del 29 de abril al 10 de mayo) y en los mercados del Clot, de Hostafrancs y Abacería Central (del 13 al 19 de mayo). Queríamos dejar patentes las múltiples ocupaciones y actividades que formaban parte de la vida de las mujeres y que no eran visibles por parte de la sociedad. El folleto que se repartía entre los ciudadanos invitándolos a este evento tenía una frase de Virginia Woolf que decía lo siguiente: "Porque todas las cenas han estado preparadas, todos los platos y las tazas lavadas, los niños han ido a la escuela y se han abierto camino. No queda nada de todo esto. Todo ha desaparecido. Ni las biografías ni los libros de historia lo mencionan".

También recuerdo la organización del primer Congreso o Asamblea de Gente Mayor promovida por el Ayuntamiento. Era a principios de los años ochenta y la publicidad que difundimos se titulaba: "Jubilado, levanta la cabeza". Ahora nos sorprendería mucho este anuncio, ya que el concepto de vejez ha cambiado radicalmente.

Otro inconveniente que potenciaba la incomprensión de la puesta en marcha de nuestro proyecto era que la legislación vigente no reconocía nada de lo que estábamos llevando a cabo. Esto ocasionaba discusiones con los servicios jurídicos, no éramos ni legales ni ilegales. Yo les respondía que éramos "alegales", pero que respondíamos a una necesidad de los ciudadanos, y por tanto lo sacábamos adelante. Poco a poco, la Generalitat aprobó las leyes de Servicios Sociales y también las nuevas leyes de régimen local, y se regularizó la situación.

De mi vida política, recuerdo bien el hecho de ser regidora de Distrito. Estuve en el Raval, desde 1979 hasta 1982, y después en el distrito de Gràcia. El Raval era un barrio complicado, con muchísimos problemas, muy abandonado y que necesitaba una profunda transformación. Había muchas fábricas abandonadas. Un par de veces descubrimos que las cloacas sobresalían porque había un canal mal hecho y entonces el agua sucia salía por todos los váteres y todas las plantas bajas. La droga también estaba muy presente y por eso muchos niños y niñas inhalaban cola. El contacto con la gente del barrio era muy satisfactorio, recuerdo una campaña de limpieza en el barrio del Raval que montamos un domingo por la mañana y en la que colaboraron muchos vecinos. Era como hacer un trabajo comunitario.

Otro servicio innovador fue trabajar con programas de tratamiento de alcoholismo y las drogas, sobre todo de la heroína, en aquel momento. Se puso en marcha en los años ochenta un programa que se llamó Programa DROSS coordinado con el Ayuntamiento de Madrid. Este consistía en la reinserción social y laboral de la gente joven, que era la principal usuaria del programa. Además, estábamos muy preocupados por poder poner en marcha programas de prevención, como, por ejemplo: fiestas sin alcohol.

En definitiva, a pesar de que gocé con la política, personalmente lo que más me gustó fue el contacto con la gente. Por ejemplo, cuando se creó la primera Residencia Pública de Abuelos, desde el momento de la firma de la entrega del solar, ir viendo como el proyecto crecía y se podía inaugurar la residencia o un casal de abuelos, esto generaba una gran satisfacción personal. En general, el hecho de poder ir haciendo pequeños proyectos y aportaciones era muy satisfactorio, como también lo era el hecho de conectar con la gente de los barrios. Tal y como he dicho, era como hacer un poco de Trabajo Social comunitario desde otro nivel.

Evolución de la profesión

Quiero destacar que yo no trabajé nunca de profesora en la Escuela de Trabajo Social, me considero más una activista que una maestra. Asimismo, sí que a menudo participé en cursos, charlas y conferencias.

Reconozco que la crisis ha incrementado las necesidades y creo que hoy la gente está un poco desbordada. Tengo la sensación de que ha habido un retroceso y hemos vuelto a una situación que promueve hasta cierto punto un estado de beneficencia. Es decir, los primeros años de la democracia se estuvo luchando por la justicia social y ahora de repente todo el mundo quiere hacer beneficencia: los bancos de alimentos y la Ropa Amiga, entre otros. Considero que son buenas ideas, pero no creo que sea la forma de solucionar los problemas de la gente que recibe las ayudas. Lo que quiero decir con esto es que me parece muy bien que haya campañas, bancos de alimentos y que no se tiren las cosas, pero me parece denigrante para la gente que lo recibe. Este tipo de actuaciones pueden ser más necesarias y adecuadas en una situación de emergencia. Cuando a veces me piden una colaboración en estos bancos de alimentos, yo

aporto alguna cosa, pero les digo que no comparto su acción y que los bancos de alimentos se tendrían que convertir en bancos de trabajo.

Los cambios radicales que han generado las nuevas tecnologías, el paro y la desigualdad social creciente, creo que hacen absolutamente necesario un replanteamiento del Trabajo Social, enfocado en el empoderamiento de las personas, en la autoestima y en la creación de nuevas ocupaciones. He vivido la crisis de cambios de trabajo de muchas personas y la aparición de nuevas ocupaciones que antes no existían. Siempre he creído en el hecho que periódicamente se terminan unos tipos de trabajos pero empiezan otros. La vida nos demuestra que esto ha sucedido a lo largo de la historia, por ejemplo, en los años ochenta, se empezaron los servicios a domicilio y la teleasistencia y recuerdo que en un programa de televisión expliqué que este tipo de servicios podrían crear miles de lugares de trabajo, cosa que provocó un gran barullo y la gente decía: "Esta mujer está loca, no es posible".

En resumen, el Trabajo Social ha encontrado un lugar en la sociedad y se incrementa cada vez más el número de personas interesadas en estudiar la carrera. La profesión se ha abierto a diferentes vertientes, de modo que te puedes especializar en lo que más te gusta. En definitiva, me parece muy interesante. Desde mi experiencia, los cambios más significativos que ha vivido el Trabajo Social en Cataluña en el terreno profesional han sido la creación, a partir de 1980, de un Sistema de Servicios Sociales con una red de servicios de atención primaria y servicios especializados, y la aprobación de las leyes de servicios sociales.

Condicionantes históricos

Personalmente, no he sido nunca una gran activista de movimientos sociales porque, a parte del trabajo, yo tenía hijos y marido, y entonces complementar las dos cosas se me hacía difícil. Asimismo, hoy en día soy de la ANC y Òmnium, pero no he sido nunca de grandes movimientos. En los últimos diez años sí que me he implicado mucho en movimientos más bien para la defensa de la lengua en la ANC y Òmnium, pero todo esto con un activismo relativo, ya que tampoco he estado en primera línea colaborando en actividades de los barrios. Además, ahora tengo la sensación de que renace otro activismo. Pienso, por ejemplo, en el 1 de octubre de 2017. Ese día surgió una convivencia entre los

vecinos, la mayoría no se conocían, que ha provocado que se estén organizando para llevar a cabo una serie de proyectos en el barrio como, por ejemplo, cambiar el nombre de la calle Príncipe de Asturias por Riera de Cassoles.

Desde mi experiencia como trabajadora social, el mayor reto que he vivido a lo largo de estos cuarenta años en el ámbito profesional ha sido dejar de ser “la asistente social de la parroquia” y pasar a ser trabajadora de un servicio público y al servicio de la ciudadanía. Por el camino, creo que se ha perdido el Trabajo Social comunitario, y lo siento mucho, porque creo que es necesario y había experiencias muy interesantes. La llegada de la democracia en España permitió dar un salto que puso el Trabajo Social al día.

Propuestas de mejora

Los valores que han acompañado mi trayectoria profesional son los derechos humanos en general, la ética, la seriedad en el trabajo, la vocación por el servicio público, la preparación y el estímulo para un trabajo eficaz. En general considero que todas las profesiones, no solo el Trabajo Social, deben tener unos valores éticos y deontológicos. También deben estar presentes los principios de más participación, más efectividad, pero eso ya sería más en el día a día. También hay que tener en cuenta que vivimos en una sociedad compleja, donde llega mucha gente extranjera, de modo que necesitas tener una actitud abierta y receptiva. Esto a la vez crea una serie de problemas religiosos, culturales, vivenciales, que hay que tener presentes.

No conozco demasiado bien el momento actual que vive el Trabajo Social y considero que se me hace difícil valorarlo. He perdido el contacto con el día a día y te puedes equivocar. Hay ideas que quizás en cierto momento pensaba que eran válidas pero ahora no lo son. Asimismo, defiendo que ha de seguir siendo un servicio público como valor y, además, pondría mucho énfasis en que no acabe siendo un servicio benéfico que reparta alimentos y dinero, sino que sea un servicio progresista, es decir, que ayude a la gente a empoderarse, para que esta tenga unos criterios y pueda salir adelante. Por eso, me ilusiona pensar en la posibilidad de tener un país propio, más pequeño, donde podamos, en un ámbito más experimental, implementar esta serie de aspectos, porque a escala estatal lo veo difícil y a escala europea todavía más.

También seguramente se tendría que hacer una reorganización territorial, sobre todo en las zonas rurales. No puedo valorar si los medios son suficientes, pero si lo comparamos con los que había en los años setenta y ochenta hay más medios y recursos. Quizá no es necesario dotar a los equipos de trabajadores sociales de más recursos, sino que habría que reordenar territorialmente los modelos y hacerlos encajar. Sanidad, Educación y Servicios Sociales deberían tener asignada una misma zona territorial.



Relato 5 Teresa Rossell Poch (1938)

Nací el 17 de julio de 1938 en Montmeló, en la casa de veraneo de unos amigos de mi familia, cuando todavía no había acabado la Guerra Civil. Medio año más tarde, terminada la guerra, la familia regresó a Barcelona, al barrio de Sants, donde viví hasta los 18 años, cuando nos trasladamos a la calle Balmes. El Instituto Montserrat fue mi escuela desde el año 1943 al 1956, un centro que había quedado de antes de la guerra, mixto, de niños y niñas, basado en el sistema Montessori, donde había un gran jardín y una pequeña granja, con muchas actividades docentes al aire libre, con actividades lúdicas y musicales, y con unas normas basadas en una ética civil más que en una cultura religiosa, a la que no excluían, pero no predominaba. Estos aspectos eran poco habituales en la época en que abundaban las escuelas religiosas con una educación bastante rígida.

El contexto económico, social y emocional que presidía los primeros años después de una guerra civil muy cruenta, con pérdidas de amigos, vecinos, económicas y de todo tipo, era opresivo, ya que estábamos bajo un régimen dictatorial durísimo. Algunos recuerdos relevantes para mí de esa época eran que la gente en Barcelona se desplazaba en metro y en tranvía, que iban tan llenos que la gente casi ni podía subir, y algunos hombres iban, como se decía, “colgados” sin ningún tipo de protección. Otro elemento era todo el alumbrado de la ciudad, tanto dentro de las casas como en la calle vivíamos con un nivel de luz tan bajo (comparado con la actualidad), que era imposible poder leer, coser o hacer nada, si no fuera porque disponíamos de las famosas luces que con una pequeña polea se subían y se bajaban del techo y ofrecían un círculo de luz más intensa.

No menos importante era el factor de la climatología. En aquella época, hacia los años 1940, mientras vivía en Sants, había mucha niebla y recuerdo una Barcelona oscura, húmeda y un poco tenebrosa al atardecer, aunque en aquella época lo considerábamos normal. Las escaleras se cerraban con unas puertas de madera grandes y como no había timbres eléctricos, en la mayoría de las casas de los barrios, se usaban esos picadores de hierro con forma de mano. Son cosas que ahora son insignificantes pero que marcan un cambio extraordinario.

Por lo que respecta al barrio donde yo vivía, el tema asociativo y cultural era muy destacado. Había el Orfeón de Sants y el Centro Católico de Sants, donde había teatro cada domingo, yo iba con mis abuelas y era curioso porque, como no se permitía que el teatro fuera siempre en catalán, el tema se solucionaba interpretando alternativamente autores catalanes y de otras partes del Estado. También había muchas conferencias, debates, música interpretada por aficionados o profesionales, etc.; un barrio rico en actividades diversas. Ligando esto con mi familia, quiero destacar que en mi casa había un ambiente muy dinámico y con intereses culturales variados. Vivía con mis padres, una abuela, una tía abuela y un hermano, cuatro años mayor que yo.

Mi padre trabajó desde joven y durante toda su vida en una empresa americana, con sede en Barcelona, en la que se hablaba inglés, catalán y castellano. Él era una persona muy inquieta y en casa teníamos muchos libros. Recuerdo que en un estante teníamos libros de Freud sin saber quién era. Pero también teníamos una bibliografía muy copiosa, con autores clásicos y autores del momento, en catalán, castellano, inglés y francés. Además, en aquella época recibíamos periódicamente un paquete que venía de los Estados Unidos, y eso era excepcional.

Nos lo mandaba un antiguo dirigente de la empresa de mi padre y dentro encontrábamos cosméticos para mi madre, dulces para nosotros y también dos revistas para mi padre, una de las cuales se llamaba American Home.

Eran cosas que teníamos al alcance de la mano y que permitían tener un punto de visto muy amplio de las situaciones. Un aspecto que siempre me ha gustado de mi familia es que tenían amigos que, muchos de ellos, eran profesionales interesados en muchos ámbitos y, por lo tanto, esto permitía tener una admiración y un respeto hacia la cultura, hacia la gente que tiene conocimientos y que mantiene una actitud cercana y amable, desarrollando así un ambiente muy enriquecedor para mí.

Si rememoro mi infancia, me invaden recuerdos positivos, de alegría, simpatía, de una madre muy afectuosa, encantadora, elegante, de un padre ejecutivo y un hermano mayor que, para mí, era un modelo de simpatía y de saberlo hacer todo.

Por una parte, de la juventud destaco todo el tema de los amigos y de las amigas porque, en aquella época, lo que caracterizaba la amistad entre las chicas era que nos lo podíamos explicar todo y que no nos podíamos separar, nos acompañábamos una a la otra hasta la puerta de casa, pero eran tantas las ganas de estar juntas que después te dejabas acompañar y eso no se terminaba nunca. Lo mismo pasaba cuando se puso teléfono en las casas, siempre nos tenían que reñir porque no parábamos de hablar. Y también destaco mucho buenos recuerdos de los veranos de mi época, que eran de tres meses, desde San Juan que nos íbamos fuera hasta el 1 de octubre que empezaba la escuela; de aquellos veranos tengo recuerdos positivos en los que todo era jugar, ir de excursión, compartir la vida rural con los campesinos o ir a la playa...

En la infancia y la adolescencia no tuve ninguna dificultad importante, quizá las más destacada eran las controversias del contexto social en las que la gente era más inhibida y la relación con los chicos no era abierta.

Por otra parte, en la etapa de la adolescencia, una cosa que creo que me marcó fue que yo estudié bachillerato. Porque en aquella época los que estudiaban principalmente eran los chicos, por ejemplo, mi hermano hizo bachillerato y la carrera de Bellas Artes. En cambio, a las chicas no les impedían estudiar, pero no era con la previsión de trabajar en un futuro. A mí me hubiera gustado ser

médica, era una cuestión a la que le daba vueltas, pero nunca me decidí a llevarlo a cabo. Además, en mi casa tenían la perspectiva que para una chica no era necesario cultivarse mentalmente yendo a la universidad y teniendo una carrera. Por suerte, terminé estudiando Trabajo Social, más adelante psicología y ¡fui profesora titular de Trabajo Social!

Testimonio profesional

Cuando cumplí 18 años en el curso 1956-57, me inscribí en unos cursos que en aquellos momentos programaba el gobierno a través de la Falange, llamados Servicio Social Femenino. Del mismo modo que los hombres hacían el servicio militar, las mujeres aprendíamos a coser y hacer diferentes cosas de la casa, además te enseñaban algunos apuntes históricos de España y de la Falange para robustecer “el espíritu nacional”. Estos estudios tenían una duración de seis meses, en los que los tres primeros eran de clases teóricas y los tres restantes eran de prácticas. Yo, de prácticas, estuve un tiempo en un centro, al final de la Rambla, ayudando a personas necesitadas, distribuyendo leche en polvo y proporcionando alimentos.

Justo después, colaboré con un servicio del Ayuntamiento de Barcelona ayudando a una profesional, M. Dolores Enedáguila, trabajadora social del Preventorio Municipal de Psiquiatría de Urgencias, pasando a máquina informes de casos sociales, con diferentes problemáticas. Ella por las tardes tenía el cargo de secretaria de la Escuela de Visitadoras Sociales Psicólogas, en la cátedra de Psiquiatría de la Facultad de Medicina, donde se impartían unos estudios de carácter social y que para matricularse no era necesario tener el bachillerato.

Me quedé atónita cuando supe qué se hacía en esa facultad con tanto renombre y al año siguiente (curso 1958-59), me matriculé. Por tanto, puedo decir que esta fue mi primera motivación hacia el ámbito del Trabajo Social. Finalicé mis estudios en el año 1961.

El psiquiatra doctor Ramon Sarró había ido a América y había visto que, en el equipo psiquiátrico, había médicos, psiquiatras, psicólogos y visitadoras sociales conocidos como social workers, y tuvo la idea de crear un equipo parecido en el Clínico. Inicialmente se creó la escuela en el Hospital Clínico para formar trabajadoras sociales especialistas en salud mental, al cabo de dos cursos se amplió el temario para formar trabajadoras sociales genéricas que pudieran

trabajar en diferentes campos. Esta enseñanza estaba ubicada en la cátedra de Psiquiatría, el Dr. Sarró era el director y dos trabajadoras sociales, las Sras. Montserrat Castells y M. Dolores Enedáguila, que eran miembros de la Falange Española, llevaban la gestión del centro, a la vez que impartían clases de Trabajo Social.

Hay que recalcar que en esos años los estudios de psicología no existían y que todavía se tardó un tiempo en ser reconocidos por la universidad, como también otra disciplina que se vio afectada por el régimen franquista, la sociología, ya que según el régimen era una materia subversiva y prohibieron enseñarla en la universidad.

Estuve estudiando en esta escuela (1958-59/1960-61), donde la mayoría de los profesores eran psicólogos y médicos, lo que marcó mucho nuestra formación como trabajadoras sociales. Una curiosidad fue que teníamos un psiquiatra que explicaba sociología de la familia, sociología que más bien era psicología de la familia.

Cuando acabé, la directora de la escuela, que me apreciaba mucho, me propuso que me quedara para colaborar en el centro. Mi función era acoger y explicar el funcionamiento de la escuela y las materias del programa que se estudiaban. En el contexto de aquella época las estudiantes iban a la escuela con sus padres y todas eran chicas. Entonces, los padres solían preguntar: "Mira, mi hija quiere estudiar 'esto' que no sabemos muy bien qué es ni para qué sirve". Hay que destacar otra vez que en aquella época a los padres no les interesaba demasiado que las mujeres estudiaran ni que trabajaran. Yo siempre les decía: "el Trabajo Social es una carrera en la que, si su hija no trabaja, da igual porque le sirve para ella misma y es una carrera que sirve para muchas otras cosas" y todos quedaban entusiasmados. Hasta tal punto, que una vez vino una familia de dos hermanas en la que la mayor quería matricularse y al final se matricularon las dos hermanas y han sido unas trabajadoras sociales fantásticas.

A raíz de esto, en 1965 o 1966 había trabajadoras sociales que trabajaban en centros del Ayuntamiento, pero no eran funcionarios, por lo tanto, en aquel año se crearon veinticinco plazas de funcionarios municipales para asistentes sociales del Ayuntamiento de Barcelona, de las cuales veintitrés ya estaban otorgadas, quedando dos para nuevas profesionales. Obtuve una de las plazas y fui a trabajar al Preventorio Municipal de Psiquiatría de Urgencias de Barcelona,

del que hemos hablado antes (1967-70). Era un campo que me entusiasmaba porque mi preferencia siempre ha sido la salud o la salud mental.

El Preventorio, como lo llamaban, situado en una torre antigua muy grande, era lo que por entonces se conocía como manicomio, las paredes no tenían puertas y en una planta había los hombres y en otra las mujeres. Por lo tanto, no había privacidad, tampoco en aquel momento había leyes que prohibieran ingresar a un paciente sin su consentimiento, etc.

El tipo de personas que atendían eran las que habían tenido un brote psicótico, un delirio etílico, una depresión grave, entre otras crisis. Situándonos en el contexto de la época en que había mucha migración de españoles hacia Europa y que, por tanto, por Barcelona pasaban muchas personas que venían de Galicia, Andalucía, y se dirigían hacia Alemania, a Francia o cualquier otro lugar, para trabajar en un país europeo, y algunas de ellas, ante las dificultades, la falta de preparación y del choque idiomático, desarrollaban un brote o una descompensación que motivaba su retorno a España y a menudo a Barcelona.

En este centro, la diversidad de problemas mentales permitía aprender mucho sobre el tema. Era muy interesante y, a pesar de que la urgencia y la complicación de las problemáticas no permitían hacer en muchos casos el tratamiento que les correspondía, aprendí muchísimo, aunque tuviera que aguantar un ambiente de tensión y falta de recursos.

Paralelamente yo ya estaba dando clases en la actual Escuela Universitaria de Trabajo Social de Barcelona desde 1963 hasta 2003. En aquel momento de mi vida me casé y tuve tres hijos, muy seguidos, y por este motivo a finales de 1970 solicité una excedencia del Preventorio al Ayuntamiento de Barcelona, y ya no volví a trabajar allí.

Continué dando clases y, al incorporarme otra vez a la vida laboral en el año 1976, me salió la oportunidad de trabajar en mi Escuela de Trabajo Social, ya que el Dr. Sarró había fallecido y a la directora y a la secretaria las tenían que trasladar a otro centro. Así que me ofrecieron la posición de subdirectora ya que no podía ser directora porque me faltaba una licenciatura. Y el Dr. José Luis Martí Tusquets, médico de la cátedra de Psiquiatría y profesor de la escuela, asumió el cargo de director. Hay que destacar que, en aquel momento, en la escuela había unas veinte alumnas por curso y los profesores venían a dar clase

o la supervisión y la dinámica del centro era relativamente fácil de manejar. A finales de 1973 entró de directora Cristina Rimbau, que había estudiado en nuestra escuela y era licenciada en Psicología. Yo continué como subdirectora, siendo posteriormente la directora de la Escuela Universitaria de Trabajo Social de Barcelona del 1986 al 1998 y del 2001 al 2005.

Quiero remarcar que me saqué la licenciatura en Filosofía y Ciencias de la Educación, Sección de Psicología, en 1989 en la Universidad de Barcelona, donde desarrollé la mayor parte de mi vida profesional; también colaboré con un centro de salud mental, trabajando con grupos terapéuticos, e impartiendo clases regularmente en algunas escuelas del Estado y estudios profesionales a través de las diputaciones de Andalucía, Galicia, Murcia, etc.

Evolución profesional

En cuanto a mi evolución profesional a lo largo de la historia de los últimos cuarenta años de Trabajo Social, y por el hecho de haber estudiado y trabajado en la Escuela de Trabajo Social, me interesé desde el inicio en la metodología, que permitía dar cuerpo a la teoría y a la práctica. Por ejemplo, ahora tenéis epistemología, sociología o ética, pero en aquella época todo estaba unido a la metodología. Me focalicé en esto, porque a partir de la reflexión entre metodología de intervención, de observación, la conceptualización y la investigación, surge la disciplina del Trabajo Social, que conocemos actualmente.

En 1963 la directora me propuso dar clase de Trabajo Social de Grupo, me sorprendió mucho porque yo no había dado nunca clase, y menos de grupo, que hasta ese momento no se explicaba en la Escuela. Tenía alguna idea, pero tampoco demasiado, únicamente había ido a un seminario. Glòria Rubiol, que en aquel momento había vuelto de los Estados Unidos, me prestó el libro de Gisela Konopka, *Social group work*, una de las autoras americanas que teorizaron sobre el Trabajo Social de grupo; el libro estaba en inglés, y me dio trabajo porque mi inglés era todavía limitado, pero lo logré. A partir de aquel momento los estudiantes hacían, en segundo curso, la asignatura Prácticas de Grupo en una institución (siempre en instituciones donde generalmente vivían internados jóvenes, centros para “madres solteras”, psiquiátricos, etc.) que yo misma supervisaba regularmente. En segundo y tercero se hacía una asignatura de Entrevista y Trabajo Social de Casos con las supervisiones individuales o en pequeños grupos.

Por tanto, la formación enfocada en estas materias era muy intensa. También se incluyó el Trabajo Social de Comunidad con la correspondiente metodología.

Paralelamente, la Escuela de Trabajo Social del Instituto Católico de Estudios Sociales de Barcelona (ICESB) me contrató para impartir la asignatura de Trabajo Social de Grupo (del 1970-71 al 1974-75).

Relato esto porque son procesos de evolución interna en el Trabajo Social relacionados con la práctica profesional que se iba construyendo en un contexto que hasta el final del franquismo y la recuperación democrática no tuvo Servicios Sociales como ahora los conocemos, ni leyes modernas como en otros países.

De todos modos, grupos de profesionales y personas con intereses políticos ya se preparaban para afrontar un cambio, que no tardaría mucho en llegar. Glòria Rubiol y Francesca Masgoret y otras trabajadoras sociales crearon un grupo, en el que yo también participé, en el que se argumentaba cómo tenía que ser la política social y los servicios sociales, en una nueva etapa democrática. Las ideas y los ideales emergentes de estas reflexiones permitieron asumir y desarrollar la organización de los Servicios Sociales de los ayuntamientos, de las diputaciones y de la Generalitat. Hasta tal punto que el Modelo Barcelona de Servicios Sociales se “exportó” a varias ciudades españolas. En la nueva etapa democrática las materias de Política Social y Servicios Sociales tuvieron un papel muy importante junto con las de Trabajo Social. Con la recuperación democrática, la directora Cristina Rimbau y yo misma empezamos a dar en la Escuela cursos de especialización, tanto en Barcelona, como en Girona, Tarragona, Sabadell y otras ciudades. De los cursos Salud Mental y Trabajo Social (1978-79) y Salud, Sanidad y Servicios Sociales (1982-83), salieron las respectivas publicaciones de las que fui compiladora. Por lo tanto, el gran cambio del Trabajo Social gracias a la Transición fue el nacimiento de los Servicios Sociales que conocemos y la progresiva promulgación de leyes generales y específicas de Servicios Sociales que “aseguraban” los derechos y la participación de los ciudadanos. En el ámbito formativo, el cambio que ha vivido el Trabajo Social a lo largo de los últimos cuarenta años incluye muchos aspectos: prácticos, teóricos, de especialización, de reconocimiento social y otros. A mí me ha interesado siempre la construcción teórica y práctica del Trabajo Social, que reserve sus finalidades, su ética y el compromiso social con las personas más desfavorecidas. Me ha interesado y gustado mucho dar clase con los alumnos, tanto, que en 1984 impartí un curso sobre la Entre-

vista en el Trabajo Social con un grupo de segundo curso, que también hacían prácticas en diferentes servicios y yo misma los supervisaba, y me pareció tan interesante la temática que aquel verano me puse a escribir un libro sobre la entrevista que tuviera un marco y unas referencias conceptuales necesarias para poder atender de forma correcta a los usuarios. En conclusión, es el contacto con los alumnos, desde mi punto de vista como docente y supervisora, lo que te lleva a la idea que “tú debes formarte porque no hay mejor formación que la de tener que enseñar, ya que al explicar los temas debes hacerlo con claridad, habiendo interiorizado y aprendido lo que tienes que explicar”.

Fui profesora de las siguientes materias: TS de Grupo, TS Individual y Familiar, Técnicas de Entrevista en el TS, Trabajo Social Residencial, Equipos de Trabajo, Practicum de Intervención, Supervisión y Trabajo Social y Salud Mental. Mi experiencia como formadora es muy positiva, ya que por suerte y desde el inicio en la Escuela contábamos con profesionales, profesores muy buenos, de los que podíamos aprender y al mismo tiempo compartir ideas y objetivos de formación para el Trabajo Social. En mis clases siempre había referencias a materias de otros profesores, que ayudaba a integrar conceptos y valorar la importancia del conjunto. Con el grupo de profesores trabajadores sociales continuamente organizábamos seminarios para tratar temas nuevos e integrarlos en la docencia. Ya fuera cuando era subdirectora como directora del centro, el ambiente y las relaciones entre profesores fueron generalmente muy amistosas y muy potentes en el terreno intelectual. Cuando me jubilé solo pensaba en dar las gracias a todo el mundo.

Como me había formado en contacto con bibliografía y con profesores internacionales, me parecía muy importante que los estudiantes tuvieran la oportunidad de pasar temporadas en otros países donde el Trabajo Social tuviera una tradición muy positiva. A través de los programas Erasmus, Sócrates, Tempus y otros, estudiantes y profesores de la escuela realizamos intercambios que fueron muy provechosos para la formación. También la escuela era miembro de la International Association of Schools of Social Work, de la que fui miembro formando parte del Comité Ejecutivo y presidenta de la European Association of Schools of Social Work del 1991 al 1995.

Mi vinculación con la escuela durante mi vida ha sido muy potente y activa, y he participado en temas importantes para la profesión a través de nuestro Colegio, por ejemplo, durante ocho años fui miembro del primer Comité de Ética del

Colegio, participé en encuentros y encierros también en el Colegio para reivindicar que los estudios fueran universitarios, he colaborado con la *Revista de Treball Social* y en los grupos de trabajo.

Además, el libro que escribí sobre la *Entrevista en el Trabajo Social* (que ahora después de treinta años se ha editado otra vez en colaboración con Pepita Rodríguez), que para mí estaba dedicado a los estudiantes de segundo curso, tuvo mucha repercusión y motivó que realizara clases en muchas universidades españolas como la Universidad de Santiago de Compostela, donde fui diez años seguidos, también en Granada, Sevilla, Madrid, Murcia, Cuenca, etc. Otro factor que fue importante para el ámbito profesional y formativo fue que, a partir de mi libro, surgió la “Colección EUGE”, que yo misma dirigía con la colaboración de profesores. Así, la colaboración entre la escuela y la Llar del Llibre fue fundamental para publicar una colección de libros (1987-93) en un contexto en el que los libros de Trabajo Social eran especialmente escasos.

Unos años más tarde, la Editorial Paidós me pidió si quería dirigir una colección de libros de Trabajo Social (1997-2004); en esta editorial está el libro de José Fernández, *La supervisión; Ética y valores en el TS*, de Sara Banks; *La teoría del vínculo afectivo para la práctica del TS*, de D. Howe, entre otros, muy importantes para la formación. Se publicaron unos veinte libros y para mí, personalmente, fue una experiencia muy gratificante.

Condicionantes históricos

Desde mi experiencia como trabajadora social, creo que el mayor reto que ha vivido la profesión a lo largo de estos cuarenta años se puede sintetizar en dos aspectos principales que están interrelacionados: el primero fue conseguir un nivel de estudios reconocidos, y más adelante alcanzar un nivel de estudios universitarios, que equiparara el Trabajo Social a otras disciplinas como podían ser: psicología, antropología, sociología y otras (que en los años ochenta ya existían), y el segundo lograr un reconocimiento social de la profesión, a través de la evidencia o constatación de buenas prácticas profesionales.

Sobre la formación, aunque ya hubiera trabajadores sociales en muchos centros de barrio, en hospitales, empresas y en otros campos, el reconocimiento del Ministerio de Educación y Ciencia no llegó hasta el año 1967 (como estudios pro-

fesionales de grado medio). Después de una insistente reclamación para que los estudios tuvieran un nivel universitario, en 1981 se aprobaron como una diplomatura universitaria con una duración de tres años, y no ha sido hasta la última reforma universitaria, llamada de Bolonia, que el Trabajo Social se sitúa a nivel de grado, con una duración de cuatro años y con la posibilidad de poder realizar un doctorado en Trabajo Social. En los tres primeros períodos estuve totalmente implicada en la mejora de la formación, a través de artículos, encierros en el Col·legi, y especialmente para la entrada en la universidad, escribí ponencias argumentando la creación del Área de Conocimiento del Trabajo Social y participando en la Comisión del Ministerio creada para este tema, como consultora. También la conexión con universidades y docentes de países europeos influyó en aceptar nuestras reivindicaciones.

Respecto al recorrido hasta obtener un reconocimiento social consolidado, tengo que decir que no ha sido un camino fácil. El Trabajo Social tuvo que atender a personas que presentaban problemas que la sociedad y las instancias políticas no querían reconocer ni asumir (violencia doméstica, pobreza extrema, rechazo social, etc.) y los trabajadores sociales tuvieron una actitud proactiva, en el sentido de ayudar individualmente, colectivamente a los afectados y promover asociaciones reivindicativas de mejora de grupos de afectados con una misma problemática, hasta llegar a alcanzar los niveles de atención necesarios.

La aparición de nuevas profesiones en el terreno de los servicios sociales: educadores sociales, psicólogos, integradores sociales y otros, supuso un proceso de discusiones y encaje en todos los participantes en equipos interprofesionales que integraran diferentes labores y roles dentro del equipo. Esta etapa podemos decir que en este momento ha quedado superada, ya que la proliferación de nuevas comisiones y equipos dentro de los numerosos servicios existentes hace que tengan que mantener una organización que se ajuste a los objetivos del servicio.

Actualmente todo el mundo sabe qué es el Trabajo Social y conoce la intervención de los profesionales en diferentes campos de trabajo, la intervención directa con los usuarios y con la comunidad, su gestión de servicios, residencias, departamentos y entidades diversas, y su presencia en comités interprofesionales, en comités de ética de hospitales y otras organizaciones es habitual. En este sentido, podemos decir que el trabajador social se ha ganado la confianza de la población, de los profesionales, de los gestores de los servicios y del estamento

político. Del mismo modo, a menudo podemos observar cómo los medios de comunicación piden a los trabajadores sociales sus opiniones o informaciones sobre diferentes temas del área de los servicios sociales.

Respecto a los activismos sociales, me centré en el ámbito profesional, como brevemente he explicado. Por lo que respecta al ámbito político siempre he estado más en el lado de la izquierda, participando en manifestaciones defendiendo el derecho de expresarnos libremente.

Propuestas de mejora

Más que hablar de mejora, hablaría de reforzar el progreso que ha experimentado el Trabajo Social actual, y desde mi punto de vista este desarrollo de la profesión y de las posibilidades de progreso radican básicamente en el dominio de lo que hemos denominado la metodología. La metodología del Trabajo Social individual, familiar, el trabajo de grupo y el trabajo comunitario, actualmente tiene muchas variantes, pero continúa siendo la esencia del Trabajo Social y por lo tanto se tiene que dominar en la práctica y en la conceptualización. Conceptualización en el sentido de integrar conocimientos procedentes de la práctica o de diferentes teorías, que permitan explicar o rendir cuentas de toda acción realizada (sea verbal, de comportamiento, de utilización de recursos o de la consecuencia que puede tener o ha tenido). Visualizar y hacer visible eso que queda oculto o desestimado, trazando un paralelismo con lo que dice G. Konopka cuando se refiere a los grupos: "Hay que ver y entender más allá de lo que la realidad muestra y, igual que en los pasatiempos que reclaman que encuentres algo que está escondido, una vez has visto la figura o el error que buscas, ya no puedes dejar de percibirlo".

El Trabajo Social ofrece perspectivas diversas y complementarias, por este motivo y desde el campo de la investigación hay que profundizar en la mirada de lo que le es propio, por eso es tan importante consolidar y ampliar conocimientos, y poderlos mostrar a través de la investigación, de resultados empíricos y de la satisfacción de las personas que han recibido esta intervención. Al mismo tiempo, debe mantener los valores que sustentan a la profesión y solidarizarse con posiciones sociales éticas e innovadoras a favor y al lado de las personas que tienen más dificultades para ser acogidas y escuchadas dentro de la sociedad.

Lo que es más difícil es avanzar en diferentes técnicas o prácticas manteniendo y ensanchando el área de conocimiento y el núcleo de la profesión, y este aspecto está relacionado con las reflexiones personales, de los equipos, y con la supervisión. En este sentido, se podría considerar que recomendar la supervisión de los profesionales es una obsesión de los que somos profesores, y que tenemos la obligación de especular sobre estos aspectos metodológicos para poderlos explicar y argumentar a los estudiantes, pero la supervisión es una herramienta para integrar conocimientos y aumentar el autoconocimiento. Aun así, dentro de una línea de innovación, también hay que revisar la supervisión.

Para los estudiantes pienso que es interesante y muy importante que tu profesión te entusiasme, y que poco a poco, ya durante los estudios, vayas integrando la nueva identidad profesional. Sentirse trabajador social significa desde un principio adquirir sensibilidad hacia todo eso relacionado con la dinámica social, la normal de la sociedad y la particular de grupos de población que presentan diferentes problemáticas. Significa también sentirse responsable de adquirir una formación sólida de base para empezar a estudiar o intervenir en los centros de prácticas, en estudios e investigaciones de la universidad, en la preparación de temas, exposición de trabajos, ideas o criterios, etc.

Otro valor que me parece interesante para la profesión es tener interés por otras vertientes de la cultura como la literatura, la poesía, el arte, el teatro o la música, que aportan sensibilidad y unos conocimientos indirectos, nada despreciables para la profesión: W. Shakespeare con sus personajes os puede ilustrar sobre el dramatismo de las pasiones y de los afectos, L. Tolstoi sobre la coherencia y el compromiso en el teatro y en la propia vida, o A. Camus sobre la ética que sencillamente es necesaria para vivir...



Relato 6

Pilar Porcel i Omar (1938)

Nací en Barcelona el 9 de febrero de 1938. En aquel momento había guerra, miedo y hambre y, por lo tanto, todo era muy complicado. Mi familia era de clase media, católica practicante y catalanista, con un concepto de la familia muy positivo. Mis padres se casaron el 18 de julio de 1936, el día que comenzó la guerra.

Antes de la contienda diría que mi madre no tenía previsto trabajar, pero una vez terminó tuvo que hacerlo a la fuerza. Mi padre era gerente de una empresa textil y a nosotros prácticamente nos crio nuestra abuela paterna, ¡que era una joya de mujer!

Éramos cinco hermanos, pero podríamos decir que éramos 4 + 1, ya que con el más pequeño nos llevamos catorce años.

Las niñas fuimos educadas en un colegio de monjas, la Dominicas de la Anunciata, y los niños en los Escolapios, menos el pequeño que fue al Costa Llobera. Empecé a ir a la escuela en octubre de 1943 y acabé mi formación en esa institución en junio de 1953. He de decir que no guardo mal recuerdo ni del colegio ni de las monjas, como tampoco de mis compañeras, a las que cada tanto todavía veo. Aunque algunos recuerdos todavía perduran por el impacto que me produjeron. El primero sucedió el primer día de escuela, yo tenía 5 años y la monja que nos recibió (y en general todas las monjas de aquel curso) nos hablaba en catalán, pero el primer *déu-vos-guard* al entrar en clase fue rezar el padrenuestro en castellano. En casa siempre rezábamos en catalán y esto no encajaba con lo que yo entendía por rezar. El segundo hecho que quiero remarcar y que también me produjo un fuerte impacto es que al llegar a los cursos siguientes las monjas catalanas desaparecieron y fueron sustituidas por monjas castellanas, que ni entendíamos ni nos entendían, lo cual cambió la dinámica de las clases. De hecho, pasé muchas horas en las monjas porque hasta íbamos, algunos domingos por la tarde, a jugar.

En 1952, cuando nació mi hermano pequeño, la situación social en Barcelona había cambiado. Se podía respirar un poco más y a la vez me había hecho mayor de golpe. La abuela tenía que cuidar al niño y nosotros dejamos de estar tutelados por ella. De todos modos, sabíamos que estaba allí y que siempre estaba dispuesta a escucharnos. La abuela podía tener trabajo, pero nunca dejaba nuestros intereses o inquietudes para más tarde.

Los recuerdos más significativos de mi infancia hacen referencia a la relación familiar. Mi abuela, que insisto en decir que era una gran persona, tenía dos hijos: un hijo y una hija. Pero siempre había sido la abuela de todos los once nietos. Nosotros vivíamos con la abuela, pero combinaba tres días a la semana en casa de su hija. De todos modos, cualquier cosa que hiciéramos siempre lo hacíamos juntos, ya fuera asistir a los festivales de las respectivas escuelas o ver marionetas o ir a algún parque a dibujar. Como se puede imaginar no íbamos siempre los once. Según cual fuera la actividad, nos juntábamos las edades más afines. Una última cosa para remarcar de mi infancia y adolescencia era que en verano siempre íbamos de vacaciones con la abuela. Cuando no había padres siempre decía: "Dejadme dos niños. Uno se aburre y tres se pelean". Aunque a la hora de la verdad, a veces éramos cinco o seis los que hacíamos las vacaciones juntos.

La abuela siempre nos llevaba a nosotros detrás. Daba igual si nuestros primos iban a nuestra casa o si nosotros íbamos a casa de los primos; y en esta relación ha habido de todo: hemos jugado, hecho teatro, bailado. Entre todos, éramos once más algún otro que siempre se añadía. Nos había enseñado a leer la abuela, que era toda una joya. No puedo decir ninguna otra cosa cuando veo a las abuelas que se quejan o refunfuñan, entonces pienso, qué suerte haber tenido a nuestra abuela.

Fui hasta cuarto de bachillerato a las monjas, que se acabó en 1953, cuando iniciamos una nueva etapa estudiantil en el Instituto de Enseñanza Media Montserrat, en el que cursé quinto, sexto y preuniversitario, y que representó un cambio radical. El instituto ya no estaba cerca de casa y teníamos que coger el tranvía cada día, lo cual era bastante divertido porque ya lo hacíamos con otras compañeras. Fue el principio de la emancipación.

La época de mi juventud representó el conocimiento del mundo, salir fuera de casa, entrar en el mundo asociativo por preferencias propias, conocer el mundo del excursionismo y el amor por la naturaleza y, sobre todo, fue mi entrada, un poco casualmente, a la Confraria de la Mare de Déu de Montserrat de Virtèlia, que pienso que fue un punto de inflexión en mi vida cultural, política y social.

Durante mi infancia y juventud, no recuerdo dificultades. Seguramente habría y muchas. La posguerra fue difícil para todo el mundo, sobre todo para los que no éramos afines al régimen, pero los niños y jóvenes de mi casa no las vivimos. Yo siempre digo que no sé qué comía, pero hambre no había pasado nunca. Quiero decir que no sé qué me daban pero que me lo comía porque era bueno. Seguramente era porque estaba bien cocinado, pero no recuerdo ninguna dificultad. Ninguna.

Por otra parte, tuve un padre muy ausente pero que estaba. Un padre que no había mandado nunca. Siempre nos decía: "Haced lo que queráis siempre y cuando no molestéis". Y cuando preguntábamos "podemos hacer", decía "tú misma", y cuando decía "tú misma" significaba "más vale que no lo hagas"; pero era nuestra propia decisión y esto nos enseñó a tomar decisiones desde muy jóvenes.

Mi padre tenía muy claro cuál era el papel de las chicas: casarse, tal y como decía él, "bien casadas", lo que significaba con alguien honrado y que se ganara bien la

vida para que no tuviéramos que trabajar. De hecho, no lo acertó. Las niñas de casa siempre hemos querido trabajar, de solteras, de casadas o de viudas.

Yo le planté cara a mi padre a los 9 años y le dije: "Yo quiero estudiar". Y la respuesta fue: "Muy bien, pero ningún suspenso", pues ningún suspenso.

Quizás el recuerdo más significativo de mi adultez sería el día que dejé Barcelona para irme a vivir a Sabadell. Fui a vivir a un barrio de barracas o similar, lo cual no encajaba con el talante de mi familia, pero lo hice. Me integré en la ciudad, por lo tanto, empecé a ver qué opciones había y qué se hacía. La Unión Excursionista de Sabadell, pero sobre todo la Asociación de Asistentes Sociales Sabadell-Terrassa.

De modo que, dificultades, no tuve. Las que dan los límites ocasionales de una situación económica o de una situación laboral, porque naturalmente a las cinco de la madrugada tenía que dormir, pero a las doce del mediodía tenía que trabajar. Pero no me ha representado ninguna dificultad seria.

Testimonio profesional

Yo llegué a ser trabajadora social a partir de una casualidad. Yo toda mi vida había escogido dos profesiones: quería ser periodista o médica.

En mi casa del periodismo me dijeron que no. En aquel momento había dos dificultades: mis padres me dijeron que el periodismo era una profesión de entrometidos. Y la segunda es que no había escuelas de periodismo en Barcelona y yo no tenía ganas de irme un par de años a Madrid. Entonces decidí seguir adelante con mi voluntad de ser médica. Pero como en la escuela yo siempre había ido un año avanzada, cuando fue la hora de matricularme, no me dejaron matricular porque no había cumplido los 18 años.

Entonces mi razonamiento fue: "Si has de esperar un año para matricularte en la Facultad de Medicina, durante este año, ¿qué te mandaran a hacer en casa? Te harán coser, te harán hacer caligrafía. Desde siempre que habían dicho que tenía una letra muy fea. Te harán hacer mecanografía", cosa que no soportaba. Y mi prima, que se había matriculado en la Escuela de Trabajo Social, me enseñó el programa y dije: "Para pasar este año, ni que sea por cultura general ya me interesa". Pero tuve la mala suerte de enamorarme de la profesión y aquí estoy.

Recibí mi formación como trabajadora social en lo que en aquel momento se llamaba Escuela Católica de Enseñanza Social, que después fue el ICESB, el Instituto Católico de Estudios Sociales de Barcelona. Era una escuela que estaba bajo el paraguas de la Iglesia, la única institución que podía hacer iniciativas de este tipo en cualquier momento. Solo era el año 1955, quiero decir que ya hace unos cuantos días de eso.

Mi primera experiencia como trabajadora social fue cuando trabajé con el doctor Jeroni de Moragas haciendo recuperación integral de niños deficientes psíquicos muy afectados, entre el año 1958-59. Y empecé a desarrollar el Trabajo Social con mucho ímpetu. Todos, profesionales, empresas e instituciones, estaban muy convencidos que el Trabajo Social era una labor muy importante y durante los primeros veinte años de la profesión el trabajador social tenía absoluta libertad para entrar, salir, hacer, decidir, etc. Y nadie controlaba a qué hora entraba y a qué hora salía. Se consideraba normal que, si hoy he terminado a las diez de la noche porque he hecho una reunión con la asociación de vecinos, pues al día siguiente, por la mañana, puedo entrar a trabajar más tarde. Había mucha confianza entre la empresa y los trabajadores sociales.

Cuando terminé, me fui a estudiar Enfermería. Durante los años 1959 y 1962 estudié en la Escuela de Enfermería del Hospital de Sant Pau, porque pensé que la atención en este tipo de críos tenía bastantes riesgos de accidentes y quería tener las habilidades suficientes para poderles hacer frente adecuadamente. Cuando retomé mis actividades laborales, fui a organizar una guardería que dependía directamente de la Asociación de Vecinos de un barrio de Sabadell.

Pero ir y volver de Barcelona cada día no solo era bastante pesado, sino que hacía que no me sintiera ni de aquí ni de allí. No podía participar de la vida de Sabadell porque me iba y cuando llegaba a Barcelona la gente ya había volado. Solo tenía una alternativa: o cambiaba de trabajo o me buscaba una casa en Sabadell. Más tarde, al cabo de dos años, me pidieron que montara otra guardería en otro barrio: en Can Puigjaner, en Sabadell. Además de un sueldo, me ofrecían la posibilidad de vivienda. Y me quedé en Sabadell.

El 23 de marzo de 1968 me casé. Estuve siete años sin trabajar para hacer de madre. Me parece que fui consecuente con la opción que había tomado: en cuatro años tuve tres hijos, uno de ellos ahijado y enfermo. Las circunstancias

hicieron que la familia fuera prioritaria. Siete años más tarde, cuando nació el cuarto, la situación en casa había cambiado y me reincorporé a la profesión.

Trabajé en el Ayuntamiento de Sant Quirze del Vallès desde el año 1980 hasta 1983. A partir de finales de 1983 hasta 2003, que me jubilé, realicé mi labor en el Instituto Catalán de la Salud. Después todos pasamos al Servicio de la Salud y desde allí intentamos hacer muchas cosas: desde tirar adelante la reforma de atención primaria, incluyendo trabajadores sociales como un miembro más del equipo de salud. Puse en marcha un programa de dos años de formación continuada que siguió bastantes años más. Se intentó coordinar a los trabajadores sociales del ámbito sanitario, primaria y especializado y lo conseguimos. En definitiva, se trabajó todo en esta línea. Mientras tanto, y paralelamente, iba a dar clases a la Escuela del ICESB y también me dediqué a escribir, sobre todo a escribir.

De mi trayectoria como trabajadora social destacaría lo que siempre decía y lo que siempre he dicho a mis alumnos: He tocado todos los ámbitos profesionales. Y esto me ha dado una visión global de lo que era la profesión y de las diferencias por lo que respecta a la aplicación del método en los diferentes campos de la sociedad. Y estoy convencida de que allá donde haya personas y colectivos, pueden surgir conflictos sociales que se han de resolver de una manera serena y con método.

En el año 1963 comencé a impartir unos seminarios de atención comunitaria en la escuela de Sabadell-Terrassa. A partir de aquí hemos hecho lo que hemos podido. He participado en congresos y he formado a estudiantes de diferentes escuelas. Si debo definir en qué ámbito del Trabajo Social me he sentido más cómoda, diría en el trabajo comunitario y sobre todo en la formación continuada de los profesionales y en la puesta en marcha y la coordinación de recursos.

Evolución de la profesión

Con la Transición democrática, los trabajadores sociales se incorporaron de una manera bastante masiva a los ayuntamientos y entraron en una confrontación con el resto de los profesionales municipales. Allí todo el mundo tenía que fichar. Evidentemente, si a mí me exigen que a las ocho de la mañana vaya a trabajar, que no me pidan que un sábado me vaya a un barrio por la mañana. Por lo tanto, se empezó a perder esta autonomía. Y, por otra parte, toda esta historia que se inicia en el 78: empezó a entrar la burocratización. Todos teníamos que hacer

papeles, todo se tenía que firmar, todo tenía que pasar por aquí, por allá y no sé por dónde más. Y para conseguir una plaza de no sé qué, pues primero tenías que hacer toda una enciclopedia. Esto ha supuesto que se haya burocratizado mucho la profesión y se tenga más en cuenta el papel que la persona que hay que atender.

Yo he vivido los cambios de dentro. Durante veinte años me dediqué a la política desde la perspectiva del voluntariado. Ejercí durante veintidós años de asesora de servicios sociales de la Asociación Catalana de Municipios y Comarcas y, claro, todos estos cambios los fuimos viviendo desde dentro. Les decíamos a los políticos en qué se estaban equivocando. Los servicios sociales son otra cosa. Pero en cambio también desde esta perspectiva te permitía decir alguna cosa nueva. En la primera, la segunda y la tercera Ley de Servicios Sociales los profesionales, desde la política y desde el colegio profesional, pudieron decir alguna cosa. Pienso que todo fue muy enriquecedor.

A ver, yo pienso que por lo que respecta a la formación hay dos aspectos que me parecen importantes: por una parte, cuando yo estudié había mucha más cultura, se profundizaba en la historia, en los documentos escritos y en lo que habían dicho los padres de la Iglesia y de la no Iglesia, es decir, la filosofía católica o la filosofía marxista y quizá todo estaba un poco cojo de metodología. En general, no sabíamos demasiado bien hacia dónde nos dirigíamos. A medida que la profesión adquirió prestigio y experiencia, nos fueron suprimiendo los temas filosóficos para ir implementando temas más metodológicos, más técnicos, más de investigación.

Por lo tanto, han convertido una profesión que hasta hace cuatro días era muy abierta y humanista en una profesión mucho más técnica. De cara a la aplicación ya va bien, no digo que no, porque esta es la realidad.

Creo que en este momento coger un programa de la Escuela de Trabajo Social no me sugeriría la reflexión que me provocó en el año 54 cuando dije que “como mínimo me dará cultura, me enseñará a pensar”. En cambio, ahora seguramente habría otras motivaciones. No digo que no, pero no son esas.

En el ámbito de la formación, varias veces durante mi vida fui profesora. Del ICESB, de la Universidad Ramon Llull, de la Escuela de Trabajo Social de Sabadell y Terrassa, y también he dado alguna clase en el IES (Instituto de Estudios de la

Salud). Además, me he dedicado a escribir: tengo cinco libros, aparte de muchos artículos. También he sido miembro del equipo de redacción de la *Revista de Treball Social*.

Cuando comenzaron los cambios profundos en el Trabajo Social municipal, ya trabajaba en el Servicio Catalán de la Salud. Y los profesionales que trabajaban tanto en el ámbito sanitario primario como en el especializado o en el hospital, tenían la necesidad de referentes, de compartir experiencias, de clarificar cuestiones; y esto se lo pude ofrecer. La empresa me lo permitió y no tuve ninguna dificultad.

Pudimos hacer talleres, charlas e intercambios de experiencias de una manera sistemática, bastante programada, en la que la gente del Servicio Catalán del Área Centro de aquel momento se apuntaba. Se había apuntado también alguna enfermera muy interesada en poder coordinar y hacer un trabajo conjunto porque se entendía que las trabajadoras sociales no eran buscadoras de recursos. La profesión iba más allá: hay otros recursos que se pueden movilizar, entre ellos los personales.

Hay que entender el Trabajo Social como una herramienta para modificar situaciones anómalas o de riesgo. Hay que hacer un trabajo conjunto con todos los elementos implicados desde la perspectiva global. Recordemos que el primer recurso del Trabajo Social es la persona misma y su entorno, pero también que esta persona tiene una historia, unas vivencias y unas costumbres que hay que respetar y, sobre todo, entender.

Condicionantes históricos

El mayor reto que ha vivido el Trabajo Social en los últimos cuarenta años es mantenerse vivo en el tejido social porque podría haber muerto. Yo pienso que hay un defecto que tenemos todos y es que hemos puesto el apellido de social a todo. Hay psicólogos sociales, trabajadores familiares sociales, auxiliares sociales, pedagogos sociales. Entonces pensamos que todo es lo mismo y olvidamos que el trabajador social es la viga maestra que posibilita la coherencia de toda la actividad dirigida a las personas y situaciones vulnerables y a la vez tiene que respetar el entorno a partir del cual se tienen que coordinar personas y recursos. En definitiva, hay que movilizar recursos que hagan posible modificar situaciones.

El otro día me decía una señora: “Estoy muy contenta porque el asistente social que viene me lava y me plancha”. Y le digo: “Esto no es un asistente social, es un trabajador familiar”. Esto ha conllevado mucha confusión y no hay manera de arreglar el tema.

Cuando te preguntan tú qué estudias y dices Trabajo Social, te dicen “¿Esto qué es?”. No hemos sido capaces en todos estos años de definir de forma clara la profesión para los profanos. Desde 1931 hasta ahora no lo hemos logrado. Cuando dices que eres trabajador social, la gente debería entender qué haces.

Por lo tanto, creo que, tanto desde el ámbito formativo como profesional, el reto es mantenernos y sobre todo potenciar el trabajo real, el que te toca como profesional experto. Por formación académica rigurosa o por incidencia en la vida civil de la población.

En movimientos sociales, en todos en los que he asomado la nariz, la profesión ha hecho acto de presencia. El hecho es que muchos de los profesionales más jóvenes consideraban que tenías experiencia y que la podías enseñar; te llamaban y te decían “¿Puedes participar en...?, ¿puedes hacer...?, ¿puedes esto y lo otro?”. Y la respuesta por mi parte era siempre que sí.

Hay muchos movimientos en los que he estado implicada, algunos de carácter político, otros más asociativos, otros específicamente profesionales, que han hecho mucho recorrido en mi vida. Por poner algunos ejemplos de entidades de esta clase podría decir la Asociación de Asistentes Sociales Sabadell-Terrassa, la Asociación Catalana de Municipios y Comarcas (1982- 2003), el Col·legi de Diplomats en Treball Social de Catalunya y el Consejo de Dirección de la *Revista de Treball Social* (RTS).

Pero lo que más destacaría, y con más vigor, es la labor que hice durante una época como coordinadora de Trabajo Social de Cataluña y Baleares, que impulsó el trabajo siguiendo dos líneas básicas: impulsar el reconocimiento universitario de la profesión y la creación del colegio profesional. Entonces, sentí la necesidad de tomar un compromiso firme de formar parte de la Asociación de Trabajadores Sociales y exalumnos de la Escuela Sabadell-Terrassa y fui vicepresidenta del Comité Ejecutivo de la transición entre las asociaciones de cara al Col·legi Professional.

Propuestas de mejora

Los valores indispensables en mi trayectoria como profesional y que considero imprescindibles para desarrollar el Trabajo Social son: responsabilidad, aceptación del otro y sobre todo entender que hay un grupo, que es la sociedad, que puede tener problemas sociales. Y otro grupo, que es el colectivo de profesionales, que de una manera u otra tiene que hacer de puente. Y me parece que el puente sí que se ha trazado.

El Trabajo Social como profesión y disciplina tiene que volver a potenciar la necesidad del trabajo comunitario. Entendiendo que el trabajo comunitario es aquel en el que está implicada la población, cosa que hoy es bastante más difícil. Porque hay cuestiones que se reivindicaban en los sesenta, como podría ser el alcantarillado, las viviendas dignas, puestos de trabajo que quizás en la mayoría de los casos ya están resueltos, pero sigue habiendo problemas de viviendas dignas y asumibles económicamente, integración de la población inmigrada, situaciones familiares conflictivas, precariedad laboral y muchas más.

Ahora en las ciudades y los pueblos todo el mundo tiene alcantarillas, todo el mundo tiene calles. Pero en cambio hay dificultades en las escuelas, herramienta clave que puede facilitar la socialización de los alumnos, hay dificultades de entendimiento en las familias. Todos lo hemos convertido en una cosa más laxa y, por lo tanto, "si no estoy bien en casa, me voy y me da igual como dejo a la *familia*". Hay problemas económicos importantes que conllevan desarraigo social. Cuando uno no tiene dinero para comer y cubrir las necesidades básicas, el resto queda aparcado.

Además, es un aspecto que en la escuela ya me enseñaron. Me dijo que no me fiara de los hombres que van con mono porque algunos de ellos, me decían: "el sueldo se lo gastan en la taberna y dejan a la mujer y a los hijos con hambre". Es decir, que el hecho de ser obrero no es garantía de ser persona honrada. Tampoco lo es si vas con corbata, esto también es cierto. Y así un poco te das cuenta de que las personas están por encima de cualquier otra cosa.

Las propuestas para conseguir que el Trabajo Social vaya por este camino serían dos. Por una parte, es necesario buscar un grupo de trabajadores sociales fuertes que trabajen en los juzgados, al lado de los jueces y que orienten a los jueces antes de dictar una sentencia: cuál es la situación familiar y qué implicación ha

tenido el delito que haya podido cometer esa persona. Creo que esto existe, pero se tendría que potenciar. Hubo un momento que parecía que sí, que salía adelante. Pero después no hubo dinero y lo primero que se suprime son los trabajadores sociales, esto está clarísimo. Por otra parte, también es necesario que haya un fuerte equipo de trabajadores sociales en el Parlament de Catalunya para asesorar a los diputados cuando tengan que hacer una ley que implique la atención, el bienestar o el malestar de las personas.

Yo he experimentado, sobre todo a partir de los años de crisis, que cuando una empresa empieza a ir mal, la primera persona a la que se despide es al trabajador social. Y entonces se generan más problemas sociales dentro de la misma empresa.

El consejo que daría a los estudiantes y a las nuevas promociones de trabajadores sociales sería que estudiaran, que no pasen de clases ni de esforzarse. También que intenten hacer prácticas no solo en un ámbito, sino que toquen un poco todos los ámbitos, porque después escoges el trabajo que encuentras.

Además, yo pienso que haber visto los diferentes ámbitos profesionales puede ser muy bueno para ellos y ellas, y entiendo que esto es prácticamente imposible. Pero si me preguntan: “¿Qué haría?”. Diría que más prácticas. Las prácticas son un aprendizaje y sirven para que tengas un pie en cada lado. Para que después de que hayas hecho una entrevista con no sé quién puedas comentarlo con la persona responsable de las prácticas.

Estoy segura de que hay jefes de prácticas que esto lo tienen en cuenta, pero también me temo que hay algunos que sirven “para ir a buscar el café”. Es un poco anecdótico, pero esto es así. O hay otros jefes que dicen: “siéntate aquí y mira lo que hago”, y después no comentan nada más. Yo pienso que lo que debería hacer un jefe es decirle al estudiante en prácticas “siéntate aquí y mira lo que hago”, y después comentarlo con él o ella. Pero esto significa tiempo y, está claro, cuando uno no tiene tiempo porque le dicen que tiene quince visitas terminas mandando al trabajo, a la gente y al amo a hacer puñetas.

Por tanto, es imprescindible ser muy cercanos a las personas, porque el Trabajo Social es un trabajo con y para las personas. No para los recursos, los recursos son una ayuda.



Relato 7 Rosa Barenys i Martorell (1938)

Nací en Barcelona en 1938 en un contexto económico y social claramente de posguerra, con un padre de izquierdas que fue represaliado después de la Guerra Civil. La vida con mi familia la definiría como una convivencia armónica, a pesar de que tuvimos una vida con muchas dificultades para salir adelante. Los recuerdos más significativos de mi infancia están enraizados en una vida de pueblo muy feliz: jugar, correr por los prados, por la montaña, el bosque. Mi familia era una familia muy sencilla, pero con mucha ayuda mutua y muchas posibilidades para poder caminar juntos, también con la familia más extensa, incluso amigos y vecinos, teniendo en cuenta los momentos, políticamente delicados, que vivíamos. Tengo un buen recuerdo de los dos pueblos en los que pasé la infancia. Uno, la Selva del Camp, en la comarca del Baix Camp, y el otro el pueblo de mis abuelos, Alcover, en la comarca del Alt Camp. Tengo

impregnada una vivencia extraordinaria, cada vez que vuelvo siento una gran emoción.

Los recuerdos de mi juventud tienen otro marco de referencia. Vine a vivir a Barcelona cuando tenía 16 años porque a mi padre, ferroviario de oficio, lo trasladaron definitivamente a la estación de Francia. A partir de aquí tuve la posibilidad de conocer a gente muy diferente e interesante para mí que no podía conocer en el pueblo. Me estoy refiriendo al año 1954, una época en la que la gente viajaba poco, se movía poco, como consecuencia de las circunstancias provocadas por la Guerra Civil.

Tuve la suerte de conocer a las juventudes independientes de Acción Católica de la parroquia de Sant Francesc de Paula, donde el ambiente del grupo era de jóvenes muy progresistas, influidos por quien posteriormente fue el cardenal Jubany. Allí llegué a conocer la ciudad, cuestión básica para mí que acababa de llegar de un pueblo, y sobre todo un nuevo concepto del cristianismo y de la vida en libertad. Era una Iglesia muy avanzada, para aquel 1956, y me ayudó a descubrir la solidaridad y el arraigo social y religioso.

Y fue a partir de los contactos que hice que descubrí que había una escuela donde se impartían estudios de Trabajo Social. Entonces yo ya trabajaba de administrativa en la Casa Cottet y en la familia no teníamos recursos para que pudiera hacer una carrera universitaria. Los pocos recursos que existían se fueron con mi hermano, como era normal en aquella época, que fue el que estudió la carrera universitaria. La chica probablemente se casaría: no era necesario invertir en ella. Este era el pensamiento del momento. Entonces descubrí que podía hacer estudios de trabajadora social para los cuales no se necesitaba la formación preuniversitaria. Haciendo un examen general podías matricularte, en mi caso en la escuela católica. A partir de aquí mi vida cambió totalmente.

Si hago referencia a la etapa de vida de mi juventud, debo decir que tuve las dificultades propias del momento social y político, la falta de libertad para expresarse y los “silencios” del entorno, consecuencia de la Guerra Civil que el gobierno todavía mantenía con mano fuerte. Según de qué, no podíamos hablar ni nos podíamos movilizar. Algunos estudios no estaban bien vistos y el compromiso político era un tema capital para hacer avanzar al país. Además, a pesar de tener una familia republicana y de izquierdas, la moral de la Iglesia

se imponía en las costumbres del día a día. Estamos hablando de los años cincuenta y sesenta. El recuerdo más significativo de la vida adulta, aparte de conocer a las chicas de la Acción Católica, fue aprender a hacer uso de la libertad personal a lo largo de la vida. En este marco, estudiar Trabajo Social fue una apertura más para aprender a luchar y hacer frente a las problemáticas sociales, descubriendo qué hacer y cómo actuar.

Testimonio profesional

Cuando terminé los estudios de Trabajo Social tenía 28 años y era el año 1966. Me vinculé a la Asociación de Asistentes Sociales, que estaba en la calle Portaferrissa, 18, y allí coincidí con otras compañeras con las que ya había estudiado. Tuve suerte y me ofrecieron un trabajo en el barrio de barracas El Camp de la Bota juntamente con Rosa Domènech.

Dejé mi despacho de Cottet-Indo donde había trabajado de secretaria de dirección durante diez años, donde tenía compañeros de un determinado nivel, y fui a trabajar al Camp de la Bota con el consiguiente escalofrío de mi familia, que no entendieron el porqué. Entonces todavía no se había construido el barrio del Besòs.

Durante la Guerra Civil y hasta más allá de los años cincuenta, en un espacio que llamábamos el parapeto, una antigua torre militar, se asesinaron a miles de personas. Recientemente la ciudad ha construido un espacio de memoria histórica, con todos los nombres de los asesinados. Los inmigrantes que poco a poco llegaban a Barcelona, la mayoría andaluces, se montaron allí su barraca, en estos espacios denominados el Camp de la Bota. Fue un punto de atracción de ayuda solidaria de mucha gente religiosa, que fueron a trabajar. Se habían situado allí para hacer escuela y colaborar con las necesidades de la gente.

Nosotros, los trabajadores sociales, mediante la propuesta de una parroquia del barrio que llevaba el padre Cuspinera, colaboramos impulsando una guardería para niños a la vez que empezamos el trabajo comunitario con las familias. Era una importante necesidad. Cabe decir que pudimos trabajar en el Camp de la Bota porque las asociaciones sociales y los curas obreros de la zona recogían dinero de familias que querían colaborar en hacer avanzar al país y nos pagaban el sueldo. Tengo un grato recuerdo.

También trabajé como asistente social durante diez años en el Barcelonès Nord. Casi siempre haciendo trabajo comunitario y especializado vinculado con las familias y las entidades del barrio. Y de allí fui a Sant Adrià del Besòs en el año 1969, a una asociación de padres de niños discapacitados, ASSA. Los padres crearon la escuela y me ofrecieron trabajar en la asociación y en la escuela.

Evolución de la profesión

En los años setenta, las trabajadoras sociales del sector, juntamente con las familias de niños con discapacidad, impulsamos una campaña, a través de la cual informábamos a las familias que tenían a los niños encerrados en las casas familiares, de la posibilidad de ir a centros especiales. En aquel momento, fueron muchas las asociaciones que se agruparon en toda Cataluña para presionar.

Después de la ASSA me fui a trabajar a Santa Coloma de Gramenet, también a la Asociación de Padres con Niños Deficientes, realizando la misma labor: con la entidad promoviendo servicios y haciendo trabajo de grupo con las familias. Estuve aquí hasta las primeras elecciones municipales.

Esta fue una asociación con mucha proyección social dentro de la ciudad. Empezamos cuatro trabajadores en la escuela y, con el paso del tiempo, se logró tener un conjunto de servicios de atención que cuentan con doscientos cincuenta trabajadores. Tiene una red de servicios extraordinaria, pero los inicios fueron muy difíciles para todo el sector. Los profesionales tuvieron un rol muy importante, y los padres y las entidades reivindicaron los derechos de los chicos y las chicas con discapacidades con mucha firmeza en la calle y delante de las administraciones públicas. Se tuvo que luchar en las calles porque, si no, no te hacían caso.

Yo creo que en aquella época desarrollé el mejor Trabajo Social de toda mi carrera profesional. Al mismo tiempo, los ayuntamientos fueron receptivos, es cierto que al principio no del todo, pero poco a poco fueron cambiando. También hubo mucha gente que se implicó en la lucha de los deficientes mentales, como yo misma, que la recuerdo con mucha alegría, mucha satisfacción y pensando que fue muy provechosa.

Condicionantes históricos

Mi etapa profesional sucedió en una época en que los trabajadores sociales tomamos mucha conciencia política, en el año 1969-70, era la época de la dictadura, los sindicatos y las entidades sociales estaban organizadas en defensa de los derechos y las libertades del pueblo. Los asistentes sociales en muchos casos se sumaron, yo también. Cuatro años más tarde, más o menos, dejé el trabajo de Santa Coloma de Gramenet. Con la llegada de la democracia, se convocaron elecciones municipales en nuestro país y me pidieron si quería formar parte de la lista socialista para el Ayuntamiento de Santa Coloma. Anteriormente, en tiempos de clandestinidad, yo había conocido el Partit Socialista de Catalunya y me había afiliado. Como consecuencia, en los años ochenta, dejé mi puesto como trabajadora social y me dediqué a la política. Me correspondió la responsabilidad de organizar el Departamento de Servicios Sociales, ya que, hasta ese momento, las administraciones públicas atendían las situaciones de necesidad desde una actitud benéfica.

En el conjunto de Cataluña fueron muchas las personas que se implicaron en política, yo misma ejercí de regidora. Ese fue un momento de gran movimiento en Barcelona, Santa Coloma, Badalona, Hospitalet, Mataró y otras ciudades. Un conjunto de municipios donde los trabajadores sociales formaron parte de las candidaturas municipales con el objetivo de desarrollar los servicios sociales en los ayuntamientos porque no había experiencia desde las administraciones públicas de lo que podía ser un Área de Servicios Sociales para atender a las familias, los niños, etc.

Desde lo que podríamos llamar un “mirador político”, he podido observar la evolución reciente del Trabajo Social en Cataluña ayudando social y políticamente a su reconocimiento a través de la creación de espacios para atender las necesidades de la gente. Pongo un ejemplo. En el Ayuntamiento del que formé parte en mi primera candidatura democrática, en el año 1980, cuando entramos había una asistente social que trabajaba dando respuesta a las necesidades en función de la demanda de urgencia. La asistente social atendía a las personas de la mejor manera posible, pero el Ayuntamiento no tenía los suficientes recursos, presupuestos e infraestructuras para atender aquellas necesidades. Por lo tanto, las cosas se paliaban con comida y con dinero. Por eso, cuando entramos en los nuevos ayuntamientos, empezamos a organizar y promover un conjunto de recursos para poder aplicar un método concreto en el que creíamos, porque lo

habíamos aprendido en otros países. Países que visitamos un conjunto completo de profesionales interesadas en el tema, juntamente con la compañera Glòria Rubiol, que fue una profesional pionera en el método y la estructura para poder poner a la práctica los Servicios Sociales en nuestro país.

Estudiamos en profundidad cómo trabajaban en Inglaterra y regresamos en la década de los ochenta en más de una ocasión, para ver cómo funcionaban los Servicios Sociales de allí. El Sistema de Salud que se implantó en Cataluña y, en parte en España, tenía como referente lo que era el sistema inglés de salud y los Servicios Sociales seguimos más o menos en esta línea. A partir de aquí teníamos que pensar en cómo unificar criterios.

Nos pusimos a trabajar mediante encuentros y seminarios a escala estatal, se perfilaron cada una de las comunidades autónomas que tenían competencia administrativa y leyes de servicios sociales. Hoy en día la estructura de estas leyes perdura, aunque se han ido matizando y se han puesto al día, pero la estructura es la misma. En cada ayuntamiento, cuando la ley se aprobó, sirvió de marco para los gobiernos municipales.

Fui regidora del Ayuntamiento de Santa Coloma y después tuve la oportunidad de ser diputada en el Parlament de Catalunya, siendo la ponente de Servicios Sociales de mi grupo político en la primera legislatura del año 1980. Esta importante medida legislativa la trabajamos con el Col·legi de Treball Social, y también con los profesionales de otras comunidades autónomas, juntamente con la presidenta del Consejo Estatal de Colegios de Trabajadores Sociales, Patrocinio de las Heras. Pretendíamos darle un perfil parecido, ya que las competencias estatutarias eran iguales en este tema. Políticamente hablando, fue un momento muy interesante y de mucha rentabilidad social.

El cambio más importante para el Trabajo Social fue la aprobación de la Ley de Servicios Sociales de Cataluña, que evitó que cada ayuntamiento iniciara una línea diferente. Las leyes unificaron cuáles habían de ser las prestaciones básicas, cuales los sectores de la población que había que atender prioritariamente y qué recursos tenía que poner la Administración pública. Definimos qué era un servicio público y qué era un servicio privado. La estructura de la Ley actual es la misma, pero ha mejorado en función de las nuevas necesidades y estructuras administrativas.

Trabajé diez años de trabajadora social, he sido miembro de las juntas del Colegio y lo he seguido de muy cerca, pero si en este momento tuviera que valorar cuál es la percepción que tienen los trabajadores sociales, teniendo en cuenta que sigo las informaciones colegiadas, diría que se está siguiendo una línea de reclamación de derechos que todavía no son efectivos, así como la detección de nuevas necesidades, como es la nueva pobreza.

Y que yo me acuerde, en los años 1980-90, los sectores en los que más se trabajó en función de la demanda y las necesidades sociales fueron con la población gitana, las familias con hijos discapacitados (que entonces los llamábamos subnormales), los barrios y la infancia. Actualmente, hay muchos otros ámbitos en los que interviene el Trabajo Social.

De mi experiencia puedo decir que el reto fue desarrollar el Trabajo Social comunitario y tener un papel definido dentro de la comunidad porque en esta época postdictadura se desarrolló mucho la vida asociativa. Se crearon asociaciones de barrio, asociaciones de enseñanza, de vecinos y vecinas, de mujeres, de defensa de la salud, de jóvenes, de padres y madres, de defensa de deficientes mentales y muchas otras.

Pero sigo creyendo que un reto importante del Trabajo Social es el trabajo con la comunidad porque es la mejor manera de poder abordar los problemas en general. Permite captar fácilmente cuáles son las necesidades de esa comunidad y se pueden hacer propuestas para abordar conjuntamente los problemas.

Si tuviera que pensar en el mayor reto formativo, creo que es la formación en el ámbito del bienestar social y todo lo que conllevaría, pero también las atenciones a la ciudadanía en situación de necesidad o exclusión. A partir de aquí es más fácil tomar un posicionamiento para evitar algunas situaciones. Tenemos que defender el acompañamiento y el protagonismo de la gente. En Cataluña sabemos mucho de esto, la ciudadanía se organiza adecuadamente.

Propuestas de mejora

Desde mi lejana experiencia del ejercicio de la profesión, he de decir que el compromiso social y, si corresponde, político, es un valor fundamental. El compromiso con la sociedad o la entidad con la que se trabaja haciendo valer actitudes y

compromisos fundamentales como son la justicia, la solidaridad, la tolerancia, el respeto hacia el otro, etcétera. El compromiso con la sociedad es esencial para intentar ir más allá del desarrollo de los derechos. Yo creo que nuestra profesión puede ayudar a que se promuevan cambios importantes para hacer frente a las desigualdades sociales de la época en que vivimos.



Relato 8

Carme Tobella i Barés (1940)

Nací en Balaguer el 24 febrero de 1940. Balaguer es una ciudad de la provincia de Lleida y mi primera infancia la pasé entera allí. Mis estudios primarios fueron en esa ciudad, donde mi madre tenía un pequeño negocio de fotografía. A partir de los 14 años, me trasladé a Andorra y esto fue un cambio importante en la adolescencia, tanto en el entorno social y económico como cultural.

De golpe, salí del ambiente de posguerra que había por aquel entonces en España en los años cincuenta y me fui a un pequeño país mucho más libre, mucho más abierto, que me descubrió nuevos horizontes de mi adolescencia.

A mi familia la golpeó duramente la guerra: murieron mi abuelo, mi tío y, cuatro años más tarde, mi padre. Por lo tanto, en 1944, mi familia estaba formada por mi abuela, mi madre, su hermana y yo. De esta manera, a partir de la muerte de

mi padre, la mía fue una familia de mujeres, muy marcada por las privaciones propias del período de posguerra y por el protagonismo de mi madre, que se responsabilizó con su trabajo del mantenimiento de la familia.

El hecho que tres hombres de la casa murieran en un período de tiempo tan corto marcó notablemente mi carácter. En Francia, un hermano de mi madre estuvo en un campo de concentración desde el año 1940 hasta el 1945. De repente, después de la guerra, pasamos a ser una familia castigada y marginada por los vencedores, en una ciudad pequeña como Balaguer.

A pesar de este panorama, mi infancia se caracterizó por el afecto y por el gran amor que recibía de las mujeres de mi entorno, más que no por las privaciones importantes que nunca tuve. Mi madre trabajaba y teníamos una economía adecuada, de clase media. En mi casa, se respiraba mucha cultura, mucha sensibilidad; una familia que vivía con coherencia y orden, a pesar de las penurias de después de la guerra, que se mantuvieron. En resumen, yo diría que tuve una infancia feliz.

Uno de los recuerdos más significativos de mi juventud fue la decisión de mi madre de irse a vivir a Andorra. Allí, durante las vacaciones de verano, empecé a trabajar en el comercio de mi familia y, una vez acabados los estudios de bachillerato y magisterio, decidí irme al Reino Unido, para mejorar mi inglés. Era el año 1959, tenía 19 años. Estuve en Londres dos años, estudiando en los cursos reglados de las escuelas oficiales y a la vez trabajando. Quería más libertad y abrirme a otro mundo. De alguna manera, este viaje significó para mí una pequeña rebelión, para mí fue un cambio importante, despertar en un país distinto, tener la primera pareja...

Dos años después de volver de Londres, se produjo la decisión más importante de mi vida: mi boda, en el año 1963. Mi marido trabajaba y vivía en Lleida, y nos establecimos en esta ciudad, donde encontré una sociedad mucho más cerrada. Andorra era un país muy libre, muy abierto, y de golpe me encontré con una ciudad todavía franquista, donde me chocaron especialmente la actitud y el papel de las mujeres.

En aquel momento yo era una chica que había trabajado, que había estudiado lenguas, que había ido al extranjero y esto no era muy corriente en esos años, y necesitaba intervenir, abrirme más a la sociedad. Quería saber más de la ciudad,

de cultura, de política. Pero sobre todo del tema de las mujeres, que me inquietaba mucho. Y fue entonces, cuando ya habían nacido mis dos hijos, que decidí ampliar mi formación y el año 1973 empecé los estudios de Trabajo Social.

Testimonio profesional

Llegué a ser trabajadora social a partir de las inquietudes que tenía. Y los estudios y la formación me dieron seguridad para entrar a conocer mejor la sociedad que teníamos en aquel momento. En Lleida había una Escuela de Trabajo Social de la Cruz Roja, que me interesó y me informé del programa. Gracias a unas amigas que estaban estudiando Trabajo Social pude acercarme y compaginar los estudios con la labor que comporta ser madre de dos hijos. La Escuela de Trabajo Social fue un descubrimiento, puesto que hablábamos de política, de sociología y también de la represión que existía en aquel momento. Vivíamos en un período de dictadura y algunos de los profesores que teníamos eran muy abiertos, aunque también había otros muy cerrados. La religión influía en todas partes y, naturalmente, también en la Escuela que pertenecía a la Cruz Roja, que entonces estaba muy marcada por el régimen. El presidente de la Cruz Roja era una autoridad nombrada por Madrid y había que tener mucho cuidado con el contenido de las asignaturas y con la forma que tenían los profesores de impartir las clases. Para mí fue un despertar que comportó un gran cambio en mi forma de pensar y ver la vida.

Mi principal motivación fueron las ganas de aprender. En el entorno en que me movía con mis amistades no tenía este espacio. La gente hablaba de cosas muy banales, pero nunca profundizaban en nada, y sentía que me ahogaba. Yo venía de un ambiente muy diferente y realmente necesitaba saber más cosas sobre la dictadura, sobre el pasado... Me venían tantas preguntas. Por otra parte, durante mi infancia y adolescencia, nunca se habló en casa de la guerra, ni de nada que hiciera revivir aquellos años tan terribles. Se hizo un silencio alrededor del tema y nunca nos contaron a los que no lo habíamos vivido lo que pasó realmente. Yo nací en 1940 y cuando tenía 23 años sentía que conocía muy pocas cosas de la Guerra Civil y, por otra parte, convivía con los resultados de la represión sin saber exactamente de dónde venían ni el porqué.

Cuando entré en la Escuela de Trabajo Social, empecé a descubrir muchas de estas cosas. Uno de los momentos más tristes que viví fue la ejecución de Puig

Antich, que me impactó terriblemente. Yo tenía una cultura más democrática y mucho más abierta que la que había en aquel momento en España o en Cataluña.

Poco a poco llegaron a la Escuela gente que empezaba a hablar de democracia y partidos políticos. Se estaban gestando los nuevos ayuntamientos democráticos y este ambiente de apertura me despertó a descubrir la nueva vida política de la ciudad y del país. Recibí una formación en Trabajo Social muy correcta, que me ayudó mucho cuando empecé a trabajar. Así pues, el Trabajo Social comportó para mí un cambio en mi mentalidad y me creó nuevas inquietudes para viajar y conocer otras culturas.

Evolución de la profesión

Cuando acabé los estudios de Trabajo Social la Escuela me pidió que me quedara como profesora y me quedé un curso. En el año 1978, el Ayuntamiento de Lleida convocó la primera plaza de Trabajo Social. Después de unas oposiciones, gané la plaza el mes de febrero de 1979 y justamente el mes de mayo del mismo año entré en la Paeria (Ayuntamiento de Lleida) el nuevo alcalde democrático.

Trabajé en el Ayuntamiento de Lleida desde el año 1979 hasta el 2005. Durante todos estos años, Lleida tuvo un mismo alcalde: Antoni Siurana. Este hecho le dio coherencia al mandato y continuidad a los proyectos de la ciudad en todos los ámbitos y, evidentemente, a los servicios sociales.

En 1979 en Lleida existían muy pocos equipamientos sociales. No había ningún esplai ni un hogar municipal para jubilados, a pesar de que el colectivo de la gente mayor era uno de los grupos más reivindicativos. Tenían un líder, el Sr. Broto, militante de CCOO que ¡visitaba al alcalde prácticamente todos los días! Su demanda fue una de las primeras que se atendió y, antes de un año, ya estrenaban la Llar Bonaire, un espacio muy digno con todos los equipamientos necesarios para la gente mayor. Este fue el primero de los dieciséis que dispone, hoy en día, la ciudad.

El primer Centro de Planificación Familiar también es uno de los servicios pioneros que se organizaron desde el Ayuntamiento de Lleida. Era la petición enérgica y valiente de un grupo de mujeres que hacía tiempo reivindicaban este servicio. El Ayuntamiento canalizó su petición y se hizo cargo de todos los gastos que

este servicio comportaba: la contratación de los profesionales, el local, el equipamiento y el mantenimiento. Durante años, se hizo asesoramiento y formación en las escuelas y los institutos y atención personalizada y en grupos para las mujeres de la ciudad.

He tenido la gran suerte que tanto mis jefes políticos como mis compañeros de trabajo han reconocido mi dedicación como profesional y como persona. El premio a esta trayectoria lo tuve cuando Pasqual Maragall, presidente de la Generalitat de Catalunya, me impuso la Medalla President Macià, como reconocimiento a los servicios prestados en beneficio de los intereses generales dentro del mundo del Trabajo Social.

Condicionantes históricos

A partir del año 1980, las compañeras de Trabajo Social del Ayuntamiento de Barcelona nos abrieron las puertas de su departamento y con toda su experiencia nos dieron mucho apoyo y nos orientaron en diferentes campos que íbamos abriendo en la Paeria. Recuerdo especialmente el tema de la drogadicción, que para nosotros era absolutamente nuevo y desconocido en esos años, y como profesionales del Ayuntamiento de Barcelona, Marissa Melgarejo y Pilar Sanahuja, nos invitaron a hacer un viaje a Italia para conocer el Proyecto Hombre, pionero en el tratamiento y las técnicas de reinserción en aquel momento en Europa.

Con los estudios y la observación de la realidad y escuchando mucho a los ciudadanos, se trabajó para dar respuestas a las necesidades que surgían.

En 1987, el PSC, que presidía la Paeria, perdió una moción de censura, presentada por *Convergència i Unió*, que desplazó a la oposición al anterior equipo de gobierno. Esta situación duró dos años y en 1989 el PSC recuperó la alcaldía y otra vez presidió el Ayuntamiento.

El mes de junio de 1987 fui nombrada presidenta de la Cruz Roja de Lleida, pero trabajando como profesional en el Ayuntamiento. En aquel momento, la Cruz Roja estaba haciendo un cambio notable en sus estructuras en Cataluña. Se le quería dar un carácter más social a los servicios que tenía la entidad, empezando por los hospitales. En Lleida, se reestructuraron todos los servicios sanitarios: la Escuela de Auxiliares Sanitarias, el Servicio de Ambulancias, el Voluntariado, la Escuela de Trabajo Social, y se realizó un fuerte cambio en los hospitales.

Todo este proyecto supuso para mí hacer una doble jornada. El Ayuntamiento, con unos Servicios Sociales en plena expansión, y a partir de las cuatro de la tarde, festivos incluidos, sacaba adelante todas las reformas de la Cruz Roja en Lleida, ciudad y comarcas.

Además, había que construir una nueva sede para la entidad, proyecto que estaba encallado desde hacía años. Esto supuso la construcción de un nuevo edificio donde pudieran ubicar todos los servicios excepto el hospital. Gestioné la donación de los terrenos por parte del Ayuntamiento, así como el proyecto del edificio y la construcción y las gestiones con la Cruz Roja de Madrid, la Cruz Roja de Cataluña y la Asamblea de Lleida.

El nuevo edificio se inauguró en el término previsto y yo dejé la entidad a finales de 1992, después de haber completado todos los objetivos que nos habíamos marcado. Personalmente, me dio mucha satisfacción que la Escuela de Trabajo Social, ubicada en este nuevo edificio, pudiera tener finalmente unas instalaciones dignas como se merecía. Era un reto de muchos años y con mi presidencia se hizo realidad.

Dentro de mi trayectoria como trabajadora social destacaría en primer lugar la creación del Área de Servicios Sociales en el Ayuntamiento de Lleida, hasta ese momento inexistente. Cuando entré en el Ayuntamiento en 1979, todavía era vigente el Padrón de Beneficencia y me adscribieron a la Concejalía de Sanidad. Pocos meses después, con la primera corporación democrática, Servicios Sociales pasó a depender directamente de la alcaldía. Se establecieron reuniones periódicas con las diferentes concejalías y áreas de la Paeria que dieron como resultado proyectos interdepartamentales, mientras se daba a conocer a los funcionarios de la casa los Servicios Sociales y su misión en la ciudad.

Actualmente en la Concejalía de Políticas para el Derecho de las Personas, antes Servicios Sociales, trabajaban más de ciento treinta profesionales, a parte de los servicios que tenían contratados con empresas externas, como teleasistencia, comida sobre ruedas, ayuda a domicilio, *esplais*, etc. Llegar a consolidar todos estos servicios ha sido fruto de muchos años de trabajo y ha sido necesario un apoyo político y económico importantísimo.

Teníamos que presentar nuestros proyectos con un alto nivel de calidad, y con argumentos y objetivos concretos, claros y posibles. Para llegar a cumplir estas

premisas, se tenía que conocer nuevas experiencias que se hacían en otras ciudades de Cataluña, en el Estado español y en Europa. Esto nos obligó a formar parte de diferentes grupos de trabajo sobre los Servicios Sociales. Participamos en viajes a varios países de Europa que organizaba la Diputación de Barcelona, siempre abierta a nuestras peticiones. Esto nos abrió nuevos horizontes y nos fue muy útil para arrancar nuevos proyectos.

Una experiencia que nos permitió avanzar mucho y que reforzó y mejoró nuestro trabajo fue un curso de formación intensivo que hice en Barcelona, juntamente con un grupo de profesionales de diferentes ciudades de Cataluña, con profesores israelíes. Durante casi tres semanas, profesores de la Universidad de Jerusalén y Tel-Aviv nos dieron a conocer cómo trabajaban los Servicios Sociales en Israel: su metodología, organización, proyectos más importantes... Y sobre todo el trabajo interdepartamental entre los diferentes ministerios, contando siempre con el estudio y el apoyo de las universidades del país.

Esta fue la primera parte de la formación. Pocas semanas después, viajamos todo el grupo a Israel, donde durante quince días visitamos diferentes proyectos y experiencias, para estudiar sus metodologías y prácticas. Tuvimos sesiones diarias de estudio y de reflexión con los profesores hasta altas horas de la noche.

De aquí salió un cambio en el organigrama del Departamento de Servicios Sociales que afectaba la relación con otras instituciones de la ciudad: Sanidad y Educación básicamente. También introdujimos nuevas metodologías de organización interna entre dirección y profesionales y pequeños cambios en el día a día, que mejoraron los resultados de nuestro trabajo y la relación con la ciudadanía.

Por lo que respecta a la preparación de los profesionales de Servicios Sociales que contratábamos en el Ayuntamiento, nos encontrábamos que tenían falta de práctica a la hora de trabajar con familias y grupos. La teoría, la que habían estudiado en la Escuela de Trabajo Social, era y es una muy buena base, pero hay que reforzar el período de prácticas y el trabajo de casos concretos. No es fácil dirigir a un grupo de jóvenes, motivarlos en un proyecto y crear una disciplina de horarios y contenidos. Hay que conocer técnicas, modelos de trabajo y actitudes que cuando una sale de la Escuela no ha trabajado suficientemente y, en algunos casos, el desconocimiento es total.

En la profesión del trabajador social se necesita mucho sentido común, conocer elementos y técnicas pertinentes para cada caso, así como la capacidad de entender los problemas. Saber usar las herramientas disponibles para poder intervenir y, si es necesario, cambiar situaciones, reforzar personalidades y estudiar y medir capacidades de cambio. Todo esto no es sencillo y se necesita una buena preparación, una formación permanente y un intercambio de experiencias con otros profesionales.

Una de las primeras experiencias que tuve como trabajadora social fue la colaboración con el Ministerio de Vivienda para la adjudicación de dos bloques de viviendas sociales que se construyeron en Lleida en 1980.

La ciudad estaba en plena expansión y la falta de viviendas sociales era importante. El Ayuntamiento se ofreció para colaborar en la selección y la propuesta de adjudicación de las noventa viviendas y, previamente, hacer un estudio de cada familia solicitante de acuerdo con los baremos marcados. Este estudio supuso para Servicios Sociales hacer visitas domiciliarias a las más de mil solicitudes, comprobar los datos y, sobre todo, conocer las condiciones actuales de las viviendas de los solicitantes. Estas visitas domiciliarias supusieron un descubrimiento de las condiciones y características de las viviendas de los solicitantes y, evidentemente, de sus familias. Fue la mejor experiencia práctica que pudimos tener. Hicimos valoraciones de acuerdo con la realidad de cada familia y de sus posibilidades para adaptarse a una nueva vivienda, barrio y comunidad. La visita a domicilio fue, y todavía es, un medio insustituible para conocer el comportamiento y la personalidad de muchas personas que solicitaban ayuda. Va mucho más allá que una entrevista en un despacho.

Hoy en día se hacen muchas menos visitas a domicilio. La mayoría de los informes se basan en papeles, certificados, rentas y documentos de todo tipo y toda esta documentación es importante, pero creo que con la visita a domicilio se dispone de mucha más información para valorar cada caso. Para mí, continúa siendo una herramienta básica en el Trabajo Social. Después de mi jubilación he sido durante cuatro años vicedecana del Col·legi de Treball Social de Lleida. Durante todo este tiempo, he intentado vincular la Universidad de Lleida (UdL) con la profesión y con la firma de convenios de colaboración en proyectos concretos, especialmente en temas de formación. No es una tarea nada fácil y a pesar de los esfuerzos que hemos realizado, sigue existiendo una gran distancia y muchas dificultades para trabajar conjuntamente.

Cuando me jubilé, decidí hacer un año sabático. Después, poco a poco, empecé a implicarme mucho en temas de ámbito cultural. Estoy en un grupo de lectura y leo mucho. He creado, con el apoyo del Ayuntamiento, el Área de Gente Mayor, un taller de cine y me estoy poniendo al día en fotografía digital y Photoshop. Viajo bastante por Europa y cuido mucho a la familia y a los amigos. Estoy convencida de que cambiar el ámbito de trabajo me ha ido muy bien. Estoy entrando en ámbitos que hasta ahora no les podía dedicar tiempo ni atención y me dan muchas satisfacciones y me ayudan, sin duda, a afrontar esta nueva etapa de la vida con nuevas ilusiones.

Los cambios en la formación del Trabajo Social tendrían que acercar más a los alumnos de Trabajo Social a la práctica. Está muy bien tener mucha teoría y muchos conocimientos que ayuden al análisis de las situaciones y de los usuarios de servicios sociales. Por ejemplo, con el tema de la inmigración, a pesar de ser un problema de actualidad muy relevante, no hay un conocimiento profundo de las causas, ni una preparación de los profesionales de servicios sociales, para atender debidamente a este colectivo.

Las instituciones públicas y privadas, nuestros dirigentes y nuestros políticos han de valorar qué Trabajo Social se merece el país, y entender qué es política y socialmente rentable, si queremos tener una sociedad cohesionada y en paz social.

El Trabajo Social detecta los conflictos, los estudia, propone vías de participación e intervención conjunta entre el colectivo afectado y la Administración. Se buscan vías de diálogo para llegar a un acuerdo. Todo esto no es nada fácil y es necesaria una muy buena preparación para saber dirigir situaciones difíciles y lograr la resolución de los conflictos. Yo siempre he tenido la teoría que, si hay un buen Trabajo Social dentro de una ciudad, la cohesión social es mucho más fácil.

Respecto a mi colaboración en movimientos sociales de la ciudad, se ha visto limitada por mi tarea como profesional. La plena dedicación que conllevaba el trabajo del día a día, además de mis labores como madre de familia, no me dejaban espacio para nada más. Actualmente, soy voluntaria de la Cruz Roja y formo parte de la Fundació Amics de la Gent Gran, donde realizo labores de voluntariado. También participo activamente en entidades culturales de la ciudad.

Por lo que respecta a los cambios más significativos que ha vivido el Trabajo Social, destacaría en uno de los primeros lugares la consolidación de nuestra

profesión en nuestra sociedad y su valoración, prestigio y reconocimiento. Por otra parte, uno de los aspectos en los que se tiene que continuar avanzando es en el empoderamiento de las personas profesionales del Trabajo Social y su reconocimiento por parte de las instituciones, la clase política y los profesionales del sector público.

Este fuerte posicionamiento refuerza nuestro trabajo y nos ayuda a obtener más recursos y dotaciones presupuestarias para trabajar con dignidad. Llegar hasta aquí no ha sido nada fácil. Nos lo hemos ganado a pulso, con un trabajo bien hecho, cumpliendo objetivos y presentado buenos resultados. En relación con la formación que reciben hoy los futuros trabajadores sociales, considero que sigue estando muy alejada de la realidad social que vive hoy nuestra sociedad.

Propuestas de mejora

¿Hacia dónde tiene que dirigirse el Trabajo Social como profesión? No lo sé exactamente. Me apena que la importancia que los políticos le dieron al Trabajo Social los primeros veinticinco o treinta años en algunos ayuntamientos siga vigente pero en muchos otros no. Es posible que ahora los problemas sociales, debido a la crisis económica y de la inmigración, sean más complejos. Asimismo, y por poner un ejemplo, con el tema de los derechos de las mujeres y su consideración dentro de la sociedad no creo que se avance lo suficiente y, en algunos aspectos, más bien estamos retrocediendo.

En el ámbito de la gente mayor se está trabajando mucho y muy bien. Se han creado servicios que ayudan mucho a afrontar la vejez con más dignidad y calidad de vida. Tenemos que continuar avanzando en esta línea. La vejez es muy dura y las administraciones públicas han de dar recursos y herramientas a las personas mayores que lo necesiten.

Por último, daría unos consejos a los estudiantes de Trabajo Social: no seáis conformistas. Luchad por las causas justas, aunque muchas veces os parezcan difíciles de lograr. Hay que buscar la vía, las herramientas, las personas sensibles y con capacidad de cambio. Luchad porque realmente merece la pena, manteniendo la ilusión y la fe en vosotros mismos y en vuestra capacidad para mejorar las cosas. Salid, id a Europa, viajad para conocer nuevas experiencias en Trabajo Social, por ejemplo, en los países nórdicos... ¿Qué pasa en Holanda,

Bélgica, Inglaterra? ¿Cómo tratan y trabajan con los niños? ¿Cómo conviven con las familias? Veréis como se respeta y se valora el Trabajo Social.

En nuestro país, hay que seguir luchando para tener y mantener este nivel de consideración y respeto dentro de nuestra profesión y también con los otros profesionales del ámbito social: psicólogos, psiquiatras, sociólogos, médicos, enfermeras, economistas, maestros, etc. Y, sobre todo, estad seguros de que el ejercicio de esta profesión os hará mejores personas y que en muchos momentos os sentiréis muy cerca de la felicidad.



Relato 9

Montserrat Bacardit i Busquet (1940)

Nací en Manresa, ciudad situada en la Cataluña central, capital de la comarca del Bages. Mi niñez transcurrió durante los años de la posguerra (Guerra Civil, 1936-39). Años de un gobierno totalitario y fascista, con falta de libertades y recursos, materiales y culturales. A pesar de tener un buen recuerdo de mi infancia, el entorno estaba marcado por una sociedad gris y triste.

Mi familia era una gran familia, de una verdadera casa rural, éramos dieciséis: los padres, el abuelo, dos tías abuelas, la tía paterna y nosotros diez. Yo soy la quinta. Mi padre era campesino. La casa estaba en las afueras de Manresa, con campos de regadío, viña, olivares y ganado, era una economía autosuficiente.

Hice la educación primaria y estudios de comercio en la escuela de las religiosas Carmelitas de Manresa; era buena estudiante. Desde joven formé parte del

movimiento escolta, donde también hice de responsable, Akela lo llamábamos, de niños entre ocho y doce años. Esta etapa aportó un crecimiento a mi persona, tanto por las amistades como por la responsabilidad, el trabajo en equipo y, de manera especial, el descubrimiento del mundo educativo.

De joven ayudaba en casa en las labores del hogar y también en algunas actividades del campo. No sabía qué quería hacer de “mayor” ni hacia donde orientar mi futuro. Lo único que tenía claro era que quería seguir estudiando. En aquella época la ciudad de Manresa, como la mayoría de las capitales de comarca, no tenía centros de estudios superiores ni universitarios. A través de un familiar, conocí la Escuela de Formación Social Torras i Bages de Manresa, centro que impartía los estudios de Asistente Social.

Testimonio profesional

Las materias objeto de estudio me parecieron muy interesantes y concordaban plenamente con mis intereses, sin embargo, no sabía cuál era la profesión y el trabajo que se podía hacer con esos estudios. Fuera por los valores inculcados por la familia o por los adquiridos en el entorno social, sí que entendí que era una formación base para realizar algo que contribuyera en la mejora de la sociedad. De modo que decidí estudiar para asistente social.

El mes de septiembre de 1963, me presenté al examen de ingreso y me admitieron en la Escuela de Formación Social Torres i Bages. Montserrat Colomer era la directora. También era profesora de la Escuela de Trabajo Social del Instituto de Estudios Sociales de Barcelona (ICESB) y una profesional reconocida en el campo de la asistencia social y de prestigio en la docencia.

Montserrat Colomer dio a la escuela de Manresa un buen nivel de formación juntamente con el acompañamiento del profesorado, que eran expertos en las materias que impartían y tenían una buena capacidad docente. Las clases eran reducidas. En mi curso éramos veinticinco estudiantes. Montserrat Colomer era el alma del centro y en la escuela se vivía un ambiente familiar y de amistad.

Cada curso tenía diversas asignaturas teóricas y prácticas. Gracias a las prácticas pude entrar en contacto directo con la profesión. Fueron tres grandes experiencias, una por curso. El primer curso, en un barrio de Terrassa, donde se hacía Trabajo Social comunitario; el segundo curso, en el Instituto Lluís de Peguera

de Manresa, organizando visitas culturales y actividades en tiempo de vacaciones escolares y el tercer curso, en el Hospital Infantil de Sant Joan de Déu de Manresa. Tanto en el barrio de Terrassa como en el Instituto de Manresa, las prácticas las realizaba bajo la tutoría de una asistente social, pero en el Hospital de Sant Joan de Déu no había ningún asistente social, así que la programación y la supervisión de las prácticas las orientaba una profesora de la escuela. Al finalizar mi periodo de prácticas en el hospital, entregué a la Dirección una copia de la memoria del Trabajo de Final de Prácticas juntamente con una carta de agradecimiento por darnos la oportunidad de realizar las prácticas. En esta carta también les comentaba que desde mi punto de vista el hospital necesitaba los servicios de una asistente social. Al cabo de pocos meses la Dirección del hospital me ofrecía la plaza de asistente social a media jornada. Era el año 1967.

El hospital iba creciendo, pasó a ofrecer nuevos servicios, nuevas especialidades y también se incorporó la atención a pacientes adultos. Me ampliaron la jornada a ocho horas, y posteriormente también contrataron otra asistente social.

Paralelamente al mundo laboral, seguía colaborando con la Escuela. Así, desde 1973 hasta 1979 formé parte del equipo de dirección de la Escuela de Formación Social Torras i Bages, como coordinadora tanto de la formación permanente como de los cursos y conferencias de interés social dirigidos al público en general.

A finales de los años setenta y dentro del proceso de cambios y apertura del país, las administraciones públicas fueron conscientes de la necesidad de ofrecer servicios sociales a la población. Se empezaba a tratar las políticas de bienestar social, a escala estatal, autonómica y municipal. Dentro de este proceso se adjudicó a los municipios el encargo de ofrecer servicios sociales a la población.

A finales de 1979, el Ayuntamiento de Manresa comunicó la creación de los servicios sociales municipales e hizo pública la oferta de la plaza de asistente social. Me presenté como candidata y gané la plaza. Así, desde 1979 hasta 1985 trabajé en la creación de los servicios sociales del Ayuntamiento de Manresa. En aquellos momentos la ciudad tenía una población de sesenta y siete mil habitantes (actualmente tiene setenta y seis mil). Fue un trabajo muy interesante, comenzar de la nada, todo estaba por hacer. Lo primero que se abrió fue el servicio de atención social individual para personas y familias, con el objetivo

de ofrecer atención social y también para conocer las necesidades de los ciudadanos, al mismo tiempo establecimos contactos con organizaciones, instituciones y colectivos de la ciudad para escuchar sus opiniones en relación con las necesidades sociales de la ciudad. Trabajábamos muchísimo, primero yo sola, poco después se crearon dos plazas más de asistentes sociales.

Uno de los primeros programas llevados a cabo fue la reconversión de la residencia asistencial de Manresa, la anterior Casa de Caridad, una institución creada en el inicio del siglo xx, para atender niños y niñas de 4 a 16 años de familias con dificultades económicas y sociales, de Manresa y comarca. El objetivo era actualizar el servicio, pero previamente quisimos conocer el funcionamiento de toda la institución con profundidad con la finalidad de poder presentar las propuestas más adecuadas. Se necesitaba un estudio para, después, diseñar un servicio que diera una atención psicosocial que respondiera a las necesidades de los tiempos de finales del siglo xx. Un grupo de profesionales formado por Carles Llussà, médico psiquiatra, Agnès Torras, pedagoga, y yo misma como trabajadora social fuimos los encargados del estudio. La primera parte consistía en conocer el centro en todas sus dimensiones, las familias, los niños y niñas, los educadores y la organización de la institución. La segunda parte la formaban las propuestas de reconversión de la institución, basadas en unidades de convivencia con un máximo de ocho niños, similares a la estructura de una familia. Algunos niños o niñas pudieron regresar a sus familias y otros pasaron a los nuevos servicios. En 1982 se abrían los primeros cuatro pisos de la Residencia Asistencial de Manresa. Con el paso del tiempo se ha modificado alguna actividad, pero la Residencia Asistencial (hogar de infancia) actualmente sigue funcionando y atiende cuarenta y seis niños.

Desde el Servicio de Atención Individual y Familiar del Ayuntamiento, se observaba una importante demanda de residencia para personas mayores. Manresa en esos años ya tenía una elevada población de gente mayor, pero sorprendía que la demanda viniera de personas aún autónomas que pedían un recurso pensando en su futuro. La idea que compartimos con profesionales y políticos del Ayuntamiento era que la ayuda a domicilio podría ser el recurso idóneo para muchas personas, un recurso pensado en su futuro. En aquella época, en Barcelona ya había una escuela que preparaba profesionales para dar atención a domicilio y en muchas ciudades de Francia ya hacía tiempo que funcionaban los servicios de atención domiciliaria. El primer paso fue pre-

parar un estudio para conocer las necesidades reales que tenía la ciudad y las posibilidades de poner el servicio en funcionamiento próximamente. En el estudio participaron Àngels Serra y Assumpta Suñé, enfermeras, Ramon Bernades, médico, Miquel Vivó, directivo de banca, Teresa Codinach y yo misma, asistentes sociales. Se hizo un curso de formación para trabajadoras familiares. A finales del año 1980 el servicio se puso en funcionamiento como un servicio propio del Ayuntamiento, siendo el primero creado en Cataluña desde el ámbito municipal. Se inició con tres trabajadoras familiares, una enfermera y una asistente social. La memoria del primer año de funcionamiento dice: "Familias o personas que han pedido la atención de servicio, 123, (...) atendidas 61, orientadas a otros recursos 57 (...) y pendientes de orientación adecuada, 5". La experiencia de trabajo nos demuestra que es un servicio muy necesario para la gente mayor, en algunos casos ha permitido mejorar la calidad de vida de las personas en su propio hogar, evitando ingresos en residencias...". Después de unos años el Ayuntamiento lo traspasó al hospital municipal de Manresa, donde todavía está.

A principios de los años ochenta, la Escuela Universitaria de Trabajo Social de Barcelona, actualmente integrada totalmente en la Universidad de Barcelona, me pidió que fuera a explicar el funcionamiento de los Servicios Sociales de Manresa. Esta demanda me obligó a repensar todo el proceso vivido en Manresa, porque cuando necesitas poner en palabras una experiencia, se inicia un proceso de reflexión sobre el tema que te lleva a plantearte muchas cosas. El resultado enriquece la explicación y termina siendo una ventaja y aprendizaje para uno mismo.

En 1986, me ofrecieron una plaza para que me integrara a la Escuela de Trabajo Social de Barcelona en plena dedicación. En aquel momento ya llevaba seis años en el Ayuntamiento. Primero sentí inquietud y respeto, era un gran reto. Después de pensármelo mucho, les propuse de probarlo un año. Trabajé allí hasta el año 2005, en que me jubilé. Sin darme cuenta había pasado un año, dos y tres. La verdad es que no volví al Ayuntamiento porque la formación me "enganchó". Entre los años 1986 y 1995 hice de jefa de estudios alternando esta responsabilidad con la formación y más adelante de secretaria académica y otras labores de gestión y docencia en las asignaturas de Trabajo Individual y Familiar, la optativa de Salud y Trabajo Social y Supervisión de Prácticas.

Ya jubilada, en 2006 Pilar Puig, que entonces era la presidenta del Col·legi Oficial de Treball Social de Catalunya, me pidió si podía formar parte del Consejo de Colegios de Trabajo Social, que es la estructura estatal en la que están representados todos los colegios de Trabajo Social del Estado. Estuve yendo como representante de Cataluña hasta el 2010.

En el mismo año, también me propusieron la dirección de la *Revista de Treball Social (RTS)* de Cataluña, dado que el equipo que lo llevaba lo había dejado. Había pasado un año sin publicaciones porque ninguna trabajadora social aceptaba esta responsabilidad. Acepté y estuve en la dirección hasta 2014. Creé un equipo de profesionales comprometidos con la profesión, aspecto importantísimo porque no me puedo imaginar liderando este proyecto sin el apoyo de un buen equipo. Los equipos de redacción de la *RTS* se configuran cada cuatro años y yo fui la directora durante ocho, de modo que fui nombrada dos veces directora y trabajé con dos equipos diferentes con bastante continuidad entre el uno y el otro, por lo que respecta a su composición. Todos los profesionales que formaron parte del primer y del segundo equipo eran trabajadoras y trabajadores sociales muy válidos y esto permitió que hubiera debates y reflexiones sobre muchos aspectos referidos a la profesión. Podría haber continuado porque no hay ninguna norma en el Col·legi que limite el máximo de años de permanencia en la dirección de la revista, pero consideré que ocho años ya eran muchos, y que la subdirectora, Rosa Maria Ferrer, la podría dirigir perfectamente ya que es una persona con muchas capacidades y habilidades, llevaba muchos años implicada en este proyecto y, además de ser trabajadora social, también es periodista. El paso por la revista me ha supuesto un gran aprendizaje que me ha permitido hacer una labor dirigida tanto a personas profesionales como al alumnado de Trabajo Social.

Cuando dejé la *RTS*, Núria Carrera, decana del COTSC en aquel momento, me pidió que llevara la Asesoría de Publicaciones No Periódicas (APNP) referente a los libros que edita el Col·legi sobre varios temas de interés para la profesión y para las personas colegiadas. Al poco tiempo, formamos un equipo con las compañeras Cristina Rimbau, Pepita Rodríguez y yo misma.

Una anécdota que quiero recordar es que, revisando las publicaciones que se habían editado, encontré que en el Col·legi guardaban mi primer libro, llamado *Documentos para el Trabajo Social*, que escribí en 1984 con la compañera Josefina Bassets.

Un hecho del que me siento muy orgullosa es haber sido premiada con la Medalla de Oro del Col·legi de Treball Social. Se trata de un reconocimiento a mi trayectoria profesional que recibí en 2016 y que se concede a partir de propuestas hechas por trabajadoras y trabajadores sociales.

Evolución de la profesión

Durante mi trayectoria laboral, ha habido una gran transformación del Trabajo Social en nuestro país. Nuestra actividad se ha profesionalizado y en paralelo nuestra disciplina ha organizado un sistema de servicios sociales más universal y se ha articulado la normativa que lo sustenta. He vivido estos procesos con una gran satisfacción, puesto que se han hecho cosas que eran básicas y necesarias para el funcionamiento social y el bienestar de las personas. Me llena de satisfacción mirar hacia atrás, donde estábamos en los inicios y donde estamos ahora.

Hemos pasado de unos municipios que podían cuidar a la población desde la beneficencia a una situación en la que el Estado tiene la obligación de hacerlo, creando unas herramientas básicas para aumentar el bienestar de la población. Pero pienso que también hay que decir que la evolución de la profesión no siempre ha seguido la trayectoria deseada. Me refiero a la gran burocracia que se ha ido imponiendo: informes, impresos, documentación. Todo esto nos puede distanciar de la ciudadanía, no alejamos de la escucha y del acompañamiento y nos puede convertir en meros gestores de ayudas sociales. Acompañar no es atender o invitar a las personas a pedir esto o aquello. Son más cosas y más internas...

Aun así, tenemos que hacer crecer todavía más los espacios sociales y tenemos que apoderar a los colectivos y a las personas que viven en situaciones de vulnerabilidad social. Nos debemos creer que podemos liderar procesos de cambio.

Si bien es cierto que hoy en día la sociedad se ha formado ya una imagen más o menos clara del papel de los trabajadores sociales, aún tenemos que seguir trabajando en la difusión de nuestra profesión. La Administración lo ha favorecido, pero también ha comportado, como ya he dicho antes, sus perjuicios.

El cambio más significativo en el ámbito formativo ha sido pasar de unas escuelas no demasiado estructuradas por lo que respecta a los estudios, a ser centros, públicos y privados, con dependencia de las universidades, con planes de estudios organizados y profesionalizados. En definitiva, se ha conseguido esta estructura docente, consolidada en las universidades, con un cuerpo docente especializado en diferentes temáticas y con dedicación completa.

De todas maneras, nuestra formación no termina después de la obtención del título. La formación es un proceso permanente, tenemos que seguir nutriéndonos mutuamente, y esta es una función en la que el colegio profesional tiene un papel muy importante.

Propuestas de mejora

El camino que debe seguir la profesión es crecer a partir de la teorización de las diferentes disciplinas que fundamentan la intervención social. Hay que ir creando más instrumentos teóricos para que la práctica cada vez se ajuste a más grupos de población y problemas y dificultades más específicos.

Tener el grado universitario en Trabajo Social da un tronco común de la profesión, pero es necesario tener la oportunidad de adquirir más conocimientos en ámbitos determinados porque cada ámbito y, de hecho, cada lugar de trabajo, es único. Creo que hay que pensar en reforzar los másteres y los doctorados específicos en Trabajo Social y también fomentar la especialización por campos o problemáticas e implementar espacios para la investigación en todos los niveles.

Aunque no me gusta dar consejos, los jóvenes profesionales no han de terminar la carrera pensando que es el final de su período de aprendizaje. Nunca pueden dejar de pensar que son personas curiosas. Hay que seguir observando qué problemas hay, qué hay que hacer y cómo debemos prepararnos.

Me considero una profesional que se ha implicado en el progreso social de mi país. Mirando al pasado, creo que puedo decir que, durante los años de mi ejercicio profesional, he podido contribuir a la evolución y al crecimiento del Trabajo Social y de los servicios sociales. He trabajado en una profesión muy bonita que he querido y que me ha hecho feliz.



Relato 10

Rosa Maria Fernández Algué (1945)

Nací en 1945, eran tiempos de posguerra en el Estado español, mientras que en Europa era el año en que terminó la Segunda Guerra Mundial. Por suerte, nosotros no habíamos entrado en esta guerra, pero aún había restos de lo que había pasado en la Guerra Civil.

Podría decir que mi familia, sin ser burguesa, era una familia acomodada con un nivel cultural bastante alto. Vivíamos en el Eixample de Barcelona, en uno de esos pisos grandes donde convivíamos tres generaciones: los abuelos maternos, mis padres, y mi hermana y yo. La convivencia de estas tres generaciones para mí ha sido un tesoro, sobre todo por la relación con mi abuela, que era muy especial.

Mi familia nunca tuvo problemas. Pero a medida que crecías, veías las consecuencias de haber pasado la guerra.

Mi padre era médico y había trabajado en la cátedra de Medicina Interna del Hospital Clínico de Barcelona y, además, tenía consulta propia; mi madre había estudiado enfermería en la Cruz Roja. Lo que tanto a ella como a mi tía materna les permitió, durante la Guerra Civil, por los conocimientos de enfermería y de idiomas, trabajar en el Hospital de Colonias Extranjeras de Barcelona. Mi abuelo era de la Lliga Catalana y muy catalanista. En casa siempre se hablaba catalán. Y ya en aquel tiempo mi abuela materna hablaba y escribía en francés. Mi madre y su hermana estudiaron en las Escuelas Francesas en Sarrià. Mi madre murió a los 98 años, pero poco antes, cuando todavía conservaba el habla, podía mantener correctamente una conversación en francés y bastante en inglés. Mi abuelo fue quien diseñó el escudo del Orfeón Catalán, a raíz de su gran vinculación con la cultura catalana del momento.

Mi madre no trabajó fuera del hogar, pero por el hecho de haber estudiado en una escuela donde solamente se hablaba francés e inglés, estaba en contacto con personas y profesionales de origen, y esto le daba una visión muy diferente del mundo comparada con otras personas de su edad y su estatus social.

Mi niñez fue muy buena. La convivencia con las tres generaciones, que hoy en día sería difícil, me enriqueció por la interconexión de experiencias y por los valores que se me transmitieron, sin que yo me diera cuenta y que se me han revelado siendo yo mayor, como por ejemplo respeto, tolerancia, buena convivencia, estima, etc. Por más que te lo quieran inculcar en la escuela no es lo mismo que convivir con esto todos los días en casa, y son unos valores que han permanecido en mi vida.

Mi juventud fue placentera. En aquellos momentos la "libertad" era más restringida porque los padres nos ponían unos horarios, a las diez de la noche en casa y salir hasta la madrugada difícilmente te lo permitían pero, en general, no tengo recuerdos negativos.

Antes de los 3 años, fui a la escuela donde iba mi hermana mayor, monjas seglares de la Institución Teresiana del Padre Poveda. Esto ya habla de la mentalidad de mis padres. No querían que fuéramos a una escuela de monjas en el sentido clásico. Eran monjas que estaban todas licenciadas, que iban vestidas sin hábito

y que impartían clases en la universidad. Jugaban con nosotras a la pelota, hacíamos excursiones y fiestas, muy diferente a lo que me contaban personas que habían ido al colegio de monjas en el sentido clásico. En algunos casos decían que cuando pasaba la *madre superiora*, habían de besarle la mano y hacer una genuflexión. Cosa que para mí ha sido totalmente incomprensible. Todas mis compañeras del colegio tenemos esta visión positiva de la escuela y esto me ha ayudado a tener otra visión del mundo religioso.

En 1961, cuando yo hacía quinto de bachillerato, con un grupo de alumnos y exalumnos de la Salle Bonanova y un grupo de mi colegio empezamos a ir al Somorrostro los días festivos, particularmente los domingos por la mañana, desde los 15 a los 18 o 19 años, de 1961-1963 y 1964. Tiempos muy difíciles en que entendí lo que era la injusticia social, la vulnerabilidad de la gente y la estigmatización, puesto que la mayoría eran de raza gitana. Había un dispensario médico llevado por exalumnos de la Salle Bonanova donde se cuidaba por la salud de la población, sobre todo, los niños, también un aula donde se daban clases a los pequeños, talleres de labores, películas, mediante los dispensarios proporcionaban medicación o ropa, y se celebraban fiestas religiosas, como la celebración de la misa los domingos. Se intentaba que al menos los más pequeños tuvieran relación con otras personas fuera de la etnia gitana, pero era muy difícil por el enraizamiento en la propia cultura.

Yo creo que mi motivación para los estudios de Trabajo Social surgió de forma natural, siempre he tenido actitud de ayuda hacia los demás, supongo que heredé la misma actitud que vi y viví en casa con mi madre, que siempre que podía ayudaba a gente vulnerable, de varias maneras, con comida, ropa...

Ir al Somorrostro en aquellos tiempos era difícil, las alcantarillas estaban abiertas por la calle, llena de agua y porquería, escombros y basura, animales, burros, gallinas, etc., y para llegar hasta allí teníamos que cruzar por la playa hasta las barracas para hacer visitas a las familias, hasta teníamos que cruzar la vía del tren sin ningún tipo de control.

Mis padres no lo acabaron de entender, probablemente nunca, pero tampoco me lo prohibieron porque entre el lugar donde yo vivía y Somorrostro había muchas diferencias y de todo tipo, cambios de cultura, lejanía, prejuicios, no hace falta decir sociales y económicos, y también miedo de poder contagiarse enfermedades. Sobre todo este miedo: que me pudiera pasar alguna cosa que

nunca me pasó. Cuando la población instalada allí nos fue cogiendo confianza, al ver que les llevábamos recursos y que los ayudábamos, también ellos nos respetaron. Nos veían como una ayuda sin ir más allá. Nunca se hizo nada que supusiera ir en contra de lo que ellos hacían. Y: “no os paséis con las señoritas del colegio”.

Recuerdo una señora gitana ya mayor, doña Paca, que siempre tenía un ofrecimiento para cualquiera que entrara en su barraca y te ponía un poco de vino, un poco de coñac, aguardiente como regalo y agradecimiento y no se podía menospreciar, aunque la situación de higiene nos preocupaba porque la tuberculosis estaba presente entre la población. En casa, no comentaba nada de casos como este.

La relación entre ellos y nosotros era muy buena. Hasta tal punto que cuando tiraron abajo las barracas lloramos porque conocíamos a la gente y, a pesar de que las condiciones en las que vivían no eran lo suficientemente saludables, nosotros entendíamos que era su lugar, su barraca, sus hábitos y sus costumbres, sus burros y sus gallinas, los perros corriendo arriba y abajo, todo era convivencia. Los trasladaron a pisos del Besòs, sin ninguna preparación y esto provocó toda una serie de situaciones que hicieron que el resto de la población los consideraran delincuentes. Nosotros ya no continuamos con ellos, se hicieron cargo los Servicios Sociales.

Ver aquella situación de mal vivir a tan poca distancia geográfica me provocó una rebelión hacia la situación de la sociedad acomodada en general, no por el caso concreto de mi casa.

Testimonio profesional

Mi actitud natural, como ya he dicho antes, siempre ha sido de ayuda a los demás. Me pasaba en relación con la gente que me rodeaba, familia, amigos, compañeros. Creo que esta motivación, en gran parte natural, también estuvo marcada por las vivencias del Somorrostro. Allí conocí la injusticia social, la indefensión de esas personas, la poca ayuda que tenían y los prejuicios hacia su cultura y sus costumbres.

Buscaba una profesión que ayudara; pero no encontraba cuál podía ser; he de añadir también la influencia que también me supuso estar rodeada de médicos,

como mi padre, mi cuñado y el padre de mi cuñado. Pero, de todos modos, buscaba una cosa que fuera más allá de la medicina y por eso, después de obtener el título de Trabajo Social, me licencié en Psicología.

Teníamos una casa en el Maresme y solíamos ir en verano, igual que la Sra. Montserrat Kichner, que fue directora de la Escuela de Trabajo Social de la calle Bonavista, la Escuela Católica de Enseñanza Social de Barcelona. Yo iba con un grupo de gente joven y coincidía con su hermano y le explicaba que no sabía qué estudiar, si Medicina, si Psicología, a pesar de que ninguna de las dos me terminaba de convencer, quería algo diferente. Finalmente, le hice directamente la consulta y ella me recomendó que estudiara Trabajo Social, así que me matriculé convencida de que había encontrado mi lugar. Yo venía de Preuniversitario y me sorprendió la carencia de formación y la desinformación general de aquel primer curso. Muchos alumnos, en aquel momento, veníamos de bachillerato elemental y/o superior, pocas veníamos de Preuniversitario, se notaba mucho la diferencia en el nivel de estudios. Hasta tal punto que yo en un determinado momento pensé que mis conocimientos iban por otro lado, pero tuve un profesorado muy bueno, que me motivó a continuar. Te daban bibliografía y mucha información, de este modo podías tener diferentes caminos para construir tu propia formación.

Empecé en la Escuela de Trabajo Social en 1965 y terminé en junio de 1968. Por influencia, creo, de mi padre y el resto de los familiares que eran médicos, cogí la rama de salud y más específicamente los hospitales y ya hice las prácticas del primer curso en el Hospital de la Santa Creu i Sant Pau de Barcelona.

Durante las vacaciones de verano del 1968, cuando acababa de terminar la carrera, me enteré de la convocatoria de plazas de Trabajo Social en el Hospital de la Santa Creu i Sant Pau y me presenté. Tuve dos entrevistas con la jefa de Servicios de Trabajo Social del Hospital, la Sra. Mercedes Vila y la que era gerente del Hospital, por aquel entonces, la Sra. Elvira Guilera, que más tarde fue la directora general de Sanidad de la Generalitat de Catalunya, y me aceptaron. Así que empecé a trabajar el mes de septiembre siguiente.

Entré en un hospital en el que el Trabajo Social estaba muy avanzado respecto a otros centros, no había dos o tres asistentes sociales, sino todo un servicio de Trabajo Social con un recorrido largo.

El equipo estaba formado por diversos profesionales repartidos entre los diferentes servicios hospitalarios y de urgencias.

La persona que inició la incorporación del Trabajo Social en el Hospital de Sant Pau fue un médico que fue el gerente y que provenía del Hospital de Oviedo, además de haber trabajado en los Estados Unidos, el Dr. Soler Durall. No concebía un hospital sin trabajadoras sociales.

Las funciones que realizábamos eran las propias, principalmente para las altas hospitalarias, la información y acogida de las familias de los pacientes y la orientación hacia los recursos pertinentes a las necesidades: asociaciones, Cáritas, fundaciones y servicios sociales de la zona, si es que existían, para continuar con la asistencia.

Allí conocí a un médico residente que llevaba pocos meses en el Hospital. Yo siempre había pensado que no querría casarme con un médico, visto la experiencia vivida en mi casa, donde mi padre tenía difícil la compaginación con la vida familiar. En aquellos momentos se hacía la visita domiciliaria y daba igual días de fiesta como las horas de día o de noche. Lo iban a buscar de madrugada para visitas de urgencia y esto se me había quedado marcado. Pero, a pesar de no querer, él es mi marido desde hace cuarenta y seis años.

Recién casados, en 1971, él obtuvo una beca para ir a hacer arteriografías en un hospital de París y pensé que yo también podría ir para ver qué hacían y cómo trabajaban por lo que respectaba a los Servicios Sociales en Francia. Tenía información de los servicios de hospitalización a domicilio de la administración pública de París para enfermos crónicos, sobre todo. Así que decidí pedir una excedencia e irme a París, con una carta de presentación de la jefa de Servicios de Trabajo Social del Hospital, por si la necesitaba.

Después de presentarme a los Servicios Sociales Centrales de París, pude ir de voluntaria al Hospital de Ivry, en el distrito de Ivry, el año 1971-72, en las afueras de París. Era un hospital de enfermos crónicos y semicrónicos, gente mayor con diabetes o con cirrosis, algunos también intervenidos y de media a larga estancia.

La coordinación entre hospital y servicios sociales de la zona estaba muy adelantada en los diferentes distritos. Interrelacionaban conjuntamente la familia, el ámbito hospitalario y los servicios sociales, y el registro posterior lo hacían el mé-

dico de la zona en contacto con el médico del hospital. Yo hacía visitas a domicilio con la enfermera del hospital y reuniones con la trabajadora social del distrito.

Al volver, la gerente del Hospital de Sant Pau me pidió que, a través de la Asociación Española del Cáncer, estudiara de qué modo se podía implantar el Servicio de Hospitalización a Domicilio de París al Servicio de Oncología del Hospital de Sant Pau.

Entre 1972 y 1973 contacté con todos los hospitales que en aquel momento tenían hospitalización a domicilio de Europa y terminé este informe que duró nueve meses. Seguidamente entré a formar parte del mismo Servicio de Oncología del Hospital de Sant Pau, pero con un contrato con la Asociación del Cáncer de Barcelona.

De todos los lugares donde he estado destacaría que siempre me he sentido feliz porque mi motivación siempre ha sido la relación de ayuda y la he podido desarrollar. Desearía que los profesionales del Trabajo Social tuvieran este sentimiento en su trabajo en cualquiera que sea de los servicios que ejerzan.

Mi estancia en el hospital fue corta, ya que, en verano de 1981, me enteré de plazas en el Hospital de la Vall d'Hebron y me presenté, gané la plaza y estuve seis años en el Hospital de Traumatología de esta ciudad sanitaria, del 1982 al 1988.

En 1989, me fui a los Estados Unidos, puesto que a mi marido le concedieron una beca del Ministerio de Sanidad y Seguridad Social para hacer investigación en cáncer.

El contrato de las trabajadoras sociales que nos incorporamos en aquel momento era de interinidad del extinguido Instituto Nacional de Previsión. Por tanto, no me dieron ninguna excedencia, sino tres meses de permiso. Como no sabíamos si podríamos estar en los EUA un año o más o si mi marido se quedaría tres o cuatro, pedí esos tres meses porque no sabía qué me podía encontrar allí. Finalmente, estuve nueve meses como voluntaria en el Hospital donde trabajaba mi marido en el Hospital de la Universidad de Texas John Searly Hospital a una hora de Houston, en Galveston.

Pude conocer cómo estaban estructurados los Servicios Sanitarios de la parte de Texas, Houston, la coordinación entre los diferentes hospitales, la Sanidad priva-

da y la pública. Los servicios sanitarios, sobre todo los públicos, no estaban muy desarrollados. Y también pude colaborar con los protocolos básicos de enfermos crónicos, en aquel momento del sida, que empezaba a estar en auge en nuestro país.

En 1990 volví y salieron unas plazas de concurso/oposición en la Consejería de Bienestar Social para los Centros de Atención a Disminuidos de Barcelona (CAD 1), centros de valoración de personas afectadas. Gané la plaza y estuve trabajando desde abril de 1990 hasta junio de 1996. No era un ambiente hospitalario, pero sí una vertiente que me interesaba conocer.

Tenía la visión de trabajar de manera interdisciplinaria y multidisciplinaria a partir de los hospitales en los que estuve, y no sabía cómo estarían implicados en los equipos de valoración los trabajadores sociales. Vi que las funciones estaban descritas por ley. Había igualdad en el número de psicólogos, asistentes sociales y médicos, puesto que la valoración final de la posible disminución o no era conjunta. Se tenían en cuenta los aspectos sociales, médicos y psicológicos integrados en la resolución y dictamen de los informes finales. El equipo funcionaba y estaba muy bien considerado, por eso recuerdo esos años con mucha satisfacción.

Pero siempre he sido una persona inquieta y, después de estos seis años de estancia en el CAD 1, quería saber cómo valorarían mi currículum en un hospital de excelencia, ya que siempre había dicho que me quería jubilar en un hospital, tal y como había empezado mi vida laboral, y me presenté a jefa de Servicio de Trabajo Social del Hospital de Sant Joan de Déu de Esplugues después de saber que estaba a disposición la convocatoria de plaza. Me presenté y, para mi sorpresa, obtuve la plaza de jefa de Servicio de Trabajo Social que llevé a cabo desde julio de 1996 hasta enero de 2010, cuando me jubilé.

Con la experiencia que ya tenía y el conocimiento de varios hospitales, no me costó especialmente adaptarme. Era un Servicio de Trabajo Social muy parecido al del Hospital de Sant Pau pero mucho más asentado en la historia; el Servicio de Trabajo Social estaba formado por siete trabajadores sociales y una secretaria, distribuidos en los diferentes servicios y con actividad profesional con muchos protocolos ya establecidos que con el paso del tiempo y de los cambios sociales se habían ido revisando y actualizando.

La experiencia acumulada me llevó, cuando era vocal en la Junta de Gobierno del Col·legi Oficial de Treball Social de Catalunya,³² y cuando coordinaba su Grupo de Sanidad, a ser la representante de los Colegios Autonómicos del Trabajo Social (Cataluña, Baleares, Navarra, País Vasco y Valencia) y pude asistir a la Comisión de Análisis y Evaluación del Sistema Sanitario de Salud, Comisión de Abril Martorell, en Madrid (de septiembre de 1990 a mayo de 1991). Del resto de España había una compañera de Trabajo Social de Madrid. Se trabajó mucho y en buena convivencia, pero por cuestiones políticas y la muerte del ministro, el Sr. Abril Martorell, quedó sin continuidad ni aplicación.

De todos modos, he de decir que guardo un excelente recuerdo de todos los equipos que formaban parte de este. La finalidad era el estudio de futuro para la posible implantación en el país de la Asistencia Sociosanitaria, donde también colaboraba un equipo de profesionales economistas.

Posteriormente a mi jubilación, el mes de enero de 2010, he sido miembro vocal del Consejo de Ética Profesional del Col·legi de Diplomats i Assistents Socials de Catalunya durante dos legislaturas, hasta 2017.

De mi trayectoria destacaría que he podido trabajar en el campo que quería y me interesaba y que he colaborado en el desarrollo del Col·legi Professional. Creo que he aportado en el ámbito del Trabajo Social hospitalario, sobre todo, la transmisión de las funciones de los trabajadores sociales al resto de profesionales. Colaborar en nuestra integración profesional en el equipo asistencial para el diagnóstico y/o tratamiento médico igual que otros profesionales, fisioterapeutas, psicólogos, logopedas. Tanto individualmente como en los equipos multidisciplinarios o interdisciplinarios.

Asimismo, he trabajado para fomentar la formación de los profesionales del Trabajo Social para capacitarlos para un nivel superior, teniendo más posibilidades para colaborar en este aspecto al formar parte de la Junta de Gobierno del Col·legi Professional y, en la práctica hospitalaria, con alumnos de las escuelas de Trabajo Social. Y esto, juntamente con las reuniones formalizadas con los superiores de las prácticas de las escuelas de Trabajo Social, y en su seguimiento,

³² Denominación oficial desde septiembre de 2011.

ha favorecido el fomento de las relaciones entre las instituciones, los mismos profesionales y finalmente la formación de los alumnos.

Igualmente he participado en coloquios, charlas, cursos o congresos, dentro y fuera del ámbito hospitalario de salud y/o sociosanitario.

Aunque en estos últimos catorce años mi labor ha estado bastante absorbida por los objetivos del Servicio de Trabajo Social del Hospital de Sant Joan de Déu y el cumplimiento también de los objetivos generales del hospital, y también por la organización del día a día de carácter interno, siempre he fomentado la presencia de alumnos de prácticas en el Servicio.

Evolución de la profesión

He visto una diferenciación muy importante entre los primeros tiempos y hasta ahora. En aquellos primeros años la trabajadora social estaba más acostumbrada al trabajo individual que al de equipo. Posteriormente se ha incorporado el Trabajo Social al equipo multidisciplinario. Este es el cambio más importante que he vivido. Y ahora podemos decir que está muy desarrollado, sobre todo hablando del Trabajo Social en el hospital y en general en el ámbito de la salud. Al mismo tiempo, creo que ya se ha implementado y quizá se encuentra en un proceso de mayor desarrollo en los Servicios Sociales Básicos.

La profesión ha cambiado mucho a lo largo de estos años, de los años sesenta a los setenta fue una lucha de los trabajadores sociales por su reconocimiento. El nombre de asistente social ya llevaba a confusión, como si se tratara de una labor de beneficencia. Tuvimos que luchar para explicar y demostrar nuestras funciones. Yo tuve suerte de trabajar en hospitales donde las funciones del asistente social estaban bastante interiorizadas. Aun así, estaban dirigidas hacia las altas hospitalarias y los problemas de salida de los enfermos del hospital.

Ha cambiado también la relación entre las escuelas de Trabajo Social y los profesionales de las diferentes instituciones y organismos, como con los intercambios con el Col·legi Professional de Treball Social, potenciando la interrelación y coordinación para acercar la teoría a la práctica del alumnado, cosa que comporta también un beneficio claro para la mejora de la formación de los estudiantes.

A partir de los años ochenta, creo que el mayor reto que ha vivido la profesión para su desarrollo y evolución ha sido el reconocimiento profesional con la acreditación académica universitaria reconocida oficialmente, hecho que anteriormente no teníamos.

Esto ha influido en el hecho que el Servicio de Trabajo Social de muchos hospitales dependían de Dirección de Enfermería en muchos casos y podía comportar dificultades de coordinación y entendimiento respecto a las funciones y a la actividad de los trabajadores sociales, en algunos casos dependía de cómo se entendía nuestra labor y funciones. Mediante el Grupo de Sanidad del Col·legi Oficial de Treball Social se luchó y se llegó a aprobar, siendo publicado en el DOGC, la dependencia en los hospitales del ICS de los trabajadores sociales a Gerencia. Aunque para los concertados no era vinculante, sí que favorecía los cambios de la dependencia, como mínimo la Dirección Médica. Actualmente, en algunos hospitales consta como servicio autónomo dentro del Departamento de Atención al Paciente y/o Familias.

Uno de los cambios importantes ha sido la incorporación técnica en la tarea diaria, que permite el trabajo en red entre los profesionales de los Servicios Sociales de base y los especializados, facilitando la eficacia en el trabajo, tanto en la coordinación e interconexión entre los profesionales de los diferentes servicios y niveles asistenciales como con otros profesionales externos.

Propuestas de mejora

Mi lucha, sean cuales sean o hayan sido los partidos y las situaciones políticas, ha sido la defensa de la libertad, los derechos humanos y la justicia social. Cuando ha habido algún momento, del tipo que sea, que yo haya visto que se infringían los derechos humanos, la libertad de la persona o la justicia social, he estado allí para su defensa.

Creo que el Trabajo Social está al servicio de las personas y de sus derechos y valores y que, si estos se infringen, hay que luchar para defenderlos. Con todos los medios que se considere necesarios: tanto profesionales individualmente como colectivamente. Con esto hay que ser muy rigurosos y que se oiga la voz del colectivo en la sociedad donde estamos ubicados y allí donde se crea necesario. Hoy día con los medios de comunicación se pueden hacer muchas cosas.

Pienso que debemos tener siempre en cuenta los valores de nuestra profesión. Valores que me han acompañado y han de acompañar a los trabajadores sociales en las diferentes especialidades o labores de nuestra profesión. La base en la que se han de sustentar son: los derechos humanos, la libertad de expresión, la ética profesional sobre la base del Código de Ética del mismo Col·legi Oficial de Treball Social, que implican: respeto a la persona, a su individualidad y a sus derechos, aunque sean contrarios a lo que podamos pensar, independientemente de la raza, el color, la cultura, la lengua, el estatus socioeconómico, los hábitos, las costumbres religiosas o las creencias.

Los valores no han de cambiar. Pueden cambiar las circunstancias, pero los valores de nuestra disciplina se tienen que mantener.

El respeto a la persona, su individualidad, confianza, confidencialidad en sus aportaciones y que nos depositan, la honestidad, el secreto profesional, aunque se trabaje en equipo o en red. Saber lo que se aporta a los otros profesionales, que realmente sea lo necesario para conocer o valorar una situación de forma conjunta o bien de derivación hacia otros profesionales, sean trabajadores sociales o no lo sean (médicos, educadores, psicólogos) si no, se deberá consultar al propio interesado y, dependiendo del caso, pedirle su consentimiento.

Actualmente, la prisa en los diferentes lugares de trabajo y en general en toda la sociedad hace que no se pueda tener tiempo para pensar o valorar adecuadamente una situación. Los objetivos económicos, sean el lugar de trabajo que sean, pueden dominar la labor profesional y se puede perder la visión objetiva para poder dar una respuesta ajustada a las demandas de la población atendida y a sus necesidades.

Recomendaría la supervisión del trabajo o bien la consulta a otros compañeros trabajadores sociales, participando en reuniones internas de trabajo. También en el mismo Col·legi Professional de Treball Social de Catalunya hay diferentes grupos de trabajo o cursos de supervisión para que os incluyáis.

Actualmente, los cambios sociales son muy intensos, tanto por las problemáticas de la población inmigrante acaecida en los últimos tiempos, como también por los cambios de estructuras familiares con multiplicidad de estructuras respecto a la familia tradicional, con todas las problemáticas que puedan conllevar en todos los niveles; los cambios demográficos, con el aumento de la vida, que

también se puede asociar a un mayor número de personas dependientes y mayor requerimiento de recursos adecuados.

Saber trabajar en equipo es indispensable tanto dentro como fuera del servicio y/o institución. Tanto si se trata con el propio equipo de compañeros, como con otros profesionales de la misma institución o externos, respetando las propias funciones y, por lo tanto, los criterios y las funciones de los demás.

Es importante saber que el propio profesional de Trabajo Social puede ser, en sí mismo, un recurso potencial. He defendido este concepto siempre y la base de ello está en su propia actitud: la actitud de una escucha activa. La empatía, el profesional empático puede ayudar mejor a la persona y/o familias a ver o a poder entender su problemática. El acompañamiento, no solo desde la palabra, sino también desde la actitud.

En este momento hay un buen nivel académico, reconocido oficialmente. Lo cual es muy importante. Pero no lo es todo. Por mi condición de haber sido jefa de Servicio, he hecho muchas entrevistas de profesionales del Trabajo Social y se notan las actitudes y las motivaciones hacia la profesión. Lo que también sucede con los alumnos de prácticas. En las prácticas, se empiezan a observar el interés, la observación, la motivación de aprender, la capacidad de valoración en los casos, etc.

Por lo tanto, es importante informarse y ver durante el período de prácticas y en los años de estudio las diferentes posibilidades de campos donde hay interés para realizarse profesionalmente y más adelante hay que buscar la posibilidad de trabajar en el campo que despierte una motivación mayor.

Las circunstancias sociales actuales de la sociedad, con las nuevas problemáticas que han ido emergiendo, imponen, para cumplimentar y llevar a cabo los derechos humanos, la ampliación de servicios sociales de ámbito general y transversal, lo que implica la ampliación de servicios y el aumento de trabajadores sociales.

Actualmente han surgido nuevos campos de Trabajo Social desconocidos en los años anteriores y que no podíamos suponer que podrían ser campos de actividad para los trabajadores sociales como la mediación, la asistencia en situación de emergencia, la colaboración en el ámbito jurídico (informes judiciales)...

Por lo tanto, creo necesario formarse bien, que el título académico te abre puertas, pero no lo es todo. Hay que tener presente la formación permanente y el empoderamiento de la investigación, cumplir con un código ético y valores de la profesión, con una actitud abierta a los cambios sociales, interesándose por el campo o campos que más motivan.

Igualmente creo importante sentirse partícipe de un colectivo a través de la colegialización en el Col·legi Professional, donde se pueden encontrar respuestas a las necesidades del profesional: desde ofertas de trabajo a soluciones en la formación permanente, como participar en los diferentes grupos de trabajo de distintos campos, estar al día de las actividades y novedades de interés social, tener orientación y/o apoyo en situaciones de dificultad que puedan surgir en el día a día de la actividad profesional, mediante el Consejo de Ética Profesional del mismo Col·legi.



Relato 11

Núria Carrera i Comes (1947)

Nací en Ribes de Freser, un pueblecito de 2.000 habitantes en 1947. Cuando nací, hacía poco que a mi madre se le había muerto su padre y tuve el privilegio de ser una parte importantísima de su vida. Ribes era un pueblo pequeño, que en seguida tuve que dejar para entrar en un internado para cursar mis estudios, primero en Ripoll y, más tarde, en Barcelona.

De la primera infancia recuerdo que yo me veía un poco diferente a las otras niñas y por eso solía jugar con los niños. El franquismo era una época en que las niñas tenían un comportamiento muy diferente de los niños, ellas volvían a casa muy temprano y el lenguaje y los códigos eran otros. Ellos, en cambio, salían más.

En aquel entonces éramos un grupo de trece niños y yo. Pero esto no suponía ningún problema para mis padres, que veían con naturalidad que yo pasara el día, arriba y abajo, con los chicos.

Después, cuando estuve internada, hice gran amistad con niñas y mujeres. Sin embargo, en los primeros años el ambiente era muy cerrado y duro. Estuve allí desde los 9 años hasta terminar bachillerato, primero internada en un colegio de Ripoll y después vine a Barcelona, al colegio de las Dominicicas de Horta, que eran "los progres" de la época porque hablaban catalán.

Todo en la vida hace que seas más fuerte, pero yo no lo recomendaría a nadie. Ahora casi ni existen los internados, pero en aquella época era más habitual. Y era difícil vivir allí. No era una situación cómoda ni buena. La adaptación al internado no fue fácil, pero al final tenía muchas amigas y estaba muy feliz por estar con niñas todo el día.

Únicamente volvíamos a casa por Navidad, Pascua y en verano. Después esto fue cambiando y viví la experiencia de poder salir los fines de semana. Tenía una hermana que vivía en Barcelona y me iba a su casa.

Más tarde, a los 11 años, vine a Barcelona y empecé a estudiar antes de ir a trabajar. Me preparé para ser graduada mercantil y perita mercantil, que era una cosa más administrativa y económica. Allí estuve muy cerca de los movimientos de estudiantes y las asambleas, que es donde empecé a formarme y a conocer a gente muy diferente.

Del internado pasé a una residencia de chicas que la llevaban unas monjas francesas en Barcelona, donde estuve de los 17 a los 22 años y fue entonces que me vinculé mucho a la parte más política, en el sentido de movimientos sociales, antes de ir a hacer Trabajo Social. En aquel momento empecé a trabajar en un banco donde estuve un año, pero eso no era para mí y me puse a estudiar Trabajo Social. Además, durante aquella época comencé a tener relaciones de pareja y con una de ellas, más tarde, me casé.

Entre los recuerdos más significativos de mi edad adulta hay momentos de una intensidad especial: las muertes de mis padres y la del compañero de quien yo ya me había separado, que fue el hombre con quien viví veinticinco años y que fue muy influyente. Y los nacimientos de mis tres hijos y de los cuatro nietos. Al

final, las cosas más significativas son los nacimientos y las despedidas de la gente a la que quieres.

Testimonio profesional

El final del franquismo influye mucho en mi generación. Hace que nuestro trabajo como trabajadores sociales cambie al cien por cien. Entramos en la línea de consolidar un instrumento de respuesta pública y, por lo tanto, de poner en marcha unos servicios para todos. Pasamos de la beneficencia a las prestaciones municipales. La muerte de Franco es un antes y un después. Pero el franquismo duró muchos años y no terminó de morir del todo y, por esto, su herencia en forma de beneficencia supuso una gran lucha lograr erradicarla.

Acabé siendo trabajadora social porque, cuando estaba trabajando en un banco de los 17 a los 20 años, una amiga mía me preguntó por qué no trabajaba de trabajadora social. Y le dije que ni tan siquiera sabía qué era eso. Me lo explicó y fui a la Escuela de Trabajo Social a informarme y me encantó. Lo hice porque tengo necesidad de hacer acciones que tengan que ver con el bien común. Por mi perfil laboral tengo mucha capacidad de empatía y mucha habilidad de relación y esto también me ha ayudado en este oficio. Por otra parte, no quería una carrera larga y me parecía que tres años era fantástico. Estuve dudando entre enfermería, medicina y Trabajo Social y al final escogí Trabajo Social.

Había dos escuelas: la católica (ICESB), muy cerca de plaza Catalunya y la que creó el Dr. Sarró en el Hospital Clínico. Entré en la Escuela del Trabajo Social del Hospital Clínico en el año 1969. El Dr. Sarró era un psiquiatra muy conocido que había ido a los Estados Unidos y había visto a los trabajadores sociales llevando a cabo su labor con una línea muy clínica y mucho Trabajo Social individual. Y cuando volvió, decidió crear la escuela en la que estudié y donde formé parte, también, de toda la movida de los estudiantes. Tot el día estábamos en asambleas, apoyando huelgas como la de la SEAT y muchos otros actos... Había mucho ruido...

Cuando recibí clases de Métodos del Trabajo Social había una persona mayor que yo, que era maravillosa y una gran profesional, Montserrat Colomer, que definió el método básico y eso fue la bomba porque ella ya tenía una mirada global. Yo tengo esta mirada y por este motivo me gustó la metodología que proponía. La apliqué durante años.

Fui una alumna que hizo de portavoz del curso y de la misma escuela y, cuando terminé, me quedé dando clases. Con el título en la mano, entré como profesora y supervisora, después lo dejé correr y, unos años más tarde, volví.

Mi primera experiencia como trabajadora social no tuvo demasiado éxito, porque en el año 1968 empecé a trabajar en una organización que se llama Aldeas Infantiles y que estaba bastante controlada por el Opus. Adoptaban y eran muy conservadores. No me adapté. Su trato no tenía nada que ver con cómo yo enfocaba las cosas. Era muy joven y tampoco capté por donde iban. Total, que duré unos meses y me echaron.

El siguiente trabajo fue en un centro de diagnóstico infantil, en 1969, con niños y niñas con problemas de adaptación escolar y familiar. Los niños y las niñas necesitaban un apoyo económico y un seguimiento psicológico. Allí adquirí muchos conocimientos sobre el trabajo en equipo. Más adelante, en 1970, me fui a Ciutat Badia, que todavía no era una ciudad, sino un barrio. El barrio en el que aprendí a trabajar con la comunidad.

De allí pasé a trabajar en salud mental, en el año 1972, y aprendí a respetar la diferencia. Seguí realizando atención a personas y familias, pero también intervención comunitaria, porque era un momento en que había muchas asociaciones de vecinos que tenían ganas de sumar, de reforzarse los unos a los otros, de respetar nuestro papel que consistía en incorporar al enfermo mental en el territorio.

De aquí me fui a los Colectivos Infantiles en el año 1974, que era un centro donde los niños y las niñas estaban internados y era necesario crear alternativas. Allí organizamos toda una red de pisos... Fui muy feliz allí...

Después me fui al Hospitalet y volví a dar clase y supervisiones en la Escuela de Trabajo Social. Era el año 1975 y dirigía el equipo de infancia del Hospitalet y medio año más tarde llevé los Servicios Sociales del Hospitalet, donde estuve ocho años. Descentralizamos los equipamientos y pusimos centros en los territorios. Pasamos de cuatro trabajadoras sociales a trescientos profesionales. Era el inicio de la democracia, un momento eufórico. Allí formamos a muchos trabajadores sociales, hicimos supervisiones y establecimos una alianza con el mundo asociativo, principalmente con la gente mayor y personas discapacitadas. Y también allí aprendí muchas cosas sobre lo que es hacer funciones de dirección, aunque yo estaba muy orientada a la acción directa.

Después me fui a la Cruz Roja, en 1985, a hacer de directora del Área Social de la Cruz Roja Cataluña, y de la Cruz Roja pasé a la Dirección General, que incluía el sector sanitario y el social. Más adelante, en 1995, me fui al Ayuntamiento de Barcelona, como independiente con un cargo político para llevar los Servicios Sociales del Ayuntamiento. Fui teniente de alcalde el período de 1999 a 2003 y volví a ser elegida en las elecciones municipales del año 2003, para ser responsable de la Regiduría de Inmigración hasta el año 2007. Durante el mismo mandato formé parte del Área Metropolitana de Barcelona en la defensa del área social, y diputada provincial a la Diputación de Barcelona de 2003 a 2007.

Al terminar mi etapa política, vuelvo a la Cruz Roja como asesora del presidente. Y después, el año 2009, paso a ser decana del Col·legi de Treball Social durante ocho años, que terminaron en junio del año 2017.

Ahora sigo colaborando con el Col·legi Oficial de Treball Social, representándolo institucionalmente en varios espacios, por ejemplo, en el área social del Ayuntamiento de Barcelona. Además, también ejerzo de vicepresidenta de la Asociación Intercolegial, que agrupa todos los colegios profesionales de Cataluña, y también presidenta de la Sectorial del Área Social y Humanidades y de la Comisión de Mujeres e Igualdad. Por otra parte, formo parte del Congreso Participativo que quiere definir la Cataluña que queremos, aunque solo hago labores de delegación porque cuando una se va de los lugares, tiene que dejar que los demás puedan hacer su trabajo.

El equipo actual del Col·legi es extraordinario y seguirá impulsando nuestra profesión y defenderá nuestro papel en la sociedad. Estoy agradecida por la confianza que esta junta me ha demostrado. He estado cerca de los movimientos sociales, en la creación y la redacción del proyecto de la renta garantizada, y lo pude hacer directamente con la consejera Dolors Bassa, desgraciadamente encarcelada, y con la gente que impulsó la iniciativa popular en favor de la renta garantizada. Y fue muy bien, aprendí mucho impulsando el derecho a la renta básica. Y también me he relacionado con otros movimientos, por ejemplo, con la Plataforma de Afectados por la Hipoteca, o los movimientos de la gente mayor.

Durante todos estos años, lo que he aprendido del Trabajo Social son varias cosas: la primera es que con las personas, o con los grupos, o con la comunidad, la trabajadora social debe sentir que establece una alianza con el otro. Esto es muy importante en la vida profesional y personal. Cuando estás acompañando

a alguna persona, ella tiene que sentir que estamos hablando de su problema, que tú la estás entendiendo, que ella te lo está explicando, que habéis llegado a un acuerdo y que habéis definido bien el problema, conjuntamente. Esta es la primera fórmula clave para seguir adelante en la vida y en las profesiones donde reconocemos e impulsamos la autodeterminación del otro. Cuando diriges es lo mismo: tienes que sentir que el equipo entra y entiende qué es lo que le estás planteando y a la vez entender lo que ellos y ellas quieren para hacer un trabajo conjunto.

La segunda cosa es que el buen Trabajo Social solamente será bueno si más allá de lo que estás haciendo cada día haces una cosa más conjunta, intervienes con una mirada más general. Porque si no te convertirías en una burócrata, serías una administrativa. Es muy importante en el Trabajo Social que las nuevas generaciones lo eviten para no convertirse en unos peones que no piensan. El Trabajo Social piensa, es crítico, busca evidencias en otras profesiones y en la propia población atendida.

La tercera cosa es que nuestro acompañamiento profesional a las personas y la ciudadanía afecta a su vida cotidiana. En un cambio profundo porque influye en su día a día.

Y la cuarta cosa que hemos de pensar cuando hablamos de Trabajo Social es que las profesionales tienen que estar dispuestas a aprender cada día. Mal por la gente que empieza a trabajar y no sabe que cada día aprenderá. Estar abierto al aprendizaje es clave para un buen Trabajo Social porque las personas tienen sabiduría.

Yo creo que la diferencia entre antes y ahora es que en aquel momento mi generación tenía un gran compromiso político, no de partido, sino compromiso de revuelta. Ahora otra vez los trabajadores sociales hemos de luchar para que el Trabajo Social tenga esta vertiente más política, en el gran sentido de la palabra. Hay que luchar por el bien común para todos, no solamente para los tres a los que estoy atendiendo yo.

Evolución de la profesión

El Trabajo Social en Cataluña ha pasado de ser una actividad producto de la beneficencia a ser una profesión que se desarrolla en servicios que forman parte de

las redes públicas y del sector asociativo. Es interesante comprobar cómo hemos crecido en volumen de profesionales y en un cierto reconocimiento. Ahora todo el mundo sabe quiénes somos y hay un índice de paro muy bajo, pero los contratos a menudo son precarios. Todavía tenemos camino por recorrer.

Hemos aguantado las injerencias del intrusismo profesional, pero tenemos que mantener la alerta porque, si no vigilamos un poco, otras profesiones pueden ejercer nuestro rol. Pero a la vez, también tenemos que sumar otras profesiones porque así mejoraremos la atención que proporcionamos.

Respecto a la formación, creo que la universidad de mi generación estaba muy vinculada con los movimientos sociales, las huelgas, la lucha contra el franquismo. La universidad estaba muy impregnada de una posición de solidaridad y de lucha. Después hemos tenido años de construcción y, por lo tanto, ha habido menos movimientos de adhesión política. Y ahora lo que está pasando en Cataluña creo que hará que las universidades se vuelvan a implicar mucho y que el Trabajo Social tenga un papel relevante porque para hacer un país libre necesitaremos que los derechos sociales de la gente se reconozcan.

Yo creo que los trabajadores sociales deberían de crecer en la formación y las técnicas de trabajo en red. También pienso que la metodología de grupo debería de poder pasar a fases más experimentales, y no tan teóricas. Quiero decir, que la parte de intervención en grupo se podría mejorar. Considero que como ahora se trabaja mucho en grupo, estaría bien reforzar la formación en su vertiente más práctica.

Lo mismo respecto al Trabajo Social comunitario: la formación teórica, que ya se realiza en la universidad, debería complementarse con más formación práctica.

Tengo la sensación de que, en general, hay una buena formación práctica en Trabajo Social individual, pero se podría mejorar la formación práctica en Trabajo Social de grupo y Trabajo Social comunitario. Por lo tanto, se tendría que lograr hacer unas prácticas mucho más integrales y globales.

Propuestas de mejora

El principal reto que ha vivido el Trabajo Social en los últimos cuarenta años ha sido dignificar su existencia: "aquí estamos y somos dignos", en muchos aspectos

considerables. Es decir, “primero estábamos, después hemos levantado cabeza y ahora estamos nadando”. El segundo reto es crecer con alianzas con la gente que estamos atendiendo.

En la formación que recibí como trabajadora social, hace cuarenta años, he tenido supervisión siempre, incluso cuando estaba en el Colegio profesional, tuve un tutor que me hacía el acompañamiento. La parte de investigación y desarrollo tendría que crecer mucho más.

Yo le diría al alumnado de Trabajo Social que “se enamoraran” de la profesión. Tienes que “enamorarte” de la profesión, y la has de hacer tuya y has de sentir que eres trabajador social y que es parte de ti.

Porque la verdad es que estar al lado de personas, grupos, comunidades en tensión o a las que les cuesta encontrar la fórmula para seguir avanzando, o a menudo con dolor, que algunas veces nos toca hacerlo, si eres entusiasta y tienes un compromiso muy vocacional y profesional, es mejor que si haces un trabajo muy neutro; primero porque no te saldrá bien el trabajo, y segundo porque te pierdes la gracia que es sentir el trabajo como lo haces.

No podemos estar al lado de personas, grupos y comunidades que tienen que superar situaciones de dolor y dificultad desde una práctica neutra. El compromiso personal y profesional es necesario para evitar malas prácticas y sentirse mejor.

Como última cosa que añadir, he de decir que he sido muy feliz en este oficio, he hecho mil cosas y lo que soy principalmente es trabajadora social. He tenido la oportunidad de ser otras muchas cosas, pero lo que pesa más y lo que yo siento es que soy trabajadora social.



Relato 12

Jose Fernández i Barrera (1949)

Me llamo Jose Fernández y nací el 21 de octubre de 1949, diez años después de que Franco ganara la guerra, cuando la situación era muy compleja. España estaba en un estado de aislamiento respecto a toda Europa y a los Estados Unidos.

Mi familia era de clase obrera, aunque cuando yo nací ya se nos consideraba de clase media, ya que mi madre dejó de trabajar fuera, y eso solo se lo podían permitir las familias consideradas acomodadas. Mi padre, y el de mis dos hermanas, de las que yo era la más pequeña, por aquel entonces trabajaba en una empresa francesa.

Uno de los recuerdos más significativos de mi infancia fue la entrada en el escultismo, porque en aquel momento era uno de los pocos movimientos de tipo infantil y juvenil. Para entrar había muchas dificultades y recuerdo con mucha

ternura que fue mi padre el que me ayudó a entrar. De mi juventud tengo un gran recuerdo del primer viaje que hice con mis amigas, en 1969, a París durante quince días. Aunque ya había viajado antes con la familia, a Francia por ejemplo, era un momento en que se empezaban a notar los primeros cambios. En estas dos etapas de mi vida, no puedo destacar ninguna dificultad significativa, quizá puedo mencionar el hecho que en mi casa teníamos el sentimiento de haber perdido la guerra, mi padre era republicano convencido. Ir a una escuela de monjas no supuso ninguna dificultad, yo siempre he sido muy rebelde y, a pesar de que fui, no me dejé influenciar. De mi vida adulta, destacaría la primera vez que fui madre, en 1978, creo que es una etapa muy importante y muy significativa en la vida de una mujer. Al menos, para mí lo fue. Quizá en estos momentos estoy más sensible porque he sido abuela por primera vez y estoy más vinculada a este tipo de vivencias.

Testimonio profesional

Al principio no tenía demasiado claro a qué dedicarme profesionalmente, me gustaban muchas cosas. Cuando terminé el bachillerato, tenía muchas dudas, porque me gustaba todo lo que estuviera relacionado con el arte y también me interesaba mucho la psicología, pero en aquel tiempo como tal no existía. Fue por este motivo que me matriculé en la Escuela de Trabajo Social, que entonces se llamaba la Escuela de Visitadoras Sociales-Psicólogas, porque tenía mucho peso la psiquiatría y la psicología, ya que la escuela dependía de la cátedra de Psiquiatría de la Facultad de Medicina de la UB. Estudié de 1967 a 1970. Cuando fui descubriendo lo que suponía realmente el Trabajo Social, a partir de las asignaturas como Trabajo Social de Caso, Grupal y Comunitario me interesé cada vez más por la verdadera esencia del Trabajo Social. A pesar de que mi primera motivación para ser trabajadora social estaba enfocada a lo que la carrera me podía ofrecer sobre psicología, a medida que iba aprendiendo, mi interés se fue ampliando, por ejemplo, sobre las políticas sociales y cómo influir en ellas. Sin embargo, echaba de menos aspectos sociológicos.

Nuestra escuela estaba muy reconocida, aunque la oficial estaba en Madrid. Los estudios que yo realicé no han cambiado mucho, ya que se continúa impartiendo Psicología Evolutiva, Dinámica, Psiquiatría Social, Trabajo Social de Caso y de Grupo. En mi caso, trabajamos mucho lo que era el Trabajo Social de grupo. La escuela fue pionera, así que empezamos haciendo un grupo de sensibilización

cada semana. También estudié Sociología, Economía... Desde mi punto de vista, la sociología era lo que estaba menos considerado y era más flojo en aquel momento, toda la vertiente psicológica tenía mucha más influencia.

Cuando pienso en las primeras experiencias como trabajadora social, tengo en cuenta las prácticas no remuneradas, porque tenían mucha importancia. En aquel momento se hacían prácticas desde el segundo trimestre de primero. Fueron en el Departamento de Trabajo Social del Hospital de Sant Pau en 1968. En segundo, durante el curso 1968-69, fui al centro de parálisis cerebral Arcàngel Sant Gabriel de Montjuïc y en tercero las hice en dos lugares, tres días en la Clínica Mental de Santa Coloma de Gramenet y tres días en el Servicio de Psiquiatría Infantil de Sant Joan de Déu.

Mi primer trabajo fue muy casual, una compañera mía de clase estaba trabajando en Aldeas Infantiles S.O.S., tenía niños pequeños y quería coger vacaciones y para no dejar los meses de verano sin trabajadora social, me preguntó si podía cubrirla. En septiembre, empezaba otra trabajadora social que no podía incorporarse en verano. Fue el verano de 1972. La experiencia fue muy interesante. Aldeas Infantiles es una organización que tiene casitas para niños con dificultades familiares. Intentan que sean lo más parecido a una familia con una persona que les hace de madre. Viví experiencias un poco complicadas y otras menos, por ejemplo, recuerdo ir a visitar una familia muy numerosa, con ocho hijos, en el Prat. Aldeas hizo todo lo posible para acoger a todos los hermanos juntos, pero también había casos como el de chicas que querían dar en adopción a sus hijos, eran casos que yo no había podido trabajar desde el principio, ya que los había estado llevando mi compañera.

Recuerdo que en aquel momento la asociación estaba empezando a trabajar en adopciones y hacíamos entregas a los padres adoptivos de los niños. Había un par de chicas con un embarazo adelantado, y que dieron a luz sin que yo las pudiera conocer antes. Una de ellas practicaba la prostitución y estaba muy convencida de dar el niño en adopción, pero había otra que era una mujer viuda, que ya tenía hijos y se quedó embarazada y no lo quería tener por vergüenza. Pienso que en ese caso se podría haber trabajado más en la decisión de la madre, pero me marcó mucho porque fue una renuncia por un tema social no de voluntad real de la persona y yo tenía la sensación de que se podría haber trabajado para que no lo dejara.

Por lo que respecta a mi trayectoria como profesional siempre he estado cambiando de trabajo, aunque en mis inicios trabajaba principalmente en mi ámbito preferente, que era la salud mental. Antes de esta pequeña experiencia en Aldeas Infantiles, tuve otra sin remunerar. Estuve un año viviendo en Londres. Poco antes de terminar la carrera, hicimos un seminario de Trabajo Social Familiar que nos impartió Ana María Hertoghe, trabajadora social experta que ejercía en la Family Welfare Association de Londres, era el año 1970. A una compañera y a mí nos interesó y le preguntamos si había la posibilidad de hacer unas prácticas en Londres. El tema del idioma lo llevaba bastante bien, y nos dijo que podíamos ir. Pensé que ir a Londres podía ser muy caro, pero la trabajadora social nos ofreció la posibilidad de ir a trabajar en una escuela de maestras que llevaban unas monjas que daban trabajo a personas extranjeras que querían aprender el idioma. Terminé quedándome casi un año en Londres, conociendo el Trabajo Social que se hacía, en este caso era una clínica psiquiátrica. Para mí, esto también fue una experiencia no laboral pero sí de mucho aprendizaje. Sin embargo, no pude ir a la Family Welfare Association porque la trabajadora social que nos lo había ofrecido a la hora de la verdad dijo que no. Esto hizo que mi compañera diera marcha atrás pero yo, que ya tenía el permiso de trabajo que me habían enviado las monjas, decidí ir de todos modos.

Después, tuve la oportunidad de cubrir una baja maternal de otra compañera durante cinco meses en un centro de medicina preventiva de la Caixa, donde pude trabajar con infancia y familias e incluso pude realizar un grupo de Trabajo Social con adolescentes en el año 1972-73.

Poco después me fui a Chicago, fue una experiencia que recuerdo como un éxito ya que conseguí una beca Fulbright para ir a los EUA, el curso 1973-74. En Chicago, trabajé en un hospital como trabajadora social y pude hacer trabajo hospitalario con personas en diálisis. Además de esto, también trabajar con adolescentes y sus familias. El trabajo allí fue muy importante para mí, ya que me marcó mucho en mi trayectoria profesional. Estuve un año y medio en los Estados Unidos, y después, cuando volví, en diciembre de 1974, empecé a trabajar en un psiquiátrico, el Hospital Frenopático de les Corts, que actualmente ya no existe. Fui yo quien inició el servicio de Trabajo Social en ese hospital.

Paralelamente empecé a colaborar con la escuela, con Teresa Rossell, que era la subdirectora. Estando en Chicago ya me escribió pidiéndome si podía colaborar con la escuela cuando volviera.

Como ya he mencionado, mi ámbito preferente siempre ha sido la salud mental y después la infancia, por eso también colaboré con un centro de salud mental, el Centro de Higiene Mental Les Corts para hacer el diseño del Servicio de Trabajo Social, mientras estaba en excedencia del hospital psiquiátrico. Asimismo, en 1981-82 me sumé al equipo que realizó el diseño del centro piloto de salud del Ayuntamiento de Barcelona dentro del ámbito sanitario.

Cuando tuve a mi segunda hija, en 1982, pedí un permiso de maternidad al hospital psiquiátrico y ya no volví, porque me ofrecieron llevar los servicios sociales de la Maternidad Provincial de Barcelona, donde trabajábamos con niños, gestantes, madres solteras y adopciones; las madres vivían con los niños y las gestantes podían entrar a partir del séptimo mes de embarazo. Había dos residencias separadas, una de madres con sus bebés y otra de gestantes.

En aquel momento había trabajadoras sociales, pero yo entré para coordinar el equipo de profesionales y favorecí que el Trabajo Social ganara importancia. La principal tarea era que las trabajadoras sociales hicieran el trabajo fundamental, ya que en el momento en que entré, los niños únicamente estaban a cargo de los pediatras y las monjas. Aunque fue conflictivo quitarles competencias, finalmente recibí muy buena colaboración por parte de la mayoría de las monjas.

Más adelante, en 1986, comencé a trabajar en el Departamento de Justicia de la Generalitat al Servicio de Protección y Tutela de Menores. Trabajaba con temas de acogidas y adopciones. Una de mis labores era llevar la supervisión de los equipos de las cuatro provincias de Cataluña (Tarragona, Lleida, Girona y Barcelona). También trabajé en la planificación del Servicio desde 1986 hasta septiembre de 1988. Después pasé a ser fundadora de lo que conocemos como Departamento de Bienestar Social, que antes no existía. Fue cuando se creó la Dirección General de Atención a la Infancia (DGAJ). Trabajé allí un año y medio, ocupando el cargo de jefa de Servicio de Acogidas Familiares y Adopciones. Pudimos lograr un equipo muy eficaz, con un director general, Joan Cortadellas, con quien se trabajaba muy bien porque hacía bastante caso de las recomendaciones de los profesionales técnicos. En el mes de diciembre de 1989 cesaron al director general. Entonces, yo dimité de mi cargo de jefa de servicio y al día siguiente me trasladaron a la Dirección General de Acción Cívica del mismo departamento. Inicialmente entré muy preocupada, porque el traslado era un tipo de castigo, pensado que no sabía qué haría, pero en aquel momento estaba en marcha la Ley del Instituto Catalán del Voluntariado y me pidieron que

dirigiera todos los temas de voluntariado y todo lo que tuviera relación con el apoyo a las asociaciones. Finalmente, estuve trabajando allí más de dos años, a pesar de que no era mi idea quedarme permanentemente.

Más adelante, en 1992, pasé a la Fundación "la Caixa", a programas sociales, donde estuve tres años y medio. Mi idea principal era recoger aspectos que en aquel momento me parecían interesantes. Justamente en aquel momento en la Fundación "la Caixa" hubo un cambio de orientación, se tenía que hacer un Trabajo Social, dirigido a todo el Estado español. La directora de Programas Sociales era Isabel Montraveta, también trabajadora social, con quien diseñamos un proyecto de relaciones intergeneracionales enmarcado en el año 1993, que era el Año Europeo de la Gente Mayor y la Solidaridad Intergeneracional. Se consiguió una gran implicación ya que participaron 528 entidades y ayuntamientos de toda España.

Todo esto lo llevamos a cabo entre los años 1992-93. Al mismo tiempo estuve colaborando casi siempre con la Escuela de Trabajo Social dando clases y supervisiones. En algunas épocas, cuando tenía mucho trabajo, lo dejaba. Pero Teresa Rossell, la directora de la escuela, siempre me insistía en que entrara a trabajar a plena dedicación, pero por otra parte yo no quería dejar la acción directa o, como mínimo, no todavía.

Más tarde, en el año 1996, me ofrecieron un contrato como profesora a plena de dedicación en la Universidad de Barcelona y entonces decidí aceptarlo. Es donde he estado más años, exactamente veinte, y aunque haya ido cambiando mucho de trabajo, he terminado como profesora de universidad y en los últimos años he estado llevando la dirección del Departamento de Trabajo Social de 2008 hasta 2016.

Evolución de la profesión

Cuando pienso en mi trayectoria profesional, puedo destacar aspectos negativos pero también otros que yo valoro como positivos, de hecho creo que ejercer el Trabajo Social es una batalla continua, todo un reto. Ni tan siquiera por el Trabajo Social en sí, sino por todo el ámbito social, por el hecho de trabajar con personas en situación de vulnerabilidad. El Trabajo Social es una profesión que tiene un contenido de lucha. Aunque al principio no lo tenía claro, después de ver todo lo que implica, defender realmente los derechos humanos y luchar contra

las desigualdades para terminar teniendo las mismas oportunidades, acabé por identificarme plenamente.

Por este motivo me parece muy importante transmitir el conocimiento adquirido a los alumnos. He intentado siempre combinar el ejercicio directo con la docencia y traspasar la realidad a los estudiantes, de este modo saben que es verdad lo que les estás explicando y que es aplicable. Los alumnos siempre se quejan de que hay mucha diferencia entre la teoría y la práctica, pero esto es relativo, la práctica no se puede separar de la teoría. Sin la teoría realizarías una práctica inadecuada porque no sabes cuál es la perspectiva desde la que estás trabajando.

La evolución del Trabajo Social estuvo relacionada e influenciada por la Transición. Empecé a trabajar durante el franquismo, y durante el régimen la visión del Trabajo Social casi era inexistente. Existía alguna institución relacionada, como la INSERSO o el FONASS que hacían intervenciones muy clásicas. Después empezaron a contratar a trabajadoras sociales en lugares relacionados con la vivienda (el Patronato de la Vivienda) y en Cáritas. También emergieron bastantes lugares de trabajo en el ámbito de la psiquiatría, porque se consideraba muy importante la parte del Trabajo Social que trabajaba el entorno social de la persona, como, por ejemplo, la familia, en este caso el rol de Trabajo Social estaba más claro. Otro movimiento en el que el rol de trabajador social tuvo mucha importancia fue en el de las familias con niños con algún tipo de discapacidad.

También hubo mucha actividad en la profesión haciendo trabajo comunitario en los barrios. En aquel momento tuve la oportunidad de ver y conocer el Trabajo Social comunitario que se hacía en los barrios marginales en el año 1970. Ya antes de la Transición, comenzó a haber algún aspecto de Trabajo Social en los municipios fomentando lo que después serían los servicios sociales básicos. Y justo después de la Transición, con las medidas de la Constitución que requerían la organización de los servicios sociales modernos y con la organización de los servicios municipales, se empezaron a necesitar muchísimas trabajadoras sociales. Recuerdo que yo ya había terminado la carrera, y me llamaba mucha gente ofreciéndome trabajo y preguntándome si conocía a alguien, pero todas ya estábamos colocadas.

Este fue un momento de crecimiento para el Trabajo Social, pero después se convirtió en un hándicap para la profesión porque se empezó a generar un Tra-

bajo Social demasiado supeditado a los recursos materiales y de esta manera se perdió su esencia: la acción directa con las personas. Evidentemente que el recurso es útil, pero sirve para que la persona pueda tener el tiempo de trabajar a sí misma. He vivido esta etapa de manera indirecta porque yo he estado trabajando en unos ámbitos no tan salpicados por esta situación, no obstante, como hacía supervisiones esta circunstancia a menudo aparecía.

La Transición fue muy importante, la lucha por los derechos de las personas encajaba mejor con el Trabajo Social. Podría destacar aspectos muy significativos, aunque yo me inicié en la profesión en un psiquiátrico de ámbito privado, logré que hubiera un convenio con la Diputación para que hubiera plazas públicas en 1982. Juntamente con un equipo de trabajadoras sociales del Col-legi llegamos a favorecer la creación de una asociación de ayuda mutua con personas con trastornos mentales que habían estado internadas, participaron todas las trabajadoras sociales de los psiquiátricos. Se puede considerar como uno de los movimientos pioneros en primera persona. También fue muy importante en la Maternidad donde logramos cambiar todos los sistemas. En el momento en que yo entré, había trescientos niños ingresados y en un año logramos que solo fueran cien y que estuvieran en espacios más familiares.

Incluso, cuando estuve en Londres en la época franquista, estando en una comunidad terapéutica, recuerdo que una enfermera inglesa me dijo: "Española, vosotras sí que estáis implicadas en el cambio"; está claro que en aquel momento no la entendí muy bien, pero con todo lo que estábamos viviendo, ahora entiendo lo que quería decir, después de vivir una dictadura, todos los cambios que hubieron y la lucha continua de la gente. Entiendo que ella, que estaba en una sociedad "democrática", consideraba que la ciudadanía inglesa se había acostumbrado a no movilizarse ni tomar la palabra. Las trabajadoras sociales contribuimos a un auténtico cambio. La percepción del Trabajo Social ha ido cambiando a lo largo de los años, cuando yo empecé no sabía demasiado bien qué era el Trabajo Social, en aquel momento éramos asistentes sociales, y hoy en día todavía se dice que las trabajadoras sociales somos asistentes sociales, pero poco a poco se ha ido cambiando, a pesar de que todavía hay desconocimiento. Todavía se nos relaciona con todo aquello que no gusta, la pobreza, la enfermedad.

Por otro lado, el hecho de haber trabajado en ámbitos más especializados, salud mental e infancia, y sobre todo en salud mental, creo que hacía que trabajáramos

mos interdisciplinariamente y yo he tenido que hacerme lugar, que reconocieran la vertiente social. Hay lugares donde tienes que ir creando tu espacio. A veces es muy cómodo pensar que no se puede hacer, pero si tú quieres se puede hacer. Se tiene que hacer que se reconozca la importancia de la vertiente social.

Hay que hacer que la persona se sienta escuchada. Cuando estaba en Infancia pasó que una mujer, a la cual estábamos intentando que no le sacaran los hijos, aunque al final sí que se los sacaron, me hizo un regalo, y yo pensaba: “¿Por qué, si no he conseguido que te los devuelvan?”. Me di cuenta de que era el hecho de haberse sentido acompañada. A pesar de todo, fue una situación muy dolorosa que no fuera posible que le devolvieran los hijos puesto que se los había retirado el Tribunal Tutelar de Menores saltándose toda legalidad.

De los cambios más significativos que hemos tenido en Trabajo Social, según mi punto de vista, es que hayamos podido llegar a ser una carrera universitaria. Cuando entré en Trabajo Social, todavía no era universitario, era más o menos, como un técnico superior, un grado superior y ya en aquel momento tenía un cierto nivel, pero todavía no era universitario propiamente, eran ya tres años. Fue importante cuando se crearon las diplomaturas y las licenciaturas y poder entrar en la universidad.

Participé en un grupo de trabajo en el Col·legi (que entonces era Asociación) donde había posiciones diferentes, porque la formación profesional continuaba existiendo. Recuerdo que había trabajadores sociales que preferían la formación profesional porque decían que era más cercana a la gente vulnerable, pero yo creo que es importante tener una formación universitaria porque, si no, te limitas a ser tan solo un representante de los pobres o de las personas vulnerables. Conseguir después el paso de una diplomatura a un grado, y que ahora se pueda llegar al nivel de máster y de doctorado, ha hecho crecer la disciplina del Trabajo Social.

Condicionantes históricos

El Trabajo Social es de las carreras que más relación tiene con la práctica profesional, yo, por ejemplo, como directora del Departamento de Trabajo Social y Servicio Social de la Universidad de Barcelona siempre he defendido que todo el profesorado de los estudios que entrara en la Escuela o en el Departamento, posteriormente, fuera trabajador o trabajadora social. Esto hace que el mundo

profesional y el mundo laboral estén interrelacionados con la formación universitaria.

En la actualidad, el gran reto de la profesión del Trabajo Social es superar la burocracia en la que está inmersa nuestra práctica profesional. Por ejemplo, cuando apareció el PIRMI, hubo alguien que dijo que sería cuando se podría empezar a trabajar con las personas porque se les tenía que hacer un seguimiento para la contraprestación de la ayuda. En cambio, si era una PNC no era necesario porque no lo requería, cuando por ejemplo si una persona tiene una PNC de invalidez por un VIH se tiene que trabajar con esa persona igualmente. Esto muestra claramente como se había dejado de trabajar con las personas.

El reto de nuestra formación es lograr que el profesorado sean doctoras y doctores acreditados. Cada vez hay más profesorado que tiene el doctorado, pero si no se amplía hay el riesgo que ocupen las plazas titulados de otras disciplinas. Yo misma tuve que pasar por este proceso. Cuando entré a plena dedicación a formar parte del profesorado, en el año 1995-96, la directora de la Escuela de Trabajo Social era Teresa Rossell y ya había la idea de que yo pudiera ser directora, pero yo no quería porque mi principal interés era hacer el doctorado por motivos formativos, y me pareció que entonces era una buena oportunidad. Hice de profesora en diferentes asignaturas: Ética, Supervisión, Trabajo Social Grupal, Dinámica de Grupos, la optativa de Infancia y la optativa de ONG.

Una vez conseguida la integración plena en la universidad, una de las cuestiones que queríamos defender era la posibilidad de integrarnos como escuela universitaria de Trabajo Social y esto no se aceptó, pero conseguimos un departamento en el año 2008, cuando yo estaba en la dirección. Creo que me impliqué bastante en la integración del Trabajo Social en la universidad, pero no fue una labor en solitario, todo el profesorado del departamento e incluso la misma Facultad en la que estábamos, que era la de Pedagogía, nos ayudó bastante. Otra labor importante que desarrollé fue colaborar en el diseño del grado de Trabajo Social. Fue un momento importante porque, al convertirse en un grado, se hizo más visible el Trabajo Social en la universidad.

Relacionando mi trayectoria en la universidad con la investigación, empecé mi implicación con el Grupo de Investigación de Innovación en Trabajo Social (GRITS) en el 2008. El pistoletazo de salida fue porque la universidad convocó una beca para grupos de investigación emergentes para poder contratar investiga-

dores de segundo ciclo o predoctorales durante un año para dar apoyo al grupo. Yo ya había pensado en organizar un grupo de investigación y la convocatoria hizo que me animara. Hice un llamado a todo el profesorado de plena dedicación en el departamento que no estuvieran ya en un grupo de investigación para que participaran, las pioneras y las fundadoras fuimos seis profesoras, Belén Parra, Irene de Vicente, Rosa Alegre, Virginia Matulic, Anna Novellas y yo misma que asumí la coordinación. Para acreditar el grupo nos presentamos al AGAUR (Agencia de Gestión de Ayudas Universitarias y de Investigación) para pedir el reconocimiento como grupo emergente que después pasó a consolidarse. Este era un paso necesario para hacer visible la investigación en Trabajo Social y nos reconocieron. Esto fue a finales del 2008. Para la convocatoria, el grupo se amplió con más profesorado, entre otros, con dos doctores. Todos los investigadores e investigadoras son profesorado del departamento de Trabajo Social, y el grupo de investigación se creó con la finalidad de hacer investigación en Trabajo Social y para el Trabajo Social. Nuestra investigación era específica en Trabajo Social ya que una investigación en el tema social es muy general y competitiva y había muchos más grupos. Por otra parte, también teníamos en cuenta la importancia de hacer investigación para los estudiantes que, en definitiva, son los principales actores de la universidad. Además, siempre ha existido una sensación de que las investigaciones tienen poca repercusión sobre la docencia y el alumnado, y en este caso nuestra perspectiva era que debía servir para mejorar la docencia y la calidad docente. En definitiva, el hecho de crear GRITS muestra la necesidad de hacer investigación en Trabajo Social, porque muchas veces hay la sensación de que no se tiene que hacer investigación en Trabajo Social, que se trata solo de práctica. A menudo, la práctica del Trabajo Social ha servido para ofrecer información de campo a otros investigadores, desde la sociología a la antropología. En este sentido sí que creemos que acertamos en nuestro objetivo. De este modo, logramos llamar la atención de nuestra disciplina, por el hecho de ser un equipo de investigación especializado en Trabajo Social.

Respecto a los activismos sociales he estado muy implicada, de hecho, desde siempre, aunque no tengo tendencia a involucrarme en movimientos oficiales como partidos políticos. Participé en la defensa de Cataluña, de la lengua, la cultura, y también en los movimientos del postfranquismo para lograr la democracia, a parte de los movimientos estudiantiles. Después he estado vinculada con varias entidades, como la UNICEF o la Fundación Congreso Catalán de Salud Mental, que es una fundación que busca defender los derechos de las personas

diagnosticadas de trastornos mentales, mejorar los servicios y luchar para conseguir una verdadera salud mental, También soy miembro de ACDMA, que fue la asociación pionera en la introducción de la mediación en nuestro país.

Propuestas de mejora

Respecto a mis valores, creo profundamente que se basan en el hecho de creer en las personas, en las capacidades de las personas, creer en los grupos, aunque parezca un tópico “la unión hace la fuerza”. En el Trabajo Social es esencial creer en el cambio. Aun así, creo que el Trabajo Social es una profesión dinámica donde el cambio tiene que estar presente en todos los ámbitos. Desgraciadamente, se ha cogido la costumbre de establecer unos horarios y un cierto inmovilismo y lo que se tiene que hacer es tener más en cuenta a los movimientos sociales. Defender siempre las libertades y los derechos de las personas.

Mi propuesta y consejo para los futuros trabajadores sociales es que crean que las cosas pueden cambiar. Aunque sea difícil, te lo tienes que creer, y así se hará posible; es importante escuchar a las personas y verlas como protagonistas. Trabajar en grupos, en las comunidades, que no te dé miedo cuando entras a trabajar en un lugar, hay que ser estratégico pero algunas cosas no se pueden aceptar de entrada, porque después ya no se pueden cambiar. Cuando empecé a trabajar, llevaba un diario y así podía ver qué cosas cambiaban a lo largo del tiempo. Por otra parte, hay que incentivar la investigación.



Relato 13

Pilar Massana i Llorens (1951)

Nací en Solsona (el Solsonès) el 27 de noviembre de 1951. El contexto social, económico, cultural y político de aquel momento era de posguerra. Hacía solo doce años del fin de la Guerra Civil y la situación era de muchas carencias materiales, por parte de muchísimas familias de gente trabajadora.

Mi padre era campesino y mi madre era modista, se ganaban la vida trabajando mucho pero, aun así, solo podíamos cubrir lo más elemental, sin lujos, comida, vestirse y pagar la escuela. Con todo, no lo recuerdo como dificultad, no evoco una infancia con sentimientos de amargura o de envidia por los juguetes de los demás. La oferta cultural en Solsona era la propia del franquismo puro, había la Acción Católica y nada más. Los críos simplemente jugábamos a pelota, a saltar a la comba, a correr, etc.

Yo soy la pequeña de cinco hermanos, mis padres siempre se han esforzado trabajando mucho y eran gente muy honrada, trabajadora, correctísima. El trabajo era parte muy importante, y también la religión. Tengo muy buenos recuerdos de la infancia, el más significativo era que teníamos que esforzarnos para poder pagar el alquiler del piso y cosas más elementales, pero que no pasábamos hambre. Comíamos muchas patatas, muchos garbanzos, muchas sopas, verduras, panceta, lo que teníamos, pero estaba bien.

De la edad adulta, quizás el recuerdo más importante fue cuando decidí estudiar Trabajo Social y me tuve que adaptar de pasar de un pueblo pequeño a Barcelona. Todo esto es un proceso de adaptación importantísimo, pero los hemos ido superando todos. En cada etapa vas incorporando vida, experiencias, conocimientos, relaciones, amistades, un poco de todo. Entiendo que la vida es esto, ir sumando.

Testimonio profesional

En Solsona el Trabajo Social no existía ni había oído nunca hablar de él. Mi madre estaba muy preocupada por que estudiáramos y que todos los hijos tuviéramos una profesión, de estudios o manual. Después del bachillerato elemental, tenía 14 años, tuve que ir a Tarragona para hacer el bachillerato superior, en 1966. Estuve interna en el colegio de las monjas de la Ensenyança, que era la misma congregación que había en Solsona. Me podían ajustar un poco el precio si hacía el servicio de cuidar a las internas más pequeñas, a partir de 6 años ayudaba a lavar los platos después de cenar. Siempre estudié con beca, pero las de aquella época eran muy bajas. Alcanzaba para pagar solo un trimestre, pero todo ayudaba.

Allí en Tarragona, nos dieron unas charlas sobre profesiones y vino una profesional que se llamaba Maite Beotas que nos dio información de lo que era la profesión de asistente social, tal y como se la llamaba entonces, y vi que me interesaba, así que averigüé que se podía cursar en Manresa y en Barcelona y me matriculé.

Encontré un piso compartido asequible en Barcelona y me matriculé en la Escuela Católica de Educación Social, en 1968.

Maite Beotas me descubrió la profesión que se llamaba Trabajo Social, pero creo que la motivación ya debía estar. Cuando lo comenté en casa, no sabían nada, nunca les habían hablado, y me sugirieron que estudiara para maestra, que se conocía más, pero a mí me pareció que era el Trabajo Social lo que me llamaba más y me lancé a ello. Empecé a estudiar en Barcelona el curso 1968-69.

Aun así, después de estudiar los dos primeros años me entraron dudas de si encontraría trabajo o no, y me matriculé en Magisterio, lo que ahora sería Formación del Profesorado, por si no encontraba trabajo de una cosa que pudiera encontrar de la otra. Pero cuando terminé los estudios de Trabajo Social, encontré trabajo y descarté Magisterio, que ni tan siquiera terminé.

Mi primer trabajo fue en el año 1972, que no era exactamente de Trabajo Social, pero que me sirvió para orientarme. Tenía que dar a conocer la Escola Xamfrà, que era una escuela de niños con inteligencia límite, y que era una innovación en aquellos momentos. Allí me encontré con niños que hoy irían a las escuelas especiales actuales, pero otros que no. La rigidez de las escuelas no les permitía seguir el ritmo. Comencé con unas entrevistas que teníamos que hacer a psiquiatras infantiles y escuelas de pedagogía activa, que tenían vocación pública. Contrastaban mucho con las escuelas tradicionales, que eran para que todo el mundo estuviera en un pupitre, rígidos, asignaturas, silencios, aprender la lección, etc. Esto ahora nos llama mucho la atención, pero es lo que había.

Después de unos meses, entre 1972 y 1973, encontré trabajo en la residencia sanitaria de la Vall d'Hebron, en la clínica infantil. Se llamaba Residencia Francisco Franco. Pude entrar a través del Instituto Nacional de Previsión como funcionaria interina, sin opositar y trabajé allí unos diez meses o un año.

En aquel momento se convocaron las oposiciones para ser funcionaria, pero a mí no me interesaba nada y no quería presentarme, aunque terminé siendo funcionaria más tarde. Así que me quedé sin trabajo y mientras estaba cobrando el paro salió otra en un centro de orientación juvenil de los salesianos en Sant Martí de Codolar. Al poco tiempo, ya empecé a trabajar, paralelamente con esto, en el barrio de Can Serra del Hospitalet que buscaban una trabajadora social para hacer trabajo comunitario para poner en marcha una asociación de vecinos en el barrio. Después también empecé a atender a las personas que tenían algún tipo de dificultad o gente mayor, haciendo lo que sería atención individual, en tres parroquias del Hospitalet. Todo estaba conectado con

Cáritas Diocesana de Barcelona, que era quien asumía el coste. Más adelante, dependiendo de Cáritas, trabajé también en Sant Cosme del Prat de Llobregat y en Sant Vicenç dels Horts, en el barrio de la Vinyala, con media jornada en Can Serra.

Así seguí hasta que entré en el Ayuntamiento del Hospitalet, en 1979, que fue cuando en abril se habían hecho las elecciones municipales democráticas. Se abrieron plazas para trabajadoras sociales, me presenté y me cogieron. Oficialmente empecé a trabajar el 1 de enero de 1980.

Comencé como interina, pero en 1983 gané una oposición libre y pasé a ser fija. He trabajado allí hasta que me he jubilado. Aunque estaba contenta con el trabajo que hacía y lo disfrutaba, entré por voluntad política. Me pareció que los ayuntamientos democráticos necesitaban profesionales que ya conocieran la ciudad y la población.

En la práctica, me supuso un retroceso económico y profesional porque el Ayuntamiento quería que hiciéramos trabajo comunitario, pero era un poco diferente. En vez de ir yo a los sitios, eran las entidades las que tenían que ir a vernos, pero tuve que adaptarme. Trabajé en el barrio de Can Serra, en el de Pubilla Cases y en el de Sanfeliu.

Cuando entré en el Ayuntamiento solamente había una trabajadora social, que trabajaba simultáneamente en un centro de toxicomanías que también dependía del Ayuntamiento. Cuando yo entré, también lo hicieron cinco profesionales más, cada una en un distrito.

El trabajo que inicialmente hice fue el de atención individual, pero también conocí el territorio, las escuelas, los servicios, que eran muy escasos. Las condiciones eran muy precarias. Yo atendía a la gente de Can Serra y de Pubilla Cases y alcanzamos un acuerdo para atenderlos en el pasillo de una escuela en tres horas, después de que salieran los niños. Como no teníamos tiempo libre, teníamos que llevarnos encima todo el material necesario.

En el otro barrio, Sanfeliu, estuve en un centro de salud, con la enfermera, pero no como los que hay ahora: era un centro donde se ponían inyecciones, unos locales alquilados por el Ayuntamiento. Trabajaba en un rinconcito de allí. En otros distritos tenían situaciones similares.

Después todo esto empezó a crecer y en vez de ser una trabajadora social por distrito pasamos a ser dos. Fue un momento en que se recuperó la Generalitat provisional, que puso las bases para la creación de los Servicios Sociales, con Pilar Malla de directora general técnica, Agustí Desenir de director general político, y Ramon Espasa de consejero de Sanidad y Asistencia Social. Entonces ya se crearon los equipos de base para cada barrio a demanda de los ayuntamientos. Y en algunos barrios ya había un equipo con dos trabajadoras sociales, un educador y una trabajadora familiar. En este proceso el Ayuntamiento del Hospitalet propuso crear una figura de director de equipo, pero no una por cada distrito, sino una cada dos o tres distritos.

Esta figura, la de director de equipo, era la responsable de los servicios municipales vinculados a los Servicios Sociales que había en el barrio. Me pidió que fuera yo, pero yo no quería porque finalmente tenía un equipo. Lo rechacé, pero me comunicó que tenía que hacerlo igualmente.

Por lo tanto, dejé Can Serra y Pubilla Cases y pasé al distrito primero y al segundo a finales de 1984. Esto significa el Centre, Sant Josep, Sanfeliu, Collblanc y la Torrassa. Más adelante también me tocó Santa Eulàlia.

Mi trabajo consistía en el seguimiento técnico y de organización de los equipos, realizar un seguimiento del trabajo de cada profesional, tener contacto con los casales y las asociaciones de jubilados dependientes de Servicios Sociales y los servicios que había, como el Centro de Atención e Información a la Mujer del Hospitalet. También había el centro municipal de emergencias, Els Alps. Estaba desbordada.

Después me sacaron de directora del centro y pasé a ser responsable de la puesta en marcha en el Hospitalet del Programa integral para la renta mínima de inserción (1990). Creo que estos profesionales tenían que reforzar a los equipos de Atención Primaria, para que la PIRMI se gestionara desde cada equipo y no centralizarlo como se pretendía. Logré convencer a mi jefa para desarrollar esta fórmula y me quedé como referente. Con este trabajo, pude conocer casos de interés político que Atención Primaria no podía atender. Eran personas que hacían “ruido”, que protestaban. También había casos que ahora conocemos como Diógenes, u otras problemáticas mentales. No había herramientas para atenderlos, se necesitaba la colaboración con salubridad pública, los inspec-

tores de salud que incluyen Sanidad Municipal, Salud Mental, Guardia Urbana, Servicios de Limpieza, etc.

Para resolver estos problemas creamos el Programa de Atención Social Urgente (PASU). Propuse trabajar de manera coordinada, que cada uno de los integrantes fuera consciente de que podía hacer y comunicarlo. La administrativa y yo haríamos lo necesario y entre todos ya lo lograríamos.

Estoy muy contenta de haber puesto en marcha este programa porque íbamos aprendiendo sobre la marcha. Después lo vinculamos al centro de emergencias en Els Alps y tuvimos otra trabajadora social más. Fue muy satisfactorio ir viendo cómo aprendíamos y cada día trabajábamos mejor.

Desde 1989 y 1991 di clases de trabajo comunitario en la Escuela del ICESB, pero he aprendido y enseñado cada día, desde la formación por mi cuenta y la práctica profesional. Los equipos íbamos descubriendo cosas conjuntamente. Actualmente todo está más estructurado. Ahora cuando sucede un desastre natural o un accidente, por ejemplo, se avisa desde los equipos de emergencia y existen servicios específicos. Se fueron construyendo con la mentalidad que no podíamos suplir otros servicios, pero sin poner fronteras que no ayudaban, porque se requiere de un equipo transversal.

Después de sentirme muy satisfecha de este trabajo, en 1995 me presenté de regidora a las elecciones municipales con Iniciativa per Catalunya-Verds y salí elegida. Estuve en la oposición hasta 1999. Me hubiera gustado estar cuatro años más, pero no volví a ser escogida y al día siguiente de haber dejado de ser regidora volví a trabajar como trabajadora social. Me incorporé en el Área de Servicios Sociales, como técnica asesora. Me costó adaptarme, pero seguí allí hasta que me jubilé, ahora hace seis meses.

Pedí volver a ser directora de PIRMI, que es lo que la ley marcaba para la excedencia laboral por haber ocupado un cargo público, pero rápidamente me propusieron que hiciera de técnica asesora para poder aprovechar la experiencia política. Cuatro años más tarde, me pidieron que supliera a la directora de Servicios Sociales de Bellvitge, pero previamente me habían pedido suplir a la directora del Centro de Emergencias.

Acepté, pero bajo la condición que no supusiera la pérdida del trabajo de la persona a quien estaba supliendo. Fue el regreso a la Atención Primaria. Sin em-

bargo, entremedio, he ido participando en el Pla de Calidad, en comisiones conjuntas con otros ayuntamientos, etc.

Evolución de la profesión

En los Servicios Sociales estaba todo por hacer. Antes de la estructuración con la Ley de beneficencia había una trabajadora social y era Cáritas Diocesana la que atendía los barrios. Había trabajadoras sociales en los servicios especializados para personas con discapacidad física y psíquica, centros especiales de trabajo, etc. Pero no fue hasta la creación de los Servicios Sociales Básicos de la Generalitat en el año 1980-81, y los ayuntamientos a partir de 1979, que no se sentaron las bases para una atención a toda la población. Paulatinamente, se pusieron las bases en Cataluña y el resto del Estado.

A lo largo de los años ha cambiado mucho. Cuando empecé a estudiar era una carrera vocacional, aunque no me gusta demasiado esta denominación, porque, de hecho, todas las profesiones lo son, de algún modo. Si no te gusta lo que haces, lo dejas. Tenemos que gozar con lo que hacemos y debemos encontrarle un sentido. No todo será como pensamos, pero una vez conoces el lugar de trabajo y lo que se espera de ti, has de ofrecer un buen servicio.

Cuando empecé a estudiar, la población no sabía qué era el Trabajo Social, en absoluto. Teníamos que explicar cada día qué hacíamos. Pero la verdad es que nosotras también lo íbamos aprendiendo. Ahora todo el mundo conoce la profesión y creo que está reconocida. Está mucho más definida, está incluida en los organigramas, en los lugares de trabajo. No tiene comparación.

Por lo que respecta a la relación entre el ámbito formativo y profesional, yo no conozco mucho el ámbito formativo. De 1979 a 1983 fui presidenta de la última junta de la Asociación de Asistentes Sociales de Barcelona. Formé parte de la Comisión Gestora del Col·legi Oficial de Treball Social de Catalunya, con las otras seis asociaciones de Cataluña. En aquel momento, como asociación de asistentes sociales, teníamos mucha relación con las escuelas. Nos reuníamos periódicamente para ver cómo podíamos ir construyendo la profesión.

Yo he tenido alumnos de prácticas siempre que he podido y he procurado que el equipo se animara y los he apoyado para que tuvieran alumnos, porque me parece una parte muy importante, ya que el profesional aprende, pero el alum-

no también. Para los alumnos, también es muy importante aterrizar, ver, tocar, equivocarte y volver a empezar. Nadie nace enseñado. Si tienes muy buena formación académica y eres muy buena alumna, muy estudiosa, intelectualmente muy capaz y emocionalmente muy equilibrada y todas las calidades que se quieran, también necesitas encontrarte con la realidad, porque a partir de esta mirada y esta relación también te vas aproximando a la profesión.

La realidad influye sobre nosotros y nosotros intervenimos sobre la realidad también. Nos configura no solo profesionalmente, sino también personal y humanamente. O sea, a partir de la profesión he conocido muchas realidades diferentes, que de otro modo no sabría que existen. Todo esto conforma tu sensibilidad, tus decisiones personales y políticas, la manera de pensar. A mí me ha ayudado a resistir profesionalmente el hecho de haber tenido una participación política directa, ya que era desesperante ver las carencias, las desigualdades, problemáticas y quedarme en mi pequeña parcela de trabajadora social. No le veo el sentido a aguantar tanta miseria, tanta desigualdad, tanta soledad, tanta tristeza, si no me implico en otra cosa más global, que me ayude a sentir que yo participo para que las cosas sean de otra manera. Digamos que una cosa ha ido reforzando la otra.

Condicionantes históricos

¿El reto más grande? A mí me parece que sobrevivir cada día ya es todo un reto. No sé cuál ha sido el más grande. Es que han sido años de construir, de crear, de equivocarnos, de volver a intentarlo, tanto en el ámbito de la organización profesional como del Col-legi, y creo que las facultades también podrían decir cosas similares. Creo que el reto ha sido existir, digámoslo así. Sentar las bases para los Servicios Sociales para todo el mundo.

En los últimos años he observado un cambio muy importante desde el Col-legi, y me imagino que desde las escuelas, las facultades, también se ha notado, que es una voluntad de implicación directa. Este cambio lo valoro muy positivamente. En el Col-legi se ha dado de manera clarísima, sobre todo en los últimos años de manera explícita.

Esto ha significado participar y estar presentes en plataformas y organizaciones que están preocupadas por las desigualdades sociales. La experiencia del Col-legi, que ha estado presente en la plataforma trabajando y promoviendo

la renta garantizada de ciudadanía, sería un ejemplo de éxito. Ha habido otros ejemplos como Pobreza Cero, entidades del tercer sector, trabajar con otros colegios profesionales en Jornadas de Servicios Sociales, temas de salud mental comunitaria, que se trabajaba juntamente con los profesionales de los Servicios Sociales. En definitiva, la apertura con otras miradas, otras profesiones, en otros espacios de la sociedad en los que nosotros podamos decir y aprender cosas, y juntos podamos contribuir a hacer que sea mejor: más justo, más solidario. Me parece que este ha sido un reto importantísimo y en estos últimos años estamos caminando por aquí.

Por lo que respecta a movimientos sociales, he participado, primero, a partir de la profesión en cosas que tuvieran una relación, por eso me impliqué activamente en el grupo de trabajo. Cuando la Asociación de Portaferriça en 1979 pasó una crisis y las personas de la Junta optaron por diferentes caminos, se propuso disolver la Gente amiga y yo misma, que no tenía ni 30 años, veía que no podía ser, que si se disolvía la Asociación al día siguiente nos pondríamos a trabajar para construir otra y que era mejor no cerrarla.

Por lo que respecta al Col·legi, con Teresa Aragonès, Maria Carrera, Pilar Rubiola, Inés Escric, Montse Nebot y Josep Arenas, y no sé si me dejo a alguien, asumimos la Junta de la Asociación en 1979, sin presentar ningún programa, tan solo diciendo que estábamos dispuestas a sacarlo adelante y todo el mundo estuvo de acuerdo.

La verdad es que se fiaron de nosotras y, visto desde ahora, éramos unas crías. Nos relacionamos con todas las asociaciones, establecimos vínculos con todo el Estado, lo que hoy sería el Consejo de Colegios de Trabajo Social, que entonces era la Federación Española de Asociaciones de Asistentes Sociales (FEDAAS), y nos tocó la etapa de luchar para la creación de un Col·legi, la Ley de Colegios.

Cuando se creó el Col·legi, hicimos una junta gestora (1982-83) y estuvimos debatiendo si hacer un Col·legi único para toda Cataluña o colegios provinciales, pero al ser todavía una profesión pequeña creímos conveniente construir el Col·legi de Catalunya. Nos estuvimos reuniendo asociaciones de Lleida, Girona, Manresa, Tarragona, Terrassa, viendo los pros y los contras y para evitar el peligro de perder presencia pública, en caso de optar por diversos colegios, acordamos encontrar una manera para que esto no fuera así. La verdad es que visto a distancia ha estado bien, porque el colegio provincial en Barcelona sí, porque es

grande, pero en Lleida era pequeñito en aquel momento y habría tenido muy poca fuerza.

O sea, que me fui implicando en cosas de la profesión. Después, a partir del trabajo comunitario, me vinculé con el tema del movimiento vecinal, reivindicativo, movimientos de barrio, como trabajadora social. Pero, claro, estos límites, a veces, no eran fáciles de establecer, porque si tú estabas trabajando con la gente que había impulsado la chocolatada del domingo por la mañana para animar a la gente, lo lógico es que fueras, y yo iba, había puesto mi granito de arena. Después he participado, siempre de una manera u otra, en el movimiento feminista, porque el derecho de las mujeres, a nosotras, nos son propios. Después participé muy activamente en los movimientos de paz y solidaridad. Solidaridad con Nicaragua, el movimiento contra la entrada de España en la OTAN en 1985 y todo lo que se derivó a partir de aquí, que eran colectivos para la paz y el desarme, colectivo contra la OTAN, etc. Siempre en el ámbito concreto, básicamente en el Hospitalet, y después esto tenía una coordinación a escala más general de Cataluña.

También participamos activamente, ya como Col·legi y como Comisión del Col·legi, en la reivindicación del 07 porque los presupuestos públicos tuvieran una partida que se llamara 07, el 0,7% de los presupuestos propios para destinarlos a proyectos de cooperación con países del Tercer Mundo. Aquí en el Col·legi habíamos creado una comisión a petición de la Junta que había en aquel momento, en el año 92, que es la actual Comisión de Cooperación y Solidaridad, y como tal, estuvimos acampadas en la Diagonal con todo el movimiento por el 07.

En todo esto he ido participando; a veces desde el Col·legi y otras por mi cuenta. Después a partir de este hilo también he ido colaborando en movimientos contra la guerra, la plataforma Paremos la Guerra, con las grandes manifestaciones contra la guerra en Irak del 2003. Yo venía de participar en una comisión que le llamábamos Comisión por el Levantamiento de las Sanciones a Irak, antes de la guerra de Irak del 2003. Yo había viajado dos veces con una Comisión de Observadores de todo el Estado. La situación allí era muy dramática por el efecto de las sanciones impuestas por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Teníamos que dar a conocer la situación, así que me impliqué y me hice portavoz de la plataforma Paremos la Guerra. Son movimientos de paz y solidaridad, mo-

vimientos que creen que otro mundo es posible, movimientos altermundistas, es siempre este campo; y después, pues, cuestiones culturales más relacionadas con el Hospitalet, que es donde vivo y he trabajado.

Propuestas de mejora

Los valores que han acompañado mi trayectoria profesional han sido la paz y la justicia, porque sin justicia no hay paz. La paz tiene que basarse en la justicia, y no en la policía y la represión. No puede ser la paz del miedo, ha de ser la paz de la tranquilidad, de la serenidad, de los derechos mínimos satisfechos, de la igualdad, de la igualdad de oportunidades. Por tanto, la paz, la no-violencia activa, o sea, intentar conocer la verdad de las cosas, intentar comprenderla y querer intervenir en ella.

Siempre les he dicho a mis compañeras: intentemos ponernos al otro lado de la mesa, porque si no, a veces, nos coge cierta prepotencia sin querer. Porque nosotras somos las que sabemos, las que decimos, las que marcamos, las que hacemos y el otro tiene el derecho de decir que sí o que no, pero si nos ponemos en la piel de la otra persona, si intentamos por un momento entender por qué pasa y reacciona de esta manera, seguramente estaremos en mejores condiciones para encontrar puntos de contacto, acuerdos, mediaciones y ayudar a esta persona, grupo o sociedad.

Esto por lo que respecta al Trabajo Social, pero en la vida real, esto también es así. Es un valor el diálogo, el hablar, la relación de iguales, digamos que hay un principio de la no-violencia que es que se trata de convencer y no de vencer. En el momento en que nosotros comprendemos las cosas, las podemos explicar, bien o mal, cada uno a su manera, y muchas veces tenemos la oportunidad de convencer, quizá suena un poco mal, pero de alguna manera transmitir esta verdad, esta manera de ver las otras personas. Para mí, esto es un valor.

Es un valor de la voluntad de servicio público, el valor del trabajo y de responsabilidad, tanto si trabajamos en organismos públicos, como concertados o privados.

Estoy muy orgullosa de haber sido funcionaria pública porque entiendo que ser funcionaria significa estar al servicio de la gente. No obstante, a veces te encuentras en situaciones que son muy contradictorias, que provocan sufri-

miento y es muy fácil la tentación de decir “es que los de arriba lo hacen muy mal”, “es que mi jefe no me entiende”. Seguramente es verdad, pero yo considero que es un valor decir, a pesar de esto, “y mi parte, ¿cuál es?”. Mi pedacito es muy pequeñito, pero mi pedacito lo hago yo o no lo hará nadie y, por lo tanto, la responsabilidad, la honradez de reconocértelo a ti misma, de hacer lo que puedas, a mí me parece que esto es un valor. A mí, esto, me ha guiado mucho. No puedo dejar de hacer lo que puedo hacer.

Yo sé que no acabaré con el hambre en el mundo, ni conseguiré que la gente que necesita un techo hoy no esté bajo la lluvia, pero el pedacito que yo pueda hacer, en movimientos sociales, en profesión, dedicación en voluntariado, con dinero, contribuyendo a que la gente sepa, que se construyan casas asequibles, con finanzas éticas, economía social; con lo que sea, este pedacito que me toca a mí, no dejaré de hacerlo.

Yo entiendo que la implicación que tiene cada uno de nosotros, en la medida que podamos, según las circunstancias, los momentos de la vida, son muy diferentes.

No es lo mismo cuando eres joven, si uno tiene críos, si tiene los padres mayores, o tiene enfermedades, o tiene dificultades o no las tiene, esto está claro. O si alguien tiene que buscar trabajo y no lo encuentra, esto ocupa toda su existencia y no nos complicamos con otras cosas porque este es un tema importante. Pero dentro de las posibilidades de cada uno, de cada momento, no dejar de hacer lo que se pueda hacer. Esto a mí me ha ayudado a no hundirme. Es importante no desanimarse ni dejar de implicarse en la medida de lo posible. Además, creo que tenemos que trabajar con otras profesiones que están en los mismos espacios. Que tenemos que ser una profesión valiente a la hora de denunciar las cosas, pero a la vez corresponsables de buscar soluciones. No sirve que digamos “pues como el mundo es muy injusto, ya está”. El mundo será injusto, pero esta parte de la que estamos hablando, estos niños inmigrantes, menores de edad, que vienen sin familia, que están aquí, es una parte concreta de la realidad de hoy de Cataluña. Pues, con estos jóvenes, ¿qué podemos hacer? Pues, por una parte, denunciarnos que haya mafias, y por el otro, pedimos que los atiendan correctamente y, a la vez, nos preguntamos cómo se puede mejorar su existencia. Siempre proponiendo y haciendo cosas que sean factibles, realistas, pero a la vez denunciando.

Desde mi punto de vista, la ventaja que tenemos desde la mirada del Trabajo Social es que es una mirada amplia y como más amplia sea, mejor.

Por ejemplo, cuando hacía cinco o siete años que trabajaba, tuve la impresión de que lo que había aprendido ya lo había gastado, que necesitaba saber más cosas porque estaba en un lugar de trabajo que si yo sabía más, podría sugerir cosas, iniciativas, ideas, enfoques, valoraciones, que podían ayudar a otra gente. Entonces, le estuve dando vueltas a cómo podía hacerlo. Yo ya daba formación en Trabajo Social. Entonces, me pareció que me podía ayudar estudiar historia y me puse a estudiar dos días por la mañana. No me interesaba pasar asignaturas y tener un título, porque ya me gustaba el trabajo que tenía, no tenía ninguna intención de dejarlo. Lo hacía para aprender, con la idea de tener una visión más global del mundo, de lo que había pasado antes de nosotros, qué movimientos transformadores había habido. Y, a mí, eso me ayudó.

La formación universitaria en general no va orientada hacia aquí, sino en el sentido de la superespecialización, que está bien pero es insuficiente. La mirada filosófica de quiénes somos, por qué estamos aquí, qué podemos hacer, qué pasa, cómo puedo yo contribuir para que sea diferente, a mí me parece que esto es fundamental para todas las profesiones y para todas las personas, e imprescindible para el Trabajo Social, porque es una profesión muy de relaciones humanas, de buscar respuestas que mejoren el bienestar de la gente.

No sé dar consejos, vosotras tenéis que saber más de esto, porque conocéis más vuestra realidad. Yo, en todo caso, diría algo que ayuda a sobrevivir en esta profesión, que es muy bonita y muy apasionante, pero a veces se vuelve muy dura y te hace perder el sueño y te provoca achaques, es que intentéis por todos los medios encontrar el sentido a lo que hacéis y que la gocéis. Todas las profesiones que tienen relación con otra gente tienen un aliciente: para hacerlas te tiene que gustar la relación, si a uno no le gusta o uno no puede relacionarse con otro, pues, no puede hacer una profesión de relaciones, pero ya doy por descontado que quien la elige y empieza a trabajar y ve que le va bien, pues, quiere continuar. Hay que encontrarle sentido cada día, no solo de vez en cuando. Hay que encontrarle sentido en como aprendes cosas y como tu intervención ayuda a alguien, a cambiar las cosas, a mejorarlas... si no, no sirve, y creo que esto también se transmite. A pesar de las circunstancias y las organizaciones que a veces pueden cortarnos las alas, es necesario que la gente trabaje a gusto, dentro de los límites marcados. Pero, pasárselo bien, creo que es la mejor medicina.

Y lo que he dicho antes, estar muy en contacto con la realidad social que le toque a cada uno, tanto si es de ámbito rural o urbano, de mujer, de lo que sea. Intentar conocer y saber más de eso, con toda la humildad posible, porque, aunque intentes saber más de eso, acabamos sabiendo más bien poco, pero bien, si ya ni lo intentamos... A veces, tenemos conciencia que sabemos muy poco cuando empezamos a saber, y cuando no sabemos nada nos parece que sabemos mucho. A veces, la ignorancia es mala acompañante.

Esto, solas no lo podemos hacer, pero organizadas sí. El Col-legi es un instrumento buenísimo para ayudarnos a encontrar otras profesionales con intereses similares, que nos vayan acompañando, que nos vayamos animando. También para tener presencia como profesión, pero en lo más inmediato el Col-legi es una herramienta buenísima. Yo la defiendo absolutamente y pienso que los estudiantes ya tenéis que estar en contacto.

A veces hay una visión muy mercantilista de las cosas, porque la sociedad en la que vivimos también va hacia allí, pero creo que si queremos una sociedad de gente solidaria, autónoma y feliz, el mercantilismo no ayuda. O sea, las cosas importantes no se pagan ni se compran y, por lo tanto, cuando hay gente que dice "bien, me apuntaré al Col-legi, y ¿qué me dan?, el seguro tal, tengo un descuento por aquí, tengo un descuento por allá". De acuerdo, pero con unos límites porque seguramente esto es una parte de lo que puede ofrecer el Col-legi pero en cambio la parte importante que ofrece es que formas parte de un colectivo que tiene preocupación por la profesión, por los profesionales, de hacerse presente en la sociedad donde está insertada y esto tiene un valor muy grande para mí. Por lo tanto, contribuir con mi cuota para que esto sea posible, pues no es una carga, es un honor. Si no tuviera dinero, claro que no, todo tiene unos límites, pero a partir de unos mínimos es un honor poder formar parte de un colectivo profesional. Y así muchas cosas, hay muchas entidades que se mantienen con la voluntad de sacarlo adelante, por la ilusión de gozar, de hacer las cosas bien hechas, vaya.



Relato 14

Teresa Aragonès i Viñes (1952)

Nací en García en 1952, un pueblo pequeño de la provincia de Tarragona, en la Ribera d'Ebre. Fui la segunda de tres hermanas, en una familia de campesinos, humilde, en una región en que la Guerra Civil todavía estaba presente –la batalla del Ebro había arrasado el pueblo y todo aquel territorio– y todavía se vivía la pobreza de la posguerra y la represión de la dictadura. Cuando tenía 5 años, mis padres tomaron la decisión de ofrecerme una vida mejor de la que creían que podría tener allí y me fui a vivir con unos tíos a Barcelona. Tenían una tienda en el barrio de Gràcia, donde he vivido toda la vida.

He vivido emocionalmente entre la familia de los tíos y la familia de mis padres. Ha sido una situación compleja para mí, pero también bastante habitual en una época en que la ciudad parecía que aseguraba un futuro desde un mundo rural muy empobrecido y abatido por el impacto social y político de la Guerra Civil.

Ha sido una realidad que, como tantas otras cosas, he ido procesando a lo largo de la vida y de la que puedo decir que estoy agradecida por las oportunidades que me ha abierto.

Uno de los sentimientos que recuerdo de aquella época, y todavía mucho tiempo después, es el de no saber exactamente dónde y a quién perteneces, hasta que un día de das cuenta de que eres de aquí y de allí y de que has de intentar encontrar tu lugar allí donde estés. Ese día te tranquilizas y disminuye tu sufrimiento y el desajuste referencial que tantas veces te ha invadido. Es un aprendizaje que me ha servido mucho en mi vida profesional.

En relación con mi infancia, añadiría que el hecho de formar parte de dos realidades tan distintas hace que te sientas diferente entre iguales. Vives bajo la percepción de un cierto clasismo entre los que “son de ciudad” y los que “éramos de pueblo”, una vivencia que sobre todo en la adolescencia se hace más penetrante.

Mi juventud la recuerdo con momentos bonitos y muy intensos vitalmente y también con momentos difíciles en que te lo cuestionas todo. En este sentido, el inicio de una terapia, hacia los 18 o 19 años, me ayudó a poder ir hablando y reflexionando sobre todo esto.

Eran los últimos años de la dictadura. Una época movida ideológica e intelectualmente, y la sociedad estaba inmersa en movimientos sociales y políticos. Muchos de nosotros descubríamos realidades que el franquismo nos había negado, prohibido y, demasiadas veces, reprimido personal y colectivamente. Estábamos a finales de los sesenta, en 1968, año mítico, se vivían a escala europea y también mundial importantes movimientos de cambio social, político y económico. Los movimientos hippies fueron los representantes de deseos de reivindicación y de libertad y con ellos llegaban, entre otros, aires de revolución sexual.

Fueron unos años cargados de ilusiones. Mirábamos a Europa y pensábamos que esta era nuestra meta, que fuera de la dictadura en la que vivíamos había otra realidad por la cual merecía la pena luchar.

En 1972 terminé la carrera de asistente social y empecé a trabajar muy pronto. Personalmente fueron años de cambios importantes en mi vida. Me casé muy joven, a los 21 años, con un compañero de estudios de Trabajo Social. Era el año 1974. En aquella época casarse joven respondía en muchos casos a la necesidad

de liberarse de la familia de origen, de encontrar tu propio espacio, de buscar tu vida, no porque estuvieras mal allí donde estabas sino porque necesitabas crecer, necesitabas ser tu misma y dejar de formar parte de la voluntad de los otros. En la época franquista dominaban unas relaciones muy autoritarias y patriarcales entre padres e hijos y las relaciones de pareja estaban marcadas por una fuerte influencia del control social y una moral católica muy estricta. Esto llevó a muchos jóvenes a la necesidad de salir de casa, de querer ser nosotros mismos, de descubrir la vida. Algunos se fueron de casa y se fueron a vivir en grupos y otros lo intentamos por la vía más aceptada y tradicional del matrimonio.

A los 26 años tuvimos una hija, Marta, una de las experiencias más bonitas e intensas que he vivido. Aunque no sabíamos exactamente cómo era esto de ser y hacer de madres y padres fue una joya tenerla y acompañarla en su crecimiento. No sabíamos, pero lo hicimos tan bien como supimos y pudimos, como la mayoría de los padres. Nueve años más tarde, nos separamos, nuestra hija tenía cuatro años.

La edad adulta creo que estuvo marcada por el momento de la separación, como el inicio de un nuevo ciclo vital. Con mi primera pareja, compartimos el proceso de crecer, de aprender a distanciarnos de nuestros padres asumiendo las propias decisiones y rompiendo las normas establecidas. Pudimos imaginarnos y construir nuestro hogar, formar nuestra familia y sobre todo aprendimos a querernos. A pesar de todo esto, llegó un momento en que las necesidades de cada uno divergieron y tuvimos que buscar caminos alternativos.

La separación coincidió con la pérdida del trabajo, me echaron del lugar donde trabajaba. Fue un momento muy crítico, que me obligó a repensarme y revisar muchas cosas.

La etapa de los 30 a los 40 años fue muy intensa en el ámbito personal y profesional. Estábamos en la década de los ochenta. Era un momento de cambios personales, sociales y políticos, de ilusión y de esperanza en un futuro mejor. Fue un momento de creatividad: podías pensar, podías imaginar, proyectar e innovar, y esto estaba presente en todas las facetas de mi vida, desde la vida de pareja que acababa de estrenar, el nacimiento de mi segunda hija, Laia, con una maternidad más serena y experimentada, hasta un trabajo en el que creía y que me satisfacía.

Participé en varios proyectos en los que me sentía identificada y comprometida ideológicamente. Nunca milité, pero me sentía muy cercana a los programas sociales y sociosanitarios promovidos por el PSUC (Partit Socialista Unificat de Catalunya). Además, daba clases en la Escuela de Trabajo Social, por tanto, era un momento de una cierta sensación de plenitud.

Estudí en un colegio religioso, en las Vedrunes de Gràcia, desde el año 1958 en la primaria hasta que terminé el preuniversitario en 1968. Vivía delante del colegio y participaba activamente en muchas de las actividades extraescolares que se hacían, cantaba en el orfeón, iba a todas las excursiones que se organizaban y, ya de adolescente, los sábados y los domingos iba con las monjas a visitar a las familias que habían venido de otras tierras que vivían en las barracas que había en la montaña de Montjuïc y en el barrio del Carmel. Hacíamos una acción social benéfica y paternalista, muy típica de los valores de la época. Participaba en aquel entonces de unas creencias y de una práctica religiosa que me influyó mucho en unos valores éticos que con el paso del tiempo me sensibilizaron hacia el tema de la pobreza, sus causas y sus consecuencias. Una monja que me conocía desde pequeña siempre me decía: "Tú, lo que tienes que hacer es de asistente social", yo no sabía exactamente qué era eso, ni tan solo que fuera una profesión.

Cuando me tocó decidir hacia dónde seguía mis estudios, estaba totalmente perdida y desorientada, pero justamente en aquel momento se produjo una situación familiar que me impactó y que, por mi propia historia, seguro que me influyó. Una prima mía se enteró, en plena adolescencia, de que era adoptada. Interesada por este hecho, seguí el tema a través de un programa de televisión que trataba sobre la adopción, en el que participaron dos asistentes sociales de la Casa Provincial de Maternidad de Barcelona. Eran los años 68-69. La decisión estaba tomada: en octubre del 69 me matriculé en la Escuela Católica de Educación Social de Barcelona, vinculada a la Iglesia, situada entonces en la calle Rivadeneyra.

Escogí esta escuela porque tenía referencias. Después, años más tarde fue la Escuela de Trabajo Social del ICESB (Instituto Católico de Educación Social de Barcelona, centro pionero en formación e investigación de sociología y ciencias políticas) de la que fui profesora de Trabajo Social alrededor de diecisiete años, entre el 1978 y el 2000.

Recuerdo el primer día, sentarme allí como alumna, mirándonos todos, los unos a los otros; yo era de las más jóvenes, acababa de cumplir los 17 años. Se me sentó a mi lado un chico, había dos en la clase, y fue el chico con el que me casé unos años más tarde...

Durante los años 1969 y 1970, la formación que recibimos no estaba muy definida ideológicamente, a pesar de que había mucha sensibilidad política y social en el ambiente.

Pero hubo un momento de cambio de patrones en la Escuela y vivimos la amenaza de que la entidad pasara a ser dirigida por el Opus Dei. Hubo una fuerte movilización en contra por parte del alumnado y de algún sector del profesorado y se logró pararlo. Este hecho y una apertura del pensamiento social de algunos sectores de la Iglesia permitieron que nuestra escuela pasara a tener una tendencia más progresista.

En nuestro curso éramos veintitrés alumnos y tuvimos un muy buen profesorado, entre los cuales destacaría a Josep Maria Tortosa, sociólogo que desarrolló un importante liderazgo en nuestro grupo; Teresa Rossell, que nos introdujo en el tema de grupos; Emilio Jiménez, psicoanalista. Una profesora, maestra y profesional referente para muchos de nosotras fue Pilar Malla, que, al dejar la escuela, tuvo una trayectoria remarcable: fue la primera directora general de Asistencia Social en la Generalitat Provisional de Catalunya; directora de Cáritas Diocesana de Barcelona durante dieciséis años; diputada en el Parlament de Catalunya; defensora del pueblo en el Ayuntamiento de Barcelona, y participante activa en múltiples entidades de acción social.

Recibimos buena formación, y el aprendizaje lo hicimos pisando el territorio y conociendo en directo sus recursos. El hecho de poder hacer prácticas durante los tres años con sesiones de supervisión individual y de grupo, y de ser un curso reducido por lo que respecta al número de alumnos, que se llevaban bien y de diferentes edades y condiciones, daba riqueza a las clases. Eran clases muy participativas y vitales.

Una de las cosas que más valoro de la formación que recibí es el acompañamiento permanente de Pilar Malla, es decir, la figura de una tutora que te acompaña, que te conoce y que es alguien que te ayuda a ir definiendo una identidad profesional. Recuerdo las prácticas hechas en barrios, impregnadas de una idea:

había que trabajar para un cambio social. Me siento en deuda con su pensamiento y su acompañamiento también durante toda mi trayectoria profesional.

Otro aprendizaje que me impactó, y esto muchos de los que pasamos por la escuela lo recordamos, fue la formación en psicología dinámica, la introducción al psicoanálisis. Tuvimos un buen profesor, el doctor Jiménez, que nos ayudó a descubrir que detrás de los comportamientos que “se ven” hay mecanismos inconscientes que desconocemos pero que están y que, de algún modo, es importante darles un lugar para entendernos y para entender a los demás. Fue un aprendizaje fundamental para mí y para mi actividad profesional posterior.

El primer trabajo importante que tuve de asistente social fue en un hospital psiquiátrico y mis compañeros, psiquiatras y psicólogos, eran jóvenes profesionales, la mayoría de ellos en proceso de formación psicoanalítica y sistémica con los que seguí profundizando en estos marcos teóricos que me fueron sirviendo de referencia. Los diversos espacios de trabajo en los que he participado posteriormente los he pensado siempre desde una mirada en que la salud mental, en un sentido amplio, y el valor de la subjetividad y de las relaciones con y entre las personas son factores fundamentales que hay que observar y cuidar desde nuestra acción profesional.

Mi supervisor desde hace más de veinticinco años es psicoanalista y experto en salud mental de la OMS. La suya ha sido una mirada que me ha ayudado a pensar y a entender el universo profesional y la veo fundamental para la práctica del Trabajo Social.

Testimonio profesional

La primera experiencia como trabajadora social fue en una cooperativa de padres y maestros que trabajaban juntos para crear una escuela nueva, integradora y progresista. Era el año 1972-73. Allí, muy joven y también muy principiante, viví una buena experiencia de la que aprendí mucho sobre lo que se tiene que hacer y lo que no. Estuve allí un curso escolar.

Después estuve haciendo una sustitución de unos meses de una trabajadora social en una mutua de accidentes de trabajo, donde tuve que confrontarme con situaciones de pérdidas vitales y de muertes de personas muy jóvenes por

accidentes de trabajo. Recuerdo especialmente el ingreso de un hombre prácticamente muerto y yo, con 21 años y sin experiencia, tener que trabajar con la familia el primer impacto. ¡Terrible!

Después, tal y como he dicho antes, trabajé en el Hospital Psiquiátrico de Martorell donde estuve ocho años, de 1973 a 1981. A pesar de haber tenido otras experiencias laborales como las que he descrito, esto lo considero mi primer trabajo importante tanto por el tiempo que estuve como por todo lo que me aportó y marcó profesionalmente. Encontré un buen equipo de profesionales comprometidos con la salud mental en un momento en que en nuestro país los manicomios y sus consultas externas eran el único recurso de atención psiquiátrica. Tuve la gran suerte de aprender desde modelos innovadores y críticos con la marginación y negación de derechos de las personas que padecían enfermedades mentales. Estaban muy presentes movimientos radicales de toda Europa, como era la antipsiquiatría, desde los cuales se cuestionaba la institucionalización psiquiátrica, y se luchaba para abrir las puertas de los manicomios y trabajar con un modelo de salud mental comunitaria, preventivo, interdisciplinario, interinstitucional e intersectorial.

Fue una revolución corta y hecha con más ideología y pasión que pericia y poder real para generar cambios tan sustanciales en nuestro centro. Cuestionábamos un sistema de reclusión en el que la sumisión y la dependencia caracterizaba las relaciones entre personal sanitario y pacientes, cuestionamiento que entró en colisión con los valores impuestos por órdenes religiosos, propietarios y principal personal asistencial de la mayoría de los centros. Muy pronto, en nuestro centro, empezaron a despedir a compañeros. En el año 1981, me tocó a mí.

Durante el año 1982 colaboré en la creación y puesta en marcha de un centro de higiene mental en Barcelona. Este, el de Ciutat Meridiana, Torre Baró y Vallbona formaban parte de la voluntad, desde varias instituciones y colectivos profesionales, de crear servicios alternativos en los hospitales psiquiátricos para trabajar por la salud mental. Más tarde, fueron un elemento de presión para dar lugar a lo que fue la reforma psiquiátrica. Algunos de estos pasaron a formar parte de la red pública.

Era el año 1982, en pleno inicio del proceso democrático en nuestro país. El Centro de Higiene Mental de Ciutat Meridiana, Torre Baró y Vallbona había co-

menzado en un piso pequeño y anónimo en Ciutat Meridiana. Yo siempre me pregunté cómo, con aquella imagen tan frágil, era posible que las familias que nos traían a sus hijos para tratarlos podían confiar en que nosotros los podíamos ayudar...

Eso sí, trabajábamos mucho en las escuelas y con la asociación de vecinos, pero los que venían a consultar entraban en un piso de sesenta metros cuadrados, y los recibíamos en eso que era el comedor del piso, y las dos habitaciones, pequeñas y en absoluto insonorizadas que hacían de despachos. Teníamos el "despacho" de recepción en el espacio que era la cocina del piso. Allí recibíamos a la gente. Trabajábamos tan bien como sabíamos, pero siempre sentí que no eran unas condiciones dignas.

Dedicábamos muchas horas a buscar subvenciones como locos en la Diputación, en el Ayuntamiento. Parecía que fuéramos a implorar caridad y lo recuerdo como una situación que me producía muchísima rabia, estábamos hablando de cosas tan serias como la salud mental de los niños, de familias en situación de precariedad y ¡teníamos que estar implorándolo a las administraciones públicas!

Posteriormente, yo ya no estaba, la asociación de vecinos y el equipo de este centro siguieron la lucha y consiguieron ser reconocidos y pasar a ser el CSMIJ (Centro de Salud Mental Infantojuvenil de Nou Barris), y también el CSMA (Centro de Salud Mental de Adultos).

En 1983 me ofrecieron trabajar en el Ayuntamiento de Rubí, en un equipamiento muy singular de salud. Ahora, por competencias legales, los ayuntamientos no acostumbran a tener equipamientos de salud, pero en el momento de los primeros ayuntamientos democráticos, algunos crearon servicios de forma subsidiaria para cubrir carencias de servicios básicos no cubiertos.

En Rubí se creó el COS (Centro de Orientación Sanitaria). Este servicio lo lideró Ferran Salses i Roig, médico psiquiatra con quien habíamos compartido trabajo en Martorell, que se rodeó de un equipo de profesionales que compartíamos una manera de entender y trabajar para la salud y que por la ilusión que le pusimos a un proyecto nuevo y emocionante, aceptamos trabajar en él a pesar de que las condiciones laborales eran bastante precarias. Llegamos a ser veinticinco profesionales de diferentes disciplinas que conformábamos los equipos de:

Salud Mental de Adultos, Salud Mental Infantil, Psicopedagogía, Salud Escolar, Planificación Familiar y Atención a las Drogodependencias. Trabajamos dando asistencia y haciendo prevención a través de una colaboración muy estrecha con las escuelas, con los servicios sociales, con salud, con la policía municipal y con entidades asociativas del municipio. Era un servicio público, gratuito y abierto a toda la población de Rubí, con un enfoque básicamente comunitario.

Allí, desde 1983 a 1991 desarrollé funciones diversas. Ejercí de trabajadora social del Centro de Orientación Sanitaria y participé también en la programación y puesta en marcha de programas transversales en el ámbito municipal.

El marco de actuación de estos programas era la Macroárea de Servicios Personales, una estructura organizativa que debía permitirnos trabajar de una forma coordinada, coherente y transversal las programaciones de las diversas regidorías municipales de atención a las personas, como eran los servicios sociales, salud, educación, cultura, deporte, medio ambiente y consumo.

Desde el año 1985 al 1991 coordiné el Área de Salud Comunitaria, que englobaba servicios sociales, salud, medio ambiente y consumo, compaginándolo con el Trabajo Social en el COS.

En diciembre de 1987, Ferran Salsas, nuestro director y mentor en el terreno institucional, murió de repente mientras se debatía el programa electoral de unas municipales, defendiendo el centro y el proyecto. Era difícil sostener por parte del Consistorio este proyecto ya que, a pesar de nuestras limitadas condiciones laborales, suponía un coste muy alto en temas que, con la Ley de Sanidad ya aprobada, no eran competencia municipal. Había división entre los políticos. Algunos lo cuestionaban por el impacto en los presupuestos económicos y otros por diferencias en la línea ideológica que sostenía el COS.

La muerte de Ferran fue un golpe muy doloroso para todo el equipo y nos afectó mucho. Ferran llevaba a cabo un liderazgo muy potente y era también un buen amigo para la mayoría de nosotros.

Durante un año (1988) ocupé funciones de codirección en el COS juntamente con otro compañero. Y también seguía trabajando en la Macroárea de Servicios Personales, intentando promover con otros compañeros un cambio de cultura que ayudara a hacer efectiva la transversalidad de los programas municipales. Seguí cuatro años más hasta las siguientes elecciones municipales (1991).

Cuando vi el programa político que se presentaba para el siguiente período, me pareció insuficiente para sacar adelante los proyectos por los que habíamos luchado y con los que me había comprometido con muchos de mis compañeros. Muy cansada, consciente de las dificultades para seguir el trabajo que habíamos arrancado y conocedora de mis limitaciones formativas para afrontarlo –así como de la ambigüedad del proyecto político que lo tenía que apoyar– decidí irme y cerrar definitivamente esta etapa.

Una cosa que he aprendido trabajando en las instituciones es que los cambios son difíciles de tramitar y que la resistencia al cambio no es una frase hecha ni tan siquiera una teoría, es una realidad muy potente que exige fuerza, teoría y destreza metodológica. Cuando se quieren hacer cambios, tiene que haber una voluntad clara que soporte las ambivalencias y tiene que haber una organización que lo facilite. Cambiar supone movilizarse, abandonando zonas de confort y arriesgarse a asumir la incertidumbre y el miedo a enfrentar lo que es nuevo y nos puede hacer sentir inseguros. Y no siempre se juega con estas cartas, sobre todo en política.

Entre los años 1982 y 1986 compatibilicé el trabajo profesional con la docencia, impartiendo clases en la Escuela de Trabajo Social. Daba Técnicas de Entrevista y supervisaba las prácticas de los alumnos. Lo dejé unos años por el nacimiento de mi segunda hija.

Tuve la oportunidad de impartir clases desde muy joven, cuando tenía seis años de experiencia laboral y, un poco más tarde, participé en la elaboración de un proyecto de supervisión de prácticas de los alumnos. Fue una experiencia que me obligó a sistematizar la teoría, relacionándola con la práctica para motivar al alumno y acercarlo a la profesión. Trabajar con los alumnos siempre es gratificante y te recompensa mucho, sobre todo cuando se establece un diálogo y se plantean preguntas que cuestionan determinados supuestos que es importante que emerjan.

Fue un aprendizaje importante para mí en aquella época. Participar en la escuela como docente me permitió pensar juntamente con otros profesoras y profesores, trabajadores sociales y de otras disciplinas qué era el Trabajo Social, qué formación estábamos dando y en función de qué imaginario y, sobre todo, cómo lo transmitíamos. Enseñé a alumnos de Trabajo Social hasta el año 2000, momento en que se cerró la Escuela Universitaria de Trabajo Social del ICESB.

Tal y como he dicho antes, desde mi período de estudiante y durante el ejercicio profesional, la supervisión era una actividad muy integrada en mi práctica y que me ayudaba mucho tanto en el terreno personal como en el de equipo. Venía de una cultura, tanto en el hospital psiquiátrico como en el COS, en la que los equipos habíamos tenido espacios de trabajo con un supervisor externo. Era la mirada externa la que ayudaba a entender qué pasaba para poderlo modificar.

Fue entonces, entre el 1991-92, a partir de la experiencia que tenía de haber hecho supervisión con alumnos, y a profesionales que me lo habían pedido esporádicamente, y a raíz de una formación que impartí, que ejercía como una actividad extra, que se fue dibujando como una alternativa profesional insospechada que me fue seduciendo y se convirtió en mi oficio.

Era el año 1991, estamos en 2018 y todavía sigo. He trabajado como *freelance*, profesional autónoma, sin proponérmelo, como tantas cosas de la vida que te encuentras sin saber cómo has llegado. He de reconocer que los primeros diez años de este nuevo rol me sentía tremendamente insegura y con la sensación de estar ocupando un lugar que no me tocaba, del que no sabía lo suficiente y que era extraño en mi colectivo profesional. No había trabajadoras sociales autónomas o yo no las conocía e iba por libre sin referencias que me sirvieran para saber cómo tenía que organizar el trabajo, ni lo que suponía ser autónoma económica, laboral y fiscalmente. Todo era nuevo.

Me preocupaba la inseguridad y la falta de referentes cercanos, pero tengo que confesar que he disfrutado mucho con mi trabajo. Mi empleo, mi oficio ha sido un privilegio. He tenido la oportunidad de acompañar el trabajo de centenares de equipos, de trabajadores sociales, de educadores sociales, y otros profesionales como médicos, abogados, enfermeros, consultores, psicólogos, economistas, fisioterapeutas, monitores de ocio y un gran etcétera, que me han confiado sus dudas y sus inquietudes desde los varios servicios de atención a las personas de los ámbitos de la salud, de los servicios sociales, de justicia, de educación de tantas instituciones públicas y privadas.

Mi trayectoria como supervisora ha sido un proceso de aprendizaje permanente, caracterizado por la reflexión de la práctica. No he seguido una formación sistematizada, he ido leyendo y buscando puntos de referencia para entender e interpretar todo lo que me he ido encontrando. He participado en seminarios

y cursos relacionados con los temas que han ido saliendo con la intervención de los equipos. He compartido grupos de trabajo con compañeros de profesión y de otras disciplinas con las que hemos puesto en común experiencias y saberes. He escrito mucho, registrando cada una de las sesiones, ejercicio casi obsesivo que me ha ayudado a repensar los procesos y las dinámicas de los grupos y de las instituciones con las que he trabajado, para no confundirme, ni confundir. Y siempre acompañada de la mirada indispensable de mi supervisor, el Dr. Valentín Barenblit, durante más de veinticinco años.

Pensando en la trayectoria que he ido haciendo, tengo la impresión de que el proceso que empecé en la Escuela de Asistentes Sociales como estudiante y docente, más el aprendizaje que hice a través de las instituciones por las que he transitado y la experiencia de trabajo en equipos, ha ido consolidando unos referentes teóricos, éticos y metodológicos que me han ayudado a entender la complejidad del ser humano, y me han dado herramientas para acompañar a otros compañeros en su labor institucional, tanto en los espacios de supervisión como en la docencia.

He impartido formación en temas relacionados con la metodología de la intervención social, la primera acogida, técnicas de entrevista, Trabajo Social y cronicidad, etc. Han sido temas que se han hecho presentes repetidamente en los espacios de supervisión y que me han permitido trabajarlos teórica y metodológicamente en los de formación y reciclaje. Me ha gustado compaginar la práctica de dos espacios formativos que se han alimentado el uno del otro.

Del modo en que hablo, creo que queda claro que amo mi profesión y que le tengo un gran respeto y gratitud, pero reconozco que nunca he tenido una visión corporativa. Pienso que el Trabajo Social como concepto no puede ser exclusivo de una profesión, es una acción necesariamente interdisciplinaria en la que los trabajadores sociales tenemos una importante participación. He trabajado con equipos de profesionales de otras disciplinas que han mantenido una mirada amplia de su práctica y en la que la cuestión social ha estado muy presente y esto me ha permitido, curiosamente, ir identificando la especificidad y riqueza de mi aportación como trabajadora social.

En esta línea, como supervisora de equipos multidisciplinarios, intento promover una mirada inclusiva a través de la cual los profesionales, todos, miren y vean a las personas en todas sus dimensiones teniendo en cuenta siempre la

subjetividad de ambos –profesional y usuario/s– y la influencia de su contexto vital. Se trata de contemplar la complejidad de las situaciones evitando miradas simplistas, fragmentadas o escindidas. Y que, a partir de aquí, se pueda pensar cómo se organiza la respuesta, mental y operativamente, para que sea la más adecuada a las circunstancias de cada persona y a las posibilidades del servicio.

Evolución de la profesión

La evolución del Trabajo Social en estos últimos años en el territorio catalán está ligado a los cambios sociales, económicos y políticos que se han ido produciendo, entendiendo la política como la forma de gestionar y distribuir la riqueza y los bienes públicos. Hemos visto como al Trabajo Social se lo ha ido reconociendo cada vez más y esto ha significado un crecimiento de su presencia en los servicios, que se han ido configurando en función de las prioridades de las políticas sociales y de los modelos de gobernanza que hemos dotado políticamente.

Nuestra profesión, como tantas otras, pero creo que esta de una forma especial, se ejerce condicionada por el contexto legal e institucional desde los cuales opera, pero también tiene que estar guiada e influida por los valores éticos, ideológicos y políticos que sostienen una práctica a escala individual y de deontología de la profesión.

En este sentido, tengo la impresión de que estamos viviendo un momento de cambio en las generaciones más jóvenes. Es posible que sea una percepción motivada por cierta perspectiva deformada por mi edad y mi historia y que me cueste ver el alcance de los intensos cambios socioculturales, económicos, políticos que de una forma muy acelerada se están produciendo. Pero, aun así, me parece observar una cierta desideologización de los trabajadores sociales y un cierto distanciamiento de la dimensión política de su labor.

Podemos atender bien a las personas, pero es importante ir más allá, que podamos interesarnos también por sus circunstancias –las actuales, las pasadas y las de futuro–, y por el valor de unos recursos sociales y comunitarios que les permitirían vivir mejor en función de las cargas y los apoyos que tenga. Escuchar, dialogar, pensar juntos, acompañar procesos individuales y colectivos para la mejora de la calidad de vida, todo esto, que debería ser básico para el Trabajo Social, a veces no se valora lo suficiente y se pasa por un trabajo más

burocrático, y muchas veces desde una función que podría tener riesgos de control social.

Cuando los alumnos acaban la carrera es normal que les falte la fortaleza teórica y metodológica que les permita entender en profundidad el alcance de algunas situaciones con las que se van a encontrar. Esto sucede ahora y ha sucedido siempre, hay que acumular experiencia, poderla pensar y entender e ir ampliando la formación. En esto consiste el aprendizaje y la madurez profesional. Pero tengo la percepción de que cada vez es más difícil disfrutar de una experiencia profesional acompañada, que facilite estos procesos de crecimiento. Desgraciadamente esta es la situación en la que se encuentran muchos profesionales nuevos, con condiciones laborales precarias, con una exigencia indiscriminada sobre lo que pueden y no pueden hacer y el poco cuidado de profesionales experimentados que los ayuden.

Observo el malestar de muchos profesionales que se encuentran ante situaciones que les sobrepasan y les es difícil saber cómo las tienen que afrontar. Esto hace que piense que de la misma manera que hay residentes de medicina o de psicología de primer, segundo y tercer año, que van adquiriendo progresivamente más formación y nuevas responsabilidades sobre la base de su proceso de aprendizaje, en Trabajo Social se tendría que pensar en algo parecido. Durante los primeros años tendría que haber una tutoría, que supervisara el trabajo e hiciera una selección de qué tipo de casos y de intervenciones se pueden asumir y que poco a poco se pudieran ir incorporando situaciones más complejas.

Cuando un profesional se enfrenta a situaciones que lo superan y no es consciente de sus límites, no solo es un maltrato institucional hacia los usuarios, que lo es, sino también una agresión a los profesionales, ya que la angustia y la frustración que producen estas situaciones "quemam" su capacidad de crecer y la de evaluar sus recursos.

Por otra parte, creo que la formación que se imparte y la información transmitida tampoco ayuda. Muchas veces se cae en la trampa de simplificar lo que es complejo y se transmite una visión excesivamente fragmentada de la realidad. Predomina un pensamiento esquemático, a veces uniforme de las problemáticas y también de las personas. Se habla de "la mujer maltratada", de "los niños maltratados", de "la gente mayor que recibe maltratos" y se pide a los medios

de comunicación y desde las mismas instituciones responsables que se activen protocolos de actuación para hacerle frente y dar una respuesta. Pero, a mi entender, habría que invertir más en reforzar la formación de los profesionales para afinar al máximo la exploración de cada caso particular y disponer de recursos para dar la respuesta adecuada. Los protocolos tienen que facilitar la respuesta, pero no son “la” respuesta. ¿Qué análisis realizamos de estos fenómenos, de las personas que los padecen y de sus circunstancias? Se tendría que mejorar la intervención diferenciando aspectos morales, éticos e ideológicos, todos ellos legítimos y necesarios para profundizar en el terreno teórico y metodológico, evaluando procesos.

Hay que ser conscientes de la necesidad de hacer investigación para poder elaborar hipótesis causales que nos ayuden a entender y prevenir estos fenómenos a tiempo. Siguiendo con uno de los ejemplos que antes hemos mencionado, la gente mayor que padece maltratos: es indispensable saber qué pasa actualmente con la gente mayor, qué cambios sociales les afectan y cómo, cuánta hay en cada territorio, donde viven y cómo, qué hacen, cuál es el buen trato que quieren y necesitan. Habría que pensar si la expansión del número de residencias como última destinación de la gente mayor –y casi única alternativa– es el mejor recurso, el más económico, si es el buen trato que desean. Primero pensemos y reflexionemos sobre el concepto y después detectemos, identifiquemos el problema y busquemos líneas de intervención preventiva y, si es necesario, también reactiva.

Creo que haría falta una formación más orientada desde los valores de la filosofía y las ciencias sociales, de la antropología, desde una comprensión más global de las personas, de las familias, de las relaciones humanas en nuestra realidad social, y que a través de todo esto se pueda ir accediendo a la especialización. Se debería trabajar para lograr un cojín básico de conocimientos que favorezcan un pensamiento crítico e innovador.

Por lo que respecta al ámbito profesional y al académico, tengo la impresión de que faltan puentes que faciliten su relación y su interacción por el bien del estudiante y también de los profesionales. Este es un tema pendiente. El año pasado tuve dos experiencias de trabajo en la Universidad Complutense de Madrid y en la Universidad del País Vasco, en las que tuve la oportunidad de participar en un diálogo entre directores de prácticas, profesores y supervi-

sores de prácticas, en que se constató la falta de comunicación y las dificultades de entendimiento que hay entre la Academia y los campos de trabajo donde se desarrollan las prácticas.

Esto provoca que el alumno se encuentre con dos realidades muy diferentes sin una organización mixta bien formalizada que lo trabaje y le dé sentido. Es evidente que las diferencias entre los dos ámbitos están y que hay que pensarlas y entenderlas para potenciar la colaboración y evitar, desde la perspectiva del estudiante, la escisión. En este país, la universidad está –¿o quizá es solo una percepción sesgada?– muy alejada del mundo laboral y profesional. Y creo que no solo en nuestra disciplina.

El Col·legi Professional ha sido para mí un espacio de referencia, siempre. He participado en diversos grupos de trabajo, y formé parte de la última Junta de la Asociación de Asistentes Sociales que dio paso al actual Col·legi en el año 1982. Es por la importancia que le doy que creo que podría ser un lugar potenciador de esta conexión entre profesión y academia, y sé que en los últimos años se ha trabajado para una mayor colaboración entre ambas instituciones.

El Col·legi es una buena plataforma desde la que se pueden impartir y compartir formación y buenas prácticas, profundizar sobre el papel del trabajador social y del Trabajo Social en nuestra sociedad y un medio que canalice la función social que tenemos como profesión. Tiene que estar abierto a grupos de trabajo que le den vida y sentido y ha de poder mostrar, con datos contrastados, cuáles son las problemáticas sociales que estamos viendo, las respuestas que se están dando –o no– e identificar las causas. Y, de esta manera, ser un portavoz más de las carencias, que afectan a los sectores más vulnerables y sus efectos a través de los medios, de las redes y de sus publicaciones.

Durante ocho años (2010-2018) formé parte del equipo de redacción de la *RTS* (Revista de Treball Social) que se publica de forma continuada desde hace más de cincuenta años, con el objetivo de ser una herramienta útil de reflexión y de transmisión de conocimientos y experiencias.

Llegados a este punto, creo necesario hacer una autocrítica: en general se escribe y se lee poco. Si bien el grado y el acceso al doctorado favorece la investigación y la elaboración de documentación propia, nuestra profesión, para ser más efectiva, tendría que alimentarse permanentemente de espacios de diferente

tipo que ayudaran a buscar referentes contextuales, teóricos y éticos para mejorar el cuerpo de nuestra disciplina también desde el análisis de la práctica.

Propuestas de mejora

El Trabajo Social ha conseguido una presencia importante, casi podríamos decir imprescindible, en todos los servicios de atención a las personas, y esto es una buena noticia para la profesión. Hay trabajadores sociales en casi todos los servicios, pero hay un problema cuya solución no es de competencia exclusiva nuestra, aunque nos afecta muy directamente. Muchas veces en un mismo caso puede haber numerosos servicios implicados, cada uno actuando desde su parcela competencial, cosa que dificulta una visión global del caso y representa una dificultad para la buena evolución de la intervención. Es necesario trabajar para mejorar las estrategias del trabajo en red, para que alguien asuma la responsabilidad de mantener el papel de referente para la persona y las familias, acompañando procesos y siendo un punto de apoyo para la articulación de los recursos. Más allá de la especialidad, hay que mantener espacios de referencia que nos ayuden a pensar cómo trabajamos desde las diferentes redes, poniendo en el centro a la persona. Perpetuar un sistema de servicios fragmentado en el que los usuarios tengan que ir “repartiendo” trozos de su relato de vida es iatrogénico, caro y poco efectivo.

Es preocupante observar a los profesionales cuando llegan a trabajar en una institución y no tienen tiempo de conocer el territorio, la orografía, las características urbanísticas y demográficas, las viviendas. Y tampoco los servicios profesionales que operan allí. Conocer las características del territorio y sus recursos permite ubicarse y situar la realidad de los usuarios identificando debilidades y oportunidades del contexto que pueden mejorar su calidad de vida y condición de ciudadanos. Las personas somos y formamos parte de una historia, de un territorio, de una red que tenemos que poder escuchar y explorar para entender y acompañar. Cuando no se conoce, se pierde la percepción de los recursos potenciales del propio sujeto y de su entorno y, en el terreno institucional, el desconocimiento mutuo entre servicios genera confusión y falsas expectativas que dificultan la colaboración.

Otro aspecto que tener muy presente es el cuidado de los profesionales. Cuidarse significa darse tiempo para pensar y para pensarse, ser consciente de la

propia vida y de cómo están impactando estas emociones y sentimientos que despierta la idiosincrasia de la labor. Si no se tiene consciencia de esto se corre el riesgo de proyectar lo que es propio en los demás o de enfermar física o psíquicamente por desbordamiento emocional. Cuando yo estudiaba, nos decían que los profesionales que trabajamos con personas deberíamos tener un espacio de autoconocimiento, un espacio terapéutico que nos ayudara a saber de nosotros. Sigo creyendo que es necesario. Somos depositarios de malestares de diferente orden que nos afectan y que pueden provocar una sobreimplicación en el trabajo que en algún momento afectará mal al mismo profesional y afectará la calidad de su trabajo. O lo puede llevar también a defenderse, a ponerse una coraza y desconectar de cualquier tipo de sentimiento y empatía entre él y las personas con las que trabaja. Ambas posibilidades de respuesta tienen riesgos. El trabajo en equipo, el apoyo de directivos, la supervisión, las sesiones de análisis de casos y proyectos son factores protectores y de ayuda que es importante aprovechar.

Es interesante y de gran ayuda también potenciar espacios de intercambio, de reflexión, de análisis y de debate con otros agentes sociales, profesionales y líderes comunitarios. Son indispensables espacios de pensamiento y de análisis crítico porque se trabaja con temas altamente complejos y conviene tomar distancia de otros para mejorar la comprensión, o hay el riesgo de quedarse bloqueados, haciendo un trabajo paliativo y sin capacidad de generar transformación social real. En esta línea, es importante que los trabajadores sociales tomemos la iniciativa y podamos liderar espacios desde los cuales nuestra palabra sea escuchada y reconocida. Y hay que insistir, una vez más, en el Trabajo Social con grupos en el sí de la comunidad, creando espacios de participación que nos ayuden a descubrir y abrirnos a nuevas perspectivas de las relaciones y la intervención social.

Trabajamos con temas tan serios como atender las necesidades de los sectores vulnerables de nuestra sociedad y promover el bienestar, asumiendo por lo tanto una responsabilidad social con nuestro trabajo. No podemos engañar ni nos podemos dejar engañar. Somos responsables de lo que hacemos y somos responsables de denunciar lo que no está funcionando. Actualmente la Administración no dedica los presupuestos necesarios para cuidar a sus ciudadanos más frágiles y esto hace que se esté trabajando con recursos claramente insuficientes.

Nosotros, los profesionales del Trabajo Social, somos uno de los agentes a través de los que se hace efectiva y evidente esta negligencia y este maltrato por omi-

sión. Habría que plantearse qué papel llevamos a cabo en la medida que aguantamos y cuestionamos poco el progresivo desajuste entre las necesidades que detectamos y los recursos para atenderlas, la precariedad y la poca efectividad de determinados servicios, las listas de espera vergonzosas, la falta de planificación y de una evaluación seria de programas. En fin, ante la involución de unas políticas sociales que generan más desigualdad y pobreza.

Nuestra profesión tiene que recuperar la fuerza de esas mujeres pioneras del Trabajo Social del siglo xix y la de tantas otras que con su fortaleza y entusiasmo han luchado para dignificar la vida de las personas y han trabajado por una sociedad más justa. Debemos tener fe en nuestras posibilidades y no resignarnos a aceptar una función en que la burocracia y la gestión de recursos absorbe una proporción demasiado importante de nuestro trabajo. No podemos distraernos...

Para terminar, unos últimos consejos para las nuevas generaciones y las no tan nuevas. Quiero pedirles que nunca perdáis la curiosidad por saber y formaros. Es indispensable para un Trabajo Social competente. Y una segunda cosa: disfrutad de la profesión. El Trabajo Social cuando se puede pensar y compartir se disfruta mucho, cosa que quizá no he dicho hasta ahora. Nuestra profesión es apasionante. Estamos trabajando con personas y para personas y siempre hay frentes abiertos para incidir. La sociedad está en un movimiento constante y el Trabajo Social también tiene que estarlo para irse adaptando a los cambios sociales. Tenemos que trabajar desde el respeto, desde el cuidado, desde la honestidad, conscientes de lo que podemos y sabemos hacer y diferenciando los deseos legítimos de ser útiles de la percepción de necesidad del otro. Aunque frustre expectativas, hay que ser críticamente conscientes de los límites y, a pesar de esto, sentirse satisfechos del trabajo realizado.

Referencias bibliográficas

- Albarracín, M. (2012). «Identidad(es) lésbica(s) en el primer franquismo». En *Mujeres bajo sospecha. (Memoria y sexualidad, 1980)*, 69-87. Madrid: Editorial Fundamentos.
- Alinsky, S. (1972). *Rules for radicals: a practical primer for realistic radicals*. Nueva York: Random House.
- Ander-Egg, E. (1986) *Metodología práctica del desarrollo de la comunidad*. México: Editorial El Ateneo.
- Aragonès, T. (2010). «Apunts sobre l'ofici de supervisora». En *RTS: Revista de Treball Social*, núm. 189, p. 9-19.
- Arranz, M. (2018). *Desprotección infantil y trabajo en red: Rol del/la trabajador/a social en los centros escolares para la detección y abordaje de situaciones de maltrato por negligencia y/o desatención familiar*. Tesis doctoral. Universidad de Barcelona. Disponible en: <https://goo.gl/5gxe77>

- Bacardit, M.; Bassets, J. (1984). *Materials de Treball Social 1*. Barcelona: Col·legi Oficial de Treball Social.
- Bailey, R. V.; Brake, M. (Eds.). (1975). *Radical social work*. Londres: Pantheon.
- Ballester, R.; Garriga, A. (2015). «De la reforma de la Renta Mínima de Inserción catalana a la Renta Garantizada de Ciudadanía: ¿un cambio de paradigma?». *Revista de Economía Crítica*, 20, 23-43.
- Báñez, T. (2004). Tesis doctoral en <http://www.tdx.cat/handle/10803/8412>
- Báñez, T.; Domanzic, M. V.; Falcon, A.; Boixadós, A. (2016). «Tejiendo identidades. Autoconocimiento y Trabajo Social». En *Respuestas transdisciplinares en una sociedad global: Aportaciones desde el Trabajo Social* (p. 161). Universidad de La Rioja.
- Barbero, J. M.; Feu, M. y colaboradores (2009). *El Treball Social a Catalunya 1932-1978*. Barcelona: Editorial Hacer/Col·legi Oficial DTS de Catalunya.
- Barbero, J. M.; Feu, M.; Vilbrod, A. (2007). *La identidad inquieta de los trabajadores sociales* (p. 160). Col·legi de Diplomats en Treball Social i Assistents Socials de Catalunya.
- Bentura, J. (2009). «Trabajo Social y producción de conocimiento». *La Investigación en Trabajo Social*. Vol. VII. Paraná: Facultad de Trabajo Social, Universidad Nacional de Entre Ríos.
- Casado, D. (1987). *Introducción a los servicios sociales*. Madrid: Acebo.
- Carretero, M.; Rosa, A.; González, M. F.; Berti, A. E. (2006). *Enseñanza de la historia y memoria colectiva* (p. 13). Buenos Aires: Paidós.
- Col·legi Oficial de Treball Social de Catalunya (1997). *Els diplomats en Treball Social i assistents socials de Catalunya. Situació, perfil i expectatives*. Barcelona: Hacer.
- Colom, D. (1993). *L'alta hospitalària: un repte a l'eficiència dels sistemes sanitaris i socials*. Barcelona: Hogar del Libro.

- (2000). *La planificación del alta hospitalaria*. Zaragoza: S. XXI de España Editores SA, 2.
- (2008). *El Trabajo Social sanitario: atención primaria y atención especializada. Teoría y práctica*. Consejo General, Diplomados en Trabajo Social y Asistentes Sociales. Madrid: Siglo XXI.
- Colomer, M. (2006). *El Treball Social que jo he viscut*. Barcelona: Impuls a l'Acció Social.
- De Vicente, I. (2009). *El lugar de la supervisión educativa en la formación de grado en Trabajo Social*. Tesis doctoral. Universidad de Barcelona.
- De Vicente, I. (2012). «La supervisión en Trabajo Social, más allá de la suma de oportunidades». En Fombuena, J. *El Trabajo Social y sus instrumentos. Elementos para una interpretación a piacere*. (Vol. 7). València: Nau Llibres.
- Domènech, R. (2012). *Vivències sociopolítiques i Treball Social*. Barcelona: Impuls a l'acció social.
- Domènech, R.; Lladonosa, M. (2018). *La transició a casa nostra. Homenatge a Joaquim Ferrer Roca*. Barcelona: Impuls a l'acció social.
- Esteban, E.; Del Olmo, N. (2016). «Reflexiones sobre la investigación en Trabajo Social: aportaciones desde la sistematización de la práctica». En https://publicaciones.unirioja.es/catalogo/online/CIFETS_2016/Monografia/pdf/TC189.pdf
- Estruch, J.; Güell, A. (1976). *Sociología de una profesión: los asistentes sociales*. Barcelona: Península.
- Fernández, J. (1997). *La supervisión en el Trabajo Social*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Fernández, D. (2007). «Aproximación histórica a la trayectoria del trabajador social en el sistema educativo español». *Trabajo Social hoy*, (1), 75-92.

- Feu, M.; Rubiol, G. (2014). *Les associacions d'assistents socials i el Col·legi de Treball Social de Catalunya. 80 anys d'associacionisme professional (1934 – 2014)*. Monogràfic núm. 9. Barcelona: Col·legi Oficial de Treball Social de Catalunya.
- Gallego, M. T. (1983). *Mujer, Falange y Franquismo*. Madrid: Taurus.
- Heras, M. P. de las; Cortajerena, E. (1979). *Introducción al bienestar social*. Consejo Gral. de Colegios Oficiales de Diplom. en Trabajo Soc. y Asistentes Sociales. Madrid.
- Ituarte, A. (2002). «El acontecer clínico en Trabajo Social». *Trabajo Social Hoy*. 2002 1.º trimestre, 5.ª época, 35: 42-59.
- Leal, J. (2016). «La posició dels professionals davant la vulnerabilitat dels subjectes i dels drets socials». *Revista de Treball Social*. Col·legi Oficial de Treball Social de Catalunya, abril 2016, núm. 207, p. 40-52. ISSN 0212-7210.
- Linares, E. (1985). «La evolución de la asistencia social desde una institución privada. Cáritas». En López Alonso, C. (Coord.) (1985). *De la beneficencia al bienestar social: cuatro siglos de acción social*. Madrid: Siglo XXI, 339-370.
- López Rodríguez, J. A. (2017). *Influència i contribució dels corrents teòrics en Sociologia al naixement i configuració de la disciplina del Treball Social: el cas de l'Escola de Treball Social de la Universitat de Barcelona (1955-2013)*. Tesis doctoral. Disponible en: http://diposit.ub.edu/dspace/bitstream/2445/117365/1/JALR_TESI.pdf
- Manrique, J. C. (2007). «La familia como medio de inclusión de la mujer en la sociedad franquista». *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, núm. 7.
- Martín Estalayo, M. (2018). «El orgullo en Trabajo Social: Mujer, poder, conocimiento y profesión». *Cuadernos de Trabajo Social*, 31(2), 309-320.
- Méndez, C.; Ortiz, I.; Pérez, M. (2011). «Las “nuevas salidas” profesionales del Trabajo Social: El Trabajo Social en la empresa privada». Comunicació del IX Congreso Nacional de Facultades de Trabajo Social, Jaén.

- Miranda Aranda, M. (2004). *De la caridad a la ciencia: pragmatismo, interaccionismo simbólico y Trabajo Social*. Zaragoza: Mira Editores.
- Molinero, C. (1998). «Mujer, franquismo, fascismo. La clausura forzada en un "mundo pequeño"». *Historia social*, 97-117.
- Nicolás, E. (2005). *La libertad encadenada. España en la dictadura franquista 1939-1975*. Madrid: Alianza.
- Osborne, R. (Ed.). (2012). *Mujeres bajo sospecha (memoria y sexualidad, 1930-1980)*. Madrid: Editorial Fundamentos.
- Pelegrí, X. (2010). *El sistema català de serveis socials (1977-2007): cultura i política*. Barcelona: Generalitat de Catalunya, Departament d'Acció Social i Ciutadania.
- (2011). *El serveis socials a Catalunya. Aportacions per al seu estudi*. Lleida: Edicions de la Universidad de Lleida.
- Pérez, M.; Torres, E.; Barjola, N.; Obama, L.; González, M.; González, V. (2016). «La promoció de l'autonomia personal i l'atenció a la dependència. De la creació d'un dret social al seu desmantellament». *Revista de Treball Social*. Col·legi Oficial de Treball Social de Catalunya, abril 2016, núm. 207, p. 119-128.
- Porcel, P. (1980) *Vint Anys d'Assistents socials al Vallès Occidental*. Terrassa: Editora Pedagogia del Vallès.
- (2000). *De les arrels a la maduresa: el camí dels treballadors socials pel Vallès Occidental*. Barcelona: Col·legi Oficial de Diplomats en Treball Social i Assistents Socials de Catalunya.
- (2008). *El Treball social en l'àmbit de la salut: un valor afegit*. Barcelona: Acadèmia de Ciències Mèdiques i de la Salut de Catalunya i de Balears.
- Pujadas Muñoz, J. J. (1992). *El método biográfico: el uso de las historias de vida en ciencias sociales* (Vol. 5). Madrid: CIS.
- Puig, C. (2016). *La supervisión en la acción social: una oportunidad para el bienestar de los profesionales* (Vol. 37). Tarragona: Publicacions Universidad Rovira i Virgili.

- Puig, C. (2009). *La supervisión en la intervención social: instrumento para la calidad de los servicios y el bienestar de los profesionales*. Tesis doctoral. Universidad Rovira i Virgili.
- Quiroga, V.; Alonso, A.; Roig, S. (2015). *Itinerarios de empoderamiento para la transformación social. Experiencia grupal con jóvenes en contextos de vulnerabilidad social mediante el vídeo*. Valencia: Editorial Universidad Politècnica de València.
- Rimbau, C. (1985). *L'Obra Assistencial de la Generalitat de Catalunya 1931-1936*. Tesina de licenciatura. Universidad de Barcelona. Facultad de Psicología.
- (1994). «La obra socioasistencial de la Generalitat republicana». En Casado, D. *Introducción a los servicios sociales*. Madrid: Editorial Popular SA.
- (2014). Gestió social en temps de crisi. L'impacte del treball social. *Revista de Treball Social*. Col·legi Oficial de Treball Social de Catalunya, 202, 9-34.
- Rubiol, G. (1967). «La asimilación de los inmigrantes y el servicio social en Israel», *Revista de l'Associació d'Assistents Socials de Barcelona*, número monográfico, núm. 25, enero.
- (1972). «Investigación en el Trabajo Social», *Memoria del II Congreso Nacional de Asistentes Sociales*. Madrid: FEDAAS.
- (1974). «Un problema todavía existente en los hospitales. La calificación económica de los pacientes». *Revista de Treball Social*, núm. 54, abril 1974.
- (1980). *Els serveis socials: organització i funcionament a Gran Bretanya, Iugoslàvia, Israel i els Països Baixos*. Barcelona: Editorial Blume-Fundació Jaume Bofill.
- (1986). *Los Servicios Sociales. II Leyes de Servicios Sociales en Europa*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- Rubiol, G.; Vilà, A. (2003). *Marc històric dels serveis socials locals de Catalunya*. Barcelona: Diputació de Barcelona, Xarxa de Municipis, Àrea de Benestar Social.

Vázquez, J. M. (1971). *Situación del Servicio Social en España*. Madrid: Instituto de Sociología Aplicada.

Vilà, A. (2005). *Els serveis socials a Catalunya: una visió històrica*. Girona: Diputació de Girona.

Zamanillo, M. Teresa (1999). «Apuntes sobre el objeto en Trabajo Social». *Cuadernos de Trabajo Social*, (12), 13

Anexo 1

Índice de acrónimos

ACDMA: Asociación de Profesionales de la Mediación de Conflictos de Cataluña

ACO: Acción Católica Obrera

AGAUR: Agencia de Gestión de Ayudas Universitarias e Investigación

ANC: Asamblea Nacional de Cataluña

ASSA: Asociación de Padres de Niños Discapacitados

CAD: Centro de Atención a Disminuidos

CCOO: Comisiones Obreras

CDC: Convergència Democràtica de Catalunya

CDIAP: Centros de desarrollo infantil y atención precoz

CECAS: Centro Catalán de Solidaridad

COS: Centro de Orientación Sanitaria

COTSC: Col·legi Oficial de Treball Social de Catalunya

CSMA: Centro de Salud Mental de Adultos

CSMIJ: Centro de Salud Mental Infantil y Juvenil

DOGC: Diario Oficial de la Generalitat de Catalunya

DROSS: Programa Municipal de Drogodependencias de Servicios Sociales

EAIA: Equipo de Atención a la Infancia y Adolescencia

EAP: Equipos de Asesoramiento Psicopedagógico

EUA: Estados Unidos de América

FAS: Fondo de Asistencia Social

FEDASS: Federación de Asociaciones de Asistentes Sociales

PSUC: Partit Socialista Unificat de Catalunya

GITS: Grupo de Investigación en Trabajo Social

GRITS: Grupo de Investigación e Innovación en Trabajo Social

ICESB: Instituto Católico de Estudios Sociales de Barcelona

ILP: Iniciativa Legislativa Popular

INSERSO: Instituto Nacional de Servicios Sociales

INTRESS: Instituto de Trabajo y Servicios Sociales

JOC: Juventudes Obreras Cristianas

LISMI: Ley de Integración Social de Minusválidos

MACOSA: Material y Construcciones S. A.

OMS: Organización Mundial de la Salud

ONG: Organización No Gubernamental

OTAN: Organización del Tratado del Atlántico Norte

PASU: Programa de Atención Social Urgente

PIB: Producto Interior Bruto

PIRMI: Programa Interdepartamental de la Renda Mínima de Inserción

PNC: Pensión No Contributiva

PSC: Partit dels Socialistes de Catalunya

RGC: Renda Garantizada de Ciudanía

RMI: Renda Mínima de Inserción

RU: Reino Unido

- SAD:** Servicio de Atención a Domicilio
- SEAT:** Sociedad Española de Automóviles y Transportes
- UAB:** Universidad Autónoma de Barcelona
- UB:** Universidad de Barcelona
- UdL:** Universidad de Lleida

Anexo 2

Índice de fotos

Cubierta

Montserrat Colomer en una entrevista como trabajadora social

Primera parte

Foto 1: Campaña de sensibilización: la vida cotidiana de las mujeres. Mercado de la Boqueria. Barcelona, 1986	29
Foto 2: Protesta estudiantil con motivo de la reválida	35
Foto 3: Montserrat Colomer y otras profesionales realizando una sesión de trabajo sobre el rol del Trabajo Social	40
Foto 4: Intercambio profesional en Chicago (1973)	43
Foto 5: Visita a domicilio realizada por Montserrat Colomer	45
Foto 6: Recuento de votos en el proceso electoral en el Col·legi Professional de Treball Social (1967)	46
Foto 7: Francesca Masgoret en su actividad política en el Ayuntamiento de Barcelona	47

Foto 8: Campaña de limpieza con las vecinas del barrio del Raval	52
Foto 9: Teresa Rossell con Montserrat Castell, creadora de la Escuela de Visitadoras Psiquiátricas inaugurada en el año 1953	61
Foto 10: Cartel promocional del Colegio Europeo de Escuelas de Trabajo Social de Sitges (1987)	65

Segunda parte

Foto 11: Retrato de Montserrat Colomer Salmons	74
Foto 12: Retrato de Pilar Malla i Escofet	84
Foto 13: Retrato de Glòria Rubiol González	93
Foto 14: Retrato de Francesca Masgoret Llardent	103
Foto 15: Retrato de Teresa Rossell Poch	115
Foto 16: Retrato de Pilar Porcel i Omar	128
Foto 17: Retrato de Rosa Barenys i Martorell	139
Foto 18: Retrato de Carme Tobella i Barés	147
Foto 19: Retrato de Montserrat Bacardit i Busquet	158
Foto 20: Retrato de Rosa Maria Fernández Algué	166
Foto 21: Retrato de Núria Carrera i Comes	180
Foto 22: Retrato de Jose Fernández i Barrera	188
Foto 23: Retrato de Pilar Massana i Llorens	200
Foto 24: Retrato de Teresa Aragonès i Viñes	214

Fe de erratas

Prólogo

Página 13 (segundo párrafo), dice que el Estatuto de Autonomía de Cataluña se aprobó el 18 de septiembre de 1979, y debe decir de diciembre.

Página 16 (primer párrafo), en relación con Rosa Barenys, se afirma que fue diputada en el parlamento catalán en tres periodos de 1988 a 1999, y debe decir de 1980 a 1999. En la misma página, al inicio del segundo párrafo, donde dice 1977, debe decir 1978.

Página 17 (primer párrafo), dice que Teresa Aragonès formó parte de la última Junta de la Asociación de Asistentes Sociales, y debería decir Asociación de Asistentes Sociales de Barcelona.

Página 19 (final del primer párrafo), debería decir "...Glòria Rubiol fue la primera coordinadora, juntamente con Montserrat Feu."

Primera parte (páginas 23-71)

Página 26 (final del segundo párrafo), debe decir "...del curso 2017 y 2018".

En la **página 37** (segundo párrafo, cuarta línea), donde se afirma "...dos personas nacidas antes del inicio de la Guerra Civil española...", debe decir tres personas en lugar de dos.

Página 55 (último párrafo, final de la tercera línea), debe decir "...años sesenta..."

Página 59 (segundo párrafo), donde dice que el año de la aparición de la primera escuela de trabajo social en Europa fue el 1889, debe decir 1899.

Página 59 (tercer párrafo, primera línea), donde dice 1951 debe decir 1978.

El pie de la Foto 9 (**página 61**) debe ser "Teresa Rossell, Montserrat Castells y el Dr. Jacob Levy Moreno, en el Congreso de Psicodrama organizado por la Cátedra de psiquiatría de la Facultad de Medicina, en el Hospital Clínico de Barcelona, el año 1962".

Página 62 (primer párrafo), donde dice "Escuela de Formación Social de Sabadell", debe decir "Escuela de Formación Social de Sabadell-Terrassa".

Página 64 (Tabla 4, en la fila 4), donde dice "1976" incorporar también los años "1983", 1984 y 1985.

Página 64 (Tabla 4, penúltima fila), donde dice "Se desconoce", debe decir "1984".

Páginas 64 (Tabla 4) y 80 (último párrafo), se hace referencia a la profesora Nadir Goueva Kifouri, y el nombre correcto debe ser Nadir Gouvêa Kfourir

El pie de la Foto 10 (en la **página 65**) ha de ser "Cartel promocional del Seminario del Grupo Europeo de Escuelas de Trabajo Social, realizado en Sitges (1987)".

Segunda parte (relatos)

Página 120 (último párrafo, segunda línea), donde dice "1976" debe decir "1973".

Páginas 120 (último párrafo, tercera línea) y **121** (cuarto párrafo, primera línea), donde dice "directora", debe decir "subdirectora".

Página 121 (segunda línea), donde dice "1973" debe decir "1976".

Anexos

Página 244, la descripción de la Foto 9 debe ser "Teresa Rossell, Montserrat Castells y el Dr. Jacob Levy Moreno, en el Congreso de Psicodrama organizado por la Cátedra de psiquiatría de la Facultad de Medicina, en el Hospital Clínico de Barcelona, el año 1962".

Página 244, la descripción de la Foto 10 ha de ser "Cartel promocional del Seminario del Grupo Europeo de Escuelas de Trabajo Social, realizado en Sitges (1987)".

Desplegable

El periodo denominado PRIMEROS PASOS (texto superior izquierda, en rojo) debe decir 1932-1966, en lugar de 1950-1966.

En la parte inferior, en el recuadro de contexto histórico español correspondiente al 1977, donde dice "Primeras elecciones", debe decir "Primeras elecciones democráticas después del franquismo".

En la biografía de Rosa Barenys, donde dice "colegio profesional" debe decir Col·legi de TS.

En la biografía de Francesca Masgoret, donde dice "diputada" debe decir "Diputada en el Parlament de Catalunya".

En la biografía de Glòria Rubiol, donde dice "Estudios de historia", debe decir "Doctora en Historia".



COL·LEGI OFICIAL
DE TREBALL SOCIAL
DE CATALUNYA

www.tscat.cat



UNIVERSITAT DE
BARCELONA
Escola de Treball Social

grits.
GRUP DE RECERCA
I INNOVACIÓ
EN TREBALL SOCIAL